

A romantic couple in a dark setting, possibly a city at night. The man is on the left, wearing a dark suit and a light-colored shirt, looking down at the woman. The woman is on the right, with long, wavy brown hair, wearing a dark, sleeveless dress, looking up at the man. They are close together, almost touching. The background is dark with some blurred lights, suggesting an urban environment. The overall mood is intimate and romantic.

La hora más OSCURA

vol.2

ISABELLA MARÍN

Trilogía
Juegos peligrosos
Parte 2

La hora más oscura

Isabella Marín

© Isabella Marín, abril 2024

Diseño de la portada: Adyma Design

Foto: Adobe Stock

Primera edición: mayo 2024

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

Capítulo 1

La muerte es el castigo para aquellos que mienten.

(Lucky Luciano, mafioso estadounidense)

Alexandra

—Dime qué pasó realmente. Empieza por el principio. Háblame de la noche en la que elegiste irte con él y con todo su ejército de moteros, sin saber siquiera adónde te llevaba. ¿Por qué lo hiciste? Podrías haberte negado.

—¿Negarme? —repongo, con una carcajada tan vacía que le hace fruncir las cejas y observarme confundido, como si no fuera capaz de comprender qué es lo que me hace tanta gracia.

—Negarte, sí. Haber dicho que no. No eres tonta, niña. Debías de saber que tu vida corría peligro cada vez que respirabas cerca de él. ¿O es que a esas alturas no te habías hecho una idea clara de quién era en realidad el *respectable* señor Williams? ¿No bastó un tiroteo en plena calle para hacerte ver que él era algo más que una cara bonita en la portada de la revista *Forbes*?

La sonrisa que se insinúa en las comisuras de mis labios oscila entre lo irónico y lo desafiante.

—No digas tonterías. Sabía quién era incluso antes del tiroteo. Él mismo me abrió las puertas de su mundo y me enseñó lo oscuro y peligroso que podía llegar a ser.

—¿Y por qué *cojones* no saliste corriendo antes de que fuera demasiado tarde?! ¡Ayúdame a comprenderte!

Tomo un sorbo del horrible café que me acaba de traer de la máquina expendedora del pasillo y sopeso pensativa los profundos ojos azules clavados en los míos.

—Dime una cosa, Clark. —Parece divertirse el hecho de que me esté dirigiendo a él de igual a igual—. ¿Conoces ese instante que lo paraliza todo?

—No —responde con ensayada amabilidad—, y tampoco sé adónde quieres ir a parar.

Le sonrío con indulgencia.

—¿Lo ves? No puedes comprenderlo porque no tienes ni puta idea lo que se siente al enamorarse. No es algo que se pueda evitar, planificar o controlar a tu antojo. *No hay* control de daños porque el amor es como un fuego que avanza, latente y silencioso, hasta consumirte por dentro. Cuando empiezas a notar el calor, suele ser tarde. Ya estás en llamas. ¿Te importa que fume? Últimamente, me afloran vicios por todos lados.

—¿Esa es tu explicación? —repone, con tal perplejidad que sus cejas rubias casi rozan la línea de su cabello dorado, tanto las ha arqueado—. ¿Que te *enamoraste* de él?

Me enciendo un cigarrillo y durante unos segundos evalúo, pensativa, su anguloso rostro surcado de arrugas.

—¿Qué más quieres que te diga? ¿Que es bueno en la cama? Eso también ayudó un poco —admito, divertida.

Clark niega una y otra vez.

—Esto es increíble. Pero ¿qué pasa con ese tío? ¿Es que tiene la polla de oro o qué?

Junto entonces se abre la puerta y, para nuestra mutua sorpresa, entra Ash, con un traje negro tres piezas que se ajusta a su corpulenta figura de luchador callejero y ese magnetismo que nos tiene a todos girando a su alrededor, mariposas en busca de una luz que no existe porque él es

pura, profunda y eterna oscuridad, y precisamente ahí es donde reside su encanto.

—Deduzco que estáis hablando de mí otra vez —nos dice con expresión guasona, mientras avanza con su talante confiado hacia la mesa en la que los dos estamos sentados, cara a cara—. ¿Qué haces con mi mujer, Clark? Esto es demasiado rastrero incluso para una rata vieja como tú.

El semblante de Clark se llena de rabia. No sé qué le resulta más molesto, ¿la intromisión o que le hayan llamado rata vieja y rastrera en toda su cara? Solo a Ash se le ocurriría hacer algo así. Siempre ha sido algo insolente.

—¡Deberías estar entre rejas! —exclama en un tono vibrante y tenso que delata la indignación que arde en su pecho.

—Sin duda. Pero aquí estamos, como en los viejos tiempos. El héroe nacional y el villano de los bajos fondos. Dos pesos pesados de Ohio. Qué sería de tu aburrida existencia si no fuera por mí, ¿eh? Estarías todo el día tocándote el nabo en la oficina. ¿Me permites unas palabras con mi dulce esposa?

Clark me recorre el rostro con la mirada en busca de confirmación. Le hago un escueto gesto para que nos deje a solas.

De manera sorprendente, obedece, y ahora es Ash el que se encuentra sentado en la silla al otro lado de la mesa, y suyos los ojos que hurgan en los míos.

En el profundo silencio que nos envuelve en cuanto se cierra la puerta, el tic tac de su *Rolex* resuena como un tambor.

Pasan los segundos sin que nadie diga nada. Él sigue observándome con tranquilidad, como si estuviéramos sentados en la barra de un bar, tomando un whisky con soda. Bueno, yo. Él lo tomaría solo. Odia la soda.

La pequeña corrección que hace mi cerebro me arranca una leve sonrisa que intento disimular.

No es el lugar ni el momento para andarse con bromitas, así que procuro concentrarme al cien por cien en el azul helado que me dispara el pulso en las venas.

Mi pausado acto de succionar el cigarro con absoluto desdén y crear círculos con el humo que expulso a través de los labios pintados de rojo mate despierta en él una exasperación tal que se inclina sobre la mesa y me lo arranca de entre los labios para, acto seguido, arrojarlo con furia dentro del vaso de café que apenas he probado.

A tomar por culo el cigarrillo. Parece que lo esté oyendo, irritado, hablándome como a una cría. Sin embargo, no hay palabras, porque él siempre mantiene el tipo, tiene los nervios bien templados y, a pesar de lo que cualquiera podría pensar, es un hombre muy paciente.

—Hola, cielo —me dice al final, abismos de tiempo más tarde—. ¿Te estaba dando el coñazo el bueno de Clark?

La sonrisa que pende de sus labios es ligeramente burlona y termino sonriendo yo también. Como siempre que lo tengo cerca.

—Un poco. ¿Cómo es que nunca me has hablado de él?

—Bueno, ya me conoces. Soy un hombre de pocas palabras. Me va más la acción. ¿Por qué estabais hablando de mi polla, si puedo preguntarlo?

Abro el paquete de chicles que hay sobre la mesa (Clark me lo compró en la máquina expendedora porque yo no llevaba monedas encima) y me como uno con total tranquilidad.

Ash cruza los brazos sobre el pecho y se arrellana con insolencia en la silla, a la espera de una respuesta que tardo en concederle.

—Porque Clark cree que la usaste para cautivarme.

—Ah. Qué interesante. ¿Y lo hice?

—Por supuesto —admito, sin despegar la mirada de la suya. La verdad es que cuesta quitarle

los ojos de encima. Sigue siendo mi imán.

—¿Te gustó?

Una sonrisa lenta empuja las comisuras de mis labios hacia arriba.

—No, en absoluto —respondo, consciente de la poca seguridad (y la enorme diversión) que hay en mi voz.

—Tramposa —dice con una risa ronca y un brillo muy socarrón en la mirada—. Claro que te gustó. Te gustó tanto como a mí, joder. Dime una cosa, mi amor. —Se inclina hacia adelante, apoyados sus antebrazos en la mesa. Hay cierta tensión alrededor de sus hombros, contrastando con el aire guasón que arruga las esquinas de sus ojos al verme hacer globos con el chicle—. Si pudieras volver atrás en el tiempo, si te encontraras de nuevo de pie en el aparcamiento de ese motel, sabiendo todo lo que sabes ahora, ¿qué harías?

No necesito meditarlo. La respuesta es obvia.

—Me subiría a tu moto.

Una oleada de triunfo masculino recorre el atractivo semblante que tanto empeño pone en mantener inexpresivo. Es un buen jugador de póker. Casi nunca deja entrever lo que piensa.

—¿Lo has oído, Clark? —grita para que se le escuche al otro lado de la pared—. ¡Se subiría a mi puta moto de nuevo! ¡Así que a mamarla!

De pronto, la sonrisa engreída se borra de sus atractivas facciones y los ojos que vuelven a aferrarse a los míos se enfrían de golpe, hasta tornarse irreconocibles, duros, llenos de peligro; aguas profundas y heladas en las que ahogarse resultaría demasiado fácil.

Ya no es el mismo hombre que entró en la sala con sus bromitas y su sonrisa indolente.

No, ahora tengo delante al rey, el despiadado jefe del crimen organizado, que lleva en el bolsillo una bala con su nombre, su particular *memento mori*, para recordarse a sí mismo que, si hay que caer, mejor que sea en el campo de batalla y llevándose por delante a todos los hijos de puta que sea posible.

Y, vaya, ese es el hombre del que yo me enamoré, aun sabiendo quién era y de lo que era capaz.

Al igual que Clark, querrás saber por qué.

Dios, es una historia *taaan* larga...

Dejemos algo para nuestro próximo encuentro, ¿no te parece?

Solo te diré que no he podido evitarlo. Me obsesioné tanto que su oscuridad acabó siendo la única luz que iluminaba mi interior.

Una noche, después de vaciarse en mi cuerpo con tantas ganas que al día siguiente todavía tenía las marcas de sus dedos en las caderas, me dijo que él estaba muerto antes de conocerme. No le confesé que yo también lo estaba.

Tiene gracia. *La muerte es el castigo para aquellos que mienten*, aseveró hace mucho tiempo el padre del crimen organizado de este país.

Pero ¿qué castigo le asignas a alguien que ya está muerto? Esa persona no le teme a nada.

Y ¿qué es un hombre (o una mujer) sin la pesada carga del miedo?

Un puto vencedor.

Los animales de la selva comprenden bien su naturaleza. El depredador es un depredador. La presa, una presa.

Los humanos, en cambio...

Bueno. Nosotros mentimos más de lo que respiramos. Adoptamos formas cambiantes. Oscilamos entre las luces y las sombras. Tejemos verdades tan hermosas que no cuesta nada creérselas.

La mayoría poseemos el don de la dualidad. Podemos ser lo que queramos ser. Cazadores... Presas... Lo que haga falta con tal de ganar.

Somos criaturas peligrosas que se adaptan a cualquier hábitat.

Pero la persona más peligrosa de todas es la que tiene la facilidad de decir la puñetera verdad incluso cuando te está mintiendo.

Y así es cómo acabamos aquí, en esta sala.

Capítulo 2

El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos.

(Película *Casablanca*, 1942)

Dos años y medio antes

Alexandra

El rugido de la Harley se eleva como un trueno entre sombras y destellos de farolas titilantes.

Me abrazo a la poderosa espalda de Ash y me siento a salvo, aunque en el fondo sé que no es más que otra de las mentiras que me cuento a mí misma para poder seguir adelante.

En realidad, estoy más cerca que nunca del abismo. Los dos lo estamos. Podríamos caer por él en cualquier momento.

Tras el infierno de los últimos tres días, no tengo ni idea de qué esperar a partir de ahora. ¿Cómo serán nuestras vidas? Me cuesta imaginarlas.

¿Adónde iremos? ¿Para hacer el qué? ¿Podré salir a mi antojo, trabajar, tener una vida? ¿O pasaré minutos, horas, días y semanas interminables en casa, con las cortinas bajadas, preguntándome si en alguna parte de esta ciudad él todavía respira o es que ya le han pegado un tiro en la nuca?

No sé si estoy preparada para afrontarlo.

Me parece todo demasiado horrible. *La situación* se ha salido de madre.

Como si intuyera mi preocupación, Ash pone su mano enguantada encima de la mía y presiona suavemente mis dedos. Busca reconfortarme, saber si me encuentro bien, transmitirme una sensación de seguridad a la que yo me agarro de inmediato para evitar hundirme en más y más incertidumbre.

Me obligo a recordar por qué me he metido en esto, que no había forma de evitarlo. Tenía que abrir la caja de Pandora y echar un vistacito dentro, y lo hice. Ya lo creo que lo hice.

Lo malo es que ahora no puedo apartar la mirada. Hay tanta oscuridad en su interior que estoy atrapada.

Soy una mujer perdida, sin pasado ni futuro, condenada a vivir en un presente laberíntico, donde mi brújula moral ya no me indica lo lejos que estoy del norte porque incluso mi moralidad se ha rendido ante él.

Se está abriendo un abismo cada vez más grande entre la persona que era antes de conocerle y la que soy ahora. Ya no me reconozco en absoluto.

¿Cómo he dejado que algo así pasara? Supongo que era inevitable. Que, de alguna forma retorcida que todavía no comprendo, él y yo estábamos predestinados a acabar así.

Rendirme ante la fascinación enfermiza que me produce estar cerca de él era, desde el principio, una opción tentadora, pero se tornó irresistible según iba completando el puzle.

Olvidar quién es y qué es lo que hace no es demasiado difícil de conseguir cuando no eres el tipo de persona que juzga a los demás.

Yo solo aspiro a comprenderle, saberlo todo sobre él. No me importan demasiado el bien o el mal. No son más que conceptos y, además, en este mundo todo es relativo.

Menos la verdad. La horrible, aterradora y peligrosa verdad que las personas ocultamos detrás de disfraces y máscaras porque nos da miedo el ser juzgados.

¿Quién no se ha enfrentado alguna vez a esos individuos simplistas que, desde lo alto de su

pedestal de superioridad moral, les han señalado con el dedo, han tirado la piedra, han escupido la acusación?

Yo nunca lo haría.

Cómo odio a los hipócritas. Él no lo es. Es consciente de que, en esta vida, todo tiene un precio, y está dispuesto a abonarlo, incluso con plomo y sangre. Su límite está en el cielo, lo cual le convierte en alguien muy, muy peligroso.

Las personas que no le temen a la muerte siempre lo son porque ellas ya no tienen nada que perder.

Y es justo su aura de peligro la que cautiva a quienes lo rodean. El peligro hace que te sientas vivo. ¿Qué podría competir con esa sensación?

Yo misma me dejé llevar por la adrenalina de lo desconocido, y ahora estoy aquí, rumbo a ninguna parte.

Desde que lo conozco, me debato entre el temor y el éxtasis, la fascinación y el horror, la vida y la muerte. Soy un péndulo que oscila, mitad en la luz, mitad en la oscuridad, persiguiendo un equilibrio ilusorio. Ya no sabría decir de qué lado estoy realmente. ¿Del de los héroes? ¿O el de los villanos?

Cuando navegas de un extremo al otro, las fronteras se difuminan. Encuentras héroes que descarrilan en la penumbra y villanos que de vez en cuando muestran algunos destellos de humanidad que te pillan desprevenida.

Y luego está él, un viajero como yo, alguien que busca el camino redentor hacia la luz sin miedo a afrontar la oscuridad que lleva dentro; un ser cambiante; un imán que atrae sin piedad a todo el mundo a su alrededor, incluyéndome a mí.

Ash y yo somos iguales, dos caras de una sola moneda. Él es mío. Yo soy suya.

Y el asfalto, ahora mismo, parece nuestro.

Nunca me había sentido tan libre. Es como si no me importara nada de lo que estoy dejado atrás. Por primera vez en nuestra relación, esta noche estoy con él al cien por cien.

Cuelo las manos por debajo de su chaqueta, me sujeto fuerte a su abdomen y, con los pulgares, acaricio los férreos músculos de su estómago, que se tensan todavía más bajo mi contacto.

Creí que podría parar cuando quisiera. He sido tan ilusa...

Una voz interior me susurra con desprecio: «Estúpida niña, jugando siempre a juegos que te quedan demasiado grandes. ¿Cuándo vas a comprender que tú ya no controlas el tablero?»

En realidad, todo depende de la suerte. La diosa Fortuna una vez más, misteriosa como ella sola. No quiere desvelarme todavía si soy la jugadora o un mero juguete, y eso hace que el juego sea todavía más trepidante.

Ya veremos cómo termina esto. Hay demasiadas variantes como para sopesarlas ahora, así que mis manos siguen explorando por debajo de su chaqueta y poco a poco el mundo, al igual que mis ideas, empieza a enturbiarse.

De todos modos, ¿qué importancia tiene?

Le seguiré, como todos los demás, otra pequeña mariposa buscando desesperadamente una luz que nunca ha existido.

Observo, medio ausente, la estampa que vuela a ambos lados de la calzada. Todo anodino, parques, calles, edificios; nada destaca.

La ciudad todavía no ha comprendido que el rugido de estos motores es, en realidad, una declaración de guerra. Nadie nota lo fuerte que está vibrando la tierra.

Los conductores que adelantamos hacen lo imposible por apartarse de nuestro camino. Una V

invertida de veinte motos adueñándose de las calles de la ciudad no debe de ser algo que se vea a menudo en Cleveland.

Ash le hace un gesto con dos dedos al motorista que tiene al lado. No puedo verle la cara, no sé quién se esconde detrás de ese enorme casco negro, pero su respuesta afirmativa nos da permiso para girar a la izquierda en el siguiente cruce, un preocupante duelo con la gravedad y también con todas las normas de tráfico establecidas.

Tener de pronto el suelo tan cerca de nosotros me hieló la sangre en las venas.

A él no parece preocuparle la idea de matarse en un accidente de tráfico. Traza con destreza la curva y después endereza la máquina, alejándonos por el momento de la amenaza inminente de estrellarnos contra el asfalto.

Conmigo abrazada a su enérgico cuerpo, se cuelga entre coches y autobuses, tan vertiginoso que a los conductores apenas les da tiempo de captar una imagen borrosa de su espalda enfundada en cuero.

No tiene limitaciones.

En cuanto a las normas, las vuela por los aires. No es un héroe. Me he obsesionado con el villano y, gracias a eso, mi vida nunca volverá a ser igual.

Contengo la respiración cuando la moto se inclina peligrosamente hacia la derecha. Clavo los dedos en su estómago, la única estabilidad que puedo encontrar en medio de este mundo caótico a punto de venirse abajo.

Ash solo tarda un segundo en apoyar la mano encima de la mía con ademán tranquilizador. *Serás mi reina*, me dijo hace un rato.

Por un segundo, creí que todo había acabado. Pero no, nuestra historia no ha hecho más que comenzar. Somos un lienzo en blanco, marionetas de un escenario que ninguno de los dos controla a estas alturas. El amor, junto a la muerte, son los únicos dos pilares de la vida que las personas no podemos gobernar.

Los últimos días han debido de ser un infierno también para él. Suele volverle loco la perspectiva de no volver a verme, de no volver a tocarme nunca.

Por eso estaba tan alterado cuando vino a buscarme y no me encontró. Pensó que lo había abandonado, como hicieron su padre, su madre y toda la gente por la que llegó a sentir algo alguna vez.

Ahora empieza a asimilar que esto es de verdad, que estaré con él hasta el final, da igual lo sangriento que sea. Él, sin límites. Yo, sin elección.

Esto es más grande que nosotros dos, va mucho más allá. Seguro que Ash diría que no es más que una historia de amor. Encuentra pureza incluso en los recovecos más oscuros. Es un optimista.

Para él, la vida está hecha de posibilidades. Solo tiene que escoger.

Y me ha escogido a mí. Su reina.

Juntos, navegamos entre las sombras y las luces de las farolas, rodeados de gente con vidas normales y corrientes que nunca lo comprenderían.

Las marcas viales indican que estamos a punto de entrar en una autopista.

Destellos de cuero y acero danzan en el aire a mi alrededor, imágenes imprecisas, flashes en los que no puedo concentrarme durante demasiado tiempo.

Ash libera mi mano para poder sortear mejor el tráfico. Cada giro es un desafío. A veces nos inclinamos hacia la izquierda hasta que su rodilla casi roza el asfalto. Otras, hacia la derecha. Su cuerpo se fusiona con la máquina en perfecta sintonía.

Se me viene a la mente una imagen de él haciéndome el amor. Es exactamente igual. Sabe lo

que hace, lo tiene todo controlado, y siempre se entrega al cien por cien. Es un todo o nada, como haría cualquier otro buen jugador.

El trayecto por la autopista es breve; cogemos pronto un desvío y las revoluciones disminuyen mientras las motos se reagrupan una vez más.

La noche es el escenario perfecto para ellos, se camuflan a la perfección entre las sombras a las que pertenecen. Sus chaquetas de cuero desgastadas, las botas negras y los cascos que ocultan sus rostros los vuelven indistinguibles.

El anonimato es peligroso. Concede a la gente un extraño poder para perpetuar el mal. No hay inhibiciones cuando sabes que no habrá consecuencias para tus actos.

Adelantamos a un autobús estacionado en la parada. Incluso él me parece gris y anodino, vacío, solo hay dos personas dentro, sentadas con mirada perdida al otro lado del cristal.

No tengo ni idea de dónde estamos, no reconozco la zona, pero el aspecto deprimente de los inmuebles y los grafitis que lo cubren todo asegura que nos estamos acercando a nuestro destino. Dijo que había que volver a las cloacas.

Tras un último giro a la izquierda, Ash reduce la velocidad hasta detener su ruidosa Harley frente a un edificio de dos plantas.

El talón de su bota se apoya contra el asfalto.

Su mano izquierda, en mi cadera, acariciando.

—¿Es aquí? —le pregunta a la persona que tenemos al lado.

—Sí —contesta el hombre cuya voz no he sido capaz de reconocer.

—Cercano a la autopista. Me gusta. Nos lo quedamos.

Observo el edificio, demasiado entumecida como para sentir algo.

Ash coloca la moto sobre el soporte, se quita el casco y los guantes y se medio gira para mirarme.

Está tan imperturbable que me quedo absorta. Mis ojos parecen incapaces de apartarse de su sublime rostro. Nada podría alterarlo ahora. Me impresiona tanta sangre fría.

Él es bastante impresionante en líneas generales. Una parte de mí estaba convencida de que no volveríamos a vernos.

Pero aquí estamos. *Serás mi reina*. ¿Quiero esa corona? No lo sé. No he tenido tiempo para digerirlo. Todo ha cambiado demasiado deprisa.

Me pregunto qué pasaría si de repente decidiera echarme atrás. ¿Aceptaría vivir en un mundo en el que yo no estoy o me impediría dejarle? ¿Qué es capaz de hacer cuando alguien le quita lo que más desea en el mundo?

No lo sé todo sobre él. Las personas somos como pozos sin fondo. Nunca se llega a conocer a nadie de verdad. Ni siquiera a uno mismo.

Él me quiere, pero...

¿Y si me quisiera demasiado, de esa forma extraña que la gente como él sabe querer a veces? ¿Qué haría entonces? Es curioso que no me lo haya planteado nunca, teniendo en cuenta lo obsesionado que está conmigo.

Nuestra relación tiene todos los ingredientes para convertirse en un auténtico desastre. Es intensa y eléctrica; desde el minuto uno se cimienta sobre el sexo y la pasión desenfrenada.

¿Cuál es el grado de peligro al que me estoy exponiendo realmente? ¿Debería tomar precauciones? ¿Sería capaz de hacerle daño a una mujer a la que quiere si ella dejara de quererlo?

Una sombra de incertidumbre se cierne de pronto sobre sus acciones, y empiezo a valorarlo todo bajo una nueva luz.

Quiero poseerte entera.

Cuando estoy contigo, me cuesta mantener el control.

Soy exactamente cómo crees que soy. Un monstruo.

Las palabras están ahí. ¿Cuánto poder encierran las tuyas?

Me quedo quietecita mientras él, ajeno a mi intenso conflicto mental, me quita el casco con delicadeza y sus ojos, de un azul chispeante, se colocan a la altura de los míos.

Lo genuinamente feliz que parece en mi presencia me hace dejar de divagar y concentrarme en el presente.

Todo se desvanece, anulado por su presencia, tan magnética como el fuego que arde en sus pupilas.

Algún día lo averiguaré, seré capaz de responder a todas las preguntas. Hoy no es un buen momento para planteármelas.

—¿Estás bien, pequeña? No te habrá asustado la velocidad.

Niego y él me roza la mejilla con el dedo, antes de abrazarme con fuerza.

—Esa es mi chica —me susurra al oído—. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Dejo que mi cuerpo, cada vez más dócil y relajado, se amolde contra el suyo. Esto es perfecto. No quiero que me suelte nunca. Nada me importa, solo él.

Pasados unos segundos, me aferro a su nuca con los dedos, hundo la nariz en su cuello e inhalo con fuerza. El aroma de su cálida piel llena mis fosas nasales, calmando de golpe todos mis temores.

No, no le tengo miedo. No como debería. Mi instinto sigue diciéndome que es un justiciero que solo castiga a los pecadores. ¿Puedo confiar en mi instinto?

—Dame un segundo —murmura, cogiéndome la cabeza entre las manos para entrelazar de nuevo nuestras miradas—. Ahora vuelvo.

—Vale.

Planta un beso rápido en mis labios y después su cuerpo se separa del mío.

Me recorre una oleada de frío, a pesar del ambiente húmedo y templado, bastante primaveral, que se respira esta noche en las calles de Cleveland.

Abrazada a mí misma, me vuelvo hacia atrás para saludar a nuestros acompañantes con un gesto del mentón.

Algunos se han ido quitando los cascos mientras Ash y yo nos estábamos haciendo arrumacos, de modo que reconozco a Julian, a Serpiente, a Mickey y a Seven.

Han sobrevivido casi todos los de su círculo más íntimo. Menos Colin. Una lástima. Me caía bien.

Ash está hablando con Julian en susurros. Los observo con una arruga entre las cejas. ¿Qué estarán tramando?

Solo intercambian unas pocas palabras, después de las cuales asienten los dos, conformes con lo que sea que hayan decidido, se dan palmaditas en el brazo y se despiden con un gesto.

Un segundo después, la noche se los ha tragado.

Ash regresa junto a mí, me coge de la mano y presiona mis dedos con suavidad, antes de besarme los nudillos.

—Entremos. Me daré una ducha y luego bajaré a por algo de cenar.

Doy mi conformidad con un gesto. Me cuesta hablar. El corazón me martillea de manera irregular entre las paredes de la caja torácica, y su latido es todo en lo que puedo concentrarme durante unos lentos segundos.

Mi mundo está cambiando deprisa, y me temo que ninguno de esos cambios parece bueno.

No sé cómo puede estar tan tranquilo, tan al mando de la situación, teniendo en cuenta que le acaban de colocar una diana sobre la espalda.

No hay ni una pizca de titubeo en él. Ni un músculo que se mueva. Ninguna expresión que delate preocupación.

Se mantiene imperturbable, como una estatua asiria cuyas elegantes facciones no puedes hacer otra cosa salvo contemplar. Bella, con sus ángulos perfectos, sus contornos mitad luz mitad oscuridad, pero no es más que un trozo de roca frío e intocable.

¿Dónde está su humanidad? Hoy solo parece un espejismo.

Estamos lo bastante cerca el uno del otro como para que su vibrante energía y su abrumador olor masculino despierten un estúpido cosquilleo en mi estómago. No necesita ducharse. Así es como más me gusta. Tengo ganas de lamerle la piel.

Me estremezco ante la imagen que se abre paso por mi caótica mente. Dios. Estoy obsesionada. Cuanto más me da, más necesito. No es amor. Va mucho más allá. Se trata de poseer, de apoderarse de todo, de arrebatarle hasta el último resquicio de control.

Él me consume y supongo que yo también necesito consumirlo.

O puede que sea amor, después de todo. Tampoco es que yo haya amado antes.

Capítulo 3

Quiero vivir en la oscuridad. (Canción *Sun of a Gun*, Oh Land)

Alexandra

Lo observo en silencio mientras abre la puerta del portal y me arrastra tras él por un pasillo minúsculo y sucio, cuya luz no se molesta en encender.

Subimos por la escalera, no hay ascensor. Nuestro piso está en la segunda planta. Esperaba algo peor. Es pequeño, pero está limpio y con eso me doy por satisfecha. No huele a moho como el motel.

—No está tan mal —comento al entrar en el salón.

Él hace un leve amago de sonrisa, como si apreciara mi conformidad.

Suelta las llaves y los dos cascos encima de la mesa y empieza a vaciarse los bolsillos, tabaco, cerillas, móvil, pistolas y otra clase de cachivaches peligrosos...

Lo dejo ahí, concentrado en lo suyo, y decido dar una vuelta por el que será nuestro hogar a partir de ahora; me paseo por el dormitorio, el salón, la cocina y el baño, haciendo un repaso mental de las cosas que faltan y necesitamos. Me ha pedido una lista. Se la haré mientras él se ducha.

Regreso al salón, me siento en el sofá y empiezo a apuntar cosas en el bloc de notas de su móvil de prepago. Yo todavía no tengo uno.

—Alexandra.

Levanto la cara hacia la suya, estremeciéndome como cada maldita vez que sus labios formulan mi nombre, sonidos arrastrados, ronc, que me reclaman de una forma que incluso la sangre se incendia en mis venas.

Mis ojos conectan de inmediato con los suyos. El contacto es tan visceral como siempre.

—Dime.

De pie en mitad de la habitación, en vaqueros y una camiseta de manga corta que se tensa sobre su pecho musculoso, parece inmerso en una tremenda lucha interna.

Se produce una pausa tan larga que casi doy un respingo cuando su voz rota vuelve a abrirse paso a través de mí.

—Lo siento. De veras.

Trago saliva, sin saber cuándo ha empezado a escocerme tanto la garganta.

—Lo sé.

Veo su tristeza, me empapo en ella y todo se complica, mi cuerpo despierta y se vuelve muy consciente del suyo porque, cuando está vulnerable, los pocos momentos en los que se muestra humano, pierdo la cabeza por él.

—Lo arreglaré —me promete, aunque apenas presto atención a sus palabras. Solo puedo concentrarme en ese timbre rasposo que me hace arder en llamas. Mis músculos internos se contraen de forma casi dolorosa.

Nada de esto estaría pasando de no haberme obsesionado con él. Ahora no hay vuelta atrás. Estoy atrapada. Los dos lo estamos.

—Sé que lo harás.

Lo que me preocupa es *cómo*.

Me mira largo rato, y yo lo miro también; no puedo despegar nuestras miradas ahora mismo, tan eléctrica es la fuerza con la que me retiene.

—Te quiero —dice finalmente.

Una sonrisa débil se dibuja en mis labios.

—Lo sé...

Aguarda unos segundos, muy quieto, con un destello de esperanza iluminando el peligroso azul de sus bonitos ojos.

Cada molécula de su ser está pendiente de mí.

Pero, conforme se prolonga mi silencio, su rostro abandona la ilusión y comienza a reflejar una sombra de incertidumbre.

Y, quizá, también un rastro de devastación.

—Voy a ducharme —se rinde en un murmullo, tras un tiempo razonable en el que yo no me he visto capaz de abrir la boca.

Asiento despacio y lo sigo con la mirada por el pasillo.

—Joder —siseo entre dientes al quedarme sola en el salón.

Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza.

¿Por qué no se lo habré dicho?

Maldigo hacia mis adentros, tiro su móvil al sofá y voy tras él.

La puerta está abierta como de costumbre. No le gusta ducharse de otra forma, le agobia el vapor.

Cuando entro, él está de perfil, con las dos manos apoyadas contra la pared y la cabeza bajada, para que el agua le caiga justo en la nuca.

Observo sin ningún pudor su atlético cuerpo lleno de tatuajes, sigo con la mirada los hilos de agua que se escurren por los escalones de su abdomen, y me siento como siempre, inevitablemente atraída, presa de una erótica fascinación que me impide mantenerme al margen.

Todavía no ha reparado en mi presencia. Tiene los ojos cerrados. Está tenso y...

Parece vencido.

Sé que eso se lo he provocado yo. Ahora tengo que arreglarlo.

Me quito la ropa de prisa, me suelto la coleta que me hice para poder ponerme el casco y me peino un poco con los dedos delante del espejo.

Él es lo único que tengo ahora. Estamos juntos en esto.

Respiro hondo antes de tirar de la puerta con las dos manos. Probablemente no vuelva a coger oxígeno hasta dentro de un rato. El espacio es tan reducido que da la impresión de que no queda aire ahí dentro, solo él, en todas partes.

Ash se vuelve hacia mí, sorprendido por mi presencia, y me observa sin decir nada. No intenta tocarme ni acercarse a mí de ningún modo. Quiere que lo decida yo. Nuestros cuerpos casi se rozan, pero por falta de espacio, no por elección suya.

El agua corre a nuestro alrededor, casi hirviendo. Mi cuerpo está en llamas.

Lo miro, me empapo en él, y noto la sangre latir por mis venas y una lenta sacudida en el estómago.

—Alexandra, ¿qué...?

Dios... Su voz ronca vibra en mi piel. Es demasiado tentador como para resistirse.

Hundo los dedos en su pelo mojado y acerco su boca a la mía para acallarlo. Mi forma brusca de actuar lo excita. Lo percibo en el movimiento acelerado de su pecho y en el destello de los ojos, que pasan de tristes a salvajes.

Nos quedamos así unos lentos segundos, saboreando la espera. El cálido aliento que arroja contra mis labios envía a mis terminaciones nerviosas un estremecedor hormigueo eléctrico.

Empieza a ponerse duro. Primero lo noto en sus pupilas. La oscuridad que arde tras ellas está

a punto de desbordarse.

Al cabo de unos segundos, me arrima toda la extensión de su miembro; se frota contra mí, aunque sin intención de entrar todavía.

Cierro los ojos para disfrutar de la sensación un poco más. Su polla, firme y caliente, palpita sobre mi clítoris. Me muero por tenerlo dentro, a pesar de que, al mismo tiempo, me gustaría prolongar la espera todo lo posible porque esta electricidad es muy excitante.

—Yo también te quiero —murmuro, antes de darle el beso que los dos estábamos anhelando, el que nos tenía vibrando de deseo encima de los labios del otro.

Gruñe excitado, clava los dedos en mi trasero, me aplasta contra la puerta de la cabina y su boca me atrapa en un beso feroz que inmediatamente me deja mojada e hinchada de deseo.

—Dilo otra vez —ordena con voz áspera, separando el rostro del mío lo suficiente como para poder sopesarme con sus ojos cargados de lujuria.

Sin romper el electrizante contacto visual en el que estamos inmersos, lo hago girarse hasta que es él el que termina apoyado contra la puerta.

No hace nada para detenerme, solo me observa de esa forma lánguida que deja muy claro lo obsesionado que lo tengo.

Trago saliva y exploro con los dedos su esculpido torso, sus costillas y el impresionante miembro que se me clava en el estómago.

Divertido, me agarra la muñeca, me la aprieta contra la pared de azulejos que tengo a mis espaldas para que me esté quieta y su cincelada cara se inclina sobre la mía. Su cuerpo me domina con la misma fuerza que las pupilas que poco a poco vencen mi resistencia.

Compongo una sonrisa perversa, que lo hace arquear la ceja derecha con aire exigente. Quiere oírmelo decir una y otra vez para poder creérselo.

—Te quie-ro —deletereo con lentitud, firmeza y mucha convicción.

Ahogo un gemido dentro de la boca que de pronto captura la mía en un beso incendiario. Su cuerpo, que sigue atrapándose contra la pared, se presiona contra el mío. Su rígida erección empieza a frotarse entre mis piernas.

De nuevo, busca sin querer entrar. Me vuelve loca. Mi cuerpo entero vibra por la necesidad de liberarse.

Un quejido sale de mis labios cuando intento que me penetre y se retira.

Me sonrío, una sonrisa pendenciera que me acelera el corazón.

—Otra vez —ordena, con un hambre salvaje ardiéndole en la mirada.

Mis dedos se pasean por el tatuaje de su costado. *Encuentra lo que amas y deja que te mate.* Muy adecuado.

Se estremece y yo me pongo todavía más caliente.

—Te quiero, Ash.

Desliza el dedo índice por mi mejilla y recorre, absorto, el perfil de mi boca. Su respiración suena de repente rápida e irregular.

—La puta hostia. No sabes lo feliz que me hace tenerte aquí. Por muy egoísta que suene.

Antes de que pueda responder, me ha hundido la mano en el pelo y su lengua ya está dentro de mi boca, buscando con desesperación la mía.

Saboreo la eléctrica fricción el momento que dura el beso, y suspiro de placer cuando se retira y sitúa sus ojos azules a la altura de los míos.

—Dime qué quieres que haga.

—Te quiero dentro.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres mi polla?

—Sí —jadeo, completamente ahogada en este deseo.

Su erección se frota, palpitante, entre mis pliegues hinchados. La petición lo vuelve loco, lo noto en la expresión ansiosa que se cobija bajo sus facciones.

—¿Cómo la quieres? —me susurra, rozándome la oreja con sus labios calientes.

—Eso ya lo sabes.

—De todos modos, dame detalles. Quiero hacerlo bien.

—No necesitas detalles. Sigue tu instinto.

Ríe entre dientes y niega para sí.

Abro los labios y chupo con delicadeza la yema del dedo que acaba de apoyar contra mis labios. Sus ojos se oscurecen del todo cuando lo rodeo con la lengua y me lo meto por completo dentro de la boca.

—Te he echado tanto de menos que creí que me volvería loco en ese puto piso —sisea mientras sigue frotándose a sí mismo contra mí—. Solo podía pensar en ti. En esto —murmura, abarcando todo mi sexo en la palma de su mano.

Abro la boca para respirar, y él inclina el rostro sobre el mío para aspirarme a mí.

—Dime la verdad, Ash. ¿Te tocaste pensando en mí?

Las comisuras de sus labios se elevan en una sonrisa mal disimulada.

—Tal vez... ¿Y qué si lo hice?

—¿Te corriste? —murmuro, provocando su boca hasta que se dispone a besarme y entonces me aparto y lo dejo con las ganas porque yo también sé jugar a esto.

—Joder. No hagas eso, pequeña. —Suelta un gruñido bajo y largo al ver que, en lugar de besarle, me acaricio el abultado pezón con el dedo que acabo de lubricar y, manteniendo los ojos fijos en los suyos, me lo meto dentro—. Ten en cuenta que llevo tres días con el mono y la última vez me quedé a medias. No me provoques.

—¿O qué? —lo reto mientras me penetro yo solita con su dedo.

—O acabaré siguiendo mi instinto y no va a gustarte.

Lo contemplo a través de las pestañas, dedicándole mi mirada más seductora.

—Pruébame.

Un brillo de satisfacción ilumina sus pupilas. Disfruta mucho con esto. Los dos lo sabemos.

—Tú misma.

Ahogo una exclamación de sorpresa cuando me da la vuelta de repente, presiona mis pechos contra la pared y se pega a mi espalda.

—Voy a probarte —me susurra al oído, con voz gutural y un poco amenazadora—. Y no solo eso, cielo. Voy a darme un auténtico festín. Celebremos que esos capullos malnacidos no han podido conmigo.

La lenta pasada de su lengua alrededor de mi lóbulo me hace cerrar los ojos y renunciar encantada a cualquier atisbo de control o lucidez que me quedaba en el cuerpo.

Echo la cabeza hacia atrás hasta apoyar la nuca en su hombro y me concentro solo en los pulgares que acaban de localizar mis tensos pezones y dan vueltas lentas a su alrededor.

—Sí... Hazlo...

Como siempre, tiene mi consentimiento.

Capítulo 4

Tengo un deseo ardiente por ti, nena.

(Canción *Burning Desire*, Lana del Rey)

Alexandra

—¿No te gusta la pizza? Lo siento, no encontré nada mejor.

La voz preocupada de Ash me arranca de mi ensimismamiento. Me doy cuenta de que sujeto un triángulo de pizza en la mano desde hace un rato y que solo le he dado un pequeño mordisco.

—No, la pizza está bien —lo tranquilizo con algo que pretende ser una sonrisa—. Es que no tengo mucha hambre.

Me evalúa a través de los párpados entornados.

—Sé que esta situación te... inquieta —pronuncia las palabras de forma lenta y mesurada, como si necesitarla sopesar bien lo que va a decirme—, pero no tienes nada por lo que preocuparte porque...

—¿Qué ha pasado, Ash? ¿Hubo un tiroteo delante de un club como en el Viejo Oeste y os busca la policía o...?

—Nadie nos busca.

Niego, sin dejar de evaluar su tenso semblante.

—No lo comprendo. ¿Cómo es posible? Hay cámaras por todas partes.

—Las que rodean el *Fever* estaban desactivadas. Nuestro hacker se ocupó de eso. Ni siquiera había alumbrado urbano.

—¿Tenéis un hacker?

—Cielo, somos una organización del siglo XXI. Claro que tenemos un hacker. Come un poco, anda. Has tenido unos días tensos. No hagas que me preocupe también por ti. Necesitas recuperar fuerzas.

—¿Fuerzas para qué?

Arquea las dos cejas con aire travieso y sus labios se despliegan en una sonrisa provocativa.

—Oh —murmuro al comprender por dónde van los tiros—. Me gusta lo que insinúas.

—Esto te va a gustar más. Escucha. He decidido quedarme un par de días en casa, contigo.

Me estremezco en lo más profundo de mí, porque entiendo lo que me está diciendo. *Voy a quedarme un par de días en casa y vamos a follar hasta volvernos locos para celebrar que sigo vivo.*

—¿Y luego?

Su cinzelada mandíbula se contrae de tensión.

—Luego ya veremos. Cena. Más tarde podemos ver una película, si te apetece.

Ver una película. Qué gracia. Él y yo no somos capaces de hacer algo tan simple como ver una película juntos. Todas acaban igual: con nosotros dos desnudos, jugando con el cuerpo del otro. Ash no puede sentarse a mi lado en el sofá y mantener las manos quietas. Lo nuestro es demasiado físico.

—Sí. Bien. Me parece genial.

—Pero tendrás que acabarte al menos dos porciones de pizza.

Le pongo mala cara. A veces me habla como si fuera su hija.

El sonido del timbre lo hace levantarse del sofá y, a mí, fruncir el ceño.

—¿Esperamos a alguien?

—A Seven —contesta, antes de abrir.

Estupendo. Se me acaba de indigestar el poco alimento que he ingerido.

—Traigo las cosas que pediste —rezonga ella, sin mirarme a mí.

Supongo que debe de resultarle incómodo verme en el sofá, vestida con la camiseta de Ash, y encontrarlo a él desnudo de cintura para arriba. En nuestra defensa, no tenemos más ropa que ponernos.

—Gracias, Sev.

Coge las dos bolsas de viaje que ella le alarga y se hace a un lado para dejarla pasar.

—¿Pizza? —le ofrece, y por ello se gana una mueca enfurruñada.

—Paso. ¿Necesitáis algo más?

—Alexandra, revisa esta bolsa y dime si quieres algo más.

Sorprendida, suelto la porción que sigo sin acabarme, abro la bolsa negra que me ofrece y registro su contenido.

Dios mío. Ha dejado que su ex novia psicópata me compre bragas, ropa de estar por casa, vaqueros, camisetas, jerséis, lentillas de contacto y algunos productos cosméticos de la lista que le pasé. ¿Cómo puede ser tan capullo? ¡Esto no es ni medianamente normal!

—Renovaremos nuestros armarios en breve, solo necesitas ir tirando unos cuantos días, hasta que pueda llevarte de compras. ¿Te apañas con eso?

Hiervo de furia a su lado, y debe de notarlo en mi cara porque aprieta la mandíbula con disgusto y le dice a Seven que no, no necesitamos nada más.

—Bien. Llámame si quieres algo.

Le planta un beso rápido en la mejilla, muy cerca de los labios, y se despide de mí con un gesto escueto.

Ash cierra la puerta con aplomo.

Lo oigo respirar hondo antes de volverse para encararme. Intuye que vamos a pelearnos y creo que no le apetece nada. Pues me da igual.

—¿Qué pasa ahora?

—¡¿Que qué pasa?! —le grito, perpleja—. ¡Has enviado a tu ex novia a comprarme bragas!

Le late la mandíbula y el rictus pétreo que asola su expresión facial me dispara el pulso.

—¿Sí? No me digas. ¿Y qué querías, que mandara a Julian? ¿Crees que habría sabido qué coño es el...? —Como no se acuerda del nombre, se saca el móvil del bolsillo y pasea el dedo por la pantalla con una feroz arruga entre las cejas—. A ver dónde está. Ajá. Aquí. *Advanced Night Repair* de Estée Lauder —me lee con suma ironía—. Tócate los huevos.

—¡Eres un cabronazo! —le grito, tirándole a la cara las bragas de encaje que tenía en la mano.

La ira que incendia sus pupilas da mucho miedo, pero lo que más aterriza en realidad es el férreo control que se obliga a mantener sobre sí mismo.

Esos ojos podrían reducirme a cenizas si se lo propusieran. Pero es evidente que no quiere perder los estribos conmigo y decir cosas de las que podría arrepentirse más tarde. Lo veo en la forma en la que se le dilatan las aletas de la nariz al coger aire y en cómo mueve su poderoso cuello hacia ambos lados para relajar un poco la tensión.

Decido que ya he tenido suficiente por hoy y le vuelvo la espalda.

—¿Sabes qué? No tengo por qué aguantar esta mierda.

—Alexandra, vuelve aquí —me pide, con mucha calma, los nervios templados de siempre—. No hemos acabado de cenar ni de pelearnos.

—Yo, sí —grito, de camino al dormitorio—. ¡Y hoy duermes en el sofá!

Pego un portazo, me desplomo sobre la cama y suelto un gruñido de rabia solo con volver a

visualizar a Seven, de tienda en tienda, eligiendo bragas y productos cosméticos para mí.
¿Es que nadie ve lo retorcida que es la situación?!
Hundo la cara en la almohada y gruño con todas mis fuerzas.

El interior de la boca de Ash es caliente y húmedo.

No sé si estaba consciente o no cuando empezamos a besarnos. A lo mejor actué por instinto... En algún momento me quedé dormida y cuando volví a la realidad, estaba entre sus brazos, él se había puesto duro y nos estábamos comiendo a besos como si nuestra vida dependiera de ello.

Ahora estoy totalmente despierta. Todo mi cuerpo lo está, pendiente de cada estímulo.

Su respiración controlada me excita tanto que mi lengua se desliza furiosa sobre la suya, intentando igualar su hambre, y mi mano se pasea por su costado, arriba y abajo.

Cuando su boca libera la mía para devorar la línea de mi mandíbula, jadeo en busca de oxígeno.

Su mano encuentra mi pecho por debajo de la enorme camiseta que llevo y lo amasa. Con las puntas de las uñas me pellizca el pezón, desatando olas de placer eléctrico entre mis piernas.

Me arqueo hacia él, gimo, me agarro a su pelo y le clavo los dientes en el hombro.

—Ha sido nuestra primera pelea de enamorados —murmura contra mi piel. Acaba de levantarme la camiseta y su boca arde encima de mi estómago.

—Lo sé.

—Me has puesto muy cachondo.

Su lengua sube por mi abdomen, hasta arremolinarse alrededor de mis hinchados pezones. Lo sujeto con fuerza por el pelo para mantener su boca ahí. Quiero que siga lamiendo y succionando, que se deleite.

—Lo sé —musito entre jadeos mientras lo busco con los dedos.

Gruñe contra mi piel y se frota a sí mismo dentro de mi puño cerrado.

—Deberíamos pelearnos más a menudo, ¿no crees?

Su mano baja por mi cuerpo, hasta cubrirme el sexo con la palma. Lo estruja entre los dedos y sigue lamiéndome los pezones y tirando de ellos con los labios y los dientes.

Vibro y palpito por él y lo sabe, por eso se lo está tomando con calma.

—Deberías follarme para que nos reconciliemos.

—Debería.

Pero su mano me libera, justo cuando me empezaba a acelerar.

Jadeo impaciente.

—¿Vas a hacerlo? —susurro, buscando su rostro entre las sombras.

—No lo sé. Me has llamado cabronazo. Te mereces un castigo. Yo nunca te he insultado a ti.

Ahogo una exclamación cuando rodea mis muñecas con un cordón que se ha debido de sacar de algún bolsillo y me las ata al cabecero de la cama.

Intentar forcejear no sirve de nada. No puedo liberarme. Solo consigo que el cordón se me clave todavía más en las muñecas.

—Puto psicópata —escupo, revolviéndome contra su cara—. Y yo que creía que te arrepentías de ser tan capullo...

Se echa a reír.

—Yo nunca me arrepiento de nada, cielo. Es la jodida definición de la psicopatía. Sin remordimientos. Estate quieta o no dejaré que te corras.

—¿Esto te pone cachondo?

—No te haces una idea —responde, provocándome con los labios.

Dios, soy muy débil... Saco la lengua y se la paso por la boca, y él disfruta mucho alejándose, lo cual me enfurece tanto que forcejeo de nuevo.

—Suéltame las manos, Ash.

Ojalá fuera capaz de pedirlo con más firmeza o convicción...

—¿Por qué? ¿Para que sigas tirándome cosas?

—Para que pueda retorcerte las pelotas —amenazo entre dientes.

Sus roncadas carcajadas resuenan por toda la habitación.

—Qué bruta eres a veces... ¿Sabes? Creo que es lo que más me gusta de ti. Tú me completas. ¿De verdad quieres que te suelte? —murmura, con ojos serios, mientras desliza los dedos sobre mi hinchado clítoris, disfrutando de la forma en la que mi cuerpo se sacude bajo sus provocativas caricias. La expresión resuelta que se refleja en su cara me vuelve loca—. Dímelo. Y sé honesta. ¿Quieres que te suelte, Alexandra, o probamos a ver hasta dónde nos lleva esto? Jugaré según tus normas, como siempre.

Mi contestación consiste en separar un poco más las rodillas.

Otro consentimiento más.

Pasea la mirada por todo mi semblante y me doy cuenta de que lucha por contener una sonrisa de satisfacción.

—Buena chica. ¿Ves? Te lo has ganado.

Me da lo que le pido, me estimula con los dedos hasta que mi fiebre por romperme en pedazos se vuelve inaguantable.

Empiezo a mover la pelvis y a jadear, acelerada. Estoy casi saboreando el orgasmo cuando vuelve a detenerse.

—Ash... —murmuro, suplicante, aunque esta vez no es necesario mendigar.

Me separa las piernas con cierta brusquedad y su lengua me rodea el clítoris y gira muy despacio a su alrededor, aplicando cada vez más presión hasta que el orgasmo más fuerte que he tenido en toda mi vida se apodera de mí y empiezo a sacudirme, a gemir y a suplicar que se detenga porque no aguanto más la presión.

Pero él persiste hasta el final, me obliga a aceptarlo todo, oleada tras oleada, por muy intensas que sean, y solo cuando caigo rendida en el cochón saca la cabeza de entre mis piernas y me besa con una furia que prolonga todavía más las intensas descargas de placer que me hacen vibrar por debajo de él.

Puedo saborearme a mí misma en la lengua que se desliza furiosa sobre la mía y eso me vuelve todavía más hambrienta y más desatada.

—Te ha gustado entregarme a mí todo el control.

No es una pregunta.

Aun así, asiento, sin aliento para formular palabras.

—¿Te suelto, o sigo?

Respiro hondo, con la mirada encajada en la suya mientras aúno fuerzas para hablar.

—Sigue.

Un pequeño atisbo de sonrisa mueve la comisura de su boca hacia la derecha.

—Respuesta correcta.

Y de golpe atraviesa mi cuerpo inflamado y resbaladizo, arrancándome un grito ahogado y dejando mi mente en blanco.

El placer es intenso y eléctrico, y yo estoy cada vez más pillada, cada vez más fuera de

control.

Nunca he conocido a nadie como él. Es exactamente la pieza que me faltaba.

Capítulo 5

**Sabía que había llegado el momento
para matar el pasado y volver a la vida.**
(Canción *Coming Back To Life*, Pink Floyd)

Ash

Necesita a alguien normal en su vida, a un tío decente que le prepare tortitas el domingo por la mañana y la abraze mientras ven juntos el clásico que echan en la sesión de tarde de Paramount Channel.

Y, como yo pretendo ser ese tío, hoy he ido a la tienda y aquí estoy, haciendo las putas tortitas.

No quiero más peleas. Dios sabe que estar con ella es como intentar domesticar una fiera. Un paso en falso y estás jodido. La reconciliación de anoche fue muy gratificante para los dos, pero no podemos seguir así para siempre.

Sospecho que una parte de ella quiere dejarme, o que al menos se lo ha estado planteando. Me preocupa esa parte, es imprevisible. Necesito que se quede a mi lado, por muy egoísta que suene. La quiero. He dejado ir a Nikki para entregarme a ella por completo.

O, en fin, he dejado ir a Nikki todo lo que Nikki me ha permitido dejarla, porque siempre ha sido muy acaparadora.

Será mejor que deje de pensar en gilipolleces y me concentre en las tortitas. No hago esto desde que Mia era pequeña y quiero que salga bien. Que sea un desayuno perfecto. Normal. Todo normal. Calma.

Pongo música en el móvil (estoy de buen humor hoy), echo una bola de mantequilla dentro de la sartén y la froto por toda su superficie, esperando a que se derrita por completo antes de echar la masa.

Suena *Coming Back To Life*, de Pink Floyd, y para mí es un domingo perfecto, a pesar del mundo que está ardiendo ahí fuera.

Al otro lado de la ventana hace un día gris y lluvioso. Dentro no se está nada mal. He puesto la calefacción, para que ella no tenga frío cuando se levante de la cama. Los dos nos quedamos dormidos sin ropa. Estábamos agotados anoche.

Me cuelgo un cigarrillo entre los labios, lo enciendo y suelto la primera tortita dentro de un plato. Parece comestible. Solo me queda aguantar dos horas abrazado a ella sin intentar follármela y ya seré ese tío. Voy por el camino de la normalidad.

Me abstraigo unos segundos con el ritmo progresivo de *The Great Gig In The Sky*, mientras espero a que el fuego haga su trabajo. Me encanta esta canción. Me encanta Pink Floyd.

Doy una profunda calada al cigarro, saboreándolo con cada fibra de mi ser, y zarandeo la sartén para que no se me pegue la tortita.

De pronto, los brazos de Alexandra me rodean la cintura. No la he oído acercarse y el roce de sus dedos helados en mi estómago caliente me hace estremecer.

—Mierda —murmuro, mirando el estropicio—. Esta hay que tirarla. Se me ha caído toda la columna de la ceniza dentro.

Riéndose, planta un beso en mi hombro y separa su cuerpo del mío. Joder. ¿Por qué? Me gustaba tenerla pegada a mi espalda.

—No puedes cocinar y fumar al mismo tiempo.

La miro con sorna.

—¿Quién dice que no puedo?
—El departamento de sanidad.
—Ja. He preparado café.
—Qué majo. Café y todo.
—Soy un buen tío, ya lo sabes.

Esta vez es ella la que me mira con sorna. Vuelvo a absorber humo en los pulmones y después lo suelto hacia el lado opuesto a donde está. No quiero asfixiarla. No suelo fumar en casa, solo lo hago en la cocina y solo porque he abierto la ventana.

—¿Qué tal has dormido?
Sirve dos tazas de café. Deja una en la encimera a mi lado.
—Poco. Ya lo sabes.

Sonrío para mí. Sí que lo sé.

La atrapo por la muñeca, la arrastro a mis brazos y le doy un obsceno beso de buenos días, que tengo que interrumpir cuando el humo de la tercera tortita, chamuscada por completo, nos hace toser.

—¡Ash!
—Que no cunda el pánico. Tengo una que está bien. Solo tengo que conseguir tres más. Ten un poco de fe en mí.

Alexandra la toquetea con el dedo y pone cara de grima.

—¡Esta está cruda!

Entorno los párpados en un gesto exasperado. ¿Es que no ve que me estoy esforzando, coño? Para mí sería más fácil comprar las putas tortitas ya hechas.

Pero lo que puedes comprar, poco valor tiene, ¿no?

—La sartén no se había calentado lo suficiente. Pero ya está, lo tengo controlado. ¿Lo ves? Esta tiene buena pinta, mujer de poca fe.

Riéndose, toma un sorbo de café, se apoya contra la encimera, de cara a mí y me observa pensativa.

—¿Qué estás haciendo?

—Tortitas.

Pensaba que era obvio.

—¿Por qué?

«Esa es una pregunta fácil, cielo. Quiero ser ese hombre, el que hace tortitas, el que ve películas sin intentar meterte la polla en ninguna parte».

Pero será mejor que le suelte la versión censurada. Ella no es como las demás.

—Quiero mimarte.

Me sopesa en silencio con esos ojos que tienen el mismo color que el de mi whisky favorito. Me pregunto qué es lo que verá en mí cuando me escudriña tan concentrada. Tengo la sensación de que ella puede atravesar el velo, advertir el mal que intento mantener a raya.

—Estás distinto.

—¿Eso es bueno o malo?

—Nunca te había visto tan hogareño.

—Nunca he estado de vacaciones —repongo, quitando, satisfecho, la cuarta tortita de la sartén. Ha salido perfecta. Mi plan va sobre ruedas.

—¿Estás de vacaciones ahora?

—Claro. ¿No lo ves? —le guiño el ojo después de echar otro cucharón de masa cruda en la sartén.

—¿Y cuánto tiempo van a durar estas vacaciones tuyas?

Jo-der. No me gusta que me acribillen a preguntas recién levantado.

«Tú tranquilo. Sobre todo, no te pelees».

Intento destensarme, estiro el cuello hacia ambos lados y apago el cigarro en un plato de postre. No tenemos ceniceros.

—No pensemos en el futuro ahora —le respondo, apaciguador—. Disfrutemos de este momento.

Nada mejor que la paz antes de una tormenta. El aire es eléctrico. Todo parece posible.

—Está bien —se rinde con un suspiro.

Sonríó cuando deja la taza de café en la encimera, se abraza de nuevo a mi espalda y apoya la barbilla en mi hombro. Debe de haberse puesto de puntillas. No es tan alta como para llegar hasta ahí sin estirarse.

—Me gusta cuando estás de vacaciones. Me gusta esta versión de ti.

A mí también, joder.

—Algún día iremos a la playa, y esas sí que serán unas buenas vacaciones.

—Mmmm —ronronea en mi oído mientras sus uñas se pasean lánguidamente por el contorno de mis abdominales—. Me muero de ganas. Echo de menos tumbarme bajo el sol.

Una imagen de su cuerpo desnudo en la arena caliente me sacude con fuerza.

Mierda. Me estoy empalmando entero y no, no, no, no quiero joder este momento. «Respira, tío. No pienses en ella desnuda».

La puta hostia. ¿A quién pretendo engañar? Me muero por perderme en ella; quiero poseerla encima de la encimera, con furia y dureza, y luego despacio, solo para prolongarlo un poco más. A la mierda las tortitas. A la mierda con todo. Que le den a ese capullo que prefiere ver películas viejas en vez de follarse a su mujer.

Estoy tan cerca de ceder que casi me rindo y acepto que yo no soy (y nunca seré) esa persona, pero al final consigo contenerme, aprieto los dientes y me concentro en lo que estoy haciendo.

No es buena idea follar ahora.

Quiero que desayunemos como una pareja normal por una vez en nuestra vida.

Que leamos el puto periódico.

Que conectemos a todos los niveles posibles.

El sexo que tenemos ella y yo es increíble, eléctrico, arrasador.

Eso no quita que, a veces, Alexandra eche de menos la parte emocional de una relación, esa cercanía que conmigo nunca ha podido tener porque yo, en fin, siempre me guardo alguna cosa para mí, nunca la dejo entrar por completo en mi mundo.

Sé que lo que más la excita es que yo no sea un tipo normal y corriente. Pero, al mismo tiempo, echa de menos la normalidad. No necesito que me lo diga. Lo veo en sus ojos.

Antes de este follón con los colombianos, había noches enteras en las que se quedaba sola en casa. Yo volvía a las tantas, la mayor parte del tiempo agotado o cachondo, y siempre sin una explicación que darle.

Cuando me preguntaba dónde había estado, la respuesta era invariable: *por ahí*. Que no confiara en ella lo bastante como para hablarle de las cosas que hacía cuando no estábamos juntos le sentaba como una bofetada en la cara.

Yo fingía que no me daba cuenta, que no me dolía la forma en la que me miraba a veces; que era muy normal encontrármela despierta y triste, jugando una partida de ajedrez consigo misma, con una copa en la mano que había vaciado de solo tres tragos antes de volver a llenarla, o acurrucada en el sofá, contemplando con ojos muertos una película en blanco y negro cuyo

argumento hacía hora y media que ya no era capaz de seguir.

Pero sí que me dolía porque, en cuanto se mudó conmigo, comprendí que no tenía ni puñetera idea de cómo hacerla feliz. Cada día se alejaba de mí un poco más.

En las últimas semanas habíamos empezado a distanciarnos. Tal vez no desde un punto de vista físico (dice que uso el sexo para huir de la intimidad...), pero sin duda a nivel emocional.

Ella creía que era como una especie de trofeo para mí y yo sentía que cada día era más difícil conservarla a mi lado.

Se acabó. No voy a pensar más eso. El pasado ya no importa. El hombre que era entonces murió hace cuatro noches en el *Fever*.

Ahora soy otra persona, alguien mejor. Le hice una promesa y voy a respetarla.

Quiero dárselo todo a partir de ahora, cualquier cosa que me pida, cubrir todas y cada una de sus necesidades.

Incluso las emocionales porque, de lo contrario, en algún momento se cansará de follarme, decidirá que esto es demasiado complicado para alguien como ella y me dejará.

Pues no se lo voy a poner tan fácil. No, señor. Ella no es ningún puto trofeo. Es la obra maestra.

«Tú no te irás, Bambi», me prometo a mí mismo mientras intento mantener a raya el feroz apetito que despierta en mi interior.

«Tú, no. No eres Nikki. Tú lo aguantarás todo. Tú ves la oscuridad que hay en mí y le estás plantando cara, joder. Lo nuestro es especial».

Nunca he sentido esto por nadie. No así. Ella será mi último amor, estoy seguro, porque es imposible que yo vuelva a sentir esta obsesión por otra persona. Rompe todos mis esquemas. No lo comprendo, y hace tiempo que ya ni me molesto en intentarlo siquiera. Solo puedo aceptarlo, resignarme, dejar que siga ejerciendo su poder sobre mí.

Tomada la decisión, pongo la mano encima de la suya y aprieto sus dedos para que se detenga. Unos milímetros más abajo y ya no podré contenerme.

Y volveré a usar el sexo para huir de la intimidad...

Hay que joderse.

—Señorita, ya está el desayuno. Lleva esos siropes y el bol de fruta a la mesa, anda. He comprado un poco de todo. No quería que te faltara de nada.

Recorre la piel de mi cuello con la nariz, inhalándome ansiosa, y me susurra al oído lo perfecto que es todo esto.

«Pues claro que lo es, joder. Es perfecto. Estamos de puta madre. Y tú no te irás».

Me vuelvo hacia ella, la abrazo y rozo sus labios con un beso suave. Nada de lengua, que no queremos que se nos vaya de las manos otra vez; solo mi boca temblando encima de la suya, el beso más casto que le he dado nunca.

*Hey, you
Out there in the cold
Getting lonely, getting old
Can you feel me?*^[1]

—Me gusta lo que tienes puesto —murmura nada más liberar yo sus labios.

Apoyo mi frente contra la suya, clavo los dedos en sus caderas y entrecierro los párpados.

—A mí también. Me toca por dentro. —Levanto el rostro para mirarla y noto que se estremece cuando mis ojos oscuros de deseo se insertan en los suyos. Debe de intuir que, en mi mente, mi cuerpo también se inserta en el suyo y que estoy haciendo un enorme esfuerzo para no llevar esa fantasía a la práctica—. Baila conmigo.

Sonríe, cogiéndose el labio inferior entre los dientes, se abraza a mi cuello y deja que la guíe. La amoldo contra mi pecho y me lleno los pulmones de ella. El aire que respiro es mucho más excitante desde que la conozco.

—Me quedaría así para siempre —murmuro junto a su oído—. Abrazándote.

No nos movemos del sitio, solo nos balanceamos un poco mientras mi mano sube y baja por su espalda, por debajo de la camiseta que lleva (la mía). Sus pezones están duros contra mi pecho. Mi polla, tensa contra su estómago.

Nuestras respiraciones alteradas están follando ahora mismo.

Sus ojos se mantienen encajados en los míos.

Me siento como si estuviéramos en medio de una bruma espesa que me nubla la vista. Solo puedo verla a ella.

—¿Cómo puedes ser tantas personas a la vez?

—Pequeña... —Le paso el dedo índice por encima de la boca y gruño hacia mis adentros—. Tengo alma camaleónica.

Está muy seria, hasta que de pronto todo su semblante se ilumina en una sonrisa. Se la devuelvo. Es fácil sonreír cuando ella está cerca de mí.

Hey, you

Would you help me to carry the stone?

Open your heart

I'm coming home^[2]

Con mi canción favorita sonando desde el móvil, el olor del café recién hecho y de las tortitas inundando la cocina, la mujer que quiero entre mis brazos, es el puto día más perfecto que he tenido en décadas.

Morir es bueno porque, cuando vuelves a la vida, todo parece más brillante, más excitante, más intenso.

«Eres tú. Creía que era Nikki, pero estaba equivocado. Eres tú».

Tú.

TÚ.

No he vuelto a ser el mismo desde que la conozco. Eso es bueno en muchos aspectos y aterrador en otros tantos. No se me puede olvidar quién soy. Porque, los hombres que no se acuerdan de dónde han salido, acaban en un callejón, con una bala incrustada en la nuca.

Así que yo seguiré siendo yo.

Solo que ella no debe saberlo.

Capítulo 6

Si tuviera que volver a comenzar mi vida, intentaría encontrarte mucho antes.

(Antoine de Saint-Exupéry)

Ash

Esta película es un rollo. Mantenerse quieto con ella acurrucada contra mí lo es todavía más. Me merezco una medalla por aguantar este bodrio durante Dos.Putas.Horas.

Le preocupa que lo nuestro sea demasiado físico, que no seamos compatibles fuera de la cama, y últimamente concede importancia a actividades conjuntas que no impliquen sexo.

Una relación no puede ser *demasiado* física. Pero da igual lo que yo diga, ella cree que la nuestra supera los límites de la normalidad y punto. Nunca aceptará una opinión contraria. Es igual de testaruda que yo. Eso me saca de quicio a veces y me la pone dura la mayor parte del tiempo porque, en el fondo, no quiero a alguien que me diga que sí a todo. Me aburriría enseguida si me dieran la razón. Me gustan los desafíos.

—Ha sido precioso, ¿verdad? El final es alucinante.

El final ha sido una mierda, como el resto de la película.

—Precioso, sí. ¿Podemos follar ahora?

Se produce un silencio demasiado largo y tenso. ¿Y ahora qué pasa, por el amor de Dios? ¿Qué he hecho esta vez?

—¿Ni siquiera te ha emocionado?

¿Emocionarme? Casi me duermo.

—¿Qué quieres de mí, Alexandra?

Sueno cansado porque es así como me siento. Se lo estoy dando todo. ¿Por qué no es suficiente?

—Quiero que sientas *algo* —se sulfura—, empatía o compasión o lo que sea.

Arqueo las cejas con sorna.

—¿De repente te preocupa que sea un psicópata?

—¿Lo eres?

Pongo mala cara, después de lo cual me fijo en el aire grave que desvela su rostro y contraigo la mandíbula.

¿Por qué se ha torcido tanto el día? ¡Si íbamos muy bien! Ha debido de ser la puta película, nos ha puesto a los dos de malhumor. La próxima vez la elijo yo.

—No soy un psicópata. Siento cosas. Ahora mismo, mucha irritación.

Se revuelve entre mis brazos hasta ponerse de cara a mí. Está muy seria. Mal asunto. Creo que no vamos a follar hoy. No la veo por la labor.

—¿Qué sientes cuando matas a alguien?

Qué pregunta tan absurda.

A cuento de nada, además.

—No me produce placer matar, si es lo que intentas averiguar.

—Bien, ¿y qué sientes entonces?

«¿Nada?»

—Que he hecho lo que debía.

—¿Nunca te arrepientes?

—No —gruño con voz agresiva.

—¿A cuántas personas te has cargado?

—No llevo la cuenta.

Claro que la llevo. Recuerdo cada rostro. Me atormenta noche tras noche. Así que no, no soy un psicópata, aunque a veces lo parezca.

—¿Alguna vez has matado a una mujer?

—¿Qué coño...? Daré de baja los putos canales de crímenes, que lo sepas. Te meten cosas raras en el cerebro, cielo.

—¿Sí o no? —me exhorta, con esos ojos implacables clavados en los míos.

—No —gruño, mosqueado de verdad. Tenía un plan y se acaba de ir a la mierda.

Casi es un alivio que me llame Julian y me pida que vaya a verlos al bar.

—Voy a por la cena —informo nada más colgar la llamada—. Estaré aquí a las nueve, nueve y media como muy tarde, ¿vale?

Se incorpora en el sofá y me mira con esa cara que me hace sentir como un capullo integral por dejarla sola otra vez, cuando le prometí que estaría aquí al menos hasta el próximo domingo.

—¿Necesitas tanto tiempo para comprar la cena?

—Tengo que hacer una cosa antes —explico, revolviéndome el pelo con los dedos porque no sé de qué otra forma podría contener la frustración.

—¿Qué cosa?

Y dale.

—He quedado con Julian.

—¿Para qué?

—Para hablar. Me voy.

—¿Puedo acompañarte?

Jo-der.

—¡No! ¡No puedes! —Mierda. ¿Qué coño me pasa? Respiro hondo para calmarme y, cuando consigo recuperar un poco de aplomo, me atrevo a mirarla de nuevo—. Lo siento. No quería gritarte, de verdad que no. ¿Por qué no pones otra película? He contratado todos los canales de pago habidos y por haber. Seguro que encuentras algo con lo que entretenerte mientras tanto. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta, ¿de acuerdo?

Me inclino sobre ella para darle un beso en la boca. Me duele que se aparte y que mis labios acaben en su rígida mejilla. Todo es muy difícil. Lo nuestro es como una montaña rusa. En un segundo estamos en la cima. Y, de pronto, parece que nos estemos precipitando hacia la nada.

Putra mierda de situación.

Agarro las llaves de la mesa y me marcho dando un portazo. A tomar por culo.

En el bar, me mantengo hosco y poco comunicativo. No hay grandes avances. Eso me cabrea. Quiero ponerle fin a este follón lo antes posible. Mi hermana está en Londres y mi novia me hace la cobra cuando intento besarla. Nada me está saliendo bien.

—Coño, no bebes nada —me ladra Julian, disgustado.

—No quiero beber, gilipollas. Me voy a casa.

—Joder, tío. Déjala sola un rato, que no le va a pasar nada. No es una niña pequeña.

Me vuelvo a sentar en la silla, todo tenso, y los ensarto a todos con la mirada.

—¿De qué cojones va esto?

Julian respira.

Hondo.

Lo que me faltaba.

—Mira, te lo voy a decir yo porque estos capullos no se atreven. Estamos preocupados por ti.

Ahora sí que me estoy mosqueando en serio.

—¿Preocupados, en qué sentido? —hago el esfuerzo de preguntar con calma.

—Pasas demasiado tiempo con esa tía —me suelta Serpiente en un tono acusatorio ante el cual yo arqueó las cejas.

—Es mi novia, capullo. Claro que paso tiempo con ella, joder.

—Pero estás muy pillado —arguye Mickey, que parece contar con el apoyo del grupo, a juzgar por la forma en la que asienten todos.

Hago un rápido escaneo de las caras que hay a mi alrededor y cierro los puños en el regazo. No me gusta nada lo que veo.

—¿Qué coño quiere decir pillado en vuestro mundo de zopencos? No sé a qué os referís. Pillado, pillado... ¿Qué significa pillado? —me impaciento, gesticulando con mala uva.

—Obsesionado. Encoñado —enumera Julian con exasperación—. Encaprichado. Como quieras llamarlo.

Increíble. ¿También mis amigos van a tocarme las pelotas hoy?

—No te lo tomes a mal, Ash, pero no creemos que sea buena para ti. Ella no es de los nuestros.

Aprieto la mandíbula para contenerme porque, en realidad, lo que quiero es apretar la *puta* cabeza de Serpiente contra la mesa hasta que me suplique que pare.

Me da igual lo que digan. La elegiré a ella siempre. Para siempre. Por encima de cualquier otra cosa. No voy a poner ningún límite a lo nuestro.

Mierda. Me parece que he sido un capullo esta noche. Tenía que haberme comportado mejor, haber tenido más paciencia, haberla calmado.

En vez de eso, salí dando un portazo. Joder. Esa no es la actitud. A veces me puede el mal genio. Quiero que las cosas se hagan a mi manera y, cuando algo se me resiste, me enfurezco. Aprenderé a auto calmarme la próxima vez. Está claro que la culpa ha sido mía.

—Ella no es asunto vuestro.

—Tú sí eres asunto nuestro —intenta aplacarme Julian. Se ha dado cuenta de que se me ha hinchado la vena de la sien—. Te seré sincero, Ash. Tu piba no me cae bien.

—Menuda novedad. A ti nadie te cae bien, Julian. Ni siquiera Seven.

—Seven es una hija de puta de mucho cuidado —admite, aprovechando que la susodicha está en la calle, hablando por teléfono con alguno de sus ligues—, pero al menos sabemos que es de fiar.

—Alexandra también es de fiar.

—No metas la mano en el fuego por ella, tío. La conoces desde hace cinco minutos.

—No necesito más. Y tú tampoco. Escuchadme todos porque no pienso repetíroslo. Esta conversación se zanja hoy, aquí, y no vamos a someterlo a votación. Me da igual que os caiga bien o mal. Es mi chica. Algún día será mi mujer, la madre de mis puñeteros hijos, y más vale que todos vosotros, capullos, empecéis a respetarla desde ya. No os cae bien. No me jodáis. Ninguna os ha caído nunca bien. ¡Nikki tampoco os caía bien!

—¡Porque estaba mal de la cabeza! —me grita Julian mientras expulsa humo y apaga su cigarro en el cenicero lleno de colillas—. ¡Mira cómo acabó esa movida!

—Camilla no os caía bien —prosigo, haciendo caso omiso de lo de Nikki.

—Camilla era una drogadicta —me recuerda el Holandés desde el otro lado de la mesa.

—La madre que me parió —me sulfuro, fulminándolos a todos con la mirada.

—Ahora va a ser culpa nuestra que tú no sepas elegir mejor a las hembras a las que te follas.

Mi cara helada se vuelve hacia la de Julian lentamente.

—Vuelve a llamarla hembra otra vez.

—No saques la Sig Sauer^[3] todavía, coño. Lo que quiero decir es que...

—Mejor me voy a casa porque, si me quedo, voy a empezar a repartir hostias como panes y es mejor que mantengamos un perfil bajo en el barrio. No quiero veros a ninguno de vosotros hasta la semana que viene porque estoy oficialmente de vacaciones. Y la semana que viene, cuando os vea, más vale que me traigáis buenas noticias y que NO ME MOLESTÉIS UN PUTO DOMINGO POR LA NOCHE PARA DARME EL COÑAZO CON COSAS QUE NO OS INCUMBEN, JODER.

—Qué carácter —farfulla el Rubio, negando para sí.

Me levanto cabreado de la silla, cruzo el bar en dirección a la salida y pego un portazo para zanjar la conversación.

A mamarla.

En la calle, cojo una profunda bocanada de aire frío y húmedo en el pecho y echo la cabeza hacia atrás hasta que el inmenso cielo estrellado aparece dentro de mi campo visual. Ya iba siendo hora de que dejara de llover.

Estamos en primavera desde hace más de un mes, pero nadie se ha dado cuenta hasta ahora porque ha estado lloviendo casi a diario.

Me gusta la primavera. Todo vuelve a nacer. Ya no importan los ciclos que se cierran, solo los que están a punto de abrirse.

Entro en el salón sin decir nada, suelto las llaves encima de la mesa, me siento a su lado en el sofá y la cojo por el brazo para acurrucarla contra mi costado.

No soy el único arrepentido. La encuentro bastante más dócil de lo que estaba cuando me marché. Se abraza a mí y suspira por lo bajo.

—Lo siento —le susurro al oído, plantando un beso detrás de su oreja.

—Lo sé. Yo también. Es el encierro. Me está poniendo de malhumor.

Mis brazos se tensan a su alrededor.

—¿Quieres que salgamos a cenar?

Se separa de mí y me mira tan esperanzada que comprendo de inmediato que esta noche tengo que sacarla del piso sí o sí.

—¿Podemos?

No me entusiasma, pero, en fin, se supone que nadie sabe dónde estamos. La llevaré al italiano de la esquina, el que me vendió las pizzas ayer. Es una mierda de restaurante, con manteles de papel a cuadros y velas clavadas en botellas de vino. Ella debería estar en un sitio caro. Me cabrea no poder ofrecerle todo lo que se merece. Más vale que esta puñetera situación termine lo antes posible.

A mí también me pone de malhumor el encierro. Y, cuando yo estoy de malhumor, la ciudad arde y alguien paga las consecuencias. Sí, será mejor que salgamos.

—Si te apetece, hay un italiano aquí cerca.

—¡Sí! —exclama, con una sonrisa de oreja a oreja.

A veces es como una cría. Le hacen feliz las cosas más sencillas. No le regales diamantes. No significan nada para ella. No concede importancia a cosas materiales. Una vez le traje un ramo de lilas *del jardín* y su sonrisa iluminó la habitación entera. Le hizo mucha más ilusión ese ramo cutre de lo que le habría hecho cualquier joya costosa. Lo que tiene precio, poco valor tiene. Supongo que es eso. Es como yo.

—Vale. Vístete y nos vamos.

Me dispongo a levantarme del sofá, pero me tira del brazo para que vuelva a sentarme.

—Gracias —susurra, con expresión seria.

Cojo su rostro entre las manos y mis ojos se pasean lánguidos por su rostro.

—No me des las gracias. Haría cualquier cosa por ti.

—¿Cualquier cosa?

Apenas puedo respirar con ella tan cerca. Siento que me ahogo, como si el mismo aire se hubiera contagiado de la electricidad que fluye entre nosotros.

—Absolutamente cualquier *puta* cosa.

Se le suaviza la expresión.

—¿Te asusta lo que sientes por mí?

—A veces —termino admitiendo con una sonrisa amarga—. Tienes tanto poder sobre mí que haces que me sienta muy vulnerable.

—Lo sé.

—Está bien que lo sepas.

Apoyo, rendido, mi frente contra la suya, cierro los ojos y la inhalo.

Es Alexandra quien me levanta la cara e inicia un beso lento y eléctrico que nos sumerge a los dos en un abismo de sensaciones vibrantes y cautivadoras.

Me mete la lengua en la boca, tímidamente, y es como si una corriente invisible recorriera mi piel. Se me pone dura al instante, y lo que pasa a continuación es culpa mía.

Que le rodee el cuello con una mano, tome el control sobre su boca con un beso violento, ansioso y prolongado que sirve de aliciente para una sesión de sexo enfadado y muy sucio en el puñetero sofá es solo culpa mía.

No he podido contenerme.

De todos modos, ella tampoco quería que me contuviera. Disfruta de esto tanto como yo.

—¿Notas lo dentro de ti que estoy?

—Sí... —me responde, sin aliento.

Llegamos al clímax al mismo tiempo, con una intensidad que me arranca un gruñido animal de la garganta y me hace enterrarme en ella con tanta fuerza que chirrían las patas del sofá encima del parqué.

Mi mano está tan tensa en su pelo mientras doy las últimas estocadas que ha echado la cabeza hacia atrás, lo cual me gusta porque puedo mirarla a los ojos cuando se corre conmigo y ver en su rostro todo lo que siente ahora mismo.

Tras vaciarme por completo en lo más profundo de su cuerpo, me desplomo sobre su pecho y me obligo a recuperar el aliento.

—Nos han debido de oír hasta en la planta baja —le digo cuando se me ha calmado un poco el rugido de la sangre en las sienes.

Se echa a reír, apretando la cara contra mi hombro.

—Es probable.

Planto un beso rápido en su pelo y empiezo a retirarme poco a poco de su interior. Los dos nos estremecemos.

—Vístete, anda. Salgamos a que nos dé un poco el aire. No estás a salvo aquí, señorita Alexandra. Todavía tengo ganas de devorarte, de poseerte enterita.

Apoya el dedo contra mi boca y el roce me hace bajar la mirada hacia la suya.

—Ash...

—¿Hm?

—Estoy bien, ¿vale? No me pasa nada raro. He estado un poco tensa, a veces me pongo de

malhumor sin ningún motivo, como hoy. Pero estamos bien. No voy a dejarte, si es lo que te preocupa.

Me acojona, sí.

Bajo la cara sobre la suya y la beso en los labios con una dulzura que la desarma.

Debería haberla conocido hace décadas. Siento que he malgastado el tiempo hasta ahora. He estado con mujeres que me han decepcionado. Ella no lo hará. Ella es especial. *Esto* es especial. Me da igual lo que diga mi gente. Ellos no tienen ni puta idea de nada. No me ven como ella. Me miran, pero no ven nada. Alexandra lo ve todo. Y no me tiene miedo.

Eso es cojonudo y muy esperanzador.

Capítulo 7

**Estamos todos rotos;
así es como entra la luz.**
(Ernest Hemingway)

Ash

—Vaya. Estás preciosa. —La contemplo absorto cuando, un cuarto de hora después del polvo furioso en el sofá, se queda de pie delante de mí, lista para marcharnos. Mi cuerpo todavía no se ha aplacado del todo. Aún la deseo—. ¿Te has puesto ese vestidito para mí?

—*Sip*. ¿Te gusta?

¿Que si me gusta? Me preocupa lo mucho que quiero arrancárselo del cuerpo y volver a poseerla. Es sugerente. Elegante. Sexy. No puedo dejar de mirarla.

—Me encanta. Te sienta muy bien. ¿De dónde lo has sacado?

—Venía en la bolsa.

—Estupendo. Ahora voy a tener que escribirle una nota de agradecimiento a Seven.

—Puede que no sea tan mala, después de todo —admite con un tonito seco que me arranca una sonrisa de lado.

—No lo es. Seguro que podéis haceros amigas.

—¿De verdad lo crees?

No. La idea de que Seven tenga amigas es antinatural.

—En fin, nunca se sabe. La gente no deja de sorprenderme últimamente. Ponte mi chaqueta de cuero. No salgas con la espalda desnuda. Todavía hace fresco en la calle y estás recién duchada.

—¡No me hables como si fuera tu hija!

Hago una mueca.

—Necesitas que te cuiden, pequeña —la apaciguo con un beso en la punta de su respingona nariz.

—¿Y vas a cuidarme tú?

—Es lo que intento hacer —aseguro mientras rodeo sus hombros desnudos con mi chaqueta.

—Mmm. Huele a ti.

Le guiño el ojo, abro la puerta y me aparto para cederle el paso.

—Contente un poquito, cielo. Ahora vamos a cenar. Ya follaremos después. A lo mejor te poseo en el baño del restaurante, si te portas bien durante la cena.

La expresión de alarma que pone me hace reírme hacia mis adentros.

Bajo la escalera tras ella, tarareando *Hey You*, de Pink Floyd. No está siendo tan mal domingo, después de todo.

En el exterior, la rodeo con el brazo y la pego a mi costado. Parecemos una pareja como cualquier otra; gente normal.

Caminamos en silencio hasta la esquina de la calle. Siento que estamos ella y yo contra todo lo demás.

El restaurante está casi vacío. Un poco sórdido gracias a su escasa iluminación y las capas de polvo que se están acumulando en los posters de las paredes. El aroma de la comida flota en el aire, impregnando la atmósfera con una mezcla de especias, ajo y aceite de oliva. Es un buen sitio para pasar desapercibido.

Nos instalamos en una mesa para dos. Su rostro, bajo la luz de la vela que tiembla en el centro

de la mesa, parece pálido. Unos rasgos tan perfectos que no puedo dejar de mirarlos. Solo era sexo. ¿Cuándo perdí el control?

Intento recordar en qué momento, en qué lugar me enamoré de ella, pero soy incapaz. Es como si la quisiera desde siempre. ¿Fue esa noche en la oficina, cuando ella vio al monstruo y con la mirada me suplicó que parara, que lo contuviera dentro de mí, que intentara ser mejor persona? ¿O quizá pasó cuando la besé en la calle, a la mañana siguiente? ¿O más bien cuando me dejó solo en el club porque abandonar la mesa de negociaciones transmite un mensaje?

Ni puta idea.

Solo sé que la quiero.

Con ella, me siento como si estuviera caminando sobre una cuerda colocada a diez pisos de altura del suelo. Me gusta la sensación.

Pongo la mano encima de la suya y me entretengo acariciando sus nudillos con el pulgar. Cuesta creer que esto sea de verdad. Está guapísima con su vestido nuevo, y lo mejor de todo es que se lo ha puesto para mí.

No libero su mano mientras nos toman nota. No quiero dejar de sentirla. Me encanta esta sensación de paz.

—Tráiganos dos copas de vino tinto. El mejor que tengan. ¿Qué quieres comer, cielo? —Me responde que algo picante, aunque no demasiado picante—. ¿Espaguetis a la *arrabiata*? —le propongo, oscilando la mirada entre ella y la carta que tengo delante. Asiente, conforme, así que pido lo mismo para los dos. A mí me da igual la comida. Solo quiero complacerla.

—Es un lugar bastante íntimo —comenta cuando volvemos a estar solos—. Típico restaurante de barrio, pero parece italiano de verdad, no un restaurante *i-ta-lia-no* llevado por George de Minnesota.

—Sí —coincido, riéndome entre dientes de su tonito irónico y del gesto de las comillas que hace con los dedos—. A juzgar por el acento marcado del camarero, diría que no es de Minnesota.

—Me gusta más que los restaurantes sofisticados a los que solemos ir.

Arqueo las cejas, confundido por la afirmación. Estaba convencido de que esos sitios le gustaban. Siempre la llevé a los mejores lugares de la ciudad.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque aquí pareces diferente.

Evalúo durante unos segundos el brillo de sus ojos y luego muevo la cabeza, sin entender lo que intenta decirme.

—Diferente, ¿en qué sentido?

—Te siento más cerca.

—Porque la mesa es más pequeña. Estoy, literalmente, a centímetros de ti.

Se ríe y prueba el vino que nos acaban de traer.

La observo con una sonrisa lánguida. Todavía me cuesta asimilar esto. ¿De verdad es mía? ¿Dónde está la trampa? En mi vida siempre hay una puta trampa.

—¿Has estado enamorado alguna vez?

Vaya. La gran pregunta. Ya estaba tardando.

—Lo estoy ahora.

—Antes de esto.

Me cuestiono durante unos segundos si contárselo o si mejor me callo.

—Sí —termino admitiendo.

No puedo analizar su rostro, sus rasgos se han vuelto compactos, tan tensos que parecen

esculpidos en hielo.

—¿Aún sientes algo por ella?

Rechazo la idea con un gesto.

—Está muerta.

Veo que se tensa todavía más.

—¿Cómo murió?

No lo aguantaba más.

—Una larga enfermedad que arrastraba desde la infancia.

«Busca lo que quieras en mi mirada. No vas a encontrar nada, cielo. Lo enterré todo en una tumba sin nombre».

—¿Cómo se llamaba?

Sorbo un poco de vino antes de volver a levantar mi impasible rostro hacia el suyo.

—Nikki.

Ha pasado casi media hora y el fantasma de Nikki aún flota entre nosotros. Alexandra está muy rara. Tenía que haberme callado la puta boca. Esto es un desastre, joder.

Me esfuerzo mucho por conversar, por hacerla reír un poco, pero está muy callada. Fría. No sé cómo arreglarlo. Está claro que mantener relaciones no se me da nada bien.

—¿Te pasa algo? —pregunto cuando ya no lo aguanto más.

Niega con la cabeza.

—No. Solo disfruto de la comida.

Mentirosa...

Los ojos que me taladran desde el otro lado de la mesa se han enfriado por completo desde que le hablé de Nikki. Me recuerdan a unas esquiras de hielo, tan afiladas que podrían desgarrarte la yugular.

—¿Has estado tú enamorada alguna vez?

Sonríe con tristeza.

—No. Yo nunca había sentido esto —murmura, rompiendo nuestro contacto visual casi de un respingo.

Pongo la mano encima de la suya y mi caricia le hace levantar de nuevo la cara hacia la mía.

—Yo tampoco había sentido esto nunca, Alexandra. Cada amor es diferente. No se puede comparar. Lo de Nikki fue hace mucho tiempo. Tú eras una niña en esa época. No tiene por qué molestarte. Pasó en otra vida. A estas alturas, ya ni siquiera recuerdo bien su rostro. Ella es el pasado, y el pasado está muerto, no importa. Lo que importa es esto. Tú eres mi presente, y también mi futuro. Lo eres todo para mí. Quiero que lo sepas.

Se obliga a coger aliento. Incluso me sonrío un poco. Una sonrisa temblorosa, pero, de momento, me sirve.

—Lo sé. En serio. Sé lo importante que soy para ti.

Su tono no me termina de convencer. Hay algo impasible en ella al decirlo.

Pongo cara de estar muy confundido, pero niega, sonrío y todo vuelve a ser normal. Puede que estuviera equivocado. Puede que el fantasma de Nikki se haya ido ya.

—¿Compartimos un tiramisú de postre? —me propone, y entonces me relajo por completo. Hemos superado el bache.

—Claro. Lo que tú quieras, pequeña.

—Me pediría un cappuccino, pero me preocupa no pegar ojo en toda la noche.

Arqueo las cejas.

—¿Y? Se me ocurren un par de cosas que podrían entretenernos. Y no me refiero precisamente a leer a Nietzsche.

—¡Tú no tienes fin! —se indigna, si bien le gusta que las cosas sean tan intensas entre nosotros. Los ojos le brillan de excitación. Le encanta sentirse tan deseada.

—A ver, te pones estos vestiditos...

Baja la mirada para examinarse a sí misma.

—¿Qué le pasa a mi vestido?

No sé por dónde empezar.

—Es sexy. Me pone cachondo. No llevas sujetador.

—¿Se nota?

—Pues claro. Veo el contorno de tus pezones y desde que te has sentado al otro lado de la mesa solo puedo pensar en lo mucho que me gustaría tenerlos en mi boca. Quiero lamerlos y morderlos hasta que tu cuerpo esté listo para mí. Mira, se te están poniendo duros. A mí también se me está empezando a poner dura.

Levanta la mirada hacia la mía y el fuego que arde en sus pupilas me hace sonreír.

—Ash, estamos en un restaurante.

—¿Y?

—Pues que... hay gente.

El rubor que se expande por sus mejillas me hace gracia. «Bambi, si pudieras leerme la mente en este momento, si vieras las cosas que te estoy haciendo...»

—¿Entiendes ahora por qué hay que reservar el establecimiento completo, cielo? No me gusta la gente. Puede que tengas razón y sufra un trastorno antisocial de la personalidad, porque me cargaría a todos estos capullos solo para estar a solas contigo.

Mi mirada, penetrante y carnal, la hace estremecerse.

—Mejor me tomo el postre en casa —farfulla, entre respiraciones irregulares.

—Mucho mejor —convengo divertido, dejando dinero en efectivo sobre la mesa—. Pónganos el tiramisú para llevar —le pido al camarero que pasa por delante de nosotros con dos pizzas en la mano.

Esta noche me esmero mucho para hacerle sentir mi amor. Dejo que tome de mí lo que necesite. Estoy ebrio de algo que ni yo mismo alcanzo a comprender. Tiene poco que ver con el vino que tomé en la cena. Es ella. Absolutamente todos los aspectos de mi vida, excepto lo que pasa dentro de este apartamento, me resultan indiferentes.

Le amaso las caderas y el culo, la beso, la froto contra mí... No le meto la polla en ninguna parte. Quiero que la desee mucho.

Cuando le doy la vuelta, la aprieto boca abajo contra el colchón y presiono mi erección contra su trasero, veo la mancha de humedad en las sábanas y casi pierdo el control.

Gruño hacia mis adentros, me inclino sobre ella y arrastro la nariz por su espalda, inhalando y lamiéndole la piel.

—¿Quieres follarme otra vez? —murmura, entre jadeos.

—Sí...

Es una puta obsesión que se me ha ido de las manos.

Lamo su nuca y sigo presionándome con fuerza contra ella. Introduce la mano entre nuestros cuerpos e intenta tocarme, pero estamos tan pegados el uno al otro que solo puede rozarme el abdomen.

—Ven aquí...

—No. Aún no. Tenemos toda la noche.

Me aparto, separo sus muslos con la mano y me deleito con la imagen.

—¿Qué estás haciendo? —susurra cuando ha pasado un buen rato y yo no la he tocado todavía.

—Mirarte...

Paseo la mano por la curva de su trasero, la manoseo todo lo que puedo, la venero como a la obra de arte que es para mí y al final le doy un pequeño azote que la hace gemir.

—¿Te gusta duro?

—Sí.

—Pues toma.

Le doy otro azote, en la otra nalga. Me excita el sonido, pero lo que más me pone es ver cómo se excita ella.

La mancha de humedad ha doblado su tamaño. Sonrío para mí.

Luego me vuelvo serio porque intenta que se la meta y me cuesta horrores contenerme y no ceder a sus pretensiones. Lo de antes duró dos minutos. No quiero otro polvo chapuza.

—¿La quieres dentro? —pregunto mientras le separo las nalgas con la punta del miembro y le doy golpecitos con él en el clítoris.

—Sí...

Me retiro y ella se sacude al sentir mis dedos lubricar el punto más sensible de todo su cuerpo.

Rodeo su cuello con los dedos y la separo un poco del colchón.

—Aún no —le susurro, con los labios pegados a su oído.

Lamo su espalda, le mordisqueo el lóbulo de la oreja, busco otra vez la eléctrica fricción de nuestros cuerpos...

Gemidos febriles y jadeantes alteran el silencio de la habitación.

Me agarro la erección con la mano, me la pego al abdomen y me tumbo boca abajo entre sus muslos.

La cojo por las caderas con las dos manos y levanto su culo hasta colocarla a la altura de mi boca.

La llevo al límite cuando deslizo la lengua alrededor de su apertura, recogiendo la humedad que mana de ella. Se agarra a las sábanas con las dos manos y gime, y yo sigo y sigo y sigo, la acelero como si fuera mi Harley y luego la freno en seco porque me gusta demasiado el viaje como para querer llegar a un destino tan pronto.

Le doy otro azote, la giro por debajo de mí y le inserto la lengua en la boca, para empaparla de su propio sabor.

—¿Te diviertes? —me pregunta al despegarse nuestras bocas.

Mi rostro, inclinado sobre el suyo, se abre en una sonrisa lenta.

—¿Y usted, señorita?

—Lo haré en breve.

Mierda, me tiene entre sus dedos.

Y, jo-der, me aprieta de una forma que me vuelve loco.

Cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y abro la boca para respirar. El juego se está volviendo en mi contra. Eso es lo que más me gusta de ella, siempre me planta cara.

Me empuja hacia atrás en el colchón, me agarra la erección con una mano y pasea la nariz y la lengua por mis testículos.

Flexiono los músculos del abdomen con un espasmo de placer y hundo las dos manos en su pelo.

—Alexandra... —consigo sisear entre respiraciones alteradas.

—No. Ahora me toca a mí y más vale que te aguantes.

Le aparto la cabeza de mi entrepierna para poder ver su bonita cara y le dedico una sonrisa cargada de lujuria.

—¿Quieres metértela en la boca? Adelante. Me gusta que me la chupes.

—Lo sé. Por eso no voy a hacerlo.

Se sienta entre mis muslos sobre los codos, mira mi polla con expresión ardiente y llena de pasión y luego arrastra los labios por toda su longitud, deteniéndose justo antes de rozar la punta. Y nada de lengua.

—Pequeña —murmuro, con una sonrisa lánguida—. Eso no se hace. Me estás provocando.

—¿Y qué vas a hacer?

Ni siquiera le concedo tiempo para que parpadee. Le agarro el trasero con fuerza, la levanto y, antes de que pueda decir nada, la bajo de golpe encima de mi erección, hasta que su cuerpo se me traga entero.

—¿Qué tal si te follo?

Abre la boca encima de la mía.

Yo hago lo mismo.

Nos miramos.

Nos inhalamos.

Y empieza a vibrar a mi alrededor.

—Ash, me corro.

—Joder. ¿Ya?

Se me nubla la mirada, lo veo todo borroso. La abrazo tan fuerte que no podría soltarse si quisiera y empiezo a moverme con embestidas potentes, rítmicas. Un golpe, y otro.

Ella se está corriendo y yo la sigo, y esto es perfecto, una puta maravilla y no cambiaría nada.

Por primera vez en toda mi vida, me siento completo. Ella es justo lo que me faltaba para tenerlo todo.

¿Qué es un reino sin una reina a la que poder seducir todas las noches?

Capítulo 8

Eres dueño de lo que matas.
(Película *Las Crónicas de Riddick*)

Ash

Ha sido una semana cojonuda. Hemos ido de compras, hemos cenado en el restaurante italiano de la esquina todas las noches, hemos hecho el amor, también hemos follado como salvajes... Se lo he dado todo a lo largo de estos siete días.

Pero ya no puedo seguir manteniendo la fantasía. El cuento de hadas debe acabar. Tengo trabajo que hacer y no puedo permitir que nada, ni siquiera ella, me distraiga de mi misión.

—¿Estáis seguros de esta información?

Julian asiente.

—Completamente. El sábado, los camiones de nieve van a pasar por aquí —me señala la ruta en el mapa y yo asiento.

Hemos alquilado el bar de la vez pasada por tiempo ilimitado. Ahora es nuestro nuevo centro de operaciones.

Solo hay una camarera atendiendo, no quiero gente por aquí. Ella es muy joven, veinticinco como mucho, y está claro que se siente un poco abrumada por nosotros, así que no va a dedicarse a escuchar las conversaciones.

De todos modos, la tengo controlada. Puedo verla desde donde estoy sentado y comprobar que sigue en la barra, colocando bocabajo las copas que saca del lavavajillas.

Mi gente no deja de vaciar botellas de whisky. El humo de los cigarros es tan denso que no sé cómo respira la pobre. No es fumadora.

Al sentirse observada, levanta la cabeza y nuestras miradas se encuentran por unos segundos. Noto que le gusto. Se le han encendido las mejillas.

Aparto los ojos de los suyos con impasibilidad y me enciendo un cigarro.

—Escuchadme todos. Solo tenemos una oportunidad de hacerlo —les recuerdo después de unas cuantas caladas—. Tiene que salirnos bien a la primera. No hay lugar para ensayos ni errores. La semana que viene cambiarán la ruta y reforzarán la seguridad. Es un ahora o nunca.

—Pero ¿por qué vamos a dedicar tanto tiempo y recursos a esto, cuando podríamos estar cargándonos a esos hijos de puta colombianos ahora mismo?

Seven no cree en las estrategias. Ella es partidaria de matarlos a todos.

A mí personalmente no me gustan las masacres. Si hay una forma diplomática de llegar a un acuerdo, es preferible hacerlo. No somos salvajes. Somos empresarios.

—Porque la guerra no la libran los soldados, Seven, la libra el dinero. Y ahí es donde hay que atacar. Lo de Estados Unidos es solo una fracción del cártel. Cuando sus jefes, sus verdaderos jefes, los pesos pesados de Colombia, empiecen a palmar pasta por todos lados, te aseguro que querrán negociar la tregua conmigo. No quiero derramamiento inútil de sangre.

Seven hace una mueca con los párpados.

—Yo me los cargaría a todos.

Miro al cielo y gruño para mí.

—Lo sé, pero el que manda soy yo y estas son mis órdenes. Si ya tenéis claro lo que hay que hacer...

—¿Te vas ya?

Miro a Julian con mala cara.

—¿Algún problema?

—Pensaba que te quedarías a cenar con nosotros. La chiquilla puede prepararnos unos sándwiches. Se ofreció ella, que conste.

—Hablando de la chiquilla —se entromete Seven en la conversación—. ¿Por qué no te quedas y te la follas?

Me vuelvo hacia ella con el ceño fruncido. La tengo a mi derecha, arrellanada en la silla, con un cigarro en la boca.

—¿Por qué iba a follármela?

—Porque te gusta —me responde, indiferente.

—Si la estoy mirando es porque quiero tenerla localizada y asegurarme de que no escucha nuestras conversaciones, coño, no porque quiera follármela.

—Eso díselo a tu mujer.

—Me voy. Me estáis tocando la polla.

—¿Estás seguro de que no quieres que te la toque la chiquilla?

—¡Que te den, Mickey Mouse! Si es que prefiero estar con mi mujer en vez de con vosotros. Ella no me pone de los nervios.

—Y, además, te la chupa.

—Capullo —le digo a Julian, con un pescozón en la nuca—. Habla bien, que ahora somos gente distinguida.

—Uy, usted perdone. Quería decir que, además, te practica una felación.

—Que te follen.

—¿No éramos gente distinguida? —repite el Rubio con una carcajada.

—Gente distinguida. ¡Si sois unas putas ratas de alcantarilla! —les grito, con la sonrisa en la cara—. Os veo mañana. A la misma hora. No quiero saber nada de vosotros hasta entonces.

Me levanto de la silla y le hago un gesto con el mentón a la camarera antes de salir. La sonrisa que me dedica desde la barra hace que los neandertales de mis amigos se echen a reír a carcajadas y den golpes en la mesa. Capullos. No quiero follarme a la chica. Antes sí, claro. ¿Quién no? Ni que fuera yo un santo...

De camino a casa, llamo a Mia para saber cómo les va a ella y a Mark en Londres. La pillo de buen humor. Menos mal que está contenta. Dentro de una semana inaugura su propia clínica de psicología, y se pasa diez minutos hablándome del tema, explicándome los detalles de la reforma y la burocracia inglesa. Me alegro de que le vaya bien ahí, y todavía más de que no me odie.

Me despido de ella delante del portal, sin mandarle recuerdos a Mark, y subo las escaleras de dos en dos. Estoy cada vez más ansioso. Según me acerco, la polla se me pone cada vez más tensa. Nadie podría hacerme esto. Solo ella. Estoy obsesionado, joder.

Abro la puerta de casa, entro y me dirijo directamente al baño, quitándome la ropa por el camino. Oigo la ducha. Quiero estar ahí.

Fuera la camiseta y los vaqueros. Fuera el puto reloj. Fuera los calzoncillos y los calcetines. Tiro con fuerza de las puertas de la cabina (están mal montadas y cuesta abrirlas, cuando tenga un rato lo arreglaré), la giro entre mis brazos y me la como a besos.

—Oye —jadea cuando mi boca libera la suya para poder deleitarse con su mandíbula y su cuello—. ¿Qué es lo que te ha puesto tan cachondo?

—Tú —murmuro mientras cuelo los dedos entre sus piernas y empiezo a tocarla.

Vibra y palpita y todo esto lo estoy provocando yo, y no quiero a ninguna otra, solo a ella.

Me arrodillo, pese al poco espacio del que disponemos, coloco su pierna en mi hombro y levanto la cara hacia la suya.

—Quiero lamerte entera.

Alexandra hunde los dedos en mi pelo y acerca mi cabeza al centro de todo su deseo.

—Adelante.

Paso la lengua por todo su sexo, recogiendo la humedad, y la observo. Respira por la boca, y tiene los ojos nublados de pasión. Me gusta cuando me mira así. Le meto un dedo dentro y lo giro hasta rozarle la pared superior de la vagina. Ahoga un gemido, se muerde el labio inferior y se sacude en busca de más placer.

—¿Has querido follarte a otra persona desde que me conoces?

Me frunce el ceño, sorprendida por la pregunta.

—No —dice, no demasiado segura de por dónde voy—. ¿Y tú?

Pienso en la chica del bar. En su forma de mirarme.

—No, qué va. Solo a ti.

—¿Está todo listo?

—En posición —me responde Mickey por el auricular.

—En posición yo también —confirma Serpiente.

—Dejad ya de decir que estáis en posición, coño, que parecéis idiotas —nos gruñe Seven, exasperada.

—¿Tenemos contacto visual? —pregunto, ignorándola.

—Aún no —me responde Julian—. Y yo también estoy en posición, joder —añade, solo para cabrearla.

—Que os follen —nos ladra, a todos.

—Chisss. No te distraigas, Seven. Sigue mirando.

—Estoy mirando y no veo nada, capullo.

—Pues mira hasta que veas algo.

Estamos comprobando distintos puntos de la carretera. A cada uno de nosotros le ha tocado un tramo. En Grupo W apostamos por el trabajo en equipo. Somos como cualquier otra multinacional.

—Los de arriba. ¿Veis algo? —nos pregunta el Holandés al cabo de un rato.

—Todavía no —le respondo yo—. Aguardad. ¿Qué pasa, que os tiembla el pulso ahí abajo?

Creo que los camiones van a parar aquí. Los guardarán en este aparcamiento porque nuestros contactos en la DEA acaban de anunciar una redada a veinte kilómetros carretera arriba. Los conductores no van a arriesgarse a pasar por ahí. Y creo que este es el mejor sitio para detenerse porque el parking es grande y, además, hay un puticlub al otro lado de la calle.

Espero no equivocarme, porque, si me equivoco, tendremos que matarlos a todos y eso no me gusta. A un kilómetro de aquí hay cinco coches bomba, que estallarán si los camiones siguen adelante. Preferiría hacer volar por los aires solo la cocaína, con los conductores dentro del puticlub.

Pero estoy dispuesto a cualquier cosa, con tal de acabar con la violencia en las calles. Mis socios no están contentos con esta situación.

—Se acercan los camiones —advierte el Rubio.

Muevo los prismáticos de visión nocturna hasta localizar la caravana.

—Bien. A ver qué hacen. Chino, estaros preparados para volarlos en caso de que pasen de largo. Calculo que estarán ahí en unos cuatro minutos. Recordad que solo tenemos una

oportunidad de hacer las cosas bien. No.La.Caguéis.

Aguanto la respiración hasta que veo que el primer camión de la fila señala hacia la derecha para indicar a los demás que no pueden avanzar.

—Los capullos se quedan aquí. Cojonudo. Esperad a mi orden.

Los conductores bajan de las cabinas y se aseguran de haber cerrado bien, antes de cruzar la carretera de camino al bar de alterne.

—Vía libre —les digo a los chicos—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Cinco minutos y nos replegamos.

Dejo los prismáticos encima de la moto y voy a echar una mano. Colocaremos explosivos debajo de los camiones y luego bum, a tomar por culo la cocaína. En otros tiempos la habría robado para venderla yo mismo. Ahora me la pela. No voy a complicarme la vida. Prefiero las inversiones inmobiliarias y el arte. Más respetable.

Peino la zona y me reitero en mis convenciones de que volarlos aquí es lo más seguro. Solo hay un coche en el aparcamiento, algún cliente del club. Con suerte, se la estarán chupando un rato más y terminaremos la noche con un balance de cero víctimas. En mi mundo, es todo un éxito.

—Listo —les digo tras haber cumplido con mi misión.

Una vez que confirman todos que han hecho su parte, les ordeno que se retiren.

—Ahora, a mirar los fuegos artificiales, chavales. —Me froto las manos, impaciente y entusiasmado—. Serpiente, haz que revienten tan alto que se escuche en la puta selva colombiana.

—Hecho. Quedan tres minutos —nos confirma.

—A mamarla, cabronazos.

Qué satisfacción. Me enciendo un cigarrillo y lo saboreo con ganas.

—Ash. Tenemos un problema.

—Justo lo que no quería oír esta noche. ¿Qué pasa, Julian?

—Hay un tío en el aparcamiento. Cerca de los camiones.

—No me jodáis.

—¡A mí no me toquéis la polla, que yo no sé desactivar estos trastos! —se sulfura Serpiente—. Andrei solo me dijo cómo había que activarlos.

—¿Dónde está ese capullo? No lo encuentro.

—Ash —me gruñe Seven—. A tu derecha, y no va a gustarte. Mira quién es.

Me muevo hacia la derecha y recorro la oscuridad del aparcamiento con los prismáticos.

Se me cambia la expresión de la cara cuando encuentro el objetivo.

—No me jodas —maldigo, gruñendo de rabia—. Serpiente, ¡desactiva los putos artefactos ya!

—¡Que no sé desactivarlos, gilipollas!

—¡Me cago en la puta!

Tiro los prismáticos y el cigarro al suelo y salgo corriendo hacia ahí.

—Ash, ¡¿qué coño haces?! —me grita Julian en el oído—. ¡Vas a volar por los aires, idiota! ¡Quedan menos de dos minutos! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Corro como un poseso, colina abajo, alcanzo el objetivo y lo empujo hacia atrás, poniéndolo a salvo detrás de su coche unos cinco segundos antes de que los camiones estallen el uno detrás del otro.

¡La hostia!

Por los pelos.

Aterrizo encima de él en el cemento y suelto una maldición cuando las lunas del coche que

nos protege se hacen añicos. Me cubro la cabeza con los brazos. Aun así, noto que varios cristales me han cortado la cara y el cuello.

La explosión por encima de nosotros es magnífica. Andrei nunca falla. La disfrutaría si no fuera por este imbécil.

Bajo la cara hacia la suya y entorno los párpados en un gesto que delata mi enfado.

—Más vale que esa cosa dura que se me clava en el estómago sea tu pistola, no tu polla, gilipollas.

Payne levanta la cara hacia la mía y se queda perplejo al reconocermelo.

—¿Qué...? ¿Williams? ¿Qué es esto? —farfulla, lívido, mirando el polvo blanco que flota a nuestro alrededor.

—Feliz Navidad, detective —le digo, riendo entre dientes.

Joder. La cocaína parece nieve de verdad. Es un espectáculo bonito.

Me aparto, me pongo en pie y tiro de él hacia arriba. Diría que no tiene nada roto.

—Que estoy bien, coño —tranquilizo a los histéricos de mis amigos, que me llaman todos a la vez por el auricular—. Estamos bien los dos.

Me responden con toda clase de insultos. No les hago caso.

—¿Qué...?

Por Dios. Qué poco perspicaz es este tío. ¿Cómo le hicieron detective? No me extraña que todos los malos de Cleveland anden sueltos por la calle y que tenga que ocuparme yo de ellos.

—Ibas a morir. Te acabo de salvar la vida. La palabra que buscas es *gracias*.

—¡Esto lo has hecho tú! —se enfurece, fulminándome con su mirada. Tiene los ojos azules inyectados en sangre. Pupilas dilatadas.

«Puto gilipollas, ¿qué te has metido, imbécil? ¿No tenías bastante con follarte a esas chicas que no quieren follarte a ti?» Tengo ganas de darle un bofetón para que se espabile de una vez.

—¿Sí? No me digas. Pues finge que no he sido yo y yo fingiré que tú no estabas saliendo de un puticlub, colocado hasta las cejas y con una cogorza que no te puedes ni sujetar en pie.

¿Sobra decir que estoy absolutamente en contra de usar a las mujeres con estos fines? ¿No será mejor follarse a alguien que quiere hacerlo contigo porque te desea, no porque le pagues?

Payne debe de comprender que tengo razón, porque su rostro se apacigua un poco.

—Pide un taxi, anda. Toma. Pago yo.

Tira al suelo el dinero que le acabo de plantar en la mano y me atraviesa con una mirada asesina.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Volar los camiones o salvarte la vida?

—Ambas —me gruñe entre dientes.

Nos desafiamos con la mirada el uno al otro hasta que yo termino sonriendo.

—Porque soy un buen tío, detective. Recuérдалo la próxima vez que tengas ganas de tocarme la polla.

Lo dejo en mitad del aparcamiento, todo pasmado, voy a la moto que dejé ahí arriba, en el descampado, y la enderezo.

—¿Por qué? —me ladra Julian en el oído.

Entorno los párpados, me pongo el casco y suelto el soporte.

Se produce una pausa bastante larga.

—Porque es mi puto hermano —contesto antes de arrancar la Harley.

Cuestión de medio minuto, nadie dice nada.

—¿Hijo del capullo de tu padre?

—*See*.

—¿Y por qué Seven lo sabía y yo me estoy enterando ahora?

—Porque yo, antes, se la chupaba, querido Julian. ¿También quieres competir con eso?

—Cabrona —le dice él, riéndose.

—Desconecto. No quiero oíros más. Me tenéis hasta la polla con la cháchara. Parecéis loros. Buen trabajo, por cierto.

Me quito el auricular, me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta y me marchó, acelerando a tope. No quiero esperar a los demás. Me apetece estar solo. Conducir. Perderme.

Capítulo 9

Es divertido estar perdidamente enamorado.

Es peligroso, pero es divertido.

(Keanu Reeves)

Ash

Son más de las cuatro de la madrugada cuando llego por fin a casa. Alexandra está durmiendo de espaldas a la puerta. Me quito la ropa sin encender la luz, me deslizo a su lado en la cama y la envuelvo en un abrazo.

Se despierta de inmediato, lo sé por la forma en la que cambia su respiración.

También sé que está enfadada conmigo. Y lo entiendo, en serio. En su lugar, yo también estaría furioso. No son horas de volver a casa.

—Siento llegar tan tarde —le susurro al oído.

No dice nada.

Planto un beso en su hombro desnudo y la abrazo más posesivamente.

Lo malo de estar tan pegado a ella es que me pongo cachondo, cada vez más duro contra su espalda. Me vuelve loco el contraste entre mi cuerpo frío y el suyo, tan caliente bajo las sábanas.

Mi respiración empieza a sonar distinta, áspera, en el silencio de la habitación.

Mis manos emprenden un lento camino por su cuerpo; arrastro las palmas por su costado y su firme cadera con claras intenciones sexuales y me presiono contra su espalda para hacerle notar mis tremendas ganas de perderme en ella. Me encanta tocarla. Inhalarla. Follármela...

Gruño en su oreja y paso de la cadera al estómago.

Coloco su trasero donde quiero que esté para poder restregarme bien y dibujo un camino ascendente con la lengua por su hombro mientras subo la mano por su abdomen hasta abarcar uno de sus senos y estrujarlo entre mis dedos.

Mi erección lucha cada vez más por liberarse y buscar su humedad.

—¿Dónde estabas? —me detiene con un tono frío que delata su irritación.

Miro por un segundo el techo de la habitación.

—Por ahí —murmuro, enterrando de nuevo el rostro en su nuca. Apoyo mi nariz en su piel, la inhalo y la polla me da un respingo. Joder. Tengo que estar dentro de ella.

—*Por ahí.*

Resopla y agita la cabeza con decepción.

No quiero enfadarla.

Tampoco quiero contarle que me he pasado la noche colocando artefactos explosivos debajo de unos camiones llenos de cocaína. No es que no confíe en ella. Lo hago. Pero no quiero arrastrar esa parte de mi vida a nuestra relación.

Tenemos que hacer las paces, y solo conozco una forma.

Sigo amasándole el pecho. El pezón se pone duro al instante. Clavo los dientes en el lóbulo de su oreja y le doy otro empujoncito con mi erección.

No me aparta, aunque tampoco coopera como otras veces. Ella suele ser receptiva. Cuando hago esto, suele frotarse contra mí y provocarme para que siga. Ahora se queda rígida. Tendré que esforzarme un poco más.

Cuelo la mano dentro de su bata y la arrastro despacio hacia abajo. Saltan chispas, como siempre que la toco, y sé que ella tiene tantas ganas como yo. Se le altera la respiración.

—Pequeña... Quiero estar dentro de ti. Mira cómo me has puesto. ¿Estás mojada?
Me presiono de nuevo contra ella y deslizo la mano entre sus piernas para comprobarlo.
Ya casi estoy. Me falta un milímetro para...
Cierra los muslos de golpe cuando intento tocarla ahí.

Mierda.

Jo-der.

Odio que se ponga así, que nos niegue a los dos el inmenso placer que podríamos tener si me dejara tocarla.

—No tengo ganas, Ash —rezonga, a pesar de que yo haya retirado ya la mano. Suelo captar el mensaje a la primera. No soy tan capullo.

—Ya lo veo —mascullo, apartándome con un soplido de hastío.

Me tumbo en mi lado de la cama, miro el techo fijamente y niego, frustrado.

Un día estamos bien, el otro nos peleamos. Ella se mantiene fría y yo ardo en llamas.

Estoy hasta la polla.

—Quiero un coche —se me notifica escuetamente a la mañana siguiente. Ni que el baño fuera la puta Oficina de Atención al Ciudadano Tocapelotas.

Intento tomármelo con calma.

Bajo la cuchilla con infinita paciencia (¿soy o no soy un hombre paciente?), la aclaro bajo el grifo y la observo impasible a través del espejo.

—¿Un coche? ¿Para qué?

—Para usarlo. Creía que era obvio.

—¿Usarlo? ¿Dónde?

Se encoge de hombros con desdén.

—No lo sé. ¿Por ahí?

Primer golpe bajo del día.

Pongo una sonrisa cáustica.

—Cielo, no me provoques —advierto, con los nervios muy temblados todavía.

—¿O qué? —repone, entrando en el baño para causar un enfrentamiento.

Lo peor es que no se me ocurre nada que contestarle.

Mierda. Estoy en desventaja. Tiene la puta sartén por el mango y lo sabe.

Siempre lo he dicho, mantener una relación con ella es como intentar domesticar a una fiera salvaje. Si pierdes el aplomo, te acabará devorando. Así que has de ser muy, muy paciente. Nada de movimientos bruscos. Le dejas la mano para que la huela y rezas para que no te la destroce.

—Es peligroso, Alexandra. Ya lo sabes.

Me analizo a mí mismo y llego a la conclusión de que sueno y parezco sereno. Seguro que acabará cooperando. Lo entenderá. Es un ser racional.

—Me da igual. No voy a quedarme aquí encerrada hasta el fin de los tiempos. Consígueme un coche. No es negociable. Si no lo haces tú, lo haré yo misma.

Ser racional, mis cojones.

Gruño irritado cuando se inclina hacia adelante y me roza el hombro con sus pechos. Está buscando algo dentro del armario, aunque lo de tocarme lo hace aposta. Para ponerme cachondo y luego cortarme el rollo. Eso es sadismo, joder.

Se ha puesto uno de esos sujetadores deportivos. Lo noto todo, la curva de los senos, los pezones...

La observo con ojos asesinos. Ella, tan tranquila, saca de ahí una goma de pelo, se coloca a mi

lado, dándome un empujoncito con la cadera para que me quite, y se hace una coleta alta delante del espejo.

Muy satisfecha de sí misma, presiona un labio contra el otro para extender la vaselina que se ha debido de echar antes de que yo ocupara el baño y se peina las cejas con las puntas de los dedos. Detecto el olor a cacao de sus labios y también la pasta de dientes en su aliento, y sigo poniéndome como una moto.

Blasfemo hacia mis adentros. Estoy a un paso de cogerla por el cuello, hundir la boca en la suya y comérmela a besos mientras me la follo encima del lavabo.

Hum. No es mala idea. Es más, creo que es una idea cojonuda.

Me echo un poco hacia atrás para poder deleitarme con una bonita imagen de su trasero respingón. Lleva mallas de deporte, unas tan ajustadas que...

De pronto, me doy cuenta de que se ha puesto zapatillas de correr y la polla se me tranquiliza de golpe.

—¿Por qué te has calzado? ¿Adónde vas?

Vuelve la mirada hacia la mía para dedicarme esa sonrisa dulce que me pone los nervios de punta porque nunca augura nada bueno.

—A partir de hoy, retomaré mi vida. Y mi vida empieza con hora y media de deporte al aire libre.

Adiós al polvo de reconciliación en el lavabo.

—Te acompaño.

—De eso nada. Necesito estar sola.

—Alexandra, no me seas terca, joder. Si es por lo de anoche, estuve con los chicos volando unos camiones por los aires. Parecía el puto cuatro de julio.

—Lo sé, lo leí en el periódico de esta mañana. *Duro golpe al narcotráfico*. Supuse que habías sido tú. Esto no es por lo de anoche.

—Entonces, ¿qué pasa? —rezongo, cruzando los brazos sobre el pecho. Me noto tenso y de un humor peligroso.

—Que necesito respirar lejos de ti.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un tiempo. Esta relación me asfixia.

Eso duele, joder. Cada vez que se aleja de mí, me vuelvo loco.

—Te asfixia. Te asfixio. Yo. Esto.

—Me voy —vuelve a informarme con ese tonito frío y resolutivo que no admite replica—. No estoy de humor para pelearme contigo.

Me quedo apoyado contra el lavabo, cruzado de brazos, y la miro mitad incrédulo mitad herido por lo que acaba de decirme, pero ella no cambia de opinión. Se marcha con un portazo que sacude las lámparas del piso.

Jo-der. Cómo estamos hoy.

Hago una mueca de exasperación, me saco el móvil del bolsillo de los pantalones de chándal (es tan temprano que todavía no me he vestido) y presiono una tecla. Estas cosas siempre las tienes en marcación rápida.

—¿Qué pasa? —contesta el Holandés de inmediato.

Es muy rubio y no podíamos llamarle el Rubio porque ya había un Rubio en el grupo, así que le llamamos el Holandés.

—Seguidla. No he podido detenerla.

—¿Has probado con las esposas?

—No seas gilipollas. No voy a esposar a mi novia a la cama.

—¿Por qué no? Yo esposo a la mía todas las noches.

—¡Deja de darme el coñazo, desgraciado, y síguela de una puta vez! —me irrito.

Últimamente, nadie me hace caso. Es exasperante.

—No te sulfures, joder. El Chino y yo estamos conduciendo detrás de ella, tú tranquilo. Pero te has quedado solo.

—No estoy solo. Tengo a mi nena.

—¿Y munición?

—Más que de sobra. Olvídate de mí. Tú, al loro —sigo embalándome y levantando el tono porque estoy de un humor explosivo hoy—. Vuestra prioridad es ella. Que nadie le ponga un dedo encima.

—¿Y qué hay de los mirones? Porque, con lo que lleva puesto... Yo tengo una clara visión de su culito ahora mismo y uf.

—¿Me estás tocando la polla aposta?

El Holandés ríe entre dientes.

—Pues claro.

—Gilipollas —escupo antes de colgarle.

Me siento en el sofá y hundo la cabeza entre las manos. Mi vida sería mucho más fácil si todo el mundo cooperara.

Ella incluida.

Como llevamos dos días malos, o sea, sin follar, decido quedarme en casa esta noche para intentar remediarlo. Atenderé aquí a Seven y, una vez me cuente las novedades y se largue, seré todo suyo.

Sev y yo estamos sentados en la mesa del salón, tomando una copa y hablando de negocios, cuando Alexandra sale de la cocina y me observa con aire expectante.

—¿Qué pasa? —me inquieto de inmediato. No sé por dónde me va a salir hoy...

—Pon la mesa. He hecho la cena. Estoy harta de la comida para llevar.

Vale, esto es nuevo.

Intercambio una mirada rápida con Seven y los dos nos levantamos de la silla.

—¿Ahora cocinas?

—Pues sí. He ido al supermercado y he hecho la compra. En esta casa nunca hay de nada.

Tuerzo la boca, impresionado por el cambio que ha pegado. No esperaba que se pusiera a cocinar. Parecía más probable que usara la cocina como campo de batalla y las ollas y las sartenes a modo de munición.

Voy tras ella para traer cubiertos y vasos de la cocina. Seven nos sigue, intrigada.

Me acerco para comprobar el contenido de la olla que ha dejado encima de un trapo, en la encimera, y frunzo el ceño.

Seven también ojea el menú, por encima de mi hombro. Creo que a ninguno de los dos nos gusta demasiado lo que estamos viendo. Cruzamos una mirada que lo dice todo.

—¿Qué es esto? —pregunto, buscándola con la mirada hasta localizarla de pie delante de la nevera.

—*Vichyssoise* —me responde, igual de fría que ayer.

—¿Y para que yo lo entienda?

—Crema de puerro y patata.

—Ugh. ¿No preferirías que te pegaran un tiro los colombianos?

Le doy un codazo a Seven para que cierre la boca.

—Suenan muy bien, cielo. Me muero por probarla. ¿Cuándo cenamos?

—¿Te quedas? —le dice a Seven.

—Si me invitáis...

La fulmino con la mirada. Mi mensaje es claro: largo de aquí, joder.

—Eres bienvenida —le responde Alexandra.

¿Qué demonios? ¿Qué pretende ahora? No me fío de ella. Algo está tramando.

—¿Por qué no ponéis la mesa mientras yo sirvo la crema? Ash, ¿puedes abrir una botella de vino?

Intercambio otra mirada confundida con Seven. Esto es raro de narices.

—¿Ash? —insiste al ver que no me muevo.

—Sí, sí. Ahora la abro.

Hago todo lo que me pide y unos cinco minutos después ya estamos los tres instalados en la mesa del salón. Esto es retorcido incluso para mí. Me he acostado con las dos. Y ellas lo saben. Será mejor que me coma la *vichyssoise*.

Recojo con la cuchara una buena cantidad de crema y la pruebo. Bueno. No está mal. Sigo prefiriendo unas costillas a la barbacoa, pero no está mal. He comido cosas peores.

—Oye, pues está bueno —le dice Seven, impresionada—. ¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Saqué la receta de internet. A lo mejor me apunto a un curso de cocina online, ahora que no tengo nada mejor que hacer.

Entorno los párpados. Sé que es un ataque hacia mi persona, pero no voy a picar.

—Me parece una idea magnífica, cielo —concedo con gran grandilocuencia—. Lo que sea que te haga feliz.

Me lanza una mirada rápida y dura como una bala.

—¿Y cómo va la guerra? —nos interroga, alternando la mirada de un rostro al otro.

A lo mejor se siente sola y ha organizado esta velada para ver otra cara que no sea la mía. De momento, está siendo buena anfitriona, aunque tampoco quiero bajar la guardia. Uno no debe relajarse en presencia de las fieras salvajes.

—Puff. A mí esto del desgaste y las trincheras me parece un puto coñazo. Me los cargaba a todos y ponía fin al conflicto. Pero aquí el jefe aboga por la diplomacia y nos tenemos que joder todos.

Hago una mueca.

—Soy un hombre de negocios, y si hay algo que odien los mercados es la inestabilidad en las calles. Después del tiroteo en el *Fever*, las cotizaciones bajaron un veintidós por ciento en la Bolsa. Pero Seven no entiende de estrategias.

—Cargárselos a todos también es una estrategia.

Alexandra sonríe, divertida.

—¿Alguna vez estáis de acuerdo en algo, vosotros dos?

—En la c...

—No —la acallo yo, porque, como se le ocurra decir *en la cama*, esta noche duermo en el puto sofá otra vez—. Seven y yo no estamos de acuerdo en nada, nunca.

Sev me mira con una sonrisa socarrona. Pero no sigue y se lo agradezco con la mirada.

—Mira, yo estoy harta de esta mierda —retoma su conversación con Alexandra—. Vivo en un sitio tan cutre que ayer tuve que pegarle un tiro a una rata. La hija puta, así de gorda, estaba en el armario. ¡Encima de un *Versace*! A ver ahora qué me pongo yo el sábado. El vestido lo he tenido que tirar. Como comprenderás, estaba hecho un cristo.

—Puedo prestarte alguno de los que me compré. Yo no tengo donde ponérmelos. Nunca salgo de aquí.

Lo que nos faltaba, que se hicieran amigas e intercambiaran vestiditos. Como si mi vida no fuera lo bastante complicada ya.

¿Y qué es eso de que nunca sale de aquí? Antes de que se enfadara conmigo, la sacaba a cenar todas las noches. Y ahora se va a correr y a comprar puerros. Ni que fuera una prisionera.

—No creo que tengamos el mismo estilo —rechaza Seven su ofrecimiento. Se ha zampado su *vichyssoise* y también se ha ventilado dos copas de vino, y ahora está arrellanada en la silla, jugueteando con un cigarrillo que encendería si yo le permitiera fumar aquí—, pero te lo agradezco. Es un bonito detalle por tu parte.

—Bueno, tú lo proteges a él todos los días. Es lo mínimo que puedo hacer.

Intercambio una mirada con ella y por unos segundos todo vuelve a ser como antes, el puto tiempo se detiene y solo estamos ella y yo.

Y el mundo, que arde.

Me siento ansioso. Seven se ha ido y no sé qué esperar de ella esta noche. Esa mirada en la cena fue increíble, pero desde entonces me ignora a propósito. Su actitud me confunde.

Habla de poder y de que yo lo controlo todo a mi alrededor, pero, ahora mismo, me siento a su merced. Una palabra suya y estoy jodido. Eso no es poder. Eso no es nada.

Tal vez yo lo controle todo, pero es ella la que me controla *a mí*.

Aquí estoy, sentado en el sofá, con una sensación de inquietud en el pecho desde que se ha encerrado en el baño. Lleva ahí más de un cuarto de hora y, según pasa el tiempo, más tenso me estoy poniendo. El corazón me late con furia por debajo de la camiseta.

Escuchar el crujido de la puerta me hace enderezarme entre los cojines.

«Vamos, cielo, sal de una vez».

Golpeo el suelo con la punta del pie y solo paro cuando por fin la veo asomar por el pasillo. Entonces me relajo un poco porque seguro que quiere hablar para aclarar esto. Me miró con puro deseo en la cena. Me echa de menos tanto como yo a ella.

—Me voy a la cama —me informa, tan indiferente como se ha mantenido en los últimos dos días. Se ha lavado la cara y los dientes y lleva un camisón de satén beige que deja muy poco sitio para la imaginación. Me duele la polla de mirarla y no poder tenerla. Es una puta obsesión convertida en un sueño inalcanzable—. Que descanses.

Genial. Me toca el sofá otra vez.

La boca se me contrae en una expresión de disgusto.

—See. Y tú.

Me echo hacia atrás en los cojines cuando oigo la puerta de nuestra habitación cerrarse detrás de ella. ¿Hasta cuándo va a durar esta jodida situación? ¿Por qué no puede comprender que lo único que pretendo es protegerla? La idea de perderla me resulta totalmente insoportable.

Me froté el pelo con los dedos y suspiro, frustrado. No tengo sueño, y no quiero quedarme en el sofá otra vez, tumbado con los ojos clavados en el techo. No voy a aguantar otra noche así.

A tomar por culo.

Me pongo de pie, me guardo la cartera, el móvil y las llaves en el bolsillo de los vaqueros y salgo a dar una vuelta por el barrio.

Son casi las once. Algunos miembros de las pandillas locales ya pululan entre las sombras, trapicheando, robando coches o pintando gilipollices en los muros de los edificios.

Paso de largo y, abstraído en mis pensamientos, acabo delante de nuestro bar.

Será mejor que entre. Necesito una copa.

Tiro de la puerta con una mano y me dirijo con paso ligero a la barra, echando una ojeada rápida en derredor. Esto está vacío. La chiquilla (coño, ¿tan mayores somos que tenemos que llamarla *la chiquilla*?) está detrás de la barra. Acaba de sacar una bandeja de vasos del lavavajillas y los está secando, antes de colocarlos boca abajo encima de un trapo blanco.

Sus ojos, grandes, de color marrón verdoso, se iluminan al reconocermé.

—Hola, Ash —me saluda con su habitual sonrisa de oreja a oreja y ese tono tan animado que usa conmigo—. Tus amigos se acaban de marchar.

Ni idea de por qué sabe mi nombre. No importa, supongo. Con lo ruidosos que son estos, a estas alturas todo el barrio debe de saber que me llamo Ash.

—Vaya. Pues me voy yo también para que puedas cerrar.

—¡No! —me detiene con tanto ahínco que me giro de nuevo hacia ella y la observo confundido—. Quiero decir que voy a estar aquí un rato más, así que, si quieres una copa, te la puedo servir.

Estoy intrigado.

—¿Por qué ibas a quedarte si no hay más clientes? Si es por mí, no lo hagas. Puedo tomarme la copa en casa.

Se coloca el pelo detrás de las orejas. Tiene el pelo oscuro y liso, cortado a la altura de la clavícula. Las mejillas, teñidas de rojo. La pongo nerviosa.

—Es que... tengo que recoger esto y... y... no me importa que estés aquí.

Me deshago en un suspiro.

—De acuerdo. Me tomaré una copa entonces. Whisky, por favor.

Me la sirve mientras yo me acodo sobre la barra y me saco el tabaco del bolsillo.

Frunzo el ceño al ver que no es una copa lo que me pone delante, son mínimo dos. Esto dará para un buen rato. Espero que no tenga prisa en cerrar porque yo suelo tomarme mi tiempo para disfrutar las cosas que me gustan.

—¿Te saco algo de picar? ¿Unos cacahuetes o...?

—No. Así está bien. Gracias.

—¡De nada!

Levanto con calma el vaso y tomo un trago. Ella se queda ahí, inmersa en una insistente contemplación. ¿No tenía que recoger, o solo era una excusa para que me quedara?

Bueno, ¿y qué más da? Es evidente que quiere follar conmigo.

—Perdona —digo tras encenderme un cigarro y echar el humo hacia arriba—. No recuerdo tu nombre.

—Trixie.

—Trixie, es verdad. Me estoy haciendo mayor. Ya no retengo la información como antes. Gracias por la copa, Trixie. Me hacía falta un trago esta noche.

Sonríe con cada centímetro de su cara. Parece mucho más joven cuando sonrío. Julian tiene razón al llamarla *la chiquilla*. Es guapa. No es que me importe, pero lo es.

—Pareces triste. ¿Va todo bien?

Me encojo de hombros con desdén y fumo con aire pensativo.

—La verdad es que no estoy seguro. —Bajo la mirada y observo las muescas de la barra durante un rato—. Resulta que hay una mujer en mi vida. Es muy importante para mí, pero... —Clavo mis ojos en los suyos y sonrío con languidez mientras apoyo el cigarro en el cenicero que acaba de ponerme delante. Echo el humo hacia un lado antes de continuar—. Lamentablemente, las cosas importantes son frágiles y cuesta conservarlas.

Decepcionar a la gente a la que amo debe de ser lo que mejor se me da.

Te quiero, pero no lo aguanto más.

Siempre les fallo. Siempre. Haga lo que haga.

Trixie se apoya sobre los codos y se inclina hacia mí. No parece molestarle el humo que sube por su rostro.

—Mi madre solía decir que, si el zapato no encaja, es que no es para ti.

Dejo de golpear los pulgares contra la barra y sonrío, solo con los bordes de la boca.

—Pues verás. Resulta que estos zapatos están hechos a mi justa medida y no quiero otros. El problema es que el cuero se niega a ceder.

Levanto el vaso y tomo otro trago. Ella mantiene los ojos encajados en los míos.

—El pie no puede hacerse más pequeño. Si el cuero no cede...

Me lo pienso unos segundos.

—Pero, a lo mejor, el pie debería encogerse un poco, solo hasta que el cuero ceda. Por muy incómodo que esté el pie. Es trabajo de dos, ¿no? Ha de haber armonía. —Apago el cigarro, me levanto de la silla y dejo dinero sobre la barra—. Gracias por la copa. Quédate las vueltas.

—Pero si no te la has tomado... —murmura, decepcionada.

—Acabo de recordar que tengo que hacer una llamada importante. Buenas noches. Ah. Y gracias también por la charla. Me ha venido bien.

Salgo del bar con el móvil pegado a la oreja y un cigarro sin encender entre los labios.

—¿Qué se le antoja al señor? —me contesta Serpiente al quinto toque.

—Necesito un coche para Alexandra. —Prendo una cerrilla, acerco la punta del cigarro a la titilante llama y me trago el humo antes de continuar—. Un Toyota de segunda mano, o algo igual de discreto. Que no destaque en el barrio.

—Vale —me responde con un bostezo—. ¿Para cuándo te hace falta?

—Lo antes posible.

Espero que el cuero valore el compromiso que está demostrando el pie. Dios sabe que le cuesta lo suyo ceder y que no lo haría si no deseara tanto poseer esos zapatos.

Capítulo 10

Estoy constantemente a punto de intentar besarte.

(Canción *Do I Wanna Know?*, Arctic Monkeys)

Ash

—¿Qué es tan urgente que no podía esperar hasta después del desayuno? —espeto nada más cruzar la puerta del bar. Ya están todos aquí, sentados en la mesa de siempre. Trixie me sonríe desde la barra.

—¡Hola, Ash! ¿Te pongo un café?

—Buenos días, Trixie. Sí, por favor. Solo y sin azúcar.

—¿*Buenos días, Trixie?* —se mofa Julian, con una sonrisa taimada en la cara—. Tú te traes algo entre las manos con la chiquilla, so cabrón.

Me dejo caer en una silla, dejo escapar el aire de la boca con un ruido de protesta y me cuelgo un cigarro entre los labios.

—Y dale. Que no me traigo nada entre las manos con la chiquilla. ¡Dejad de darme por culo con el tema ya! Al grano, que tengo cosas que hacer.

—¿Como... follarte a tu novia? —me propone Mickey con un guiño socarrón.

—Qué más quisiera, joder —rezongo mientras prendo el fósforo de una cerilla y aproximo la llama a la punta del cigarro.

Todos se ríen, como era de esperar.

—Noticias frescas para su majestad —dice Julian después de que se hayan calmado los ánimos.

Doy una calada muy profunda. La primera siempre es la mejor, por eso me tomo un momento prolongado para saborearla.

—Sorpréndeme.

—Te voy a sorprender, sí.

Nos callamos, a la espera de que Trixie disponga los cafés sobre la mesa.

Seven le mira el culo, junta los labios como si fuera a silbar, aunque sin producir ningún sonido, y asiente divertida. La fulmino con la mirada. Por Dios. ¿No puede uno ser amable con una chica sin querer tirársela, joder?

—Los colombianos han respondido a nuestra ofensiva de la otra noche —soy puesto en antecedentes nada más retirarse la camarera.

—Bien. ¿Cuándo nos reunimos?

—No se trata de esa clase de respuesta —me arranca el portavoz Julian de mi error.

Hago una mueca, soplo en la taza y sorbo un poco de café.

—Temía que dijeras eso. ¿Qué han hecho?

Seven se enciende un cigarrillo antes de contestarme.

—Tu parque de viviendas de las afueras. El ambicioso plan urbanístico para que los pobres tengan una vivienda digna.

Me vuelvo en la silla para ponerle mala cara. No me gusta su tonito.

—¿Disfrutas burlándote?

Me arquea una de sus cejas rubias. Pues claro que disfruta. Es Seven. Ella disfruta haciendo el mal.

—Ha volado por los aires. Bum y a tomar por culo.

—Pedazo de inútiles... —Resoplo y agito la cabeza con hartazgo—. Si me lo va a pagar el seguro, joder. Es que no sirven para nada, no tienen cerebro. Tanta rabia y sin saber qué hacer con ella.

—Tendremos que responder al ataque.

Mis ojos se posan en la cara de Julian.

—Me están empezando a inflar la polla. Vamos a ganar tarde o temprano, no me cabe duda. Somos más listos y tenemos más dinero, más apoyos y más influencia. Lo que me irrita es el tiempo que hay que dedicarle a este asunto. Podría estar haciendo otras cosas, joder.

—¿Como... follarte a tu novia?

—Qué más quisiera, cabrón —le respondo al Holandés.

Todo el mundo se ríe de la expresión apenada que pongo.

—¿Seguís con la ley seca? —me pregunta Julian.

—¿Tú has visto la cara que traigo? Claro que seguimos con la puta ley seca. No me hagas preguntas absurdas. Trixie, ¿me pones un cappuccino para llevar?

—Le lleva el café a la cama —se mofa el Chino—. Qué bueno es. Cómo se nota que le tienen a dos velas en su casa.

—Callaros, joder, antes de que pague mi frustración sexual con vosotros. ¿Tenemos localizado el próximo envío de cocaína?

—No, todavía no —me responde Julian.

—Pues no sé a qué estáis esperando.

—Estamos en ello —me tranquiliza Mickey—, trabajamos conjuntamente con la DEA. Es cuestión de tiempo.

Me vuelvo hacia Serpiente.

—¿Tienes lo que te pedí?

Asiente, busca dentro del bolsillo de su sudadera Adidas y me lanza las llaves de un Ford.

—No encontré ningún Toyota.

—El Ford me vale. No lo habrás robado, ¿no? Ella no quiere cosas robadas.

—¿Por quién me tomas? Se lo compré a un tío que se lo compró a un tío que se lo compró a otro tío que se lo robó a una vieja de Wisconsin.

—Así me gusta, que seamos legales.

—Tu cappuccino.

—Gracias, Trixie. Bueno, luego hablamos. Y a ver si me traéis alguna buena noticia por la tarde.

—¿Adónde vas? —Seven se inclina hacia atrás con la silla hasta que atrapa mi mirada, dado que, a estas alturas, estoy ya de pie a su lado.

—Tengo cosas que hacer —le repito con suma exasperación—. ¿Es que no me escucháis cuando os hablo?

—Buenos días.

Alexandra abre sus preciosos ojos y me mira entre parpadeos soñolientos.

—Ash... ¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es?

Que me pregunte qué hago en nuestra habitación es bastante preocupante. Pero se lo voy a pasar por alto esta vez.

—Son las siete y media de la mañana. Te traigo un cappuccino.

—¿Has salido tan pronto?

—Tenía que ver a los chicos.

Se incorpora en la cama, coge el vaso de cartón que le ofrezco y le quita la tapa.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Intento no fijarme en que se le transparenta el camisón. Esos pezones podrían estar en mi boca si no fuera tan terca.

Me revuelvo inquieto en la silla. Será mejor que respire, la mire a la cara y me concentre en esta conversación.

—Los colombianos me han jodido unos edificios que estoy construyendo en la Avenida Seymour. Anoche los volaron por los aires en respuesta a nuestra maniobra con los narcocamiones.

Toma un sorbo de cappuccino y frunce el ceño.

—Vaya —dice, bostezando—. Es todo muy confuso. Cuando dijiste guerra, esperaba algo más...

—¿Sangriento?

—Sí.

—Seguro que ellos también. Esto no les gusta. No entienden de estrategias. Solo comprenden la violencia. Vinieron al *Fever*, se liaron a tiros como en el puto Oeste y pensaron que eso sería todo, pero les estamos golpeando donde más les duele, su imperio de la droga peligra y se empiezan a poner nerviosos. Es cuestión de tiempo hasta que cometan algún error.

—Te veo muy tranquilo.

—Nunca pierdo la calma. No es el primer enfrentamiento y, llevando la vida que llevo, tampoco será el último. No he llegado hasta aquí sin tener nervios de acero.

—Nunca me has hablado de cómo has llegado hasta aquí.

Atravieso sus pupilas con una mirada helada que ella me aguanta con total impasibilidad.

—Muy fácil: me cargué a la competencia. Avísame cuando estés lista. —Me levanto de la silla y pongo una sonrisa escueta—. Vamos a salir.

—¿Adónde vamos?

—Quiero enseñarte una cosa. Ponte ropa cómoda.

Intrigada, me sigue con la mirada de camino a la puerta.

—¿Puedo?

Me responde que sí con un gesto de la cabeza.

De pie detrás de ella, coloco los brazos encima de los suyos y la ayudo a apuntar.

La energía que ruga a nuestro alrededor al tocarnos por primera vez en días es increíble. Narcótica. Quiero estar dentro de ella, poseerla entera, darle placer. Nunca he deseado algo con tantas fuerzas. Que me lo niegue solo hace que lo ansíe aún más.

—Relaja el brazo —le susurro al oído. Me empiezo a empalmar. Este puto deseo me consume a fuego lento—. Estás tensa.

—¿Así? —me dice, sin aliento.

Vuelve la cara hacia la mía para buscar confirmación. Estoy absorto. Rozar su cuerpo con el mío me tiene hipnotizado.

—¿Ash?

—Sí, lo estás haciendo muy bien. —«Sobre todo, no te apartes»—. Céntrate en la botella.

He colocado cinco botellas de cerveza encima de un tronco de madera en mitad del campo. Todas en fila. Mi plan es enseñarle a defenderse. Traigo munición más que de sobra. Tenemos toda la mañana para que practique. No vamos a volver a la ciudad hasta que no haya aprendido a

disparar como Dios manda.

—¿Aprieto?

—Si has llegado a ese punto en el que solo existís la botella y tú, sí.

—Vale.

—Respira. Relájate. Concéntrate en el objetivo.

El disparo que rompe de pronto la armonía del lugar ahuyenta a un grupo de pájaros que silbaban dentro de un árbol.

No le ha dado ni por asomo a la botella.

—Otra vez.

Le enderezo el brazo y ella dispara de nuevo, con el mismo resultado.

—Mierda —maldice con un gruñido—. Es más difícil de lo que creía.

Sonríó. Está frustrada. Odia que las cosas no le salgan bien a la primera. No sabe gestionar los fracasos porque ella no ha fracasado nunca. Es toda una perfeccionista.

—Es cuestión de práctica.

—A ver cómo lo haces tú.

Le quito con delicadeza la pistola de la mano y disparo.

—¡Ni siquiera has mirado! —exclama porque, evidentemente, yo sí le he dado a la botella.

—Claro que he mirado. Siempre miro —aseguro mientras le devuelvo el arma.

—Me has mirado a mí a los ojos.

—Primero he mirado la botella. En todo momento hay que saber dónde está el enemigo.

Doy un paso atrás, me cruzo de brazos y le hago un gesto con la barbilla para que siga disparando.

Tensa la mandíbula, apunta, corrige la postura y dispara.

Esta vez, la bala atraviesa de lleno el centro de una de las botellas y el vidrio estalla en pedazos.

—¡Muy bien! —me entusiasmo, como un profesor orgulloso de su pupilo estrella—. Ya lo tienes.

—Claro. No estabas aquí para distraerme —responde, divertida.

Baja la pistola y me la devuelve.

La cojo, le pongo el seguro y me la guardo en la espalda, en la cintura de los vaqueros. Después, me acerco a ella hasta invadir ese espacio personal que tan celosamente ha protegido estos días.

—¿Te distraigo? —le pregunto, disfrutando de ver que la nota rasposa que arrastra mi voz la estremece a mi lado.

El brillo de sus ojos es increíble. Puro fuego.

—Se te estaba poniendo dura.

Sonríó, me inclino sobre su pecho y hago ademán de besarla, aunque me freno justo a tiempo y solo juego con ella. Es evidente que lo desea.

—¿La has notado?

—Como para no notarla.

Miro el campo a lo lejos y luego mis ojos descienden de nuevo sobre su rostro, buscando los suyos.

—Se muere por un poco de atención tuya.

—¿Ah, sí?

Me gusta que coquettee, que haga de la seducción un modo de comunicarse. Me vuelve loco.

—Mira—. Cojo su mano y se la coloco encima de mi erección—. ¿Lo ves?

Los dedos que presiono contra mi polla empiezan a apretarme. ¡Por fin!

Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y me deleito con la caricia.

Al instante, la tengo pegada a mí, lamiéndome el cuello y la mandíbula. No sé si fiarme de ella todavía. Le gusta jugar conmigo. Será mejor que me asegure de sus intenciones.

—No subas la apuesta si vas a retirarte del juego, cielo.

Noto que los labios que devoran mi piel se curvan encima de mi mentón.

—¿Quién ha dicho nada de retirarse? —murmura, con la respiración tan irregular como la mía.

En mi boca asoma en una sonrisa lenta, de pura satisfacción. Guio su mano para que siga tocándome y le cedo a ella todo el control. Me hace sentir tan bien que solo quiero que continúe.

Y ella, hoy, está por la labor.

Me provoca, arrancándome gruñidos y maldiciones, hasta que decido que quiero más que unos cuantos tocamientos en mitad del campo.

Lo quiero todo.

Respirando deprisa, la agarro por el trasero, se lo estrujo con fuerza y bajo el rostro sobre el suyo.

—Hola, pequeña. Te echaba de menos —murmuro, antes de hundirme en su boca con la mía y arrastrarla a un beso profundo y ardiente que deja muy claro que me muero por tenerla, aquí y ahora.

—Ash... —me frena cuando descorro la cremallera de mis vaqueros y meto su mano dentro, para que pueda tocarme como Dios manda—. Deberíamos volver a la ciudad.

Mi polla late en su mano con tanta fuerza que, si me pide que pare ahora, me acabaré dando de cabezazos contra ese árbol de ahí.

—Pero yo te necesito ahora. ¿Tú no me necesitas a mí ni un poquito?

Beso a beso, mi ansiosa boca la vence, y entonces me deja entrar, me lo da todo. Es mío. Solo tengo que cogerlo.

Esto es lo que llevo toda la semana deseando. El fuego lento. La atracción. La electricidad que se produce cuando nuestras lenguas se deslizan la una encima de la otra.

La tomo entre mis brazos y poseo su boca con un beso lo suficientemente carnal como para estimular su cuerpo hasta dejarlo caliente y febril, listo para acogerme.

—Me muero por estar dentro de ti —le susurro, deteniéndome un momento encima de sus labios.

—Yo también.

Gruño, la presiono contra mí y el beso que le doy se vuelve todavía más hambriento que el anterior.

Nuestras lenguas, húmedas, cabalgan ansiosas, provocándose mutuamente. Esto es profundo. Eléctrico. Casi delirante. Hago que dure una eternidad.

—Ash... —murmura cuando mi boca deja por fin de acometer contra la suya.

Uno nuestras frentes y la miro a los ojos. Estoy sin aliento.

—¿Vas a pedirme que pare?

—No.

—¿Vas a pedirme que te folle?

—No... —responde, divertida.

—Entonces, puede esperar, joder. Dejemos la charla para después.

La tomo en brazos, la tumbo en la hierba, bajo un árbol, y la sigo besando febril. Como no recibo señales contradictorias, le suelto el botón de los vaqueros, le descorro la cremallera,

abarco todo su sexo con la mano y se lo estrujo entre los dedos.

—Quiero hacerte el amor. ¿Puedo?

Me clava los dientes en el labio inferior y tira de él con fuerza. Maldigo y vuelvo a estrujarla hasta que se arquea hacia mí, presa de una sacudida eléctrica.

—No te he oído. ¿Me has dicho que sí?

—Sí...

Ya iba siendo hora.

Me aparto, le quito los vaqueros y esa cosa diminuta de encaje que se pone para volverme loco y al instante me tiene entre sus piernas, paseando la nariz por todo el centro de su deseo, arriba y abajo.

—Me vuelve loco tu olor —susurro mientras me lleno los pulmones de ella.

—Eres un perverso.

Sonríó lentamente contra su piel, lubricada y sensible.

—Lo sé.

Le rodeo el clítoris con la lengua muy despacio y ella hunde los dedos en mi pelo y me ofrece su cuerpo para que juegue con él a mi antojo.

Voy a hacer que palpite, que lo desee, que se retuerza y que me lo suplique.

He sido paciente, pero nunca perdono. La *vendetta* es la *vendetta*, y ella ha jugado conmigo tanto tiempo que se merece un pequeño castigo.

Se corre intensamente con la primera embestida porque no lo aguantaba más y, por desgracia, cuando empieza a gimotear, a convulsionar y a apretarme con tanta fuerza que se me traga entero, yo también lo hago, llego a un clímax tan turbulento y feroz que casi veo las putas estrellas. Han sido días tensos. Disfrutemos un poco de la vida.

Dejo caer la frente contra la suya y me obligo a penetrarla más despacio, para que los dos saboreemos lo máximo posible esta caída libre que ha llegado antes de lo que me habría gustado, pero que es lo suficientemente explosiva como para que sirva de aliciente hasta, al menos, la hora de la cena. Me debe unos cuantos polvos y hoy me lo voy a cobrar. Con intereses.

Pero, antes...

Me retiro despacio y la miro a los ojos.

—Nos teníamos ganas, ¿eh?

—Habla por ti —me responde, aunque la sonrisa la delata.

Muevo la mano y le acaricio el labio inferior, se lo arrastro hacia abajo con el pulgar y se lo doblo hasta que noto humedad en la punta del dedo. Ella me provoca con la lengua. Mi cuerpo reacciona con un espasmo.

—¿Te has divertido negándonos el placer a los dos durante todos estos días?

—Te lo he negado solo a ti.

Pongo cara de estar muy escandalizado.

—¿Qué insinúas?

Agita las cejas con gesto travieso.

—¿Tú qué crees?

Me echo a reír.

—Conque esas tenemos, tramposa. Bueno, ya que estamos confesando nuestros pecados, deberías saber que el otro día me hice una paja en la ducha.

Su boca se abre con expresión incrédula. Luego empieza a reírse a carcajadas por debajo de mí. Hago un gesto de impotencia con las manos y le lanzo un guiño socarrón.

—¿Y te corriste duro? —me pregunta cuando se le calma el ataque de risa.

Noto que se me calienta la mirada mientras la paseo por toda su cara. Sonreír es inevitable. Me encantan estas charlas de después del sexo, nuestras bromas privadas... Todo.

—No tanto como contigo, pero al menos no me cargué a nadie ese día. Ah. Antes de que se me olvide. Tengo algo para ti—. Me estiro un poco para buscar dentro del bolsillo de los vaqueros la llave que me dio Serpiente esta mañana—. Espera, espera, espera. Reglas. Número uno: no te irás a ninguna parte sin protección —adviento, resistiéndome a entregársela todavía—. Número dos: quiero estar al tanto de cada uno de tus movimientos. Así que, si pensabas quedar con tu amante, ya puedes olvidarte del tema.

—Vaya. Pues se llevará un disgusto el pobre.

Le pongo mala cara, ella suelta otra risa y volvemos a estar bien, casi rozando el cielo porque así es como te sientes cuando caminas sobre una cuerda colgada encima de un puto precipicio.

—Ash.

Dejo de deslizarme a mí mismo dentro de ella (me estoy regodeando, eso es todo) y la miro.

—¿Qué?

—¿En qué pensaste?

—¿Cuando me hice la paja?

—Mm-hm.

—Te imaginé en la ducha conmigo. Arrodillada. Separando estos preciosos labios para acogerme dentro... —Arrastro el pulgar por su boca y gruño disgustado—. Joder. Me encantaría seguir así toda la mañana, contártelo con todo lujo de detalles y hasta ponerlo en práctica, pero tengo una reunión en la ciudad a la hora de comer y no puedo posponerla.

—¿Con quién te reúnes?

Los ojos se me llenan de diversión.

—Con el alcalde. Hemos quedado para comer, jugar al golf y hablar de desarrollo urbanístico.

—¿Cómo puedes ser tantas personas a la vez?

Mis ojos siguen sonriendo, incluso cuando la boca ha dejado de hacerlo.

—Ya lo sabes. Alma camaleónica.

Abandono, con gran disgusto, su cálido interior, me pongo en pie y observo desde arriba su cuerpo desnudo. Sigo teniéndola dura. Tardará un rato en bajar.

—Quieta. Te daré algo para que te limpies. Creo que tengo pañuelos en la moto—. La dejo ahí tumbada, desaparezco un momento y regreso, victorioso, con un paquete de *Kleenex* en la mano—. Ta-chan.

—Qué bien. Gracias.

Lo abro, saco uno y me arrodillo a su lado.

—¿Puedo?

Asiente, divertida.

—Si te empeñas.

La limpio con delicadeza, a las obras de arte hay que dedicarlas especial atención, y aprovecho para estudiar, absorto, el perfecto rostro que tengo delante. El aire que nos separa, los tres milímetros de aire que hay entre mi boca y la suya, se agita, cargado de energía.

—Ash... —murmura, con esos increíbles ojos ambarinos clavados en los míos.

—¿Hm?

—¿Cuál de ellos es tu favorito?

Una sonrisa lenta se abre camino en mis labios.

—El que está enamorado de ti.

—A mí también es el que más me gusta —murmura, acercando la boca a la mía para provocarme con otro beso que me tendrá toda la tarde inquieto y distraído, pensando solo en lo que le haré cuando vuelva a casa esta noche.

Que le den al puto desarrollo urbanístico.

Capítulo 11

Cada vez que cierro los ojos es como un paraíso oscuro.

(Canción *Dark Paradise*, Lana del Rey)

Alexandra

Es el cumpleaños de Ash y sus amigos han organizado una fiesta en un club de Akron, a unos sesenta y tantos kilómetros de la ciudad, para asegurarse una noche sin problemas.

Pese a las precauciones tomadas, van todos armados hasta los dientes. La velada promete.

Ash propone ir en moto porque:

A) es más fácil pasar desapercibido

y

B) se puede aparcar en cualquier sitio.

No me opongo. Me gusta ir en moto, abrazarme a su espalda y sentir el viento en la cara, buscar la seguridad en él.

Solo estamos nosotros y la carretera, y creo que es el único momento en el que los dos nos sentimos libres de verdad, sin pasado ni futuro, sin brújulas morales que nos indiquen lo lejos que estamos del puñetero norte.

La Harley ronronea. El suelo tiembla. El viaje es tan increíble que parece un sueño del que no quieres despertar.

De acuerdo, voy a bordo de un tren que está cada vez más cerca de descarrillar. Lo sé, pero elijo concentrarme solo en la adrenalina que bombea a través de mis venas.

Al salir de Cleveland, Ash se separa del grupo, aumentando tanto la velocidad que nadie se atreve a seguirle.

Somos él y yo y nada más que nos ate o que nos importe. Yo soy su hogar. El único que le importa.

Me abrazo fuerte a él y por un segundo todo me parece posible. Incluso la perspectiva de que esto salga bien, después de todo, de que el tren acabe enderezándose y llegue a la estación.

En el club nos espera un reservado bastante íntimo, con cortinas negras de terciopelo en la entrada, en caso de que queramos aislarnos por completo del resto de la gente.

Hay sofás de cuero desgastado que crujen cuando nos sentamos, una cubitera con botellas de champán en el centro de la mesa, dos botellas de whisky caro, con sus respectivos vasos de cristal tallado colocados bocabajo encima de una bandeja metálica, y varios boles llenos de cacahuètes y almendras fritas.

Ash, sentado a mi lado, con su muslo rozándome la pierna desnuda, se sirve una copa de Macallan.

Observo el elixir ambarino hasta perderme por unos segundos en los destellos dorados que danzan en su copa, y luego lo observo a él, el perfecto perfil cincelado, que se ilumina o se oscurece según estallan los flashes. El hueco debajo de sus pómulos parece esculpido a cincel.

Cumple treinta y nueve años hoy. No me lo ha dicho. Simplemente, lo sé.

Al sentirse observado, vuelve la mirada hacia la mía y ese hielo azul que incendia mi cuerpo entero silencia los murmullos que hay a nuestro alrededor hasta dejarnos por completo aislados en nuestra burbuja íntima.

Él y yo y nada más que nos importe. Los demás son títeres de nuestro juego.

Está tan cerca de mí que su enérgico calor corporal hace revolotear mi pulso. Su olor está en

todas partes, tan embriagador que mi ritmo cardiaco cambia de cadencia.

Sin poder contenerme, acerco la cara a la suya y paseo la nariz por su mejilla. El roce de la barba incipiente me estremece. Me excito de inmediato, no tengo remedio.

Cuando llego a la comisura de la boca, él separa los labios para que lo bese, pero en el último segundo cambio de opinión, me pego a su pecho e inhalo su cuello.

—Mmm. ¿Qué te has echado hoy que tengo tantas ganas de restregarme contra ti?

Se aparta un poco y sus ojos se sumergen en los míos, cálidos y llenos de amor. Me quiere de una forma completamente irracional. Jamás podré escapar de él. Ni él de mí. Estamos juntos en esto.

—*L'homme*, de Yves Saint Laurent.

—Huele de cine.

Lucha por contener la sonrisa.

—Pensé que te gustaría.

—¿Te has tomado tantas molestias por mí? No deberías haberlo hecho. También quiero restregarme contra ti por la mañana, cuando estás sin duchar y te mueres por metérmela.

Milímetro a milímetro, una sonrisa lenta, de lado, consigue materializarse encima de sus labios y a mí se me activa el corazón.

—¿Quién es la pervertida ahora?

Cojo su cabeza entre las manos y lo evalúo absorta. Treinta y nueve años. Es como el buen vino.

—Feliz cumpleaños, cariño.

Sus ojos se calientan un poco más. Me gusta que el hielo azul se derrita por mí. Que arda por mí.

—Cariño... Suena perfecto en estos preciosos labios.

Su pulgar me entreabre la boca. Ahogo un gemido. Mi reacción repercute en él y altera su expresión facial, la llena de pasión. Sus ojos se oscurecen del todo, un claro reflejo del deseo que lo consume por dentro.

La música cesa. Alguien coge un micrófono para decirnos que hoy es la noche de los talentos emergentes y que vamos a poder votar a nuestro intérprete favorito.

—¡Démosle la bienvenida a Cherry!

Ash y yo prestamos atención por unos segundos a la cantante afroamericana que, de pie sobre el escenario, anuncia que va a interpretar *Prisoner of Love*, de Shirley Johnson.

—Me gusta —comenta, antes de volver a enfocar toda su atención en mi boca.

—A mí también. Puede que la vote.

Hay que admitir que Cherry lo está haciendo bien. Parece verter su alma e incluso su último aliento en suplicarle a su hombre que vuelva a casa con ella.

—¿Dónde estábamos?

—Ibas a besarme.

—¿Quieres que te bese?

—No mucho, la verdad.

—Tramposa...

Absorto, arrastra mi labio inferior hacia abajo con el pulgar. Quiero abrir la boca para él y acogerle dentro.

Hay algo tremendamente sexual en la atmósfera de este reservado. Quizá sea la oscuridad, quizá sea la música. O, tal vez, la expectativa. El caso es que estar aquí con él me llena de una inexplicable energía que me tiene vibrando de anticipación.

Pongo los dedos encima de la rosa que tiene tatuada en el reverso de la mano, le paso la lengua por la yema del pulgar y sus ojos se llenan de un apetito feroz.

—¡Eh!, dejad las guarradas para luego, coño, que parecéis gatos en celo —nos reprende Julian, que nos quita el rollo al dejarse caer a mi lado en el sofá con un cigarro sin encender entre los labios.

Suena cabreado, pero su anguloso rostro muestra una expresión de lo más guasona.

Es un tío alto y fuerte, calvo (por elección propia) y lleno de tatuajes; majo, aunque a veces con un carácter algo impredecible. A diferencia de Ash, pasa de cero a cien en un nanosegundo.

Y, una vez cabreado, cuesta calmarle. Creo que es su mejor amigo o algo así.

Ash libera mi rostro y le pone mala cara.

—¿Qué eres, de la puta brigada anti polvos?

Los ojos verdes de Julian se arrugan hacia las esquinas, chispeantes de buen humor.

—Pues sí. Si yo no mojo, nadie moja aquí esta noche. Hemos venido a divertirnos.

Ash da un bufido.

—Haber elegido otro club. A mí esta música me pone cachondo.

—Tienes razón. Esto es un puto rollo. Voy a decirles a esos capullos que la cambien de inmediato.

Se levanta del sofá y se coloca la camisa con gesto decidido.

—Eh, Julian, venga, tranquilito, que no queremos rollos esta noche —intenta apaciguarlo Ash.

—Tú habla por ti. Estos malnacidos se van a enterar de que los de Scoville Avenue estamos aquí hoy, JO-DER.

Ash niega para sí y expulsa el aire por la nariz con más fuerza de la necesaria. Me vuelvo hacia él con el ceño fruncido.

—Va a liarla, ¿verdad?

—See —me responde, disgustado.

Riéndome, sigo a Julian con la mirada por el club. Parece empeñado en hablar con el gerente.

—¿Es tu *consigliere*?

—¿Mi *consigliere*? —repite en tono de burla al mismo tiempo que su cara, llena de humor, se gira hacia la mía—. Si solo sabe dar palizas, ¿cómo va a aconsejarme?

—¿Y qué es entonces?

Se lo piensa un momento.

—Mi mano derecha, la ejecutora.

—Creía que tu mano derecha era Seven.

Solo había que verla en el *Fever* con las dos pistolas...

Los dos desviamos la atención hacia la aludida, que se está pegando el lote con un tío desconocido en el sofá de la esquina. Madre mía, qué pasión.

—Ella también lo cree —me responde Ash, divertido.

—¿Cómo conociste a Julian? —me intereso, concentrándome de nuevo en él.

—Pues en el barrio.

—¿Y a Seven?

—Una larga historia.

—De la que no te apetece hablar —deduzco con un toque de disgusto en la voz.

Me sonrío.

—De la que no me apetece hablar —me confirma con un guiño socarrón.

—Vaya sorpresa.

Toma un trago de whisky, me coge el mentón con los dedos y su boca vierte la mitad del licor dentro de la mía.

—Traga.

—A una mujer no se le puede decir eso, señor Williams. Tragaré solo si ella quiere.

Se echa a reír y niega para sí.

Los dos observamos a Julian, que vuelve al reservado, pagado de sí mismo, se hunde en el sofá a mi lado y se enciende el cigarrillo con el que lleva al menos diez minutos en la boca.

Al instante, cambia la música. Me parece que el encargado, sabiamente, ha decidido trasladar la noche de los talentos emergentes a cualquier otro momento.

—¿Qué coño...? —Ash arruga el ceño, en claro desacuerdo con la elección musical de su amigo.

—¿Eh? —se vanagloria Julian, haciéndome un gesto con la barbilla—. ¿Qué te parece? Salsa.

—Prefería el blues —rezonga Ash a mi derecha.

—No seas capullo. Esto es mejor. Puedes frotarte contra ella mientras bailáis.

Me lanza un guiño socarrón al decirlo y yo vuelvo a reírme.

—En el blues también puedo frotarme, desgraciado —lo contradice Ash—. Y es más lento. Da tiempo a saborearlo.

—Gilipollices. Voy a ver si encuentro a una churri por ahí. Ya verás cuando le enseñe mi movimiento de caderas. Mira. Mira. ¿Eh? ¿Qué os parece?

Me echo a reír a carcajadas al ver el bailecito que hace delante de nosotros.

—Vaya, Julian, se te da... realmente bien.

—Lo sé —me responde con un guiño—. ¡Tranquilas, nenas, que ya voy!

Ash niega para sí, toma un trago y le oigo farfullar:

—Menudo capullo. Le doy media hora antes de ir a hablar con el encargado.

Me vuelvo en el sofá con expresión risueña.

—¿Es que no te gusta la salsa?

—No es santo de mi devoción.

—Así que no vas a sacarme a bailar.

Arquea las cejas, divertidísimo.

—¿Quieres que nos frotamos el uno contra el otro en la oscuridad, pequeña?

—Si no sabes bailar salsa, no pasa nada.

Su sonrisa aumenta milímetro a milímetro. Disfruta de la provocación.

—Cielo, bailar salsa es como practicar sexo. Si sabes mover las caderas, no necesitas más. Es cuestión de seguir el ritmo.

Me coge de la muñeca, me lleva a la pista y, con brusquedad, me atrae a sus brazos hasta que mi pecho choca contra el suyo. Saltan chispas y me doy cuenta de que el brillo salvaje de su mirada sugiere algo más que un baile.

Madre mía. Esto va a ser intenso.

Arrastra la mano por mi hombro y mi brazo, acerca la boca a la mía y, cuando creo que va a besarme, me hace dar una vuelta sobre mí misma, me atrapa de nuevo entre sus brazos y me inclina hacia abajo hasta que mi pelo casi roza el suelo.

—Tú sígueme —murmura, con los labios encima de los míos, aspirando.

Me tiene atrapada. Me estoy poniendo cachonda. Más, quiero decir.

—Te sigo.

Una sonrisa lenta se dispara por su apuesto rostro.

Me guiña el ojo antes de enderezarme y... empezamos a movernos. Nunca había bailado

salsa, pero él me guía y acabo entregándome a este vaivén apasionado que me impone.

Entre giros y miradas carnales, nuestros cuerpos, cada vez más receptivos antes los estímulos, se acercan y se alejan, todo el rato desafiándose.

El tiempo se disuelve entre caricias ardientes y movimientos sexuales. Sus manos trazan senderos de fuego sobre mi piel desnuda. Necesito su boca en la mía ahora mismo, pero me la niega y eso solo me excita más.

Otro giro. Más chispas que saltan al chocar mi pecho contra el suyo. El toque a whisky de su respiración me vuelve loca.

Cogiéndome por las caderas, encaja nuestros cuerpos de cintura para abajo y sigue dominándome por toda la pista. Ahora mismo quiero que me domine en la cama. Y que deje de negarme los besos...

—Ash...

—¿Bomboncito? —repone, socarrón.

Vuelve a alejarme por el mero placer de atraerme de vuelta a sus brazos.

Me ahogo con toda esta electricidad. Pongo un dedo encima del arco de su boca y lo arrastro hacia la derecha.

—Bésame.

Sonríe para sí.

—No.

—Señor Williams, era una orden, no una sugerencia.

Me hace dar otra vuelta y esta vez me abraza por detrás, para poder clavarme su feroz erección en el trasero.

—¿Crees que estás en condiciones de poder negociar conmigo, pequeña? —susurra junto a mi oreja.

Me cojo el labio inferior entre los dientes y presiono las nalgas contra su polla.

Sus palmas se arrastran por mis hombros desnudos, bajan por mis costados y acarician ligeramente las curvas de mis pechos, antes de posarse sobre mi estómago.

Las puntas de sus dedos se incrustan en mi pelvis, apretándome contra él.

Y... termina la canción con mi cuerpo febril y húmedo, listo para entregarse, y su monumental erección palpitando en la parte baja de mi espalda.

Entonces, me coge de la mano, me gira con suavidad para tenerme de frente y, después de colocar una de mis manos en su hombro y la otra en su cintura, me abraza por las caderas.

—No entiendo por qué no te gusta la salsa —le digo, respirando muy deprisa encima de sus labios. Estamos de pie en mitad de la pista, inmóviles, atrapados en la mirada del otro.

Sonríe.

—Me pongo cachondo muy deprisa.

Arqueo las dos cejas con aire socarrón.

—¿Puedo hacer algo para remediarlo?

Me agarra por el trasero, me aprieta contra él y sus dedos se deslizan entre mis nalgas hasta presionarme el sexo.

—Aguántalo ahí hasta que lleguemos a casa. Tú eres el regalo de cumple que más deseo y serás lo último que desenvuelva. Esta noche pienso tomarme mi tiempo.

Madre mía. La expectativa va a volverme loca. La noche es muy joven todavía. Sus amigos no parecen por la labor de irnos a casa. Julian ha encontrado a una *churri* pelirroja, a la que le está metiendo la lengua hasta la garganta en el sofá, y Seven tiene una teta fuera del sujetador y la mano de ese tío por todos lados cuando volvemos al reservado.

Los demás ríen, fuman, beben y se lo pasan en grande, libres de la tensión de estas últimas semanas. Es evidente que son amigos de toda la vida. No se trata solo de negocios. Matarían el uno por el otro y a cualquiera que amenace al líder.

Ash los llama *mis hermanos*. En cierto modo, lo son. Una auténtica familia.

Nos integramos en el grupo, no queda otra. Nos hacen sentarnos en uno de los cuatro sofás que hay, lejos el uno del otro, para poder avasallar a Ash con sus atenciones, y nos ofrecen una copa de champán a cada uno.

Él intenta prestarles atención, divertirse un poco, reírse de los chistes, pero noto que solo está pendiente de mí. No puede quitarme los ojos de encima.

Lo único que quiere el rey esta noche es poseer a la reina. Lo demás, interferencias y molestias. Este juego solo tiene dos jugadores. El resto de participantes son irrelevantes.

—Jo-der. No sabéis las cosas que hace ese tío con la lengua.

Seven se deja caer en una esquina del sofá y le propina un codazo cómplice al Chino.

Todos se echan a reír al verla tan despeinada y ruborizada.

Ash, con un cigarro colgado entre los labios, me lanza un guiño y se sirve otra copa, whisky esta vez, antes de decirle:

—Si no te importa, nos gustaría seguir siendo ignorantes, Seven.

—Pues mira, os lo voy a contar con todo lujo de detalles, a ver si aprendéis algo, cabrones. Me llevó al baño, me cogió el culo con las dos manos, así, sujetándome bien, y cuando me abrió las piernas...

Las carcajadas provocadas por la cara que le pone Ash interrumpen incluso a Julian, que sale por un momento de su efluvio erótico para rezongar:

—¿Pero qué cojones os pasa? ¿Qué es este jaleo? Así no hay quién se concentre, coño.

Ash, riéndose de su cabreo, apaga el cigarrillo, se echa más whisky y sigue mirándome. Sus ojos son increíbles. Puro fuego azul.

Que estemos lejos el uno del otro, sentados en lados opuestos de la mesa, sin poder tocarnos, solo le añade combustible a este deseo, de por sí ardiente.

Siento que esta será una de esas noches que ninguno de los dos olvidaremos nunca.

Capítulo 12

**Llegarás primero a las sirenas,
que encantan a cuantos hombres
van a su encuentro...**
(Homero)

Ash

Estoy jodido. Del todo. Soy el marinero cuyo barco se estrella contra las rocas; al que le da lo mismo encontrar o no el camino de vuelta a casa. ¿Dónde está ese lugar, de todos modos? No puede ser mi hogar si ella no está ahí.

—Ash, coño, ¡hazme caso un segundo!

—Te estoy haciendo caso, capullo —le respondo, exasperado, a Julian.

Pero no puedo dejar de mirarla. Me tiene hechizado.

Tan cerca y, aun así, tan jodidamente lejos de mí. Necesito tenerla a mi lado a todas horas, tocarla, absorberla, follármela, que ella me folle a mí...

No puedo quitármela de la cabeza ni por un segundo. Me obsesiona. Puede que todo el mundo lleve razón y que yo esté equivocado. Puede que no sea normal necesitarla de esta forma.

Es como si la conociera desde siempre. Ella era la pieza que hacía falta para que mi mundo empezara a girar.

Siento que llevo toda mi vida queriéndola cuando, en realidad, ni siquiera ha pasado un año desde que la conozco.

Pero, a veces, toda una vida puede concentrarse en un solo momento. Hay sucesos que lo cambian todo, un camión que se ha saltado el stop o una bala disparada en un callejón...

En mi caso, es ella. Llegó y lo puso todo patas arriba. Perdí la cabeza y, lo que es peor, no tengo deseos de recuperarla.

Mientras me deleito con un cigarro y una copa de whisky, mientras mis amigos vociferan todos a la vez, dándome la matraca con sus gilipolleces de siempre, yo me dedico a contemplarla.

Sospecho que no volveré a recuperar nunca el control.

—Escucha, Ash. ¿Te acuerdas de cuando tú estabas...?

Por Dios. Esta noche no va a acabar nunca. ¿Cuántas anécdotas más les queda por contar?

Cuando por fin consigo quitármelos a todos de encima con la excusa de que tengo que mear, me acerco a ella y le pido que me siga.

Lo hace sin preguntas, y yo le sujeto la mano para no perderla entre la gente, la saco a la calle y le pongo el casco con expresión seria.

—¿Y estas prisas?

—Me queda un regalo por desenvolver, ¿recuerdas?

—No soy un regalo.

Paso una pierna sobre la moto, la enderezo y le dedico mi mejor sonrisa persuasiva.

—¿Lo discutimos en un ambiente más íntimo, bomboncito?

Riéndose, se monta en mi moto (¡insensata!) y me abraza por la cintura. Me pongo mi casco, quito el apoyo y acelero al máximo el motor.

Mis amigos se acaban de dar cuenta de que me estoy largando. Julian y el Holandés han

salido a la calle, y los dos me hacen gestos escandalizados con los brazos.

A mamarla.

—¡Venga ya, capullo, que es tu cumpleaños! —oigo gritar a Julian por encima del estruendo de la Harley.

Me despido con una peineta.

Apoyo la mano contra la cadera de Alexandra y paso por delante de ellos sin que su indignación me haga cambiar de parecer. Precisamente: es mi cumpleaños y esto es lo que me apetece hacer.

Alexandra toma la iniciativa en cuanto abro la puerta de casa. Es consciente de que la he elegido a ella por encima de todo y, para demostrarme su gratitud, se tira a mis brazos, me atrapa contra la pared y me lame el cuello, antes de besarme en la boca de esa forma hambrienta que hace que me hierva la sangre en las putas venas.

El bailecito la ha puesto cachonda. Pero yo quiero darme un festín, así que nada de prisas ni chapuzas.

«Bambi, no te haces una idea de las cosas que voy a hacerte».

Mi cumpleaños, mis reglas, joder.

La aferro por el cuello para que se esté quita y paseo la mirada por todo su rostro, despacio, absorbiendo cada detalle. No quiero perderme nada.

—Pequeña, vas muy deprisa.

Me lame los labios para provocarme.

—No, qué va.

Incapaz de dominarme, estampo su boca contra la mía y la beso como nunca he besado a nadie; la devoro. De mi pecho reverbera un gemido animal cuando se pega más a mí y me permite que la saboree todo lo que me plazca.

Mi lengua llena impaciente su boca, entro y salgo, la domino, dejo que me domine.

Estamos hechos el uno para el otro. Ella y yo encajamos.

Gruño en el interior de su boca cuando empieza a tocarme, primero por encima y luego por dentro de los pantalones.

Su cuerpo se frota contra el mío. Saltan chispas. Me está volviendo loco.

Cierro los ojos e intento luchar contra el deseo que crece en mi interior, pero ese puño me está apretando con tanto desenfreno...

No. Hasta aquí hemos llegado.

Rompo el beso, la obligo a soltarme la polla y le doy la vuelta para atraparla de cara a la pared.

Cuando la tengo justo donde quiero tenerla, me presiono contra su espalda y mis manos recorren sin prisa su cuerpo acalorado.

—Quieta, pequeña —le susurro al oído, haciéndola vibrar—. No tengas prisa. Déjame saborearte.

Se estremece, echa la cabeza hacia un lado y me ofrece su cuello para que lo lama y lo muerda. Me gusta que me pida cosas.

—Ash, llevo toda la noche imaginándote dentro de mí —murmura mientras yo le chupo el lóbulo de la oreja y arrimo mi erección a la parte baja de su espalda.

Me detengo, acaricio su cuello con la punta de mi nariz y, sonriendo para mis adentros, la vuelvo entre mis brazos y la beso con ternura.

—Yo también. Pero en mi fantasía estabas atada a la cama. Toda abierta para mí. Y eras la

puta cosa más preciosa que he visto nunca. Dime que puedo hacerlo realidad.

Me pongo cachondo solo de pensarlo. La estoy visualizando ahora mismo.

—Es tu cumpleaños —concede, con un leve encogimiento de hombros—. Hoy mandas tú.

—Justo lo que quería oír. ¿Qué te parece? He ido de compras esta mañana, así que estoy preparado para todo.

Su boca refleja una expresión socarrona al ver las cuerdas que me saco del bolsillo de la chaqueta.

—¿Llevas toda la noche con eso encima?

—Oh, sí. Y hay más.

Del otro bolsillo me saco un antifaz.

Intenta no reírse.

—¿Para qué es eso?

—Ya sabes, el poder de la sugestión, jugar con la anticipación... Una larga lista de ventajas, pero mejor las descubres tú solita y me lo cuentas luego.

—¿Tienes más juguetes en los bolsillos?

—Tal vez. ¿Quieres cachearme?

Su cara se abre en una sonrisa.

—*Neah*. Prefiero el misterio. A ver cómo acaba esto.

—Estás a punto de descubrirlo, bomboncito.

Me la llevo al dormitorio, la empujo hacia atrás en el colchón y me arrodillo delante de ella, para poder quitarle las sandalias. Desabrocho las dos tiras despacio, con deleite, y planto un beso suave en su empeine.

Le llega el turno a la ropa interior. Me muevo sin prisas, con la mirada encajada en la suya. Me gusta desnudarla y también acariciarla mientras lo hago.

—Te brillan los ojos como a un felino hambriento. Me preocupas.

Me rio por lo bajo.

—Tranquila. Está todo controlado. Túmbate. Abre las piernas. Así. Perfecto. No te muevas.

Le ato los dos tobillos a los postes de la cama. Intento ser todo lo tierno que puedes ser a la hora de atar a alguien. No quiero hacerle daño. Esto no va del dolor. Va del placer. Quiero dárselo todo. Cada gota.

—Ahora voy a ponerte el antifaz. ¿Lista?

—Mm-hm.

Se lo coloco y sonrío satisfecho.

Justo así es como me la he estado imaginando. He acabado con una erección de narices.

Me inclino sobre ella y acerco la cara a la suya. No puede verme y sé que eso la excita, lo noto en su respiración, cada vez más acelerada.

Pasan varios segundos sin que yo me mueva. Me limito a respirarla, a observarle la boca, a gruñir hambriento hacia mis adentros. No deja de relamerse los labios, de acelerarse, de humedecerse. Me palpita la polla. Pero no, nada de prisas hoy. Juguemos un poco. Es nuestra primera incursión en el terreno del *bondage*. Hasta ahora he sido bueno. *Demasiado*.

—¿Ash? —susurra, inquieta.

—Voy a devorarte entera, voy a darme un festín contigo esta noche —le prometo al oído, antes de apartarme—. Alexa, pon *Nights in White Satin*. En bucle.

—*Nights in White Satin*, de *The Moody Blues*, en modo repetición en Amazon Music —me responde el trasto que me he auto regalado para mi cumpleaños.

—Y ahora, juguemos, pequeña.

—No veo nada.

—Bien. De eso se trata.

—¿Por qué no me tocas?

—No te pongas nerviosa. ¿Dónde quieres que te toque?

Se relame los labios, inquieta.

—Donde sea —dice al final.

Sonríó.

—Donde sea. Me gusta tu actitud.

Las puntas de mis dedos emprenden un camino lento desde el hueco de su garganta hasta su estómago, y de vuelta a subir.

Los pezones se le ponen duros de inmediato. Qué preciosidad. Me gusta que no se haya puesto sujetador esta noche. Lástima que su vestido negro me impida deleitarme.

Pues a tomar por culo el vestidito.

—¡Ash! —protesta, escandalizada, al oír cómo se rasga la tela. En serio, era muy endeble. No me ha costado ningún esfuerzo rajarlo.

—Chisss. Te compraré otro mañana.

Quiere parecer indignada, pero esto la excita tanto como a mí.

Ahora que la tengo casi desnuda, me inclino sobre ella y juego con sus pezones, los acaricio primero con los labios y luego con la lengua.

Alexandra ronronea y separa las rodillas para enseñarme dónde necesita que la toque. Sus deseos son órdenes para mí. La froto con el pulgar hasta que consigo que empape el encaje negro y entonces decido desnudarla del todo.

—¿Quieres dejar de romperlo todo?! —me chilla cuando le arranco las bragas de un solo tirón.

—Nop. Me gusta romper tus cosas.

La dejo ahí desnuda y excitada y voy al salón a por la botella de whisky. Bebo a morro de camino a la habitación.

Al verla revolverse tan inquieta, me apiado de ella y vierto un poco dentro de su boca.

—Traga.

Lo hace. Muy obediente. Así me gusta.

Un hilo de alcohol se le escurre por la comisura del labio. Lo lamo.

—Delicioso. Un whisky escocés de treinta años y tú. No se me ocurre una combinación mejor. Tengo una idea.

De pie delante de la cama, inclino la botella y dejo caer un reguero de alcohol por su abdomen. Observo cómo se escurre hasta colarse entre sus piernas y luego lo lamo todo.

Alexandra se arquea en busca de más y, como era de esperar, protesta al no recibirlo.

—Te tengo muy mal acostumbrada. Hoy mando yo, ¿recuerdas?

Me inclino sobre ella, acerco los labios a los suyos y la beso con fuerza mientras rodeo con el pulgar el punto más sensible de todo su cuerpo y me lo trabajo meticulosamente.

La tensión sexual que estoy acumulando es brutal. Cuando estalle, veré las estrellas otra vez.

Mi lengua se enreda con la suya. La humedad que empapa mis dedos me permite deslizarme por su sexo con cada vez más facilidad.

Está a punto de correrse. Lo sé. Lo noto. Está muy tensa, lista para dármele todo.

La idea de tenerla deshaciéndose de placer entre mis dedos me pone muchísimo.

Le devoro la boca con mayor avidez, le doy un beso casi animal, que la hace vibrar y arquear el cuerpo todo lo que las cuerdas permiten, y sigo masturbándola.

—Quiero que acabes —murmuro, junto a su oído.

Pienso en ella teniendo un orgasmo, en lo salvaje que se vuelve, y mi polla da una sacudida. Respiro hondo para calmarme. No tengo tiempo para preocuparme por mí mismo ahora.

—No pares —murmura, revolviéndose agitada por debajo de mi pecho.

—No voy a parar.

Pone una mano encima de la mía (iba a atarle también las muñecas, pero me gusta que me toque) y me guía para que la penetre con los dedos. Le doy lo que me pide, y ella se arquea todavía más febril por debajo de mí.

Libero sus labios para concentrarme en sus perfectos pezones. Lamo, muerdo, succiono y vuelvo a lamer, mientras juego con su cuerpo a mi antojo.

Se retuerce y la oigo inhalar de forma brusca.

Provoco con los dientes uno de sus pezones y, de pronto, ella pega un grito y se corre larga e intensamente en mis dedos.

Le concedo unos momentos para que se le calme la respiración y luego deposito un beso suave en sus labios entreabiertos, en sus dos pezones abultados, y le quito el antifaz.

—Precioso. Un regalo perfecto. Me ha encantado desenvolverlo.

Levanta los párpados para evaluarme y yo juego con su boca, se la abro con los dedos y le acaricio el labio inferior.

A veces me pregunto en qué piensa cuando me mira así. Es como si se alejara por un momento, abismada en un mundo privado del que no me cuenta nada. Ella es todavía más hermética que yo.

—Creía que hoy se trataba de ti —dice al cabo de unos segundos—. Es tu cumpleaños. ¿No era yo la que debía hacer algo por ti esta noche?

Se me escapa una sonrisa.

—Lo acabas de hacer. A mí lo que me pone es tu excitación. No puedes imaginar lo placentero que me resulta ver cómo te retuerces, cómo te humedeces, cómo pides más, cómo me reclamas, cómo te abres para mí... Alexandra, no sé si alguna vez serás capaz de comprender lo que siento por ti. Eres un sueño febril del que no quiero despertarme nunca. Te amo.

—Qué tierno —se burla, arrancándome una mueca.

—No te creas. También quiero follarte hasta quedarme sin fuerzas. Voy a darte duro hoy, porque es mi cumpleaños y me lo he ganado. Créeme, pequeña, no va a ser *tierno*.

Me agarra del pelo y acerca mi boca a la suya hasta que nuestras respiraciones se entrelazan. La suya brota más áspera que la mía.

—No sé qué responder a eso, señor Williams.

Tuerzo los labios en un gesto desdeñoso. Todavía estoy tranquilo, aunque noto que el aplomo no me va a durar mucho más. Saborearla, inhalarla y llevarla al orgasmo ha concentrado toda la sangre de mi cuerpo en la polla, y no deja de palpitarme.

—Con un *sí*, *señor* debería bastar.

Me propina un golpe en el brazo y yo la cojo por la cintura, la muevo unos milímetros en el colchón y me pongo de pie para poder contemplarla como es debido.

—No te muevas. Estás perfecta así. Abierta. Indefensa. Húmeda... ¿Probamos los demás juguetes? —La cara que me pone me hace reírme—. ¿No? Hoy no te viene bien. Vale, lo dejamos para mañana. Si yo prisa no tengo.

Me quito la ropa, acerco mi erección a sus labios y, cogiéndola del pelo, echo su cabeza hacia atrás hasta que sus ojos se encuentran con los míos.

—Abre —ordeno con voz autoritaria.

Ella, como la buena chica obediente que es, separa los labios, me acoge dentro y empieza a hacerme la mamada más increíble de toda mi vida. Nunca le ha puesto tanto sentimiento. Cómo se nota que es mi cumpleaños hoy.

—Joder —gruño unos dos minutos después, tensando la mano en su pelo para obligarla a bajar el ritmo—. Para, para, para. No quiero correrme en tu lengua y, como sigas así, lo haré.

Se detiene, se relame los labios y me mira en busca de nuevas órdenes. Quiere complacerme esta noche. Sabe que me apetece saborearla.

—¿Qué quieres que haga?

Me lo pienso en segundo. Quiero que haga tantas cosas...

—¿Qué tal si te tocas para mí? Ya sabes lo mucho que disfruto mirándote.

—Solo si tú haces lo mismo.

Me rio, disfrutando como siempre de sus pequeñas provocaciones, y empiezo a frotarme con el puño hacia delante y hacia atrás.

No soy el único al que le excita mirar.

Sus pezones se tensan de golpe. Se le ha puesto la piel de gallina. La puta hostia. Es jodidamente perfecta para mí.

Apoyo la palma en la pared, flexiono un poco los músculos del estómago y me toco para ella.

—¿Te gusta lo que ves? —siseo, al reparar en que no me quita los ojos de encima.

—Mucho.

Una sonrisa leve, de lado, aparece en la comisura de mi boca.

—Eres un poco traviesa tú, ¿no?

—¿Eso crees?

Con los ojos encajados en los míos, se introduce un dedo dentro, lo saca, completamente reluciente, y se lo mete en la boca.

«Joder, joder, joder».

Dejo de masturbarme y me encajo entre sus piernas, listo para penetrarla.

—A tomar por culo los jueguecitos. Me vuelves demasiado loco. No puedo aguantar más.

Capítulo 13

**Al final, solo recordamos
lo que nos hizo sentir vivos.**
(Tennessee Williams)

Alexandra

Detengo el Crown Victoria delante del tugurio de mala muerte en el que tanto le gusta perder el rato con sus amiguitos y coloco la palanca de cambios en punto muerto.

Durante unos segundos, no me muevo, solo observo con curiosidad la entrada, intentando adivinar qué atributos posee este lugar para, a pesar de su aparente vulgaridad, erigirse como nuevo epicentro de la organización Williams.

Ash, hábil estratega, nunca hace nada al azar. Si lo ha escogido es por alguna razón. Este monumento a la decadencia no es más que un señuelo, otro de sus disfraces.

Cualquiera que pase por la calle y vea la fachada desgastada, con la pintura que ha cedido ante las inclemencias del tiempo y la marquesina que proclama el nombre del establecimiento en letras que luchan por mantener su legibilidad, pensará que se trata del enésimo antro de poca monta que quebró durante la última crisis.

Cuando lo cierto es que, tras sus puertas maltrechas y sus ventanas opacas, sucias por la desidia de vete a saber quién, se esconde en realidad el bastión estratégico de uno de los imperios criminales más poderosos y prósperos de Ohio.

Los señores del hampa se reúnen a diario en el interior del *Rusty's Pub*; interminables partidas de póker que, a veces, fines de semana y alguna que otra velada entre diario, se prolongan hasta bien entrada la madrugada porque, para mover los hilos del poder, no necesitas solo un escenario cuidadosamente seleccionado para confundir a los observadores casuales y al FBI. También necesitas tiempo.

Yo tengo vetada la entrada. Ash pretende mantenerme todo lo al margen posible de su mundo de secretos y sombras.

Como si algo así fuera viable. Estoy metida hasta el cuello; me he empapado yo solita con un bidón entero de gasolina y ahora no hago más que esperar y esperar el inevitable desenlace, la chispa que hará que todo mi mundo estalle en pedazos.

Mejor no pensarlo. Es deprimente.

Toco dos veces el claxon, bajo la ventanilla del copiloto para que me dé el aire y sorbo un poco de té helado mientras espero a que me haga caso.

Al final, después de dos pitadas adicionales, se da por aludido y sale por la puerta, con un cigarro colgándole entre los labios.

Cómo ha cambiado todo en tan poco tiempo. En un segundo, eres el rey del inframundo. Y, de pronto, todos demandan tu puñetera cabeza.

Observo la imponente figura que se aproxima con paso medurado por la derecha y una sonrisa socarrona empuja hacia arriba las comisuras de mis labios.

Lo que más admiro de él es su temple, esa confianza en sí mismo tan bien cimentada que se refleja incluso en su forma de caminar.

La ropa que lleva no está a la altura, es sencilla, vaqueros de un azul pálido y una camiseta blanca de manga corta, pero, aun así, no hay forma de quitarle los ojos de encima a alguien que desprende una energía tan brutal que convierte en chispas el maldito aire que te rodea.

Un rápido intercambio de miradas y ya noto el cosquilleo eléctrico en el estómago, la excitación que me domina cada vez que lo tengo cerca. Me asfixio, joder, con tanto magnetismo. Esperaba acostumbrarme a él con el paso del tiempo, pero me parece que voy a peor con cada día que pasa.

—Alexandra. ¿Qué haces tú aquí?

—Sube —le pido, agachándome para mirarlo a través del hueco de la ventanilla del copiloto.

Arquea las cejas con expresión inquisitiva.

Se dispone a decirme algo, cuando la llegada de un coche negro le hace desviar la atención hacia el aparcamiento que hay al otro lado de la calle. Siempre mantiene la guardia alta. Mucha gente lo quiere muerto.

Después de asegurarse de que aquel tipo no supone un peligro para ninguno de los dos, apoya las muñecas en la ventanilla bajada y se inclina hacia adelante.

La cercanía me excita, pero no quiero dejarme dominar por el deseo otra vez.

—¿Qué tramas, gatita?

—Es una sorpresa.

Asiente con una sonrisa pícara. Sospecho que es consciente del efecto que causa en mí.

—¿Incluye sexo?

Entorno los párpados por debajo de las gafas de sol.

—Estás obsesionado. ¿Quieres subir de una vez?

Me sopesa, pensativo, a través de las volutas de humo que desprende su cigarrillo. Supongo que intenta adivinar mis intenciones, aunque los dos sabemos que me seguiría hasta los confines del mundo, y sin hacerme demasiadas preguntas.

—Tú ganas.

Como era de esperar, después de dar una lenta y prolongada calada, abre la puerta, se pone cómodo en el asiento y espera, con una sonrisa mal disimulada en las comisuras de la boca, a que le desvele mis planes. Algo que no tengo la menor intención de hacer.

—¿Y bien? ¿De qué va esto? ¿Adónde vamos?

—Creo que hay algo en el concepto *sorpresa* que no terminas de pillar.

Ríe entre dientes, sin percatarse de que acaba de abrirse la puerta del bar y Seven, con cara de cabreo, viene hacia nosotros a grandes zancadas.

—¿Qué haces? —lo increpa a través de la ventanilla bajada, en la que él acaba de apoyar el codo—. ¿Te vas?

Ash vuelve el rostro hacia el suyo con total parsimonia.

—*Sip*.

—¿Adónde?

—No lo sé. Dice que es una sorpresa.

—Ash, déjate de chorradas y vuelve ahí dentro. Tenemos cosas que hacer.

—No puedo. Hoy manda ella. Dale caña, bomboncito.

—¡Ash! —exclama Seven, perpleja, demandándome explicaciones a mí—. ¿Qué cojones...?

Me encojo de hombros como si el asunto no fuera conmigo, meto la primera marcha y, al cabo de unos segundos, el bar no es más que una sombra a lo lejos.

Como diría Ash: *a mamarla*.

Se termina el cigarro, lo apaga en el cenicero del coche y me observa intrigado. Si yo estoy cerca, no puede prestar atención a nada más. Soy su imán. Lástima que él sea el mío.

—¿Adónde vamos?

Conduzco con una mano sobre el volante para poder terminarme el té helado y solo le lanzo

una miradita rápida por encima de las gafas, ya que hay bastante tráfico a estas horas y necesito mantenerme concentrada.

—Lo sabrás cuando lleguemos.

Se fija en las dos maletas que he tirado a los asientos traseros.

—¿Por qué llevamos tanto equipaje? ¿Cuándo vamos a volver?

—Lo sabrás cuando volvamos.

Su cara se abre en una sonrisa.

—Qué misterioso todo.

—¿A que fastidia? Ten. Sujétame esto un momento.

Le planto mi té helado en la mano para poder ajustar bien el espejo interior.

Lo veo encogerse de hombros con desdén, probarlo y hacer una mueca de desagrado.

—Podrías haberle echado un poco de whisky.

—¡Estoy conduciendo!

—¿Y?

Niego para mí y recupero mi vaso.

Después de acabarme la bebida, arrugo el cartón y lo lanzo a la parte trasera del coche, para diversión de Ash, que me observa con las cejas en alto.

—¿Qué estabais tramando tus amigos y tú? —pregunto después de incorporarme a la autopista—. ¿Era una de esas reuniones de la mafia?

—Ves demasiadas películas. Solo estábamos tomando café.

Sí, claro. *Café*.

—¿Y por qué se ha enfadado tanto Seven cuando le has dicho que te ibas?

—Seven es así. A la mínima se nos sulfura. Voy a poner la radio —me informa, para que me calle y deje de acribillarle a preguntas. Cuanto menos sepa, mejor, según él—. ¿Sabes que es la primera vez que vamos juntos en un coche y conduces tú?

—Lo sé. Ponte el cinturón. No quiero que me multen.

Se echa a reír, hace lo que le he pedido, y luego se cruza de brazos y se retrepa en el asiento.

El sol está en lo alto, parece que nos encaminemos hacia él. Es un viernes perfecto. Y estamos juntos. *Vivos*. ¿Qué más se puede pedir?

Observo pensativa el paisaje, que cambia según los suburbios de Cleveland se alejan por el retrovisor.

Tengo la sensación de que estamos yendo hacia algún lugar, no solo al misterioso sitio que Ash se muere por conocer, sino a otro punto clave de mi relación con él.

Dejo de concentrarme en el paisaje para dedicarle a mi apuesto *novio* toda la atención que puedo. (Se me hace raro referirme a él como mi novio, aunque supongo que lo es).

Estudio, con un nudo en el pecho, su perfecto perfil esculpido por la luz del día, la curva de su mandíbula, el dorado destello de la barba que le añade un atractivo adicional a su rostro...

El sol, artista concienzudo, está empeñado en destacar hoy las mejores características de su fisionomía.

—Cómo me gusta esta canción —dice de pronto, tan entusiasmado que sube el volumen de la radio para mi desesperación.

—Pues a mí, no.

Me mira como a un bicho raro.

—¿A quién no le gusta *Dancing Queen*?

—A mucha gente. Tu novia entre ellos.

La verdad es que odio esta canción. Despierta en mí rescoldos que me he esforzado mucho

por sofocar. Es como un botón que lo activa todo.

¿Dónde estás, conejito? Te en-con-tra-reeeé.

Dios. ¿Por qué siguen ardiendo? El pasado es como un fuego insidioso. Si no lo ahogas, te acabará consumiendo por completo.

Con brusquedad, cambio de emisora para alejar de mí el eco persistente de esa voz empalagosa.

—Tócate los cojones —se materializa al rato la voz de Ash en mitad del recuerdo que intento reprimir—. ¿Has visto eso?

Parpadeo para volver con él, a esta realidad.

—¿El qué? —pregunto, con la mandíbula en tensión.

—¡El jinete! ¿No te has fijado en cómo ha saltado la valla? Lo acaba de hacer.

—No. Lo siento. Estaba... perdida en mis pensamientos.

Pone la mano encima de la mía y me percato de la arruga que se le acaba de formar entre las cejas.

—Eh. ¿Estás bien?

Fuerzo una sonrisa para tranquilizarle.

Desearía haberle conocido en otras circunstancias. Ojalá él no fuera uno de los señores de la Mafia. ¿Por qué no puede ser normal? ¿Por qué *nada* en mi vida puede ser nunca normal?

—Sí, solo estoy planificando la ruta.

—Si me dices adónde vamos, a lo mejor puedo ayudarte.

—Buen intento.

—Había que probar suerte.

Niego para mí, incapaz de no devolverle la sonrisa.

Los kilómetros se deslizan veloces bajo las ruedas del coche. Cada vez hay menos tráfico. Empiezo a relajarme.

Al cabo de unos cinco minutos de silencio, Ash se mueve en el asiento para coger el paquete de chicles que he soltado antes al lado de las llaves de casa. Lo abre y se lleva uno a los labios.

Me pregunta si quiero. Le digo que no.

Los chicles y, ahora también él, huelen a fresa.

Todos los momentos que paso a su lado son como instantáneas de un álbum de recuerdos que estamos creando.

El tiempo es limitado, y la diosa Fortuna no siempre estará de nuestro lado. Todo podría torcerse en un segundo.

Supongo que es lo que lo hace tan excitante. Bailamos en el filo de un cuchillo. La posibilidad de caer es tan real que no queda otra que vivir con intensidad el presente, crear recuerdo tras recuerdo porque algún día necesitaremos algo a lo que aferrarnos.

La gente como nosotros nunca acaba bien.

Sonrío con tristeza y lo observo ensimismada tras los lentes.

Me gusta que esté tan tranquilo hoy, tan relajado, tan diferente. No lleva ninguna máscara, ningún disfraz. Puede que lo que tenga al lado sea Ash al cien por cien, el auténtico.

Tararea por lo bajo la canción de Nirvana que suena en la radio y sus ojos divagan por el paisaje que se despliega al otro lado de la ventana.

Parece disfrutar mucho de los rayos de sol que le acarician la cara, como si llevara toda su vida en la oscuridad y por fin se encontrara con un poco de luz.

Su rostro se vuelve hacia el mío. Al darse cuenta de que lo estaba observando, me lanza un guiño seductor y todo su semblante se abre en una sonrisa que yo le devuelvo al instante.

Parecemos una pareja como cualquier otra. Jóvenes. Divertidos. Despreocupados. Locamente enamorados...

Algo semejante al dolor se me enrosca en el pecho sin que pueda frenarlo a tiempo. Se me seca la garganta y me percato de que mis manos están cada vez más tensas sobre el volante.

Ojalá fuéramos esa pareja, tan perfectos como parecemos desde fuera.

Ojalá las cosas fueran sencillas.

Ojalá él fuera siempre el hombre que es ahora.

Pero no, guarda demasiados secretos y tendré que desentrañarlos todos antes de que lleguemos a donde sea que estemos yendo.

Termina la canción de Nirvana y el locutor anuncia *Another Brick In The Wall*. Nos cuenta por encima la historia del grupo, detalles de su exitosa trayectoria.

Ash eleva el volumen para enterarse bien de lo que dice. Le gusta Pink Floyd.

Sonríó para mí al verlo tan interesado.

Espero hasta que arrancan los icónicos acordes y entonces le digo:

—Cuando era pequeña, mi profesora de lengua me pidió que hiciera una redacción sobre lo que quería ser de mayor y yo transcribí la letra de esta canción. *No necesitamos ninguna educación. No necesitamos ningún lavado cerebral. Ni ningún sarcasmo disimulado en el aula. Profesores, dejen a los niños en paz*^[4].

Se echa a reír y me observa con expresión guasona. Su mirada se ha calentado por completo. Es un fuego que te devora.

—¿Y qué nota te pusieron, pequeño trasto?

—Puff. A ver si te lo imaginas.

—Tan mal, ¿eh?

—Además, estuve castigada durante dos semanas por mala conducta.

—Y yo que creía que tú siempre habías sido ejemplar...

—Solo eran apariencias. En realidad, fui un *enfant* bastante *terrible*.

Mueve la cabeza, divertido.

—No tenía ni idea de que te gustara Pink Floyd.

—¿Bromeas? —Le lanzo una miradita rápida, por encima de las gafas—. *Me encanta* Pink Floyd.

—A mí también. Es el mejor grupo de la historia.

—Hmm. ¿Y qué me dices de Queen?

Arquea las cejas, pensativo.

—¿Queen? Bueno, Queen es la hostia. Evidentemente.

Una sonrisa lenta mueve la comisura de mis labios hacia la derecha.

Parecemos la pareja perfecta.

Solo que no lo somos.

He usado el antifaz para cubrirle los ojos y lo estoy llevando del brazo, descalzo, por una pasarela de madera.

Por el olor que flota en el aire, debe de intuir lo que estoy tramando.

Aun así, sonrío de oreja a oreja cuando sus pies descalzos rozan la arena caliente.

—Increíble —dice, con una fuerte carcajada—. ¿Me has traído a la playa?

Le quito el antifaz. Sus ojos, de un azul eléctrico hoy, bajan hacia los míos.

—Ta-chan.

Riéndose, me envuelve en un gran abrazo. A sus espaldas, el sol empieza a hundirse en el

mar.

—Eres alucinante —me susurra al oído.

Me besa con ternura y luego se separa de mí y observa la mesa para dos colocada cerca de la orilla, todo muy elegante, con mantel blanco y una botella del mejor champán de la carta esperándonos en una cubitera helada.

Hay un chiringuito de madera a unos diez metros de la terraza. Dentro, un cocinero de mediana edad nos prepara una cena que huele de maravilla. No hay más mesas porque he reservado el bar solo para nosotros dos.

—¿Cómo has...?

—Cualquier cosa es posible si tienes wifi.

Su risa es agradable y relajada. Todo ha valido la pena solo para ver el brillo de emoción en sus ojos mientras contempla el océano. Es como un niño que ve el mar por primera vez. Creo que nunca le había amado tanto. Tampoco le había visto nunca tan tranquilo y feliz.

—¿Qué tal se siente la arena caliente bajo tus pies?

—¿Cómo sabías lo de la arena?

Me encojo de hombros.

—Me lo dijiste en nuestra primera cita.

Frunce el ceño, un evidente repaso de sus recuerdos de aquella noche.

—Sé que te corriste en mi boca y que me hiciste ver una película horrible de los años ochenta, pero no recuerdo ninguna conversación sobre la playa.

Pongo cara de exasperación y hago chocar el hombro contra el suyo.

—Ayyyyy, ¡qué bruto! ¡Me refiero a nuestra primera cita de verdad! Me contaste que, si tu agenda te lo permitiera, te gustaría irte a la playa, sentarte en una silla de cara al océano y sentir la arena caliente bajo los pies. *Solo eso. Solo la puta arena*, dijiste. No lo sé, quería hacer esto por ti, regalártelo por tu cumpleaños.

Me coge de la mano para que deje de andar y me vuelve hacia él.

—Gracias. Es...

—¿Vas a llorar?

Se echa a reír. Le brillan mucho los ojos.

—No. Solo quería decirte que nadie ha hecho nunca algo así por mí en toda mi vida y yo... Joder, no sé ni cómo expresarlo. Me siento muy...

—¿Agradecido?

—Vivo.

Eso es bueno. Nunca olvidamos a las personas que nos hacen sentirnos vivos.

Sorbe champán, contempla el océano, las lentas olas que van y vienen, y después centra la mirada en mí mientras el camarero retira de la mesa la fuente llena de cáscaras de ostra.

—Estás muy guapa con ese vestido —me dice, con voz rasposa.

Me encojo de hombros.

—No es más que un trapito.

—Entonces, no te importará que te lo arranque del cuerpo esta noche.

Le lanzo una mirada concentrada y seductora a través de los párpados.

—Si lo haces, tendrás que comprarme otro. No traigo mucha ropa.

—Menos mal que estamos en la playa. Puedes pasarte el día entero desnuda.

—Te encantaría, ¿a que sí?

—Ya lo creo —admite, con cara de pillo.

Poco a poco, la sonrisa se apaga en sus labios y de pronto está tan serio que empiezo a contener aliento.

—¿Eres feliz, Alexandra?

—¿Ahora? —repongo, sorprendida por su repentino aire grave.

El tiempo avanza muy despacio mientras nos evaluamos el uno al otro.

—Conmigo.

Me lo pienso unos segundos.

—A veces.

—¿A veces?

—Cuando estás. Cuando sales por la puerta, ya no. Siempre me pregunto adónde vas y si vas a volver de una sola pieza.

Deja caer los párpados y se muerde el labio inferior por dentro. Mi sinceridad lo ha dejado bastante mortificado.

—Lo siento —murmura al cabo de unos segundos, dirigiendo toda la intensidad azul de sus ojos hacia mi rostro—. Odio hacerte pasar por esto.

—Lo sé.

—Me gustaría decirte que la situación va a acabar pronto, pero lo cierto es que estamos estancados. Nadie hace nada. Es como la calma antes de la gran tormenta. Es evidente que se está fraguando una tormenta de cojones. Solo que aún no sé dónde va a estallar, ni cuándo, ni cómo frenarla y me estoy volviendo loco porque quiero poner fin a esta mierda y que recuperemos nuestra vida; quiero ser la persona que te prometí ser. Quiero dártelo todo, pero las cosas avanzan muy despacio y estoy hasta la polla ya.

Lo observo en silencio. Su camiseta blanca se agita con la brisa. Los tatuajes de sus antebrazos, sus dedos y sus manos me llaman la atención casi tanto como el primer día que los vi.

Ahora ya casi nunca se pone traje. Una pena. Estaba monísimo con su disfraz de empresario exitoso. Seguro que lo echa de menos. Está harto de las cloacas. No están mal para un rato, como anécdota, pero él aspira a ser respetable.

—¿Por qué no buscas aliados?

—¿Aliados?

—Los enemigos de tus enemigos. En tiempos de guerra se forjan acuerdos.

Lo cavila, y una arruga le asoma en el entrecejo.

—Creo que me acabas de dar una idea. Cuando volvamos a casa, iremos a Scoville Avenue.

La afirmación me sorprende tanto que arqueó ambas cejas.

—¿Iremos? ¿Te refieres a que puedo acompañarte?

—Claro. Así te enseño mi barrio. Ya verás cuánta clase.

El camarero deja sobre la mesa un plato con seis bombones de chocolate de distintos sabores. Le doy las gracias con una sonrisa.

—Hmm. Qué buena pinta —dice Ash, agradeciéndole el detalle.

—Pruébalos. Los traen de una bombonería muy famosa aquí.

—¿Conocías este lugar?

—No. Pero tengo mucho tiempo libre y una fantástica conexión wifi. Y la gente es muy pesada con lo de dejar su huella digital en todas partes. Yo nunca opino sobre nada. Me gusta pasar desapercibida.

Suelta una risa rasposa que me recorre por dentro, coge un bombón de chocolate negro y se lo come con los ojos clavados en los míos.

—Hum. Es exquisito. Casi tanto como tú, bomboncito.

Me sonrojo un poco.

Mi reacción parece divertirlo mucho.

Me guiña el ojo y yo sé que ahora me quiere más que hace media hora; el doble que ayer porque yo hago que se sienta vivo y completo y nadie, jamás, podrá competir contra eso.

A través de la ventana abierta de par en par oigo el vaivén de las olas, pero no puedo concentrarme en ellas por más de tres o cuatro segundos. La lengua de Ash entra y sale de mi boca, lametazos lánguidos y sexuales que me tienen vibrando por debajo de su sólida caja torácica.

Lo tengo dentro, y hoy no está por la labor de follar. Me está haciendo el amor. Sin prisas. Sin reservas. Con intensidad y el grado justo de desesperación como para volverte loca.

Cierro los ojos y dejo que me bese despacio, que me estimule con sus caricias, que se abra paso a través de mí. Su boca juega con la mía. Me provoca, se retira, vuelve a buscarme...

Absorbo el aire que respira.

Ash me absorbe a mí, su fragancia favorita en el mundo entero.

Hundo los dedos en su pelo y lo obligo a mirarme a los ojos mientras nuestros cuerpos se buscan febriles.

Se lo doy todo.

Y él a mí, también.

Y es perfecto, a pesar de la oscuridad y el desastre que nos acecha.

Capítulo 14

No te pido que me ames siempre así, pero te pido que recuerdes.
(Scott Fitzgerald)

Alexandra

—Buenos días, pequeña.

Abro los ojos y sonrío de oreja a oreja.

—Hmmm. Me encanta despertar así, con la brisa del mar acariciándonos.

Me estiro, satisfecha, bajo la sábana, me incorporo en la cama y echo un vistazo rápido al ventanal que da al océano. Y pensar que hay gente que vive así, que todos los días ve este paraíso desde su ventana...

—A mí me encanta despertar a tu lado —me dice Ash, que deposita un beso tierno de buenos días en mis labios y me entrega una taza de café recién hecho.

Está ya vestido, a diferencia de mí, que solo llevo bragas por debajo de la sábana que acabo de enrollarme alrededor del torso. No quiero que la gente que pasea por la orilla pueda verme en topless.

—¿Has ido de compras? —pregunto, sorprendida por su atuendo blanco de pantalones ligeros y camisa de lino, doblada por debajo de los codos. No recuerdo haber empaquetado eso.

—Sí. También te he comprado algo a ti. Y he alquilado una lancha. Saldremos a navegar en cuanto estés lista.

—Perdona, ¿has dicho *una lancha*?

Una expresión juguetona aparece en su apuesto rostro.

—Es lo que hace la gente en verano, cielo. Alquilan una lancha, buscan un sitio íntimo en alta mar y...

Sus cejas se elevan en un gesto travieso.

Reprimo una carcajada y lo observo divertida a través de las pestañas.

—¿Y...? —lo insto a acabar la frase.

—Usa tu imaginación, Alexandra.

Todo cambia con increíble rapidez. Su voz, ronca y grave, parece vibrar encima de mi piel. La expresión de su cara se ha vuelto tan intensa que siento un irracional deseo de tocarlo, lamerlo, hacerle perder todo el control.

Es culpa suya. Me mira como si deseara devorarme entera y todo mi cuerpo se altera, vuelve a la vida y demanda atención. Los pezones se me endurecen bajo la fina tela de la sábana blanca que me cubre.

Ash lo nota y sus ojos se vuelven salvajes, cargados de lujuria. Inclina la cabeza hacia un lado, extiende el brazo y pasea el pulgar alrededor de la rígida protuberancia, tan dedicado a lo que está haciendo que parece llevar a cabo una operación muy delicada. Ha aparecido una arruga de concentración entre sus cejas.

Siento tal oleada de calor entre las piernas que apretar los músculos internos no sirve de mucho. Solo me excita más.

Empiezo a respirar con rapidez y a humedecerme todavía más deprisa.

—¿Quieres mi polla? —me pregunta con voz ronca.

Su respiración se ha vuelto igual de agitada que la mía.

Estudio su atractivo rostro, la mandíbula prieta, marcada por una áspera barba incipiente, las

abrasadoras pupilas, cargadas de excitación, y le respondo con un rápido asentimiento que lo hace contener una pequeña sonrisa.

Como si no tuviera la menor prisa, tira despacio de la sábana y descubre mis pechos. La imagen de los pezones erguidos contrae todavía más su rígida mandíbula.

Me toca un seno con los ojos clavados en ellos. Luego, el otro.

—¿Dónde? —murmura, con ese sonido grave en el que se ha convertido su voz.

Ya la tiene dura dentro de los pantalones y a través de la tela suave de su camisa puedo ver cómo se le agitan los regios músculos del estómago al respirar.

—¿Dónde quieres metérmela? —repongo, antes de volver a concentrarme en su cara.

Sonríe, disfrutando como siempre del juego.

—En todas partes. ¿Estás mojada?

—Compruébalo tú mismo.

Separo las rodillas para hacerle saber lo mucho que lo quiero dentro, y también los labios para que me bese, pero él deja de sobarme el pecho y una sonrisa socarrona se forma en sus labios.

—Ahora no. Voy a traerte el vestido que te he comprado, para que puedas prepararte. Pensé que te gustaría algo especial para nuestro primer día en el mar.

Me desplomo en la cama con un gruñido.

—Estupendo. ¿Y puedo preguntar hasta cuándo voy a estar sexualmente frustrada?

Tiene la desfachatez de comprobar el reloj, el muy cabrón.

—Mínimo, hasta la hora de comer —me responde divertido, ya de camino hacia la puerta.

—*Calientabragas* —mascullo para mí.

Riéndose, sale de la habitación y regresa al cabo de unos segundos, con un bonito sobre de papel lila en la mano. Dentro, un vestido blanco, ligero y delicado, que me hace sonreír.

—Es muy bonito. Gracias.

—De nada. Avísame cuando estés lista para zarpar hacia la aventura. Perdona, tengo que hacer una llamada antes de irnos. Ahora vuelvo.

Típico. Pero no voy a dejar que nada me ponga de malhumor hoy. Hace un día estupendo. El mar y el cielo se funden en un azul sereno, y la suave brisa que se cuela en la habitación trae consigo el aroma de la sal marina y la arena caliente.

El océano está en calma, perfecto para surcarlo con una lancha veloz, y yo siento una mezcla de emoción y anticipación que me hace acabarme el café de unos cuantos tragos y meterme deprisa en la ducha.

Se me viene a la cabeza una canción de Nina Simone, y la tarareo animada mientras me enjabono todo el cuerpo.

Después de ducharme y ponerme el vestido que él ha elegido para mí, entro en el salón con una renovada sensación de entusiasmo y vitalidad.

Ash, al notar mi presencia, cuelga el teléfono y su semblante se ilumina en una sonrisa.

—Vaya.

—¿Te gusta? —hago unas piruetas y me doy cuenta de que de pronto está muy serio. Su expresión intensa abre un hueco en mi estómago. Dejo de girar y me quedo muy quieta, atrapada en su mirada.

—No puedo dejar de mirarte. ¿Dónde coño has estado tú toda mi vida?

—En el colegio.

Se echa a reír y niega a para sí.

—¿Me acabas de llamar vejstorio?

Me encojo de hombros con sonrisa traviesa.

—Unos cuantos años sí que me sacas...

Viene hacia mí, me acorrala contra la mesa y me restriega su polla empalmada por encima de la ropa mientras arrastra la nariz por la piel de mi cuello, absorbiéndome como si fuera su fragancia favorita.

—Solo por decir eso no voy a dejar que te corras hasta la hora de la cena —murmura al mismo tiempo que me provoca con la boca, abre los labios encima de los míos sin la menor intención de besarme y luego se queda quieto. Solo quiere que saboreemos la excitación de la espera; volverme loca.

—Mentiroso —jadeo, respirándolo yo también.

Con la punta de la lengua, trazo una línea vertical por la barrera de sus labios para que me abra paso. Una especie de gruñido hambriento brota de lo más profundo de su garganta.

Hunde los dedos en mi pelo, levanta mi cara hacia la suya y toma por fin lo que le ofrezco, se abre paso hacia el interior de mi boca de esa forma ansiosa, agresiva y necesitada que me hace desintegrarme entre sus manos.

Bajo los párpados para aislarme de cualquier cosa que no sea esto y me vuelco por completo en nuestro beso, tan primitivo, famélico y carnal que en cuestión de segundos estoy totalmente perdida en él.

Esta oscuridad es adictiva.

Tengo la cabeza apoyada contra los músculos de su estómago y los ojos clavados en el cielo. Las olas acarician perezosas la embarcación. La brisa marina es cálida y salada. Prácticamente, noto la vitamina D en mis poros.

La camisa blanca de Ash cuelga desabrochada a ambos lados de sus costados. Yo llevo puesto el bañador, pero él no ha querido cambiarse.

—Qué paz —murmuro, después de haberme mantenido en silencio durante muchísimo tiempo. El sonido del mar es demasiado increíble como para querer interrumpirlo.

—Hmm. Me quedaría así para siempre.

Mueve la mano para acariciarme distraído la cabeza y una oleada de calidez me inunda el pecho. Estos momentos de ternura me descolocan a veces. Echan por los suelos todas mis teorías sobre él.

—No quiero volver a casa.

Por cómo se agita la pared de músculos contra la que estoy apoyada, deduzco que se está riendo.

—¿Te gustaría vivir en un sitio así?

—Ya lo creo.

—¿Para hacer el qué?

—Navegar, nadar, pasear por la playa...

—¿Follar? —me sugiere con voz gutural.

Me descubro sonriendo.

—Si te empeñas...

—Me empeño —murmura mientras engancha un dedo en la parte inferior de mi bañador y la aparta para acariciarme.

Me muevo para tenerle de frente y él se quita las gafas de sol y usa la mano que le queda libre para sujetarme la nuca y acercar mi boca a la suya. Veo el deseo que inunda sus ojos y solo quiero sumergirme en él.

Decido tocarlo, masajearlo a través de los pantalones hasta sentirlo palpar entre mis dedos.

Y él decide deslizar la lengua entre mis labios y besarme.

—¿Vamos a llegar hasta el final o solo vas a jugar conmigo como antes? —pregunto después de que el beso se haya calmado lametón a lametón.

Su sonrisa sexy va directa a mi corazón.

—En realidad, estaba pensando en nadar un poco.

Desvío la mirada hacia el profundo mar que nos rodea y me estremezco por dentro. Aquí nunca tocaría el fondo. Estamos en mitad de la nada. Nos hemos alejado un montón de la costa.

—No soy tan buena nadadora como para enfrentarme a las corrientes del océano. Esto es muy profundo. A mí me van más las piscinas.

Un destello de ternura cruza la superficie azul de sus iris.

—¿Confías en mí?

Lo observo largo rato. No sé qué es lo que veo en sus ojos, pero la respuesta nace de forma natural en mis labios.

—Sí.

Pero ¿debería? ¿Puedo confiar en él? ¿Es sensato hacerlo?

Me instinto me dice que sí y, una vez más, elijo hacerle caso. Por mi propio bien, espero no equivocarme.

Ash se quita la ropa y se coloca en el borde de la lancha. Paseo la mirada por su musculoso cuerpo tatuado, observo el perfecto salto que hace y sonrío al ver la facilidad con la que regresa a la superficie.

El agua se le escurre por todo el rostro. Se frota los párpados con los puños y se echa el pelo hacia atrás con los dedos. Los ojos que me observan desde abajo brillan cargados de entusiasmo. Y su sonrisa es... Increíble, supongo.

Nunca le había visto tan feliz, tan normal. Realmente le hacían falta unas vacaciones.

Me quedo atrapada por los destellos que el sol esparce sobre su piel mojada. Desearía mirar más y más la luz que por fin he encontrado en él. Puede que esto funcione, después de todo.

—Venga, bomboncito. Cierra los ojos y déjate llevar.

Dudo en el borde de la lancha, pero extiende los brazos hacia mí y la confianza que transmite su mirada me hace desprenderme de la incertidumbre y sumergirme en el abismo.

Primero siento el impacto gélido del agua y cómo oscila el océano a mi alrededor. Después, la seguridad de su abrazo y la certeza de que nunca dejaría que me pasara nada malo.

—¿Qué tal? —me pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Está helada!

Ríe suavemente y me acurruca contra su pecho, mis piernas apretando sus caderas y sus manos sujetándome el trasero con firmeza.

—Yo te caliente, pequeña. No te preocupes.

Lo peor de todo es que no estoy preocupada. Ni una pizca. Soy una inconsciente.

Hemos vuelto a cenar en el chiringuito de la playa y ahora, con el rumor de las olas como música de fondo, paseamos cogidos de la mano por la orilla.

El mar acaricia tímido nuestros tobillos desnudos. En la lejanía, las luces tenues de la terraza en la que hemos pasado la última hora pintan destellos de calidez en la oscuridad.

Ash está raro de narices. Se ha mantenido callado durante casi toda la cena. Está claro que hay algo rondándole la cabeza.

—Deberías saber que me estoy planteando dejarlo —me dice de pronto.

Recorro ansiosa su mirada, buscando respuestas en la tormenta que parece agitarse en su interior. Las luces del paseo marítimo arrojan suficiente claridad sobre la playa como para vislumbrar su expresión tensa y el músculo que le palpita en la mandíbula.

—Dejar ¿el qué?

Respira hondo, desvía la mirada hacia el horizonte y murmura:

—Todo...

—¿Te refieres a la...?

—A la vida que llevo, sí —confiesa, concentrado en la vasta superficie oscura que se extiende delante de nosotros, quizá para ocultarme lo mortificado que se siente.

La brisa marina se intensifica tanto que tengo que sujetarme el pelo con una mano para seguir mirándolo. Mi corazón late con cada vez más fuerza conforme asimilo sus palabras.

—¿Y qué hay del ataúd y la corona? Dijiste que no podías dejarlo.

Deja de estudiar la inmensidad del mar y sus ojos conectan con los míos a través de la penumbra.

—Y no puedo. Ese es el problema. Pero tampoco puedo seguir así. Estoy harto de todos los esfuerzos que tengo que hacer para mantener este equilibrio tan precario.

Mis dedos se aferran con fuerza a los suyos.

—Y entonces ¿qué? ¿Cuál es tu plan? ¿Dejarlo y enfrentarte a las consecuencias?

—No lo sé. No tengo un plan todavía. Lo único claro es que quiero mandarlo todo a la mierda.

—¿Para hacer el qué?

Sus rasgos se suavizan.

—Estar contigo —murmura con timbre rasposo mientras me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—¿Lo dejarías todo por mí?

Me coge por la nuca y acerca mi rostro al suyo hasta que nuestras respiraciones se fusionan en un abrazo y nuestras frentes se apoyan la una en la otra.

—Quiero construir algo auténtico contigo, Alexandra, algo que no esté marcado por el peso de la vida que llevo. No más secretos, ni más silencios, ni más noches en vela, preguntándote si voy a volver a casa de una pieza o no. Me revienta que te sientas así por mi culpa.

Apoyo un dedo contra su labio inferior y analizo la mirada llena de ternura que él mantiene encajada en la mía. Nunca había visto un trozo de hielo derretirse tan deprisa. La conexión entre nosotros es eléctrica, como si el simple hecho de tocarnos desatara una corriente de emociones que ya no hay forma de contener.

—Ash, ¿estás seguro de que eso es lo que quieres hacer?

—Escúchame, cielo. Nunca he estado tan seguro de algo en toda mi puñetera vida. Pero no es un buen momento para dejarlo y no sé cuándo lo será.

Mi dedo se retira de inmediato de sus labios. Mi mirada se tiñe de sombras. Retrocedo para catalogar su expresión facial y no me gusta nada lo que encuentro en ella.

—Entonces, ¿para qué me lo cuentas?

Su mano, tensa en mi nuca, acerca de nuevo mi cara a la suya.

—Quería que lo supieras. Vamos. Hay que regresar. Huele a tormenta.

Nada más decirlo, el rugido distante del mar es acallado por el retumbar del cielo encolerizado.

Levanto la mirada justo a tiempo de captar una imagen rápida del rayo que acaba de estallar por encima de nosotros.

Nuestro amor es tan impredecible como el tiempo. Esta tarde lucía un sol perfecto. Ahora, mar y tierra se entrelazan en una danza caótica, probablemente peligrosa para ambos.

El cielo acaba desatando toda su furia sobre nosotros. La lluvia comienza a caer en un fuerte chaparrón antes de que nos haya dado tiempo de ponernos a salvo en el piso que alquilé en *Airbnb*.

Estamos alojados en primera línea de playa, pero, aun así, nos hemos empapado.

Ash, sin encender ninguna luz de la casa, me quita de inmediato la ropa y la amontona en el suelo del salón. Lo hace todo de forma mecánica, sin prestar atención a los detalles. Solo pretende que no coja una cistitis.

Se aparta para deshacerse de su propia ropa, pero después de desabrocharse la camisa parece replanteárselo, ya que regresa junto a mí, me coge la cabeza entre las manos y me obliga a mirarlo.

—Oye. ¿Estamos bien?

¿Qué puedo decir? La verdad es que en ningún momento esperé que lo dejara todo por mí. Sé que no lo hará (nunca será un buen momento para dejar de planear asesinatos), aunque el hecho de que se lo esté planteando es esperanzador. No es un psicópata, solo un tío pragmático.

—Prometí estar contigo hasta el final, ¿no?

—¿Y vas a cumplirlo?

—Sí.

Una expresión de puro alivio reemplaza la rigidez de su rostro y enciende un brillo muy oscuro detrás de sus pupilas.

—Hueles increíble —susurra contra mi boca.

—Tú también. Hueles a tormenta y a peligro.

Pasea la mirada por todo mi semblante, sonriendo de lado.

No sé lo que estará viendo, pero de pronto sus labios, mojados por la lluvia, buscan los míos con un frenesí ciego y desesperado.

Suelto un gemido, que él aprovecha para meterme la lengua dentro y reclamarme de una forma tan devastadora que no puedo resistirme.

Mi mente se nubla. Mis pensamientos pierden toda la coherencia. Me aferro con las dos manos al cuello de su camisa y él me levanta sin ningún esfuerzo por las caderas, me hace rodearle la cintura entre las piernas y el beso se carga de una electricidad tan narcótica que la habitación entera se enturbia a nuestro alrededor.

La lluvia golpea las ventanas con una cadencia melódica, un repiqueteo constante que crea un telón de fondo realmente hipnótico. Ash me sienta sobre el escritorio y se encaja a sí mismo entre mis piernas. Su mano se arrastra por mi muslo, despacio. Nuestras lenguas follan con ganas. Oigo un gemido, mío o suyo, no lo sé. Esta pasión te absorbe tanto que la realidad ya no tiene importancia.

Aprieto su cuerpo cálido y poderoso entre las piernas, recorro con los dedos su pelo mojado y me pierdo en él por completo.

Hoy no haremos el amor. Me devora con unas ganas demasiado brutales.

Esta noche va a poseerme entera.

Y lo recordará para siempre.

Incluso cuando ya no me ame...

Capítulo 15

Todo lo que no te mata te hace... más extraño.

(El caballero oscuro)

Ash

El viaje de vuelta se desarrolla en un silencio que habla por sí solo. Los dos nos mantenemos hoscos y poco comunicativos, no sé si es la depresión postvacacional o el recuerdo de la conversación de anoche, que empieza a hacer mella en nosotros con algo de retardo.

Me empeño en conducir yo. Mejor que sea rápido. Acortemos el sufrimiento como hice con mi caballo *Magnus* cuando se rompió la espalda y el veterinario dijo que no había esperanza. Una bala y a tomar por culo.

A estas alturas, ya nadie disfruta del viaje. Regresar no es lo mismo que partir. Hemos dejado de enfrentarnos a la emoción de lo desconocido para volvernos de nuevo conscientes de la dura realidad que nos espera en casa.

Me toca la polla pensar en todas las cosas que tengo que hacer en cuanto regresemos a la ciudad. Los problemas no dejan de aflorar y, como siempre, tendré que solucionarlos de la manera más limpia posible porque mantener el orden en las calles es mi prioridad principal.

Mis socios se ponen nerviosos con el caos, y ahora mismo Cleveland se ha vuelto un poco caótica.

Este fin de semana, justo cuando yo no estaba, hemos tenido que cerrar el casino y dos de nuestros mejores clubs porque ciertos actos de vandalismo han dejado huellas importantes en las fachadas y en las inmediaciones. Hay que joderse.

Me enteré ayer, antes de la cena. Seven me estuvo llamando toda la tarde, pero me dejé el móvil en el piso y no le devolví la llamada hasta horas más tarde.

Por lo que me estuvo contando, en algunos círculos de los bajos fondos se empieza a poner en duda mi liderazgo. No es que me sorprenda demasiado. Sé que no estoy donde debo. Me he vuelto blando y los tiburones ya paladean la sangre. Por el bien de todos, *la situación* debe acabar.

Cuando le dije a Alexandra que pensaba dejarlo, iba en serio. Quiero hacerlo, pero me temo que la transición será larga y violenta. Se acabaron las estrategias. Han demostrado ser una absoluta pérdida de tiempo. Iré a por todas esta vez. Seré el hombre que soy, no el que aspiro a ser. No se me permite ser débil. Esta ciudad necesita ser gobernada con mano firme. Es la única manera de mantener el puto equilibrio.

A ella no va a gustarle. Todavía no conoce la versión fría, cruel y despiadada del hombre del que se ha enamorado. Para que conste, a mí tampoco me gusta esa versión de mí mismo. Pero es lo que hay. Cualquier muestra de debilidad por mi parte hará que los dos acabemos muertos y, evidentemente, no puedo permitirlo.

La observo de reojo mientras conduzco con una mano sobre el volante y la otra apoyada en la parte interna de su muslo.

Hace unos cien kilómetros se ha puesto los cascos. Para aislarse de mí, supongo.

Tiene la mirada perdida en el horizonte, no sé si porque le llama la atención los tonos del atardecer o para evitar mirarme. Sospecho que lo segundo, lo cual me cabrea.

—Falta poco para llegar, media hora o así —le digo cuando no aguanto más el frío silencio que hay entre nosotros. Tengo la voz ronca después de tanto tiempo sin dirigirnos la palabra. Me

la aclaro por lo bajo antes de continuar—. ¿Quieres que pare en alguna gasolinera? ¿Necesitas ir al servicio, beber algo... o vamos directos a casa?

Niega con la cabeza. Parece cansada, apática.

—A casa.

—A casa, entonces —digo, apretándole el muslo para que sepa que la echo de menos.

Compruebo de nuevo su expresión, vacía y distante, y una arruga de preocupación surca mi rostro. No sé si estamos bien. No me ha hecho ningún caso durante todo el viaje. Ni siquiera me ha mirado.

Empiezo a pensar que esto es algo más que depresión postvacacional. La siento más lejos de mí que nunca y eso, como siempre, me vuelve loco porque la necesito como jamás he necesitado a nadie.

—¿Qué escuchas?

Desconecta sus cascos inalámbricos y eleva el volumen del móvil.

Presto atención, pero no reconozco ni a la artista ni la canción.

—Suena bien. ¿Qué es?

—*Doin' Time*.

Ni puta idea.

—Dame más detalles.

—Lana del Rey.

Asiento para mí.

—Hum. No está mal. ¿Es esto lo que escucháis los jóvenes hoy en día?

Vuelve la cara hacia la mía y me sonrío, y siento que la tensión abandona poco a poco mi semblante, lo suficiente como para un gesto parecido a una sonrisa se insinúa en mis labios.

Es la primera vez que me sonrío en todo el día.

Levanto el brazo para acariciarle la mejilla con el pulgar y noto que mi mirada, al igual que algo en mi pecho, comienza a calentarse.

—Te quiero, pequeña —le susurro, dosificando mi atención entre su rostro y la carretera.

Se produce una pausa tan larga que mi expresión facial vuelve a endurecerse.

—Lo sé... —dice al final, retirando los ojos de los míos.

Vuelve a ponerse los cascos y yo gruño por lo bajo, asiento para mí y presiono con rabia el acelerador al ver que su mirada se ha vuelto de nuevo opaca, llena de desapego. Es como si estuviera perdida en algún rincón oscuro de su mente, totalmente convencida de que no existe ninguna posibilidad de encontrar la luz.

—Este coche es una puta mierda —mascullo entre dientes—. Se me está haciendo eterno el viaje.

Sé que no me escucha. Ha subido tanto el volumen del móvil que oigo a la puta Lana del Rey desde aquí.

Aprieto la mandíbula e intento calmarme. ¿De qué serviría otra pelea? Solo le añadiría gasolina al fuego.

Suelto las dos maletas en mitad del salón y le digo que me marchó.

Frunce los labios y niega con tristeza.

—¿Tan pronto? Acabamos de llegar. ¿No estás cansado después del viaje?

Hay todo un abanico de emociones en su mirada, pero no me paro a catalogarlas porque, si lo hiciera, no sería capaz de irme y *tengo* que hacerlo.

—Estoy hasta la polla, pero los negocios no entienden de cansancio. Ha habido un problema y

tengo que solucionarlo. En fin, una larga historia. Resumiéndola: el casino y dos de mis mejores clubs han dejado de estar operativos por cortesía colombiana. No me esperes despierta, ¿vale?

Estoy ya de camino a la puerta cuando cambio de opinión, vuelvo a su lado y, agachando la cabeza, la beso con suavidad en los labios.

—Lo siento —susurro al retroceder.

Se toma los codos con las manos y asiente. De repente, me parece vulnerable y muy joven. Odio mi puto trabajo. En serio. Lo detesto.

Agarro las llaves de la mesa y me dispongo a salir. Intento que el arrepentimiento que siento por volver a dejarla sola toda la noche no se me note en la cara.

—Ash.

Suelto el pomo y vuelvo la cabeza hacia atrás para mirarla.

Por algún motivo, el corazón me late deprisa por debajo de la camiseta.

Que todo tu mundo dependa tanto de una persona es una locura; que tenga el poder de cambiar el pulso en tus venas con una palabra, una mirada, un silencio, hace que te preguntes hasta dónde estarías dispuesto a llegar por ella. Sospecho que la respuesta no va a gustarme.

—¿Qué?

Se encoge de hombros, como si estuviera rindiéndose ante alguna cosa.

—Yo también te quiero.

Me la quedo mirando un buen rato y poco a poco mi boca ensancha en una pequeña sonrisa.

—Lo sé.

Le lanzo un guiño y luego la puerta del piso se cierra a mis espaldas.

Me fumo un cigarro de camino al bar. Necesito despejarme, pensar.

Entro sin habérmelo terminado todavía, saludo a todo el mundo con un gesto huraño y me siento en la única silla que queda libre.

—Los albañiles están en ello —me tranquiliza Serpiente. Todos se han fijado en la mala cara que traigo y han comprendido que no estoy de humor para gilipolleces.

—Bien. ¿Qué más?

—Tenemos la ruta, pero no va a ser fácil. Han reforzado mucho la seguridad después de nuestro último ataque.

Me vuelvo hacia Julian con los párpados entornados.

—Solo un gilipollas pensaría que esto va a ser fácil. Será difícil, pero no imposible.

—Yo solo decía que...

—Pásamela —lo interrumpo con aspereza—. Y no te preocupes por la seguridad. Nosotros también reforzaremos la nuestra.

—¿Qué estás tramando? —Seven estudia mi expresión impasible con párpados encogidos de sospecha.

—Mañana iré a Scoville Avenue —le respondo después de echarme una copa.

—¿A Scoville Avenue?! —Mickey arruga mucho el ceño, como si esa ratonera en la que nos criamos fuera el único sitio del mundo al que nadie debería volver nunca—. ¿Para qué?

Levanto con calma el vaso de whisky y tomo un trago, antes de responder con serena indiferencia:

—A hablar con Tiger. Me parece que aún no le he dado la enhorabuena por su ascenso, y no quiero ser descortés.

Tiger es el hijo pequeño (y el único que sigue vivo) de Jude, mi primer jefe, y ahora está al cargo de la organización de su padre. Los de Scoville Avenue se mueven exclusivamente en el

mundo de la droga. Para ellos es el único negocio válido. Yo me desatendí del tema en cuanto pude vivir de otras fuentes, pero, a tiempos difíciles, medidas drásticas.

—¿Qué te traes entre manos con los negros?

—*Los negros*, Julian —subrayo, exasperado—, son los reyes de la droga. Y resulta que nosotros tenemos droga. *Camiones enteros llenos* de droga, la nieve más pura que sale de la puta selva colombiana. ¿Ves por dónde voy?

Julian deja escapar el aire de su boca con un ruido de protesta.

—Así que vas a aliarte con los negros del barrio.

—En tiempos de guerra se forjan acuerdos curiosos —le respondo al Holandés con una sonrisa enigmática.

—¿Y qué hay de los otros? —cambia de asunto el Chino—. Algunos empiezan a dudar de que seas capaz de solucionar esto. No nos conviene que nuestros aliados se pongan nerviosos.

—¿Aliados? —repongo con calma, un sentimiento que no se refleja en la mirada helada que clavo en su rostro—. Si algo he aprendido en las calles es que, en cuanto se empieza a dudar, uno ya no es un aliado. Es un traidor que hay que eliminar de inmediato. ¿Quiénes, exactamente, empiezan a ponerse nerviosos? Quiero nombres y apellidos. La Bratvá no creo que sea un problema.

—No, los rusos están tranquilos —reconoce Julian, que está apoyado con aire impasible contra el respaldo de su silla y me observa a través del asqueroso humo de su porro. Odio los putos porros, y más si son de hierba barata como la que le gusta a Julian—. Andrei confía en ti.

—Entonces, ¿dónde está el problema? Los italianos no pintan nada en esta ciudad desde que el FBI los aplastó en los noventa y en los dos mil. No creo que se atrevan a cuestionarme.

—No lo hacen. Necesitan tu protección. Apenas tienen personal desplegado en las calles. No pueden defender sus negocios, por eso se han arrodillado ante ti. Los que me preocupan son los clanes del este. Creen que te has vuelto un burgués, y ellos sí que tienen los recursos y los cojones suficientes como para plantarte cara.

Me acomodo en mi asiento, estiro las piernas y miro a mi segundo a la cara.

—Pues conciértame una reunión con Vasil. Le explicaremos cómo hacemos las cosas en América.

—¿Y qué hay de los chinos? A la Tríada no le gustas y lo sabes. Es la única organización que se ha negado a firmar el acuerdo de paz.

Me vuelvo hacia Seven, que hoy está sorprendentemente callada y tranquila, solo habla de vez en cuando y solo para hacer aportaciones inteligentes. Me preocupa.

—Ni a mí me gusta la puta Triada y te prometo que acabaremos con su filial de Cleveland en cuanto sea posible. El alcalde está intranquilo con tanta fábrica clandestina y tanta chica asiática obligada a prostituirse. Me pidió que limpiara los polígonos, y es lo que pienso hacer.

—Tus planes son ambiciosos, tío. Como siempre.

Hace medio minuto que me he acabado el cigarro, así que abro con tranquilidad la cajetilla, me enciendo otro con el fósforo de una cerilla y absorbo humo en los pulmones, reteniéndolo unos segundos, antes de soltarlo hacia el techo. Parezo John, que siempre empalmaba un cigarrillo con el otro. Así murió de un cáncer de pulmón...

—¿Dónde está el límite? —respondo, con lentitud y firmeza—. Mira hacia arriba, Julian. Mira lo lejos que queda el puto cielo. ¿Te parece que hemos llegado hasta ahí?

Dejo de ensartarlo con la mirada y le hago un gesto a Trixie para que nos traiga otra botella de whisky. Como le dije a Alexandra, voy a llegar tarde hoy.

—Te noto distinto —comenta Seven después de haberme sopesado en silencio por algo más

de medio minuto.

—¿En qué sentido?

—Pareces tú mismo. El viejo tú.

Sonríó para mí.

—Hace falta un monstruo para acabar con los monstruos, ¿no? Pues aquí lo tenéis. ¡Trixie! —llamo a la camarera otra vez—. Tráeme las cartas, por favor. Juguemos un poco al póker, para que parezca que hacemos algo aquí más aparte de orquestar asesinatos.

—¿Qué vas a hacer con Vasil? —me pregunta Julian mientras yo lleno las copas de todo el mundo.

Suelto la botella de Macallan sobre la mesa y lo ensarto con la mirada.

—Ya te lo he dicho. Le enseñaremos a ese capullo cómo hacemos las cosas en América. Y, con suerte, el próximo *Vasil* lo recordará y será fiel a los juramentos que haga porque, si hay algo que odio, es a la gente que no le es leal a su propia palabra. No se puede confiar en un hombre así.

Nos callamos todos cuando Trixie se planta a mi lado y me alarga la baraja que le he pedido.

—¿Necesitas algo más? —me dice, con sus grandes ojos marrones encajados en los míos.

Veo de reojo a los capullos de mis amigos intercambiar miraditas, a punto de descojonarse.

—No. Solo las cartas. Gracias.

Se retira con una leve inclinación de cabeza y entonces todos estallan en carcajadas.

—¿Necesitas algo más? —se burla Julian, parpadeando como una damisela.

Le tiro la baraja a la cara.

—Reparte, gilipollas. Y ya vale de bromitas. Como Alexandra se entere de esto, me la va a liar.

—Joder con la niñata. Para ser el tío más chungo de la ciudad, te tiene cogido por las pelotas.

Le pongo mala cara a Seven.

—No empieces con tus gilipolleces. Trixie, ¿puedes poner algo de música? —grito para que la chiquilla me escuche desde la barra—. A ver si encuentras una canción de Lana del Rey. Se llama *Doin' Time*. ¿Qué? —pregunto al ver las muecas que cosecho—. Esa chica tiene buen sonido.

Trixie encuentra la canción. Doy golpecitos en la mesa con el pulgar, estudio mis cartas y procuro no pensar en que, de una forma u otra, siempre me las arreglo para que ella esté presente.

Porque es la única luz que hay en este puto abismo en el que estoy atrapado.

Capítulo 16

Todos llevamos una máscara. Solo debes averiguar cuál llevas puesta.

(Christopher Nolan)

Alexandra

Mientras camino por la acera, con mi mano dentro del bolsillo de Ash y nuestros dedos entrelazados, observo con cierta preocupación la maraña de nubes grises e hinchadas que cubren el horizonte.

—Me parece que vamos a tener una tarde tormentosa, ¿no crees?

Sus ojos escudriñan el cielo. Lo veo asentir.

—Tiene toda la pinta.

Sin duda. Algo eléctrico agita el aire y, con él, las hojas de los pocos árboles, escuálidos, que hay en las aceras, a ambos lados de la calzada marcada por baches, que ya anticipa lo que vas a encontrarte una vez te adentres en Scoville Avenue.

Ash, con su distinguido traje de tres piezas de un azul tan oscuro que bajo el cielo encapotado podría pasar por negro, no encaja nada en este lugar. Su ropa cara, su reloj, su forma de caminar; sencillamente, él no pertenece a esto.

Sin embargo, nació aquí. Estas calles lo vieron convertirse en el hombre poderoso que es ahora.

Hoy me ha traído por fin a su barrio, el auténtico, y es un lugar todavía más deprimente de lo que me esperaba.

Que conste que mis expectativas eran bajas.

Aun así, el aspecto ruinoso de las fachadas y de los mugrientos comercios locales consigue impresionarme. A lo mejor es cosa de la tormenta. Esta luz azulada hace que todo parezca sucio y deprimente.

—¡Jimmy el Tuerto! —saluda al primer ciudadano que encontramos por el camino—. ¿Cómo coño te las arreglas para seguir vivo, chaval?

La pregunta no carece de sentido. Jimmy es un borracho decrepito que yace tirado al lado de lo que parece la fachada de una vieja carnicería, *Morgan's*. El sitio debe de llevar medio siglo cerrado.

—¿Quién anda ahí?

—¿Es que ahora eres Jimmy el Ciego? Que soy yo, coño. Ash.

—¿Ash? —La sonrisa carente de dentadura que nos dedica el anciano es encantadora y galante—. ¿Eres tú? Chico, cuánto tiempo sin verte. ¿No tendrás algo para mí?

—Que sí, hombre, que sí. Toma. —Se saca del bolsillo un buen fajo de billetes y se los entrega—. Pero no te lo gastes todo en bebida. Come algo, ¿eh? Que estás muy flaco.

Así es Ash, derrocha carisma con los congresistas y también con los vagabundos que se acaban de hacer pis encima. Él no cree en *esa chorrada* de las clases sociales. Puede ser amable con todo el mundo, algo que me gusta mucho de él. Sabe cómo meterse a la gente en el bolsillo, y lo hace todo el rato. Por eso le siguen. Con él, te sientes especial, como si formarás parte de un círculo muy exclusivo.

—Gracias, Ash. Tú sí que eres un tío cojonudo. No como estos malnacidos de hoy en día, que ni los buenos días te dan ya.

—Y que lo digas. Menuda generación de tarados. Bueno, que te vaya bien, Jimmy.

Se despidió del anciano con un gesto del mentón y, tensando los dedos sobre los míos, me conduce calle abajo hacia lo que parece un bar.

Este sitio es un gueto. Cada rincón del barrio rezuma pobreza y dejadez. Salir de un lugar así es prácticamente imposible. Sigo sin saber cómo lo consiguió y, lo que es aún más insólito, cómo fue capaz de llegar hasta las más altas esferas de la ciudad; convertirse en alguien respetado en el mundo empresarial y temido en los bajos fondos.

Hay muy poca gente como él. Supongo que por eso me fascina tanto. Es el cubo de Rubik más complejo que he tenido que resolver nunca.

—Esta era mi casa. —Me señala una construcción ruinoso, con un jardín enano lleno de maleza seca, delante del cual nos detenemos unos segundos.

El viento gime entre los escombros. El techo se ha hundido por completo. Vaya. No sé ni qué decir.

—No hace falta que digas nada, señorita Alexandra —se burla, como si me hubiera leído los pensamientos—. Sé que esto te impresiona. Nunca habías estado en las cloacas, ¿a que no?

Me yergo un poco para parecer más alta.

—No está tan mal. Hay sitios peores.

Se echa a reír con ganas.

—Siempre tan políticamente correcta, cielo. Me gusta eso de ti.

—El resto de casas tienen mal aspecto —comento, después de escudriñar la calle de arriba abajo—. Pero esta está devastada. ¿Ya no tiene dueño?

—Claro que sí. Soy yo. La compré hace años.

Su afirmación me hace separar los labios con incredulidad.

—¿Lo dices en serio? ¿Compraste esta casa?

—Sí. Ya lo creo que lo hice.

Estudio su rostro, su mandíbula tensa, la expresión de acero que reflejan sus rasgos compactos, y sacudo la cabeza con aire confundido.

—¿Por qué?

—Porque me produce una satisfacción insana pasar por aquí y ver cómo todo mi pasado se hunde bajo el peso de estos escombros. Ven. Entremos en el bar, a ver si Tiger anda por ahí.

Es la primera vez que me permite asistir a una de sus reuniones de *trabajo*. Es una enorme muestra de confianza que, por supuesto, pienso aprovechar. Ni siquiera notará que estoy presente. Me entusiasma tanto la oportunidad de poder observarlo en su papel de jefe de una sanguinaria organización criminal que no quiero fastidiar las cosas y conseguir que me mande de vuelta al coche.

Hoy hemos venido en coche porque Ash se ha empeñado en ponernos elegantes. Él siempre viste bien para las reuniones. Las apariencias son importantes. No basta con ser el rey. Hay que parecerlo.

Entramos en el bar de la esquina, un lugar oscuro y lleno de humo, donde un grupo de cuatro hombres afroamericanos, altos y corpulentos, juegan al billar y toman cerveza.

—Caballeros —saluda con una leve inclinación de cabeza—. ¿Alguno de vosotros sabe dónde puedo encontrar a Tiger?

Uno de ellos se nos queda mirando, mosqueado por la interrupción, y noto cómo le cambia la expresión al reconocer a Ash.

—¡Pero si es el puto rey de los malotes, tío! ¿Cómo tú por aquí, don súper empresario? ¿Ya no te dejan entrar en *Forbes*?

Ash le pone mala cara.

—No digas gilipolleces, negro. *Forbes* es una revista, no un club privado. No me hagas perder el tiempo con tus chorradas, anda. ¿Sabes o no dónde está Tiger?

El tío se nos acerca con actitud desafiante, aunque no es suficiente como para impresionar a Ash, que se mantiene impasible a mi lado.

Cada paso que da el hombre, cómo se apoya en su taco de billar, se inclina hacia nosotros y estudia descaradamente mi rostro y después el suyo es una declaración de intenciones, pero su conducta provocativa no afecta lo más mínimo a mi acompañante. Mantiene su temple de siempre, la expresión acerada y los ojos clavados en los de su adversario. Le encanta mirar a la gente de frente.

—¿Y qué quieres tú de Tiger, blancucho?

—Lo que yo quiera o deje de querer no es asunto tuyo, *hermano*. Deja de tocarme la polla. ¿Tienes la información que necesito o no?

Me quedo de piedra, porque yo conozco una versión totalmente diferente de Ash. Otro lenguaje, otro comportamiento. ¿Cuántas personalidades tiene y cuál es la más peligrosa de todas?

Su interlocutor, a diferencia de mí, no parece tan impresionado. Para mi enorme desconcierto, se echa a reír y le propina a Ash una palmadita en el hombro.

—Siempre igual, el hijo-puta —me dice con una sonrisa guasona—. Negocios, negocios, negocios. Este no sabe vivir. Tiger ya no para por aquí, tío. Estará en el bar de Cristal. Pasa todas las tardes ahí, con los suyos. Ya no somos tan amigos como antes. Es el nuevo tú del barrio, así que ha dejado de juntarse con la chusma.

—¿Cristal? ¿La madre de Aiden?

—La gran Cristal King, ¿quién sino? Su hijo, otro Don Importante —me explica a mí, antes de volver a dirigirse a Ash—, le compró el bar en el que trabajaba, ya sabes, el antiguo puticlub de Brown, y ahora doña Cristal se cree gran cosa porque tiene su propio negocio. Se ha rehabilitado y todo. Ya ni siquiera se mete heroína.

—Fascinante. Bueno, gracias por la información. Nos vemos.

Me vuelve a coger de la mano y echamos a andar hacia la puerta.

—Oye, blancucho.

La voz del tío lo hace detenerse y dar media vuelta para encararlo.

—¿Qué?

—Que estés aquí significa que vamos a tener lío en el barrio, ¿no?

—¿Qué tal Sheila? Me han dicho que os habéis casado recientemente, después de vivir toda una vida en pecado. Dile que le mando saludos.

—Que te follen. Saludos tuyos le iba a dar yo.

Ash ríe entre dientes y vuelve a reanudar la marcha. Sin embargo, se detiene justo antes de que crucemos la puerta, como si se lo hubiera replanteado.

—¿Leroy? —dice, sin volverse—. La respuesta a tu pregunta es afirmativa. Se va a liar una de cojones en el barrio.

—Como siempre que vienes de visita, tío.

Salimos a la calle, donde él se enciende un cigarrillo y yo lo observo con ojos expectantes.

—Mi mundo es así, cielo. En realidad, somos amigos. Bueno, amigos no, pero no le pegaría un tiro. A no ser que me toque mucho las narices. Vamos. Encontremos a Tiger. No tengo todo el día, y este habla más de lo que respira. Hay que ver lo que le gusta la cháchara.

Encontramos a Tiger donde dijo Leroy, en otro antro del barrio, todavía peor que el primero.

Parece alegrarle la visita de Ash. Nos invita a sentarnos en su reservado y le pide a la camarera, una rubia entrada en años, que nos traiga algo de beber. Yo quiero una Coca Cola. Ash se pide un whisky.

—Pero no el matarratas que vendes a tus habituales, Cristal —especifica, cogiéndola por la muñeca para detenerla.

Ella hace una mueca.

—Ahora el niño bonito se nos ha vuelto pijo.

—Este siempre lo ha sido —le dice Tiger con una risotada.

Ash me ha explicado algunas cosas de camino. Sé que Tiger es hijo de Jude y que, desde la muerte de su hermano mayor (asesinado, cómo no, por una banda rival) domina el oscuro tablero del narcotráfico local. No es exactamente el delincuente que esperaba. Parece bastante simpático. Supongo que, cuando te tomas la molestia de conocerlos, descubres que solo son personas que, por un motivo u otro, hacen cosas malas y acabas congeniando con ellos.

—¿Y qué puedo hacer por ti? No me digas que es una visita de cortesía.

—¿Lo es alguna vez?

—Contigo, desde luego que no.

Sonriendo de lado, Ash abre su cajetilla y le ofrece un cigarrillo que él no rechaza. También le ofrece fuego, y después de que los dos hayan inhalado la primera calada, le dice:

—Puedo conseguirte mucha coca. De la buena.

Permanezco rígida en mi asiento, fascinada por la conversación y por la sordidez del mundo que nos rodea; su mundo.

—¿Dónde está el truco?

Ash apoya la mano en la parte interna de mi muslo y clava su aguda mirada en la de su interlocutor.

—No es mía. Hay que robarla. Un trabajo para profesionales.

Se interrumpe y espera a que Cristal disponga las bebidas sobre la mesa, antes de continuar con la conversación.

—Viene en camiones custodiados por miembros del cártel y resulta que yo sé la ruta que van a seguir, pero no puedo hacerlo solo porque mis hombres están en varios asuntos a la vez y tengo poco personal disponible en las calles ahora mismo. Te necesito, Tiger. Toma. Una muestra de lo que es la mercancía, para que te hagas una idea.

Planta sobre la mesa un pequeño paquete, a saber cómo lo habrá conseguido, y Tiger, después de probarla con él dedo y hacer un gesto de aprobación con la cabeza, se saca de la cartera una tarjeta de crédito y prepara tres rayas. Me ofrece primero a mí, luego a Ash, y cuando los dos nos negamos, la esnifa él.

—Es buena, tío —admite, apretándose las aletas de la nariz con dos dedos—. Mucho mejor que la que tenemos nosotros.

—Lo sé. Es la más pura del estado. ¿Te apuntas?

—Parece interesante, pero no sé qué decirte. Tengo que hablarlo primero con mi gente. ¿Cuál es el porcentaje que nos ofreces?

Ash aspira el humo de su cigarro y luego exhala una densa nube al techo.

—No hay porcentaje —le responde después de tomar un trago de whisky—. Toda para ti.

Veo en su rostro que Tiger desconfía de la oferta.

—¿Me estás vacilando, capullo?

—Para nada. Yo ya no me dedico a esta mierda.

—Entonces, ¿qué ganas tú?

—Jodo a un enemigo y estrecho lazos con un amigo. Todas ventajas. Habla con tu gente y, cuando sepas algo, me pegas un toque. No pienso volver a esta puta ratonera.

Tiger se echa a reír, desvelando una dentadura blanca y fuerte.

—Menudo cabronazo. ¿Y este bombón quién es? —dice, centrando de pronto toda la atención de sus ojos oscuros en mí—. ¿Tu mujer?

Sin alterarse lo más mínimo, porque él no es un hombre celoso ni de lejos, Ash aplasta la punta del cigarro en el cenicero y deja dinero sobre la mesa. La consumición, y una generosa propina para Cristal, corren a su cargo.

—Aún no. Pero lo será en breve. Solo necesito un poco de tiempo para ir al sastre y que me tome las medidas del traje de novio.

Tiger me estudia con los párpados entrecerrados.

—Es guapa.

—Lo es —se muestra de acuerdo Ash.

—Siempre las escoge guapas —me dice Tiger, afirmación que despierta en mí unos sorprendentes celos.

Me pregunto a quién se refiere. ¿A Nikki? ¿Conoció este hombre a Nikki, el anterior gran amor de Ash, que murió trágicamente y de la que él se niega a hablarme?

Me encantaría preguntárselo, conocer hasta el más mínimo e insignificante detalle de esa relación amorosa, pero con los ojos de depredador de mi futuro marido puestos en mí, solo puedo componer la sonrisa que se espera de mí en estas circunstancias.

—Tomaré eso como un cumplido.

—Lo es, dulce dama.

Capítulo 17

Amarte para siempre no puede estar mal.

(Lana del Rey)

Alexandra

—¿Y ahora qué? —increpo a Ash mientras él aparca en la acera, delante de nuestro edificio.

El Ford no le pega nada. Es completamente anodino, por eso lo llevan tanto el FBI como la policía, porque tiene un diseño tan soso que pasa desapercibido durante las operaciones de vigilancia.

—Ahora yo me voy al bar y tú te subes a casa.

—Fíjate. Ya parecemos un matrimonio. ¿También quieres que te haga la cena?

—Preferiría que me esperaras desnuda encima de la mesa del salón, pero, si te empeñas, haz unos sándwiches.

—Muy gracioso. ¿Qué vas a hacer en el bar?

Se vuelve en la silla para mirarme. Parece muy divertido.

—Lo de siempre. Beber, fumar, jugar al póker... Lo que hace la gente en los bares.

—Quiero ir contigo.

Arquea las dos cejas.

—¿Por qué?

Decido ir a por todas, darle lo que quiere. Es la única forma de conseguir lo que yo quiero.

—Porque te echo de menos y quiero estar cerca de ti esta noche.

Le ha gustado mi respuesta, lo veo en las ascuas que empiezan a encenderse en su mirada.

—Está bien —concede después de un exhaustivo repaso de mi rostro y mi boca—. Hoy puedes acompañarme.

Bajo del coche, intentando disimular el brillo de triunfo que seguro que se refleja en mi mirada, y camino a su lado por la acera, en dirección al bar.

Hace un viento de narices. La tormenta es inminente. Pero no sé cuál es más peligrosa, si la que está a punto de estallar por encima de nosotros o la que empieza a formarse en mi interior y amenaza con arrasarlo todo.

Estar tan cerca de Ash altera cada fibra de mi cuerpo. Su silueta, poderosa y corpulenta, a duras penas contenida por su traje hecho a medida, desprende tanto magnetismo que me cuesta respirar. Esta extraña atracción acabará mal, lo sé. Algún día tendré que ajustar cuentas conmigo misma y admitir que lo que se siento por este hombre es una auténtica locura.

—Me gustan las tormentas de verano —comento porque tanto silencio me hace ser consciente de su abrumadora presencia, y ser consciente de su presencia conduce a pensamientos muy sucios.

Acompañarle hoy, verle en su mundo de tíos duros, me ha puesto a cien, y solo puedo pensar en lo mucho que me obsesiona la idea de tenerle entre mis piernas y luchar contra él hasta conseguir doblegarlo y que se rinda ante mí. Es bastante retorcido. No sé de dónde provienen estos pensamientos, pero Freud me diría que son fruto de una infancia muy jodida. Y Freud nunca se equivoca.

—¿Por qué? Son ruidosas y violentas.

—Lo sé, pero el aire es tan eléctrico... Me encanta cómo huele la ciudad antes de una

tormenta, el peligro que se respira, la anticipación...

Me contempla con una pequeña sonrisa.

—¿Cómo puede ser que hablar de una tormenta de verano me ponga cachondo?

Me echo a reír.

—Tu cerebro es básico.

—Ja ja.

Me abre la puerta del bar y me encauza con un gesto del mentón. Los señores (y la señora) del crimen ya están aquí, y no les hace gracia verme.

—¿Qué es esto?, ¿la puta jornada de puertas abiertas? —nos increpa Julian a los dos.

Ash le pone mala cara, arrastra una silla hacia atrás para sentarse a su lado y tira de mí hasta que acabo encima de su rodilla, con sus fuertes manos sujetándome por las caderas.

—La señorita quiere jugar al póker con nosotros esta noche. ¡Trixie! Trae la baraja y un Martini seco con tres aceitunas y una rodaja de lima.

—¿Tres aceitunas? —replico, divertida.

Me guiña el ojo.

—Sé que te gustan.

—Qué buen anfitrión.

—Nada es demasiado para mi chica.

Intercambiamos una sonrisa y por un momento es como si estuviéramos solos en nuestra burbuja, no delante de tanta gente que me observa con disgusto.

En este lugar, incluso a la camarera le molesta mi presencia.

Planta mi Martini en la mesa con más brusquedad de la necesaria y, después de ofrecerle a Ash la baraja, vuelve detrás de la barra y nos observa desde ahí con expresión enfurruñada.

Como cabía de esperar, en el bar solo estamos nosotros, no hay más clientes.

Este es el centro de operaciones de la organización W. Aquí no se permiten intrusos. Solo yo, y solo porque me estoy tirando al jefe.

—He hablado con Tiger.

La afirmación de Ash hace que Julian abra los ojos de par en par.

—¿No íbamos a jugar al póker?

—Tranquilo. Ella me ha acompañado. Está al tanto de los detalles. ¿Te molesta si fumo, cielo?

Niego y él me vuelve a guiñar el ojo con complicidad antes de colgarse un cigarro entre los labios y encenderlo con una cerrilla.

—¿Has dejado que te acompañe a una reunión?

—Julian, no me des la matraca —protesta entre volutas de humo—. Es mi mujer. Además, la idea fue suya. Me sugirió que buscara aliados. No habría pensado en Tiger de no haber sido por ella.

—¿Ahora dejas que te asesore?! —lo riñe Seven, perpleja.

—Vale, chicos, mirad, sé que no os termino de caer bien y lo entiendo, porque no me conocéis de nada, y dejarme entrar en vuestro mundo os incomoda, pero quiero que sepáis que estoy con él al cien por cien. Yo no soy una amenaza para vuestros negocios.

Ash echa la cabeza hacia atrás y me observa con una sonrisa orgullosa.

—Así se habla, mi vida.

Me palmea las caderas y el gesto, así como el hecho de estar sentada en su rodilla, me empieza a excitar.

—Nadie ha dicho que seas una amenaza, cara bonita —me tranquiliza Seven después de

expulsar una nube de humo al techo—. Pero no nos gusta que los civiles se metan donde no les llaman. Más que nada porque si te capturaran y te torturaran, tú te irías de la lengua de inmediato, a diferencia de nosotros, que estamos entrenados para mantener la puta boca cerrada.

Me quedo lívida, para satisfacción de Seven, que es justo lo que pretendía: causar un efecto en mí.

—Eh, ya vale, no me la asustéis, coño. Nadie la va a capturar y nadie le pondrá jamás un puto dedo encima. Jugemos, que me estáis empezando a tocar la polla.

Trago saliva y Ash vuelve a acariciarme la cadera para reconfortarme.

Julian reparte las cartas. Ash se cambia el cigarro a la otra comisura de la boca, para apartar todo lo posible el humo de mí, me rodea con el brazo y los dos estudiamos sus cartas.

Durante un rato, todos se mantienen en silencio, concentrados en algo tan inofensivo como el póker.

—¿Y qué ha dicho Tiger? —pregunta de pronto Serpiente.

Ni idea de cómo se llaman la mayoría de ellos. Ash nunca dice sus nombres, solo los apodos.

—Lo va a hablar con los suyos, pero estoy seguro de que se apuntan. Es un buen negocio para ellos.

—¿Qué les has ofrecido? —masculla Julian, que tiene que hablar y sujetar el cigarro entre los dientes al mismo tiempo.

—Toda la coca.

—¿Toda la puta coca?!

—Seven, no vamos a traficar con droga.

—¿Por qué no? Nos haríamos de oro.

—Ya somos oro. De 24 quilates. No vamos a tocar esa mierda nunca más. Somos legales. Jugamos a otros niveles ahora, ¿recuerdas? A nuestros socios no les gusta la droga —se dirige a mí esta vez, lo cual es raro porque nunca me ha hablado de sus socios, no sé quiénes son esos señores del hampa que se mantienen en la sombra—. Atrae escocia a la ciudad.

Seven no parece contenta con la decisión de su jefe. Si fuera por ella, se cargaría a todo el mundo y se quedaría con el botín. Una parte de mí la admira. Tiene ovarios.

—Yo no voy —anuncia Mickey, soltando disgustado sus cartas sobre la mesa.

—¿Jugáis por dinero? —le susurro a Ash al oído, solo porque me encanta olerlo y ahogarme con la electricidad que desprende su piel. Dios, cuando lleva traje pierdo los papeles. Solo puedo pensar en arrancarle la camisa, atarle las muñecas con su propia corbata y hacerle cosas muy sucias.

—Por supuesto. Si no hay una recompensa de por medio, ¿dónde está la gracia?

Se cuelga el cigarro de los labios para tener libre una mano y así poder acariciarme la cadera por debajo de la mesa.

Separo un poco las piernas y me doy cuenta de que sonrío para mí antes de deslizar la palma por la parte interna de mi muslo y rozarme el sexo por encima de las bragas con las puntas de los dedos.

Como él se ha puesto elegante para su reunión, yo he aprovechado para ponerme uno de los vestidos que me compré en un centro comercial (ahora vivimos en la América profunda) y que no había tenido ocasión de estrenar todavía porque una no puede ponerse guapa para ir al supermercado del barrio.

Noto que me estoy humedeciendo, y él también lo ha notado porque empieza a ponerse duro contra mi espalda.

Suelta una carta sobre la mesa, me rodea con el brazo y me arrastra hacia atrás hasta

colocarme encima de su erección.

Trago saliva y sé que se ha dado cuenta porque, cuando intercambio una mirada con él, veo el brillo socarrón en sus ojos. Esto le encanta. El póker, su gente y yo, encima de su polla. Seguro que hoy se siente completo. Lo tiene todo.

—Joder, ¡qué mala mano! —protesta el Chino—. No voy.

Los jugadores que quedan suben las apuestas.

—¿Vas a ganar? —le susurro a Ash.

—Por supuesto —responde, aprovechando la cercanía para acariciarme la oreja con los labios.

Mi cuerpo se vuelve efervescente, debatiéndose entre el placer y la frustración. Quiero que se larguen todos, que me dejen a solas con él. Aquí ya no hay nada interesante que ver, solo una aburrida partida de póker.

Al final se retiran todos de la apuesta, hasta que quedan Ash y Seven. Ella parece dispuesta a ir a por todas. Me pregunto si alguna vez se le habrá pasado por la cabeza la idea de rebelarse contra su jefe. Está claro que tiene otra visión de cómo debería llevarse el negocio. ¿Qué es lo que la retiene a su lado? No creo que siga enamorada de él, si es que alguna vez lo ha estado.

Diez minutos más tarde, termina la partida con Seven maldiciendo. Ash se guarda el dinero en el bolsillo, se pone en pie y me agarra de la mano.

—Caballeros, ha sido divertido, pero me tengo que ir. Nos vemos mañana.

—¿Vas a dejarnos plantados otra vez para irte a casa con tu mujer? ¡Si no son ni las nueve! —exclama Julian, no sé si cabreado o solo burlón.

Ash sonríe.

—Ella tiene algo de lo que vosotros, cabrones, carecéis por completo.

—¿Coño? —le propone su amigo con las cejas en alto.

Me ruborizo y Ash lo fulmina con la mirada y le da una palmada en la nuca.

—Me refiero a su carisma, gilipollas. Y haz el favor de comportarte cuando hay damas delante.

—Conmigo nunca os tomáis tantas molestias, capullos.

—Tú no eres una dama, Seven.

—Y que lo digas —se enorgullece ella mientras echa la silla hacia atrás y planta las botas sobre la mesa.

—Eh, ¡baja esas pezuñas! —la increpa el Holandés con semblante risueño—. Que no estamos en el establo de tu padre. Ash quiere que seamos finos, joder.

—Que te den por el culo. A ti, a Ash y a sus exquisitos modales, que solo adopta cuando hay damas delante.

—Me largo. Me tenéis hartos. No me llaméis, a no ser que la ciudad esté en llamas. Tengo planes esta noche.

—Ya sabemos los planes que tienes tú esta noche, cabrón —se burla el Chino con una fuerte carcajada.

Ash le dedica una peineta.

—A mamarla.

—Se refería a su coño —les aclara Julian por lo bajo cuando estamos saliendo por la puerta.

Todos estallan en carcajadas. Ash pone cara de mártir y niega para sí.

—Por eso no quiero que vengas —dice mientras se quita la chaqueta del traje y me la pone encima de los hombros para protegerme de la lluvia—. Son unos salvajes.

—No están tan mal. Se preocupan por ti. Se ve que no se trata solo de negocios.

—Claro que no. Somos familia, la única que tengo.

—También me tienes a mí.

Se detiene en mitad de la acera, me mira largo rato y al final su boca se abre poco a poco en una sonrisa tierna.

—Cierto. También te tengo a ti.

Me besa en mitad de la tormenta, sin preocuparse por los rayos o las fuertes gotas que impactan contra nuestras cabezas, y entre sus brazos, la lluvia, en vez de congelarme, me incendia la piel.

—¿Echamos a correr? —me dice divertido cuando su boca se separa de la mía.

Me río.

—Vale.

—Dame la mano.

Se la doy y me arrastra tras él hasta el portal. De todos modos, nos hemos empapado. Pero también nos hemos divertido. Nos miramos y nos entra la risa.

Ash busca en su bolsillo la llave de casa. Yo me apoyo contra la pared del pasillo y lo observo con una sonrisa que no hay forma de contener.

—A la camarera le gustas. Te ha estado mirando todo el rato.

No dice nada por unos segundos. Solo gira la llave dentro de la cerradura y abre la puerta.

—¿Celosa? —me propone, volviendo su perfecto rostro hacia el mío.

Le aganto la mirada.

—¿Te la tirarías?

—¿Si no estuviera enamorado de ti? Sí. Claro. ¿Quién no? Está buena.

—Así que te has fijado —replico, divertida.

—Yo siempre me fijo. Tú misma dijiste que soy un mujeriego y que las mujeres son mi talón de Aquiles.

Mis ojos se arrastran por todo su rostro, devorando su expresión.

—¿Quieres follártela?

Ash empuja la puerta con los nudillos y me hace un gesto para que entre.

Tras unos segundos de vacilación, lo hago, a pesar de que la pregunta sigue flotando entre nosotros, sin ninguna respuesta satisfactoria. Él me sigue, cierra la puerta del piso a sus espaldas y echa a andar detrás de mí con paso ligero.

—Que si quiero follármela, dice.

Me vuelvo hacia él al oírle hablar consigo mismo y, de pronto, tengo la sensación de que el pasillo es enano. Su poderosa figura ocupa todo el espacio, y cuando se cierne sobre mí, me coge por el cuello y me atrapa contra la pared, dejo escapar una exclamación de sorpresa, que él aprovecha para arrastrar mi boca hacia la suya y besarme de una forma tan intensa que me quedo sin aliento.

Me clava su erección en el estómago, se frota contra mí y me devora.

Todo mi cuerpo cobra vida. Estoy vibrando, y él se vuelve más hambriento, me besa con más dureza y me clava insistente su polla dura en el vientre.

Me arranca las bragas de un tirón, me agarra por los muslos y me levanta, atrapándome entre su cuerpo y la rugosa pared. El pulso late febril entre mis piernas. Incluso en la oscuridad, sus ojos me queman.

—No quiero follármela a ella —masculla contra la piel de mi cuello, mientras desliza el brazo entre nuestros cuerpos, se baja la cremallera y, sujetándose la erección con la mano, la encamina hacia la entrada—. Quiero follarte a ti.

Su pecho se agita sin control, y le oigo gruñir cuando su lengua invade mi boca y su miembro

entra en mí de golpe.

Me arqueo hacia él, respirando por la boca, e intento acostumbrarme a la sensación. No estoy todo lo mojada que debería y le noto latir en mi interior, enorme, duro e impaciente.

Le hundo los dedos en el pelo, tiro de su cabeza hacia atrás y le lamo el cuello, disfrutando de la aspereza de su barba incipiente y de la sensación que me produce entre las piernas. Ash sale, golpea su grueso miembro encima de mi clítoris y vuelve a entrar de golpe.

Su expresión hambrienta y salvaje me excita lo bastante como para que mi cuerpo acoja por fin la feroz invasión.

Nota la forma en la que me dilato y entonces empieza a moverse, a arremeter contra mí con fuerza hasta que los dos alcanzamos un orgasmo violento que nos hace chocar el uno contra el otro como si nuestras vidas dependieran de ello. Estoy bastante segura de que los vecinos lo han oído todo. Hasta los sonidos húmedos de su cuerpo penetrando el mío.

Me abre la boca con la lengua y me saborea mientras yo me arqueo contra su pecho macizo y me dejo llevar por completo, cabalgando la ola hasta que no queda ni una gota de placer que esgrimir.

—Solo a ti —gruñe contra mis labios, haciendo un esfuerzo por recuperar el aliento.

La mirada le arde, posesiva, y sé que lo está diciendo en serio. Para él, solo existo yo.

Capítulo 18

¿Qué clase de hijo de puta eres? (Amy Winehouse)

Alexandra

Levantarse tarde y encontrarse a Ash trasteando en la cocina, descamisado y descalzo, no es algo que se vea a diario, así que me quedo un buen rato apoyada en el quicio de la puerta y lo observo divertida mientras él, ocupado en desplegar sobre la mesa todo un arsenal de herramientas, permanece ajeno a mi presencia.

—¿Qué se supone que es eso?

—¡Jo-der! —Levanta el rostro hacia el mío para amonestarme por el sobresalto que le acabo de pegar—. Habría que ponerte un cascabel. No te he oído entrar.

—Porque no he entrado. ¿Qué es eso?

—Esto —repone, con una sonrisa guasona y sus fluorescentes ojos encajados en los míos— es un destornillador, cariño. Se usa para desatornillar cosas.

—Muy gracioso. ¿Qué vas a desatornillar?

—Ahora, nada. Lo he usado para arreglar la ducha. Por fin se abren las puertas como Dios manda, así que ya puedo ponerme con el fregadero.

Creo que mi perplejidad está más que justificada. Ayer llevaba un traje Zegna de unos cinco mil dólares, una camisa de Ralph Lauren, y se pavoneaba por su anterior barrio como si fuera el rey del mundo, y ahora está aquí, en mitad de la cocina, con unos vaqueros desgastados, el pelo despeinado y un destornillador en la mano, diciéndome que va a arreglar el fregadero.

—¿Qué le pasa al fregadero?

—Que no traga. Y, para colmo, se filtra el agua. Mira, ¿lo ves? Aquí ya se ha hinchado la madera. Voy a desatascarlo y luego le echaré silicona.

Lo flipo.

—¿Vas a arreglar el fregadero tú mismo?

—Sí. Con mis manitas.

Un hombre fascinante.

—¿Por qué? Eres asquerosamente rico. Puedes pagar a alguien.

—Sí, pero lo que tiene precio, poco valor tiene. ¿No querrás que te cuelgue algún cuadro? Es que Kenneth me ha prestado también un taladro y quiero presumir.

—¿Quién demonios es Kenneth?

Me señala con el dedo la pared que hay a su derecha.

—Nuestro vecino —me dice en susurros—. Muy majo. Hay que invitarle a una cerveza un día de estos.

—Tú no bebes cerveza. ¿Y no crees que a Kenneth le resultaría sospechoso que alguien que vive en este chozo le ofrezca un Macallan de siete mil dólares? ¿Y tú desde cuándo haces amigos?

—Cuántas preguntas. Y eso que aún no has tomado cafeína...

Me dejo caer en una silla, apoyo la barbilla en una mano y lo estudio con mucho detenimiento.

Estoy un poco desbordada por su aspecto casero, por descubrir esta nueva faceta suya.

Al pasear la mirada por las elegantes facciones de su rostro, caigo presa de su mirada y un

sentimiento que no comprendo se enrosca en mi pecho, algo fuerte y cálido en lo que quiero ahondar.

—Es que no estoy acostumbrada a verte tan...

—¿Tan...?

—Normal.

Suelta aire despacio, viene hacia mí y me levanta el mentón con una mano. Me encuentro con una expresión tranquila y amable, y un pequeño amago de sonrisa en el que hay la misma cantidad de tristeza que de confusión.

—Oye. Yo soy normal —afirma, de una forma tan persuasiva que dan ganas de creerle. Lo juro. Si no lo conociera de nada y viera estos convincentes ojos azules clavados en los míos, me tragaría cualquier cosa que me dijera.

Lo malo es que lo conozco.

A estas alturas, lo sé casi todo sobre él. Comprendo su motivación, puedo adivinar cómo va a reaccionar en una situación u otra... El puzzle está casi completo en mi mente.

—Ash, tú eres de todo menos normal. Aspiras a serlo, pero algún día tendrás que admitir que algo así no es posible. No pasa nada, en serio. Yo lo acepto. Acepto que tú no eres la clase de tío que se toma cervezas con nuestro vecino Ken.

—Pues, entonces, acepta que voy a arreglar el fregadero. —Se aparta mosqueado porque su mayor deseo en el mundo es ser normal y respetable, y que yo le diga que no lo está consiguiendo le resulta exasperante.

—Muy bien. Pues yo voy a prepararme un café. ¿Quieres uno?

Tumbado en el suelo de la cocina, concentrado en desmontar el desagüe, se detiene para mirarme.

Sus ojos se posan unos segundos sobre mi rostro, antes de perderse por debajo del dobladillo de mi bata. No tiene remedio.

—No. Me tomé uno en el bar. —Se obliga a mirarme de nuevo a la cara. Le supone un evidente esfuerzo, ya que su atención se desvía todo el rato, en contra de su voluntad, hacia mis piernas desnudas.

—¿Ya has ido a ver a los señores de la Mafia tan pronto? Pero si no son ni las nueve... ¿A qué hora te has levantado hoy?

—A las seis, como de costumbre. Teníamos que hablar de una cosa importante —responde mientras desenrosca la tubería.

—Y no pudisteis hacerlo anoche porque estaba yo delante —deduzco, con un rastro de fastidio en la voz.

—Exacto. Tú los pones nerviosos, cielo. ¿Me pasas esa linterna?

Hago una mueca para mí y le alargo la linterna, y entonces él me agarra de la muñeca y tira de mí hacia abajo hasta que acabo entre sus brazos, los dos tumbados en el suelo de la cocina.

—¿Y mi beso de buenos días?

Evalúo los simétricos ángulos de su rostro, los sensuales labios que encierran una pequeña sonrisa, y no puedo resistirme, me acerco y rozo su boca con la mía.

—Buenos días —susurro, pasándole una mano por el pelo.

Su semblante se ilumina con una sonrisa tierna.

—Buenos días. Dame otro beso.

Presiono de nuevo mis labios contra los suyos.

—¿Contento?

Me observa de esa forma suya alucinante, como si yo fuera el mejor cuadro de toda su

colección privada, y no necesito que diga nada. Veo en su mirada lo mucho que me quiere, percibo la obsesión insana que siente hacia mí.

—Aún no. Quiero un poco más de ti. Te echo de menos.

—Así no vas a arreglar tú el fregadero —me burlo cuando su enorme mano se cuela por debajo de mi bata y sus dedos me estrujan el culo, apretando mi cuerpo contra el suyo.

Mantiene la misma expresión tranquila y controlada de siempre; está al cargo de la situación.

—Tengo todo el día por delante, señorita.

Lo que yo decía.

Cuando el fregadero está arreglado, yo me pongo a preparar espaguetis para comer y Ash se mete en la ducha.

Al tenerle de vuelta en la cocina, deduzco que va a salir. Se ha puesto traje, así que tendrá alguna reunión importante en la ciudad y yo comeré sola otra vez. Estupendo. A lo mejor debería hacerme amiga de los vecinos como él...

La idea me hace fruncir la nariz. No se me da bien hacer amigos. Soy bastante solitaria.

Lo espío mientras él se cierra los puños de la camisa y se arregla el pelo con los dedos delante de la puerta del microondas.

—No me esperes para comer.

—¿Con quién has quedado hoy?

—La promotora. Tenemos que hablar y ver qué hacemos con los pisos de la Avenida Seymour.

—Ya.

Se me acerca, me planta un beso detrás de la oreja y se dispone a marcharse.

—Ah, antes de que se me olvide. He invitado a Axel y a su mujer a cenar con nosotros esta noche.

La afirmación me sorprende. No solemos recibir visitas. Excepto Seven o Julian, y muy de vez en cuando.

—Muy bien. ¿Quieres que prepare algo?

—No. Lo haré yo a la vuelta. Traeré un buen costillar para asar.

Dejo en el fregadero el escurridor con la pasta humeante y sigo sus pasos hacia la puerta.

—¿Es que ahora también asas costillares?

Se vuelve desde la entrada para guiñarme el ojo. Un cigarro sin encender le cuelga entre los labios.

—Cariño, soy un hombre todoterreno. Yo hago de todo.

—¡Y también un arrogante! —grito tras él.

Lo oigo reírse antes de que la puerta se cierre a sus espaldas.

Vuelve sobre las seis y media, con un costillar enorme, un bote de salsa barbacoa y cuatro botellas de vino. Me encuentra dónde me dejé, en la cocina.

—¿Qué tal tu reunión?

—¿Qué es eso? —pregunta después de soltar la compra sobre la mesa.

—Una mousse de chocolate. Saqué la receta de internet. Nunca había tenido tiempo libre hasta ahora, así que no tenía ni idea de lo mucho que disfruto probando recetas nuevas. ¿Sabes?, en otra vida podría haber sido cocinera.

—Todavía estás a tiempo.

Apoya la barbilla en mi hombro, me envuelve en un abrazo y mete el dedo dentro del bol.

—¡Ash!

—Hmm —dice después de chuparlo—. Te ha salido muy rica.

Le pongo mala cara y él se ríe, me vuelve entre sus brazos y me da un beso largo y profundo que asegura que me ha echado mucho de menos en la comida. Intenta comer en casa todo lo que le permite su ajetreada agenda de líder del sindicato criminal y yo aprecio que se esté tomando tantas molestias para que lo nuestro funcione.

—¿Me ayudas a preparar las costillas? Necesito una ayudante. A ser posible, una guapa como tú.

Observo el atisbo de sonrisa a un lado de su boca, las cálidas oleadas de azul que invaden mis venas, y una vez más me doy cuenta de lo especial que es esto, de que podría funcionar. Él y yo contra el mundo. Sin pasado ni futuro. Sin principios ni moralidad.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer?

—Servirle una copa al chef, para empezar.

Me rio, rompo el abrazo y preparo dos copas de whisky. Yo lo tomo con soda. Él lo toma solo.

—Chin chin —digo, chocando mi vaso contra el suyo.

Me sonrío, toma un trago y se arremanga la camisa.

Divertida, me acodo sobre la encimera y lo sigo con la mirada mientras se lava las manos (un chef muy higiénico) y abre el bote de salsa barbacoa.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Tú solo quédate ahí y no te muevas. Esto es perfecto.

Asiento, muy seria, y poco a poco la sonrisa cálida se acentúa en sus ojos.

—El secreto de unas buenas costillas asadas está en la salsa. Hay que comprar siempre la mejor. Que es esta.

—Eres todo un experto.

—Me encantan las costillas.

—Es la primera vez que las preparas.

—Porque nunca tengo tiempo. Pero, algún día, me retiraré de la vida pública y entonces me pasará lo que me quede de tiempo asando costillas y criando caballos.

Arqueo las cejas, intentando no reírme de sus planes de jubilación.

—¿Caballos?

—Me encantan los caballos.

—Las costillas y los caballos. ¿Qué más?

Deja de untar salsa encima de la tira de costillas, se queda unos segundos callado y al fin alza el rostro hacia el mío.

Permanezco en silencio, tensa, mientras él me observa con expresión tranquila.

—Tú.

Noto la sonrisa a flor de boca, y al poco tiempo se intensifica tanto que él me la devuelve, me lanza un guiño y me dice que no nos dispersemos.

—Los invitados están al caer y ni siquiera hemos encendido el horno todavía.

Sigue recubriendo las costillas con salsa barbacoa, lo cual me permite a mí abismarme en mis pensamientos durante un rato.

Con la mirada perdida en algún punto de la cocina, tomo un trago de whisky con soda y sopeso la situación y mis propios sentimientos.

—¿Qué pasa? —escucho de pronto su voz frenando mis caóticos pensamientos.

Lo tranquilizo con una sonrisa bastante convincente.

—Nada. Estaba pensando en irme a la ducha ya. Es tarde.

—Vale. ¿Quieres patatas fritas o puré?

Me detengo en mitad de la cocina y giro en redondo para dirigirle una mirada burlona.

—¿También vas a preparar puré?

—Si es lo que quieres, sí. Entonces, ¿prefieres el puré?

Me las apaño para decir que sí, y salgo prácticamente corriendo de la cocina antes de que se percate del dolor que arde en mis ojos y me pregunte por su procedencia.

Creo que hoy sería capaz de sincerarme, contarle la verdad que oculto detrás de mi máscara; lo haría si me lo preguntara.

Pero no hay preguntas, él no dice nada y yo me encierro en el cuarto de baño y me contemplo en el espejo, apoyadas las dos manos en el lavabo, con la angustia de siempre devorándome por dentro.

«¿Quién coño eres, Alexandra?»

Me mojo la cara una y otra vez, incapaz de reconocer a la mujer que me observa desde el espejo.

Lo que peor llevo es la impotencia, la que veo en sus ojos y la que siento en mi pecho. Una impotencia horrible porque las dos queremos de veras a este hombre y no veo de qué forma algo así podría salir bien.

El mundo se cae a pedazos, cada vez más cerca del desastre, y aquí estamos nosotros, asando costillas y sintiendo cosas que no deberíamos sentir; relegados al infierno y sin poder evitar lo inevitable.

El amor es una cárcel en la que me he metido yo solita, con una condena de por vida.

¿*Vale la pena?*, te preguntarás.

Y yo, tras un largo análisis, te diré que sí. Claro que sí.

Porque, juntos, hemos construido nuestro propio paraíso en medio del apocalipsis que se ha armado ahí fuera.

En este piso, todo es diferente. *Él* es diferente.

Ojalá el mundo entero se redujera a este piso. Aquí somos felices. No en la casa grande, ni en los restaurantes caros, ni en las alfombras rojas ni en las salas privadas de sus casinos.

Aquí, donde las paredes guardan los secretos de nuestros momentos más auténticos; donde él solo es Ash y yo solo soy Alexandra. Sin reyes ni reinas. No hay héroes ni villanos. Han desaparecido las máscaras y los disfraces, se acabó el juego, nadie sigue un puñetero guion.

En la historia que se escribe aquí dentro, epopeya o tragedia, todavía no lo sabemos a ciencia exacta, los dos somos libres de elegir lo que queremos ser, no interviene la dualidad simplista de los roles que nos han sido asignados previamente.

Podemos ser la mejor versión de nosotros mismos. Podemos ser reales. *Podemos* sobrevivir a esto.

Me miro en el espejo y me pregunto por qué ella no se lo termina de creer.

Capítulo 19

Yo pinto mi propia realidad.

(Frida Kahlo)

Alexandra

Las costillas depreden su tentador aroma por toda la casa cuando los invitados llaman al timbre.

—¿Abres tú, cielo? —me grita Ash, para hacerse oír por encima de la canción de Pink Floyd que escucha mientras prepara la cena.

¿No es increíble que seamos la clase de pareja que organiza cenas a las que acuden otras parejas?

A Ash solo le falta un delantal de Homer Simpson y no ser el rey de la mafia para alcanzar ese grado de normalidad del ciudadano americano corriente, que bebe cerveza y deleita a sus invitados con anécdotas triviales sobre la vida doméstica. Sé que es una quimera, pero parece todo tan real que elijo tragármelo.

Al menos por una noche.

—¡Sí, tranquilo! —le grito desde la habitación—. Yo me ocupo de los invitados.

Tras comprobar que tengo buen aspecto, me pongo unos pendientes largos, de fantasía, dejo cerrada la puerta de la habitación para que no se cuele dentro el olor de las costillas y echo a andar por el pasillo, con una vitalidad que hace mucho que no sentía. Si es que he llegado a sentirla alguna vez.

Mi cerebro ha estado en alerta constante, advirtiéndome de que esto no va a durar, pero hoy ha elegido callarse y dejarme disfrutar de la velada.

Libre, feliz, sin dudas.

Y eso pienso hacer, eludir las sombras del mañana y centrarme en el presente.

El vestido hippie que he elegido para la ocasión transmite la esencia del perfecto verano que estamos viviendo. Su paleta de colores vibrantes, los patrones florales, el lazo en la nuca, todo refleja frescura y despreocupación.

Llaman al timbre por segunda vez mientras yo me calzo unas sandalias cómodas, de cuero marrón, que me permiten caminar con la misma ligereza que estando descalza.

Los mechones que han escapado de mi recogido desenfadado se mueven con la corriente cuando paso por delante de la ventana abierta del salón, de camino hacia la puerta.

La brisa fresca de esta increíble tarde de finales de junio se cuele en el interior del piso, arrastrando detrás de sí el olor del perfume que me acabo de echar. *Chanel Madeimoselle*. Un regalo de Ash para una mujer independiente y provocadora que lo vuelve loco.

Creo que la nota decía más o menos eso...

Abro después de alisarme el vestido sobre la cintura y mis labios pintados de rojo mate se curvan en una sonrisa de bienvenida, que cuesta un poco mantener cuando me doy cuenta de que Axel viene solo.

—Vaya—. Me da un divertido repaso con la mirada y suelta un silbido, antes de plantar un beso en mi mejilla—. Ash es un capullo con mucha suerte. Toma. Esto es para vosotros. Espero haber acertado. No sé qué clase de vino sueles beber.

Compruebo la etiqueta de la botella que me acaba de poner en la mano y arqueo las cejas, impresionada por la elección. Es un vino de gran calidad y valor.

Desde que salgo con Ash, empiezo a estar familiarizada con ciertas cosas. Él tiene un gusto refinado para los placeres de la vida y, además, le encantan los vinos. Los colecciona y todo.

Es más, una vez le escuché decir que no le importaría tener una bodega en alguna parte de Francia y dedicarse a la viticultura. Sus intereses son amplios.

—Créeme, has acertado de lleno. Este vino es excepcional. Veo que Ash y tú tenéis en común el buen gusto para las bebidas. Pero, por favor, pasa. Vayamos al salón. Se nos unirá enseguida. Está terminando de preparar la cena.

—Déjame adivinarlo. —Ax suelta sus gafas de sol y las llaves del coche sobre la mesita de café y se vuelve para mirarme—. ¿Costillas?

—¿Las has olido?

—No. Pero es lo único que sabe cocinar —me responde con un guiño socarrón.

—Pues te equivocas. También sabe hacer tortitas.

—Gracias, cielo —oigo la divertida voz del chef a mis espaldas—. Ax, ¿qué pasa, colega? —Se saludan como seguro que hacían cuando vivían los dos en Scoville Avenue y luego Ash me rodea la cintura con el brazo y me pega a su costado—. ¿Y Daisy? ¿Llega tarde o qué?

—No va a venir. Está de morros.

—¿Qué has hecho ahora? —se ríe Ash, dando por sentado que la culpa es de su amigo.

—Yo, nada. Es ella, que se niega a ser razonable o civilizada.

—Algo le habrás hecho.

—Solo le corté el grifo porque todo nuestro dinero se está yendo por su nariz y no quiero que la palme, joder. Me tiene preocupado. Está muy enganchada a la coca.

Ash frunce el ceño y yo también, porque en los círculos en los que me movía antes la gente no exponía sus problemas conyugales con tanta ligereza. Deben de ser muy amigos, lo cual me hace preguntarme qué le habrá contado Ash sobre mí. Seguro que han hablado del tema en algún momento.

—¿Por qué no hablas con tu prima, tío? Ella tenía el mismo problema y consiguió desengancharse.

Ax entorna los párpados.

—Si llevé un día a Serena para que hablara del tema con Daisy, pero ya sabes cómo es. Según ella, no tiene ningún problema. Solo se lo está pasando bien y yo soy un carca. A la niña, ni puto caso, claro. Y deberías ver a los tíos que me mete en casa. Me tiene hasta la polla con las fiestecitas. Solo quiero un poco de normalidad, joder. Tengo casi cuarenta tacos, ya no estoy para tanto trote. Bebí lo que tenía que beberme y me divertí lo que tenía que divertirme hace veinte años. Ahora quiero vivir como un adulto. Y, si eso me convierte en un carca, pues, mira, a tomar por culo. Soy un carca y ya está.

Ash se echa a reír.

—Todos somos carcas ahora, tío. Pasó la época en la que nos apetecía prenderle fuego a la ciudad con los colegas —dice mientras me estrecha entre sus brazos y planta un beso en mi sien, dando a entender que en esta etapa de su vida prefiere estar conmigo en lugar de irse de fiesta con sus amigos.

—¿Tenéis hijos? —le pregunto a Axel, sorprendida, porque hasta ahora creía que no los tenían.

Su boca no sonríe, pero los ojos que vuelven a posarse en mi cara sí lo hacen.

—Sí. A ver, yo biológicos no tengo, pero es como si Ally fuera hija mía. Me casé con Daisy cuando la cría tenía unos dos años. Ahora tiene ocho y se entera de todo lo que pasa en esa casa, por mucho que yo intente mantenerla al margen.

—Ya. Son como esponjas, ¿verdad?

—Sí. En fin. ¿Qué tal vosotros? ¿Cómo lleváis *la situación*?

Me encojo de hombros. Axel habla en plural, pero es evidente que se refiere a mí, ya que es a quien mira al hablar.

—Bien. Cada día mejor.

—Es una valiente —se enorgullece Ash, cuyo brazo hace un poco más de fuerza a mi alrededor—. Pero siéntate, joder. No te quedes ahí de pie. ¿Qué quieres tomar?

—¿Una cerveza, para ir calentando?

Me dispongo a decirle que no tenemos, cuando Ash me da un apretoncito en la cintura y mi mirada se desvía hacia la suya.

—¿Tenemos cerveza? ¿Desde cuándo?

—Desde que fui a comprar, mientras tú te estabas duchando. Alexandra cree que soy incapaz de beber cerveza —le explica a Ax, y los dos se tronchan de risa, como si fuera el mejor chiste que han oído nunca—. ¿Quieres tú una, cariño?

Me encojo de hombros.

—Está bien. Tráeme una a mí. ¿De qué iba eso? ¿Por qué os habéis reído tanto? —interrogo a Axel nada más quedarnos a solas en el salón, él sentado en el sofá y yo recién instalada en una silla.

—Porque a Ash le encanta la cerveza. Incluso inventó *el juego de la cerveza*.

—¿El juego de la cerveza? ¿Eso qué es?

—Después de vaciar una botella, la situas a exactamente cien metros de ti y le pegas un tiro.

—Ah. A eso sigue jugando.

—Claro. Era el mejor. Poseía el récord de Ohio. Entrenó mucho, ja ja ja.

—Me sorprende que no sea alcohólico con estas inclinaciones.

—Uy, no. Cuando la puntería flaqueaba, de inmediato se pasaba al agua. No le gusta emborracharse porque eso supone...

—Una pérdida de control —acaba Ash su frase al mismo tiempo que le planta en la mano una *Budweiser*—. Deja ya de ventilar los trapos sucios, capullo. Ella no tiene necesidad de conocer mi turbio pasado. Además, soy un hombre nuevo ahora. Estas botellas irán directas al punto de reciclaje. Nada de pegar tiros como los salvajes.

Axel suelta una carcajada y toma un sorbo de cerveza.

—Eso me encantaría verlo.

Ash, sonriéndome, se sienta a mi lado, me ofrece una botella de cerveza y me acuna entre sus brazos.

—¿Tú no bebes?

—Claro que sí. —Me mira con dulzura, me guiña un ojo y me la quita de la mano para probarla—. La compartimos. Así no llega a calentarse. La cerveza tiene que estar como mucho a tres grados y medio. Cualquier cosa por encima de eso, es té de cebada.

Me echo a reír y, recostada sobre su hombro, bebo un sorbo de la botella que me devuelve y me deleito con la forma en la que se entibia mi cuerpo al estar apoyado contra el suyo.

Ultimadamente, la vida es tan buena que no se le parece en nada a la mía.

Ax se marcha sobre las doce y media y Ash se queda recogiendo mientras yo me lavo la cara y los dientes y me preparo para irnos a la cama.

Estoy desnuda en la penumbra, a punto de ponerme el camisón, cuando me abraza por detrás y sus labios me rozan la piel del cuello.

—Gracias por quedarte con nosotros hasta el final, a pesar de que Daisy no haya venido y a

pesar de que no sepas jugar decentemente al póker.

Una sonrisa divertida empuja hacia arriba las comisuras de mis labios.

—No me des las gracias. Me gusta estar con vosotros. Axel es divertido y cuenta muchas anécdotas de tus viejos tiempos. Cosas que tú nunca quieres contarme.

Sus manos suben por mi cuerpo hasta abarcarme los dos pechos.

—Porque yo ya no soy ese —me susurra al oído, y su miembro endurecido se aprieta primero contra la parte baja de mi espalda y después contra mi trasero.

Y entonces me vuelvo entre sus brazos, lo aprisiono entre las piernas y mi lengua con sabor a cerveza se encuentra con la suya en un beso febril que llevamos toda la noche aplazando, hasta que el fuego ha empezado a consumirnos por dentro.

Ash me sostiene alrededor de sus caderas mientras me devora la boca sin prisas, deleitándose como si fuera la primera vez que me besa. O, quizá, la última.

Mi cuerpo se ha vuelto efervescente, pendiente de cada estímulo, estremeciéndose con cada giro de su lengua.

La noche es silenciosa y cálida. De vez en cuando pasa algún coche por la calle o escuchamos a un grupo de jóvenes reír en la lejanía. No importa. Estamos en un mundo privado en el que no existe nadie más.

Besándome, retrocede hasta dejarme encima de la cama, se desnuda, y vuelve a levantarme en brazos, sosteniéndome sin demasiado esfuerzo alrededor de sus caderas.

Poco a poco se introduce en mi interior, despacio, controlado, sin apartar la boca de la mía, y yo siento que la lucidez me abandona lentamente y que no me importa nada de nada, solo él.

—¿Crees que van a divorciarse?

Ash, sobre mí en la cama, retira el rostro del hueco de mi cuello y me observa con una arruga entre las cejas, sorprendido por la pregunta.

Sigo acariciándole el pelo con los dedos. Me gusta hacerlo. Se queda muy quieto, como si fuera la primera vez que alguien le toca así.

—¿Axel y Daisy? —Asiento, y él entorna los párpados con aire pensativo—. Podría ser.

—Vaya. Le verdad es que no se les ve demasiado felices juntos. Lo pensé cuando los vi por primera vez, en tu cena de Navidad del año pasado.

—Hum. Su matrimonio está condenado desde el principio. Se casaron por los motivos equivocados.

—¿Es decir?

—Ella porque buscaba estabilidad material. Y Ax, para olvidar a Violet.

Lo miro boquiabierto.

—¿Violet? ¿Tu hermana de la que apenas hablas?

—Bueno, en realidad, ella es...

—¿Tan hermana tuya como Mia?

Me estudia con mucho detenimiento y guardando silencio durante un tiempo bastante largo.

—¿Sabías lo de Mia?

—Por ella, no por ti.

Entorna los párpados.

—Soy un hombre de pocas palabras. Me gusta más la acción.

—Ya. ¿Por qué no me cuentas lo de Violet?

Lo oigo resoplar, como siempre que le pido que me hable del pasado.

—No hay mucho que contar. Mi madre tuvo un novio cuando tenía yo unos nueve o diez años. John. Violet era su hija. Los dos vivieron con nosotros unos meses, antes de que la relación se fuera a pique. Un tiempo corto, pero yo lo recuerdo con mucho cariño. John era un tío bastante decente, la verdad. Me enseñó a disparar, a conducir su moto, cosas de la vida, de lo que es ser un hombre... Seguimos en contacto después de que mi madre y él rompieran. Vivían bastante cerca y yo me iba a comer con ellos al menos una vez por semana, sin que Josie lo supiera, claro. Cuando murió John, un cáncer de pulmón fulminante porque el capullo siempre empalmaba un cigarrillo con el siguiente, lo sentí mucho porque había sido la única figura paterna que había tenido en toda mi vida. Eso me unió todavía más a Violet. Los dos le habíamos perdido.

—Así que Violet y Axel fueron novios.

—Sí. Estaban muy... unidos.

—¿Y qué pasó?

—A él lo trincaron con medio kilo de coca en el maletero y lo metieron en la cárcel. Le cayeron seis años. Violet nos informó de que ya no iría a la universidad. Le habían dado una beca para estudiar Ciencias de la Comunicación en Columbia, pero con Axel atrapado en Ohio, iba a rechazarla. Habían planeado irse juntos, alquilar un pisito por ahí. Él se había propuesto trabajar en lo que fuera mientras ella se sacaba la carrera.

—Vaya lío.

—Sip. Todos intentamos convencer a Vi para que no echara su futuro por la borda, pero no atendía a razones. Así que Ax rompió con ella. Fue... muy cruel. Le partió el corazón.

—Y ella se fue a la universidad.

—Sí.

—Y ahora es editora.

—Sí.

—Y él sigue queriéndola.

Pausa.

Larga.

—Sí.

—¿Y ella?

Lo veo encogerse de hombros.

—La última vez que la llamé, me dijo que había dejado la píldora, que su pareja y ella buscan ser padres. En fin, él es más adecuado, ¿sabes? Trabajan juntos en la editorial, tienen intereses comunes... A veces la vida no acaba siendo lo que te gustaría que fuera.

—Pero él, Ax, quiere volver. En la cena de Navidad se puso muy triste al ver que ella no estaba allí.

—Cuando estás enamorado de una persona, a veces necesitas saber que sigue respirando el mismo aire que tú. Pero eso es todo. No hará nada. Dejará que ella sea feliz. Su tren ya pasó, y Axel lo sabe bien.

—¿Qué harías tú en su lugar? Si se tratara de nosotros dos, ¿me dejarías ser feliz con otro tío? Sigue inmóvil, estudiándome con detenimiento, el ceño cada vez más fruncido.

—Claro que no.

Arqueo las dos cejas, divertida por la contestación.

—¿En serio?

—En serio. Ese tío no podría hacerte feliz.

Lo observo, valorativa.

—¿Y tú cómo lo sabes, si no le conoces aún?

Ash acentúa un poco la sonrisa.

—Muy simple, bomboncito. Ese tío no soy yo.

—¡Qué arrogante! —exclamo, dándole un golpe indignado en el hombro.

Me río y él también acaba riéndose, y me besa la cara millones de veces, y el cuello, raspándome con la barba, y esto es tan perfecto que a veces duele porque una parte de mí lo sabe, sabe exactamente cómo va a acabar esta historia.

Cuando hay tanta gente que te quiere ver hundido, cuando vives en el punto de mira de tantas escopetas, alguien acabará alcanzándote tarde o temprano. Es un hecho irrefutable.

Todo el mundo cae. Cayeron los dioses del Olimpo y tantos imperios que ya ni siquiera nos acordamos de ellos.

Él se cree invencible, pero no lo es. Caerá como todos.

Y yo estaré a su lado cuando eso pase, porque le hice una promesa y joder si voy a respetarla.

—Ojalá pudiéramos vivir toda nuestra vida dentro de este piso, sin salir nunca de aquí —susurro, cambiada mi expresión, ensombrecida por la nube de oscuridad que veo flotar por encima de nosotros. Él aún no la ve. Algún día lo hará, pero será tarde entonces. Ya estará cayendo, como todos.

Se me queda mirando con la cara tensa, y al final niega, sin comprender.

—¿Por qué? —murmura, y me doy cuenta de que sus ojos ya no sonríen ahora. Su perfil está cada vez más rígido.

—Porque aquí tú solo eres Ash. Y yo solo soy Alexandra.

Capítulo 20

El mundo solo existe en tus ojos. Puedes hacerlo tan grande o tan pequeño como quieras.
(Scott Fitzgerald)

Alexandra

—El viernes por la noche se celebra un combate de boxeo clandestino en mi viejo barrio. ¿Vienes a verme?

Suelto el tenedor y levanto despacio el rostro hacia el suyo. Recién duchado, con el pelo perfectamente arreglado y sin una camisa o una camiseta que tape su musculoso pecho, me observa con tranquilidad desde el otro lado de la mesa.

Hoy toca comer en casa. Hace lo posible por estar aquí a la hora de comer y también a la hora de cenar. Se ha vuelto muy casero. A veces vamos al restaurante italiano de la esquina, entrelazados por la cintura, compartiendo risas cómplices y bromas privadas. Otras, improvisamos algo rápido con lo que sea que haya en la nevera.

El caso es que pasamos juntos más tiempo que nunca, como una pareja del mundo real, no solo practicamos sexo, sino que conectamos el uno con el otro a todos los niveles posibles, y admito que eso es algo que me gusta bastante porque Ash es un tipo realmente genial cuando se le llega a conocer. De algún modo se las ha arreglado para convertirse en mi persona favorita del mundo entero.

Aunque está claro que él sigue guardándose algún que otro as en la manga. Lo del combate es una sorpresa total, lo cual sin duda se debe de reflejar en mi expresión facial mientras aguanto su impertérrita mirada.

—¿Vuelves a boxear?

—Nunca he dejado de hacerlo.

—¿Y cómo es que yo no tenía ni idea?

—Tú te levantas a mediodía, cielo —me recuerda, con divertida indulgencia—. Yo empiezo mis rutinas a las seis. De seis a siete, corro. De siete a ocho, entreno. A las ocho voy a tomar café al bar con los chicos. Para cuando te levantas tú, casi he tenido tiempo de echarme una siestecita.

Le pongo mala cara.

—Las diez no es mediodía. ¡Y a veces me levanto a las nueve y media! Una vez incluso a las nueve menos cuarto...

Veo que intenta contener la risa.

—Lo que tú digas. ¿Vendrás?

—Oh, no me lo perdería por nada en el mundo. Aunque estoy un poco desconcertada. Creía que practicabas boxeo para mantenerte en forma y evitar cargarte a gente. Más de lo necesario, quiero decir —me corrijo, y él hace un gesto de irritación con los párpados—. No tenía ni idea de que compitieras. ¿Desde cuándo compites?

—Desde siempre. Soy un jugador. Los jugadores apuestan. Yo apuesto por mí mismo.

—Eso no es nada ególatra.

En su rostro aparece una mueca pícara.

—Ya me conoces. ¿Vas a comerte eso?

Separo los labios en un gesto de perplejidad.

—¿Es que no has tenido suficiente?

—No. Hoy he entrenado duro y tengo hambre.

—Tú mismo. Pero, como eches barriga, te dejo.

Me tira un cachito de pan a la cara.

—Bomboncito, ¿dónde vas a encontrar tú a un tío como yo? —repone, tan tranquilo él, tan jocoso, como si los celos fueran un concepto ajeno a su realidad, algo demasiado indigno como para pararse a sopesarlo siquiera.

Sentir celos supondría admitir que tiene un rival con suficiente potencial como para soplarle a su chica, y él no tiene rivales. Ni limitaciones. Es el protagonista indiscutible de cualquier historia, el rey del tablero.

Es un jugador tan nato y tan arrogante que apostaría contra la vida misma, y contra el Diablo si hiciera falta, sin dudar en ningún momento de la victoria.

Eso es algo en lo que se equivoca.

Me doy de bruces contra Julian al salir del edificio. Él es lo suficientemente grande como para ocupar media acera y yo voy revolviendo el bolso en busca de las llaves del coche y no presto atención, hasta que es demasiado tarde.

—¡Julian! —exclamo al estrellarme contra su musculoso pecho. Estamos los dos súper cortados, incómodos con tanta proximidad. En cierto modo es divertido poner nervioso a alguien de casi metro noventa—. ¡Hola! ¿Qué haces tú aquí? Si vienes a hablar con Ash, no está.

Tira al suelo el cigarro que se estaba fumando y baja la mirada hacia la mía, ya que me saca casi dos cabezas. Tiene los ojos de un verde tranquilo que te instan a la calma y montones de tatuajes a la vista. Un samurái enorme le cubre el antebrazo izquierdo. En su cuello, una frase que no me paro a leer (con un vistazo rápido solo alcanzo a ver *hijos de puta*) sobresale por encima del borde de su camiseta blanca con el logo de *Levi's* sobre el pecho.

—Lo sé. Me ha pedido que te lleve al combate.

—Iba a ir con mi coche.

—¿Sola? —repone, como si acabara de escuchar el mejor chiste del día—. No te flipes, guapa. Ash no va a dejar que vayas sola a ninguna parte.

Noto que empiezo a embalarme.

—¿Que Ash *no va a dejar* que qué? Verás, Julian, y puede que esto te sorprenda, pero resulta que soy una mujer libre que toma sus propias decisiones. No necesito que Ash *me deje* hacer una cosa u otra.

Cruza sus fornidos brazos sobre el pecho y me mira con condescendencia, como si me considerara una cría ingenua que no sabe nada de la vida.

—Cariño, tú no vas sola a ninguna parte desde que estás con él. La única diferencia es que hasta ahora nos manteníamos *detrás* de tu coche y ahora *tú* vas a ir *dentro* del mío.

Creo que se me escucha rechinar los dientes desde Atlanta.

¡Esto es absurdo! ¡No necesito que me escolten a ninguna parte!

—¿Y si no estoy conforme?

—No te cargues al mensajero. Esto no es cosa mía. Tu hombre me ha dado órdenes muy claras. Me dijo, textualmente, *te la traes tú, aunque tengas que echártela al puto hombro*. Ya ves, el muy capullo sabía de antemano que me la ibas a montar.

Hago una mueca hacia mis adentros.

—Pues mira, solo para llevarle la contraria, iré contigo y ya se la montaré a él luego.

—Cojonudo. Ahí está mi *buga*. Sube.

Obedezco, qué remedio, y Julian arranca y maniobra el volante con suavidad para dar media vuelta en mitad de la calle.

Es la primera vez que estoy a solas con él. Sé que no le caigo bien. Nunca ha hecho ningún esfuerzo por conocerme o por tener trato conmigo. Me evita todo lo que puede.

De hecho, el único del círculo de amigos de Ash que me ha dado una oportunidad ha sido Axel. Los demás, me ignoran. Soy la novia del jefe y me toleran porque me acuesto con él, pero eso es todo.

De modo que el viaje va a resultar incómodo, ya que Julian se mantiene callado y a mí no se me ocurre nada de lo que hablar porque, en realidad, no sé mucho sobre él.

—¿Tú también boxejas? —opto por preguntar tras unos diez minutos de silencio incómodo.

Sus ojos vuelan hacia los míos.

—¿Yo? Sí, antes entrenaba con Ash, pero desde que pasó lo de mi chica, lo dejé.

—¿Tu chica? ¿Estás atravesando una ruptura de las malas? —pregunto, empática.

Un fruncir de ceño y tres parpadeos más tarde, recibo la respuesta.

—No. Ella murió. ¿Ash no te ha contado nada?

—No, yo... Joder, no tenía ni idea. Dios, lo siento mucho, Julian. No debí haber sacado el tema.

Mueve la cabeza despacio y me dice con suavidad:

—Tranquila. Es lo que hay. No es culpa tuya.

Su mirada se pierde en la lejanía, dejando entrever un pesar que va más allá de su aparente resignación.

Aprieto los labios en un gesto de fastidio. Antes no éramos los mejores amigos, pero ahora el silencio se torna aún más pesado. Me mantengo tensa en el asiento y no veo la hora de que lleguemos al combate.

—¿Te ha contado por qué estamos en esta situación? —inquire de pronto, cuando yo ya me había resignado ante el silencio.

—Pues... sí. Se cargó a un tío del cartel, alguien que asesinó a una chica.

—Paola. Sí. Era mi novia.

Me vuelvo hacia él, mis ojos abiertos de par en par, los labios, separados en un gesto perplejo. Acabo de meter la pata por segunda vez, al relatar un asunto tan delicado con una frivolidad que no le hace justicia. Mi falta de tacto no conoce límites.

—Vaya. Pues esa parte no me la había contado. Lo siento mucho, Julian.

Da igual lo que diga a partir de ahora. Nada aligerará la incomodidad que siento. Él conduce con la mandíbula en tensión y muy concentrado en la carretera. Yo trago saliva y maldigo hacia mis adentros. Ojalá pudiera rebobinar y amordazarme, o preguntar si cree que vamos a tener un verano caluroso este año...

—A veces, la gente como él y como yo contamos medias verdades —murmura Julian al cabo de un rato.

No se me ocurre nada que añadir y, como ya no quiero interrogarlo ni meter más la pata, me mantengo callada, completando otro trocito más del puzzle que tengo en la cabeza.

—¿Le quieres? —me dice de pronto, una pregunta tan inesperada que busco de nuevo su rostro con la mirada.

Debe de encontrar la respuesta en mis ojos, porque asiente incluso antes de que me haya dado tiempo de abrir la boca.

Y entonces ya no digo nada. Solo hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—Pues díselo —añade, apartando la mirada para prestar atención al tráfico—. Yo a ella no se

lo decía lo suficiente.

No sé qué me empuja a hacerlo, si la voz, que le brota ronca, o la pena que leo en sus ojos, el caso es que pongo la mano encima de sus dedos tatuados y llenos de anillos de plata con dibujos de calaveras y le dedico una sonrisa temblorosa.

—Eh. Estoy segura de que ella lo sabía.

Asiente, y de pronto en su rostro se mezcla tanto la melancolía como la aceptación.

—Seguro que sí. Hemos llegado. ¿Lista?

Miro el sórdido local delante del cual nos hemos detenido, a todas las personas que intentan en vano que el guardaespaldas les deje pasar, y le respondo con un gesto.

Lista. Para todo.

Nosotros no tenemos problemas para entrar. El de la puerta conoce a Julian, a quien saluda efusivamente antes de abrirle la puerta.

Ni caso a los de la fila, que rechistan indignados al presenciar este trato de favor.

—¿Vosotros nunca hacéis cola o qué?

—No si al de la puerta sabe lo que le conviene —me responde mi guardaespaldas con una media sonrisa lobuna.

Entiendo por qué le llaman la mano ejecutora. Ash, da las ordenes. Julian, las palizas. Seven, el coñazo. Empiezo a tener más o menos claro el organigrama del grupo W.

—Ven. Busquemos a Ash.

El interior del local es todavía más sórdido que el exterior. Gente apiñada, impidiéndote el paso, olor a cigarrillos, cerveza barata, sudor.

Los hombres que combaten en el cuadrilátero se creen inmortales. Hasta que caen.

Pero sin duda Ash no tiene intención de caer esta noche. Él es un luchador y también un superviviente. Se las arreglará.

—Espera —le digo a Julian, tirándole del brazo para que no siga alejándose entre la gente—. Voy a apostar.

Arquea las cejas, impresionado por mi actitud lanzada.

—No te tenía por una jugadora.

No soy una jugadora, aunque se me da bien el juego porque, a diferencia de todos ellos, calculo, analizo y solo después lanzo los dardos, cuando ya estoy segura de que tengo los pies bien anclados en el suelo y grandes posibilidades de ganar. No creo en el azar. Creo en el trabajo duro, en el esfuerzo y en la disciplina. Sobre todo, en la disciplina. Es la única forma de conseguir lo que quieres.

—Quinientos dólares por Williams —le digo al de la caja.

Julian suelta un silbido.

—Tú no te cortas, ¿eh, guapa?

—Confío en él. Ganará.

—¿Cómo es que estás tan segura?

Pongo una sonrisa de lado, un poco socarrona.

—Tiene disciplina. Ya está. Podemos seguir —le digo después de guardarme el recibo que me han dado en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Espera. Yo también voy a apostar por el jefe, ya que estamos aquí.

Apoyo la espalda contra la cabina y lo miro divertida mientras suelta un buen fajo de dinero en efectivo sobre el mostrador.

Le entregan su papel, y entonces baja la mirada hacia la mía y me encauza con un gesto.

—Vamos. Está a punto de comenzar el primer combate.

No hay asientos asignados, pero voy con el peso pesado Julian, probablemente conocido en los bajos fondos como *Julian Puños de Acero*, y ya se ocupa él de apartar a todo el mundo de nuestro camino y conseguir los mejores sitios, en primera fila.

—Quita, *pringao*. —Le da un empujón a un pobre chico que se interpone en nuestro camino y ahí nos quedamos, delante del cuadrilátero.

No vemos a Ash, pero según el programa que hay en la pared a mi derecha, será el último en salir. Imagino que mandó a Julian a modo de acompañante más que de guardaespaldas. No quería que me quedara sola todo el combate.

No puedo evitar sonreír ante la idea. Para ser el malote del barrio, es bastante tierno y considerado cuando quiere.

El eco de la multitud enardecida precede al último combate.

El aire vibra con una electricidad familiar, que sin duda se debe a la inminente llegada de Ash.

Su oponente es el primero en salir, pasa por delante de nosotros rugiendo como una bestia y escupiendo palabrotas. El público enloquece.

Creo que al lado de su nombre, Sonny no sé qué, también escuché la palabra *invicto*. Muy alentador.

—¡Ahí está el gran hombre! —exclama Julian, con la mirada repleta de orgullo.

Las luces tenues que delinean el cuadrilátero destacan la figura esculpida de Ash, que sube los escalones con la tranquilidad de alguien que está convencido de que va a ganar. Ni gruñe ni escupe amenazas como el otro, prefiere mantener su aplomo de siempre, los nervios templados, la sangre fría, expresión helada en el rostro.

Saluda a su público, y luego me saluda a mí con su forma característica de saludar, ese guiño mitad bromista mitad tranquilizador con el que me asegura que está todo controlado.

Mi semblante se abre en una sonrisa de oreja a oreja. Nunca había salido con un boxeador. Es excitante.

Aunque, con él, todo lo es.

Hasta que se vuelve oscuro.

Seguiría coqueteando, provocándolo con la mirada, pero el sonido amortiguado de la campana marca el inicio del combate, y Ash se tiene que centrar en lo suyo y olvidarse de mí durante un rato.

—¡Qué nervios! —le digo a Julian, que ríe entre dientes y niega con la cabeza.

—Tranquila. Este está hecho de titanio. Va a enterrarnos a todos.

Me río de la cara que pone y después los dos prestamos atención a lo que está pasando en el cuadrilátero.

Ash se mueve con elegancia, esquivando y devolviendo golpes con una precisión que me tiene hipnotizada.

Sus músculos, tensos y perfectamente definidos, reflejan un poco de rigidez, pero su mirada fija y su expresión resuelta solo muestran determinación. Está al cien por cien concentrado en lo que hace.

El bullicio de la multitud reverbera en el aire, cada vez más ensordecedor según los guantes impactan contra un rostro o contra un costado. Adrenalina. Emoción. Un coro de vítores.

Ash se ha llevado un par de puñetazos en la cara, aunque ha sido el de las costillas el que le ha hecho esbozar un gesto de dolor. Espero que no le rompan nada. ¿Qué necesidad tiene de hacer esto?

De pronto, la irritación se apodera de mí como una marea furiosa. ¿No le basta con ser el CEO de la empresa más prospera de la ciudad, el líder despiadado del sindicato criminal y el mecenas de tantas organizaciones benéficas? ¿De verdad ahora necesita coronarse campeón en un combate de boxeo clandestino? ¡Este hombre es exasperante!

A unos cuantos metros de distancia de mí, en el cuadrilátero, su majestad escupe sangre y contrae la mandíbula. Se acaba de llevar otro gancho de derecha que le ha dejado un poco aturdido.

Ver al *Magnate del Ocio*, conocido tanto por su astucia empresarial como por su crueldad en los bajos fondos, lidiar con la brutalidad del boxeo clandestino me llena de exasperación. Es como si su apetito insaciable por el poder se extendiera a todos los rincones de su vida, joder.

Un nuevo golpe del invicto Sonny no sé qué encuentra su objetivo en la mandíbula de Ash, pero él ni se inmuta, solo vuelve el rostro hacia la derecha y luego mira de nuevo a su rival, de frente, desafiante.

Sus ojos muestran la frialdad de alguien que ha encajado golpes peores.

—¿Cuánto tiempo más van a seguir así? —le pregunto a Julian.

—Hasta que uno de los dos caiga. Eh —dice, apretándome la cintura con ademanes sosegadores—. Tranquila, que no le pasa nada, solo es un poco de sangre.

No sé yo... Entré por la puerta convencida de que iba a ganar, pero ahora ya no las tengo todas conmigo. Ese Sonny es una bestia sanguinaria. Ash se ha llevado unos buenos ganchos de derecha y se le ve mareado. Espero que no tenga una contusión. ¿Y por qué no deja de escupir sangre? A ver si le van a romper los dientes...

—¿No deberían llevar protectores en la cabeza?

—Cariño, esto es boxeo callejero. Aquí no hay normas.

—Igual que en el Coliseo.

Oigo a Julian reírse por lo bajo.

Bueno, al menos él se divierte. Observa a su amigo con una sonrisa velada y ni se inmuta cuando le vuelven la cabeza hacia un lado de un puñetazo en la mandíbula o cuando le hacen doblarse hacia adelante tras un golpe en la boca del estómago que, sin duda, le corta la respiración.

Yo cierro los ojos cada vez que pasa, no soporto mirar cómo le pegan, pero Julian, tan tranquilo, presencia la escena con un brillo de orgullo en la mirada y hasta se descojona de la risa, como si un labio partido o una costilla rota fueran algo divertido de presenciar.

De vez en cuando levanta los brazos por encima de la cabeza, aplaude y le grita a Ash palabras de ánimo del tipo: *acaba con ese puto gusano, Ash*, o *¡No hagas que suba ahí y me lo cargue yo con mis propias manos, joder!*

No tengo ni idea de cómo he acabado metida en esto. Está claro que no estoy acostumbrada a gente como ellos.

Estoy tensa, y el sonido de los golpes que se mezclan con los rugidos y los aplausos del público me altera todavía más. Cada nervio de mi cuerpo está en alerta.

—¡Sonny, Sonny, Sonny! —ovaciona el público.

Julian, indignado, se vuelve hacia atrás.

—¡Callaos ya, mamones! ¡Que Sonny ni que pollas! Panda de gilipollas... —masculla para sí, pendiente de nuevo de lo que está pasando en el cuadrilátero.

En medio del tumulto, la concentración y el cabreo de Ash son palpables. Contrae de nuevo la mandíbula y su puñetazo impacta de lleno en la cara del otro.

—¡Ahora, ahora, ahora! —vocifera Julian, animado—. ¡Dale lo suyo a ese malnacido, Ash!

Y parece ser que es justo lo que él piensa hacer.

Vuelve de donde sea que lo hayan enviado los diez puñetazos que se ha llevado en los últimos tres minutos y golpea con toda su fuerza, canalizando una cantidad impresionante de energía para, acto seguido, descargarla con un golpe demoledor. El sonido del impacto corta el aire como un trueno.

La muchedumbre calla de golpe.

Sonny se queda aturdido, y entonces Ash empieza a machacarle. Jamás le había visto perder el control.

Hasta ahora.

El mundo exterior se desvanece para él. Cada puñetazo que le suelta al otro es una declaración de intenciones.

Voy a matarte, hijo de puta.

Así de claro. Golpe tras golpe, la cara del invicto Sonny acaba peor que la suya.

Con una fría determinación tallada en sus (antes del combate) atractivos rasgos, descarga toda su ira contenida, hasta que, con un golpe magistral, abate a su oponente y los árbitros le obligan a parar.

Se necesitan dos tíos para sujetarlo, porque no se detiene cuando se lo piden y la organización tiene que intervenir.

Esperamos unos segundos, inmersos en un tenso silencio.

Y por fin lo declaran vencedor.

La multitud estalla en júbilo. Ahí tenemos a nuestro nuevo campeón.

Me busca con la mirada y, a través de la sangre y las contusiones que desfiguran su bien parecido rostro, me lanza un guiño cómplice.

Me permito a mí misma una sonrisa discreta y un único pensamiento: así es cómo se crean los villanos. Años enteros llenos de golpes y abusos alimentan la oscura semilla hasta hacerla germinar.

Y luego ya no hay vuelta atrás.

Entre las ruinas de la inocencia, alejados de cualquier compasión, forjados por las cicatrices del pasado y la desidia de una sociedad que no ha sabido estar a la altura, se gesta la metamorfosis.

Y al final nacen ellos, los marginados de un mundo que los ha moldeado con su crudeza o con su indiferencia.

No hay que juzgarlos. No es culpa suya. Somos nosotros, todos nosotros, quienes les hemos fallado. Nuestra negligencia colectiva los ha empujado a esto.

La última máscara de Ash acaba de caer al suelo. Aquí está, de pie delante de mí, exponiéndose tal y como es. Y yo lo he visto todo. Ahora lo comprendo. Es como si me hubiera dado un paseo por el laberinto intrincado que es su pasado. He visto los golpes y las cicatrices. Le he visto apartar la mirada, y luego canalizar toda su energía para golpear de vuelta. He visto la fría determinación que ha marcado su camino.

Creí que era un hombre hecho a sí mismo. Me equivoqué. Lo hicimos nosotros, la sociedad entera, ciegos a su dolor, impasibles ante la tragedia de una familia rota en pedazos. Dios estaba muerto, su padre lo había abandonado y su madre no era más que una sombra en su memoria.

Solo se tenía a sí mismo, y actuó en consecuencia. Si el mundo le había vuelto la espalda,

¿qué iba a importarle a él el puñetero mundo?

Todo eso acabo de verlo en sus ojos al cruzarse nuestras miradas mientras el árbitro levantaba su brazo en alto y su nombre se iluminaba en el marcador.

En este local sórdido, rodeada por una muchedumbre frenética que aclama o maldice al nuevo campeón, he presenciado su ascenso desde el abismo hasta las cumbres, y ahora me pregunto con horror en qué momento y en qué lugar presenciaré el derrumbe.

Nadie es invencible. Esta noche ha ganado, pero la vida en sí es una batalla constante y contra el destino no se puede apostar.

Si algo sé sobre la suerte es que *siempre* se vuelve en tu contra. Como diría Ash: nos jode a todos por igual.

Y cuando la suerte decida joderle a él, mi mundo se hará pedazos.

Capítulo 21

Con cada combate te haces más fuerte.

(Película *Cinderella Man*, 2005)

Alexandra

—Auch.

Lo miro sin dar crédito. Le han machacado la cara y las costillas, probablemente tenga una contusión y algún órgano interno afectado, ¿y se queja cuando le echo un poco de alcohol en el labio?

—¿Auch? —repito, propinándole un golpecito indignado en su musculoso brazo—. ¿En serio? ¿Con las hostias que te han caído esta noche, vas y dices *auch* por esto?

Esboza una sonrisa indulgente, como si los golpes recibidos fueran meras cosquillas.

—De él me lo esperaba. Pero creía que tú ibas a ser tierna, bomboncito.

—Tierna. Tienes suerte de que no te machaque yo también. ¡Por gilipollas!

Ríe, un sonido que resuena cálido y ronco entre las sombras del callejón.

—¿Por qué estás tan malhumorada hoy? He ganado, ¿no? Y por lo que me ha contado Julian, vosotros también. Casi todos apostaron por el campeón invicto.

—Pero ¿qué necesidad había de esto? Mírate, ¡tienes la cara hecha unos zorros! —no puedo evitar gritarle. Me dan ganas de zarandearle—. Te duelen las costillas, ¿a que sí?

—No.

Rechaza la idea con mucha firmeza, pero no me creo nada.

—Anda que no —rebuzno mientras examino las huellas del combate en su rostro maltrecho. Él me aguanta la mirada, a pesar de los moretones, las hinchazones y la sangre seca—. No puedes evitarlo, ¿verdad?

—¿El qué? —repone, apoyadas sus manos en mis caderas, su voz tan ronca que agita el aire a mi alrededor.

Me lo quedo mirando, analizo el cálido brillo de sus ojos detenidamente, y al final niego para mí.

—Meterte en líos.

Levanta la mano y me pasa el pulgar por la mejilla.

—Vivir es arriesgado, pequeña, y yo soy de los que prefieren las emociones fuertes. A veces, meterse en líos es el único modo de sentirse vivo. Solo hay dos cosas en el mundo que me producen este subidón de adrenalina en el cuerpo: las peleas y... tú —concluye después de una pequeña pausa, en la que sus chispeantes pupilas me han retenido con una fuerza magnética ineludible.

Quiero permanecer cabreada, pero no puedo evitar sentir una oleada de atracción ante sus palabras. Este hombre despierta algo salvaje en mi interior, algo que me asusta y al mismo tiempo me seduce.

—Eres un maldito temerario —espeto, temblorosas mis manos mientras limpio la herida de su labio partido. Esta vez ni siquiera parpadea; su mirada se pasea por todo mi rostro, calentándose cada vez más, según se acentúa la sonrisa en las comisuras de sus labios—. No entiendo cómo puedes tomártelo todo tan a la ligera. Es como si disfrutaras del dolor.

—Vale la pena sufrir un poco para conseguir la victoria. El dolor me recuerda que estoy vivo, y es una sensación cojonuda, que tú conoces bien. No finjas que no estás conmigo por el peligro

y la emoción, señorita Alexandra. No te mientas a ti misma. Podrías salir con cualquier tío de la *Ivy League*, pero aquí estás, en este puto callejón que huele a pis, limpiándome a mí las heridas —susurra, con el rostro cada vez más cerca del mío.

Su mirada intensa parece traspasar las barreras del tiempo y el espacio, conectándonos en medio de la oscuridad con una fuerza magnética indestructible.

Tengo su cálido aliento acariciándome los labios. Sus manos, en mis caderas. La boca, a punto de poseer la mía.

—¿Ya estáis como gatos en celo otra vez? —brama Julian a mis espaldas, haciéndome pegar un brinco y retroceder de inmediato—. No se os puede dejar solos ni un cuarto de hora, joder. Toma, jefa. Tu pasta. Enhorabuena. Has hecho una buena inversión, y tu chico sigue conservando la dentadura.

Me vuelvo hacia él con una sonrisa irónica y cojo el fajo de billetes que me ofrece.

—Gracias. Me compraré algo bonito.

Ash me lanza un guiño socarrón. Sus manos siguen en mis caderas, calientes, acariciando, círculos que me erizan la piel y espesan el aire a mi alrededor.

—¿Qué? ¿Vamos a cenar, o queréis echar un polvo en el callejón?

—Necesita una novia urgentemente. ¿Tú no tendrás alguna amiga soltera?

La pregunta de Ash me hace reír y, a Julian, apretar las muelas.

—¿Qué pasa, que os molesto? Pues no pienso irme a casa. O me lleváis a cenar o, si no, os daré el coñazo toda la noche. Vosotros decidís.

Ash y yo intercambiamos una mirada horrorizada.

—Te llevamos a cenar —contestamos a la vez, con absoluta firmeza.

Julian inhala una profunda bocanada de aire que duplica el tamaño de su caja torácica y luego la suelta con expresión satisfecha.

—Cojonudo. Elijo yo el sitio.

—Tenía que ser aquí —masculla Ash entre dientes, nada conforme con la elección de su amigo.

Seguimos en su barrio, restaurante clásico, bancos de polipiel rosa, todo el mundo conoce a todo el mundo...

Los camareros navegan entre las mesas con sus patines y sus platos rebosantes de succulentas hamburguesas y perritos calientes, todo acompañado de montañas de crujientes patatas fritas que huelen tan bien que mi estómago se rebela con un rugido ansioso. La música, mezcla de jazz y rock, es perfecta para un lugar que narra historias de una América que ya no existe, la de los Kennedy y Audrey Hepburn, las Supremes y Marlon Brandon; leyendas de una época dorada donde la realidad se mezclaba con la fantasía y el mundo no parecía tan cruel como ahora.

Aunque puede que lo fuera. A fin de cuentas, siempre lo ha sido, ¿no?, desde que vivíamos en las cavernas y nos matábamos los unos a los otros por un bicho muerto o el amor de alguna hembra.

—¿Qué tiene de malo este lugar? —repongo, después de analizarlo todo al detalle.

Julian, con una sonrisa irónica, deja de examinar el menú repleto de grandes éxitos de la gastronomía americana y levanta el rostro hacia el mío.

—Nada. Y él estaría cómodo si no se hubiera tirado a todo el mundo.

Ash hace una mueca de exasperación.

—Qué gilipollez. Ni que me hubiera tirado también a los tíos.

Julian suelta una carcajada.

—No, pero te follaste a sus novias y ahora todo el mundo te mira mal y quiere partirte el careto.

Ash levanta con tranquilidad su vaso de agua y bebe un sorbo.

—Que lo intenten.

Echo una ojeada a nuestro alrededor, preguntándome con quién se habrá acostado. Lo cierto es que la gente no deja de observarnos. Las mujeres lo miran con deseo. Los hombres, con (Julian está en lo cierto) evidentes deseos de machacarle la cara.

—¿Y con quién te has acostado exactamente?

El semblante que compone deja claro que no piensa responder a mi interrogatorio.

—Si quieres, yo te lo cuento.

—Julian, —advierte entre dientes, con espeluznante calma —cállate, anda.

—¿Qué? ¿Te avergüenzas de tu pasado? Seguro que ella sabe que no eras virgen cuando te conocí.

—El pasado no importa —le gruñe a su amigo, su mano recién apoyada en la parte interna de mi muslo, estrujando mi carne, gesto sin importancia que, aun así, me llena el estómago de electricidad y me deja con ganas de más, húmeda y con los pezones tirantes dentro del sujetador —. Y no me toques más la polla con el temita. ¿Podemos pedir? Tengo hambre.

Julian lo deja estar, y yo también. ¿Me molesta? A lo mejor, aunque sé que no tengo ningún derecho de cabrearme por las cosas que hizo antes de conocerme. Sería un poco hipócrita si me cabreara por algo así, ¿no? Todos tenemos una vida y un pasado.

Y todos intentamos ignorarlo, aun cuando nos golpea en la cara, como los pechos siliconados de la camarera, que no tiene reparos a la hora de plantarlos delante de mi novio y rozarle el hombro con ellos mientras le pone delante su plato de pollo frito.

—¡Hola, Ash! ¡Cuánto tiempo!

Vaya por Dios. Ese entusiasmo significa algo.

—Cami —dice él sin mirarla, más interesado en los muslitos de su plato que en las pechugas que ella expone sin pudor delante de sus narices.

—¿Qué haces en el barrio?

—Julian sentía nostalgia por los viejos tiempos.

—¿Solo Julian?

Ash levanta la mirada hacia la suya con deliberada lentitud. Camilla, según la etiqueta que lleva pegada en su top minúsculo, se mantiene sonriente, esperando la respuesta.

—Solo Julian —le responde, con un aplomo tan frío que la hace patinar de inmediato de vuelta hacia la barra.

Arqueo las cejas y él niega para indicarme que ella no es nadie y que no tiene el menor sentido hablar del tema.

Así que esto es lo que queda cuando termina el fuego. Aplomo frío y esa cara de *no me toques las pelotas, cielo*. Estupendo.

—¿Qué tal tu perrito caliente? —me dice como si no hubiera pasado nada.

—Está bueno. Pica un poco.

—Es la mostaza —asegura Julian, que parece haber probado todos los platos de la carta. Debieron de ser habituales de este sitio en el pasado—. La mejor de Ohio. La preparan ellos mismos.

—A Julian le encanta este sitio.

Pongo una sonrisa de lado, burlona.

—¿Solo a Julian?

Mi provocación lo hace asentir fastidiado.

—Solo a Julian. A mí me gustan los sitios con más clase.

A él le gustan las mujeres con más clase, eso es lo que me está diciendo en realidad. Colecciona trofeos y yo soy uno de ellos.

Horas después, estamos en el sofá, haciéndolo, cara a cara, bien aferrados el uno al otro, sus ojos fijos en los míos y yo aguantándole la mirada mientras se inserta en mis entrañas.

—¿Qué hacías con ella? —le suelto de pronto. He intentado dejarme llevar, pero no consigo alcanzar ese estado de seminconsciencia que deja mi mente en blanco.

Ash se detiene y me observa serio, en absoluto silencio.

—Pues follar.

—¿Así? —pregunto al mismo tiempo que le paso los dedos por el pelo y lo cabalgo despacio.

Me pone una mano en el cuello y echa mi cabeza hacia atrás hasta situar mi boca a la altura de la suya.

—No. Así no —responde, provocándome con sus labios para luego dejarme con las ganas.

En vez de besarme, me inhala, se llena los pulmones de aire mientras pasea la nariz por el tallo de mi cuello, haciéndome estremecer, y luego vuelve a clavar su implacable mirada en mi rostro.

—Entonces, ¿cómo?

—Ya te dije que cada relación es diferente. Con ella solo era sexo.

—¿Y conmigo? —murmuro, buscando la respuesta en sus pupilas, brasas encendidas que despiertan una tormenta de emociones en mi interior.

Durante unos segundos, sostiene mi mirada con una intensidad que llena mi estómago de chispas, y poco a poco sus labios empiezan a dibujar una sonrisa tierna.

—A ti te lo doy todo. No hay limitaciones.

Me aferro con las dos manos a su cara magullada y lo beso, y todo vuelve a la normalidad, su lengua da vueltas por mi boca mientras su miembro cobra vida de nuevo en mi interior, metido bien adentro, golpeando y retirándose, trazando círculos hasta llevarme de nuevo a ese lugar en el que no hay pasado ni futuro, donde puedo abandonarme sin remordimientos y observarlo muy de cerca, mientras se vacía lenta y largamente en lo más profundo de mi cuerpo, sin cerrar los ojos, sin crear fantasías; el ceño fruncido, los músculos tensos y empapados en sudor, aquí, al cien por cien conmigo, en nuestra burbuja especial, sin nadie que nos importe, sin una moralidad que nos frene.

Solo él y yo, y que les jodan a todos.

Capítulo 22

Las mujeres. ¡Dios mío! Le vuelven a uno loco. De verdad .

(J.D. Salinger)

Ash

Es una de esas tardes lánguidas de comienzos de julio, en las que lo único que te apetece hacer es tumbarte bajo la sombra de algún árbol frondoso y dejar que el mundo siga su curso lo más lejos posible de ti, para que no altere la armonía de tu letargo.

Al ser festivo nacional, nadie, ni siquiera yo, tiene que trabajar hoy, así que me he traído a Alexandra a una barbacoa en casa de mi buen amigo Ax, en la misma zona en la que ella y yo vivíamos antes, una exclusiva urbanización llena de mansiones ocultas entre jardines exuberantes y gente muy respetable.

Todo el mundo lo ha desaconsejado, pero aquí estamos, tomando mojitos. Incluso yo, que prefiero las bebidas más fuertes, me he dejado seducir por la frescura de la hierbabuena, sobre todo después de haber catado su exquisito sabor en los labios de Alexandra, antes de que ella me dejara plantado por otras compañías más interesantes que la mía.

Daisy ha dicho que Ax y yo somos dos *muermazos* y se la ha llevado al otro lado de la piscina, donde está la gente *guay*, en un ambiente *chill out* probablemente provocado por un excesivo consumo de narcóticos.

Ax y yo intercambiamos una mirada socarrona al verlas marchar y acordamos, tácitamente, divertirnos a nuestra manera. Es decir, quedarnos sentados en un cómodo silencio que solo dos buenos amigos podrían compartir.

En el grupo de los *guays* fluyen las risas y las conversaciones animadas. Algunos tíos musculosos y sin ningún rastro de vello corporal (exacto, se han depilado las piernas con cera), se tiran de cabeza a la piscina para impresionar a la anfitriona.

Otros hacen acrobacias al lado de la barbacoa que Axel no ha encendido todavía.

La competencia por captar la atención de Daisy es evidente; todos gritan su nombre, ¡Daisy, mira esto!, ¡mira lo otro!

Cada uno de sus invitados parece estar dispuesto a hacer lo necesario para ganarse su admiración.

Me entristece descubrir que, como siempre, ella está más preocupada por esos gilipollas de cuerpos bronceados y brillantes por el aceite que se han echado que por la niña que juega sola en una esquina del jardín, resignada ante la falta de atención de su progenitora.

Está claro que Daisy tiene otras prioridades en su vida y que una hija y un marido no llenan el vacío que tiene dentro. No apoyo su estilo de vida bohemio, aunque tampoco lo condeno. Cada uno es libre de hacer lo que le plazca.

En cuanto a la cría, al menos tiene a Ax. No me cabe duda de que, incluso si se divorciaran, él seguiría siendo el padre de Ally, al igual que John fue el mío en su momento.

Mi propio padre me enseñó que la sangre no importa una mierda.

—Voy a ver si la niña se ha echado crema solar —le oigo decir por encima de las risotadas y los chapoteos de los *guays*—. ¿Te traigo otro mojito?

—Pues sí. Si me haces ese favor...

Le doy un último trago a la copa que tengo en la mano, le entrego el vaso vacío y lo sigo con la mirada por el jardín. Axel es un buen tío. Siempre lo ha sido. Me habría gustado que él y Violet acabaran juntos, pero, en fin, las cosas no siempre salen bien.

El móvil cobra vida en el bolsillo de mis pantalones blancos de verano, una vibración que interrumpe por completo la placidez del momento, ya que me hace ser consciente del mundo frenético que coexiste en la misma dimensión que este remanso de paz. Elijo ignorarlo y aferrarme con las dos manos a este presente. Sea cual sea la noticia, buena o mala, en este jardín todavía no ha pasado y no voy a dejar que pase de momento.

Recostado junto a la piscina, con la copa en la mano y las gafas de sol puestas para que la gente deje de preguntarme quién me ha pegado una paliza, echo la cabeza hacia atrás como si deseara observar mejor el parsimonioso atardecer que nos envuelve, pero lo cierto es que enseguida cierro los ojos y dejo la mente en reposo.

No me apetece compañía ahora mismo. Solo quiero disfrutar del murmullo de la brisa que se filtra entre los árboles, el aroma del césped recién cortado y el vinilo de Dolly Parton que Daisy ha seleccionado para ambientar la fiesta.

Si hay algo que se le dé bien a Daisy, aparte de la coca, es organizar interesantes veladas que reúnen a gente muy diversa. Un talento que no todo el mundo posee.

Sé que Ax no lo ve como un don, más que nada porque su mujer organiza estas bucólicas reuniones casi a diario, pero yo personalmente aprecio su habilidad a la hora de crear ambientes como este, acogedores y entretenidos.

Entre las amistades que cultiva hay de todo: artistas excéntricos, aristócratas caídos en desgracia, ejecutivos de traje y corbata, y hasta algún que otro *famosete*.

—Me olvidé de decirte que Daisy ha invitado a Aiden y a Serena a la barbacoa de esta noche —se materializa la voz de Axel en mitad de mis pensamientos.

Me enderezo en la tumbona, cojo la copa fría que me ofrece y contemplo el tenso perfil de mi amigo, preguntándome qué secretos o preocupaciones ocultan esos rasgos que tengo la sensación de conocer desde siempre.

—¿Y van a venir?

—No estoy seguro. Estaban en California esta mañana, salieron en las noticias, así que, a no ser que vengan en *jet* privado...

—Capaces son —rezongo, disgustado.

Noto que Axel me observa con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—No tienes mal rollo con Aiden, ¿no?

—¿Por qué iba a tenerlo? —repongo, sin mirarlo.

—Yo que sé. Como te liaste con su mujer...

—*Casi* me lie —corrijo con calma—. Aiden nos interrumpió antes de que la sangre llegara al río. Y eso es agua pasada. Solventamos el problema esa misma noche. Le dejé que me pegara una paliza y adiós muy buenas. Lo he visto un par de veces desde entonces.

—¿Y?

—Y estamos bien —lo tranquilizo con un rastro de exasperación en la voz—. No es que seamos amigos, nunca lo hemos sido, pero mantenemos la dinámica de siempre, la de no te tocaré la polla a no ser que me la toques tú a mí primero.

—Una buena estrategia.

—La mejor.

Tras esta breve conversación, los *muermazos* nos volvemos a refugiar en nuestro silencio cómodo.

El sol, cada vez más bajo y desfallecido, se filtra entre las hojas de los árboles que se yerguen a nuestras espaldas, proyectando un caleidoscopio de luces y sombras sobre la superficie lisa de la piscina.

Tengo la sensación de que el tiempo se mueve muy despacio hoy. ¿Cuánto hace que empezó a atardecer y, sin embargo, ahí sigue el sol, suspendido en el horizonte?

Busco con la mirada a Alexandra que, en bikini, se echa crema solar al otro lado de la piscina que nos separa. La encuentro reírse por algo que le acaba de decir uno de los *amigos* de Daisy.

Según Ax, esos pimpollos llenos de esteroides son algo más que amigos. No soy un tipo particularmente celoso, pero no me haría mucha gracia que mi mujer invitara a sus amantes a casa.

Ni que tuviera amantes...

Axel nunca le habría permitido algo así a Violet. Claro que su mujer no es Violet ni significa para él lo mismo que significaba ella.

Me abstraigo por unos segundos en la música. A mi madre le encantaba Dolly Parton, y todavía más esta canción (*Jolene*). Siempre la escuchaba en bucle, supongo que por motivos obvios. El amor de su vida la había abandonado por una mujer con la que ella no podía competir y esa es precisamente la letra de la canción. Al final jodió el vinilo y ya no compramos otro.

—¿Qué tal la niña? —le pregunto a Ax, para evitar adentrarme en mierdas que ya no tienen la menor importancia—. ¿Se había echado crema solar?

—No, qué va. Se la acabo de echar yo. Ya tiene los mofletes colorados.

Me echo a reír, tomo otro trago y miro de nuevo a Alexandra. Todavía no hemos hablado de hijos. Ni idea de qué opinará al respecto. A mí me gustaría tenerlos. Creo que sería un buen padre, muy en la línea de Axel y John.

Por Dios. ¿Qué le estará contando ese? Parece una charla muy entretenida. Ella no deja de reírse.

Ax sigue la dirección de mi mirada y esboza una sonrisa socarrona al verme fruncir el ceño.

—A todo se acostumbra uno —me dice, divertido.

—Ni de puta coña. Yo no me acostumbraría. Lo que haría sería cargármelo. —Me vuelvo hacia él y lo señalo con el dedo—. ¿Tú te acuerdas de cuando, debían de ser los noventa, el jefe de esa familia criminal de Nueva York ordenó a dos sicarios que le cortaran la polla a uno que se tiraba a la mujer de...? No estoy seguro de si era un capitán o un *consigliere*, pero yo haría lo mismo.

Axel suelta una carcajada.

—¿Irías a la cárcel por ella?

Me enciendo un cigarro y lo chupo con tranquilidad.

—Incluso al Infierno —respondo después de expulsar el humo que he retenido unos segundos en los pulmones.

Mi amigo se cruza de brazos y se la queda mirando, valorativo.

—Debe de ser especial, entonces.

—Lo es.

—¿Qué tal te va con ella?

Me encojo de hombros.

—Bueno... Tenemos días buenos y días malos. Como todo el mundo, supongo. Estar con Alexandra es como intentar domar a un caballo salvaje. Divertido, excitante, pero, sobre todo, peligroso.

—¿Peligroso? No digas chorradas. ¿Cómo va a ser ella peligrosa para ti?

Expulso hacia arriba una nube de humo y vuelvo la mirada hacia la suya.

—Tú lo sabes mejor que nadie, Ax.

Asiente al comprenderlo y le oigo chasquear la lengua.

—Así que tu gran amor, ¿eh?

—Tío, no te lo imaginas. Si la perdiera, me volvería loco.

Me pone mala cara.

—Ash, no vas a perderla por ese gilipollas.

Entorno los párpados por debajo de las gafas.

—No, hombre, no. Ese pringado me suda la polla. Me refiero a que podría perderla por causa de la vida que llevo y eso sería devastador.

Se produce un silencio, que asegura que mi amigo entiende lo que le estoy diciendo.

—¿Crees que está en peligro?

—Ella es una debilidad, y la gente como yo no debería tener debilidades porque eso hace que seas vulnerable.

—¿Por qué no cortaste con ella después del *incidente*?

—Iba a hacerlo —admito después de unos segundos. El humo escapa a través de mis labios en un hilo delgado, y pasa un buen rato hasta que vuelvo a hablar—. Iba a hacer lo mismo que hiciste tú con Vi. Incluso le había comprado un billete de avión a California. Tenía el puto discurso hecho. Solo quería follarte, eres un trofeo, bla bla bla.

—¿Y qué pasó?

Sacudo la cabeza, atribulado.

—No preguntes. El caso es que aquí estamos.

Axel toma un trago y me sonríe con afabilidad.

—¿Hay avances?

—Los habrá a partir de mañana. Pasamos a la ofensiva.

Lo veo vacilar. Luego, dice:

—No pareces contento.

—No lo estoy.

Me da una palmadita de ánimo en el hombro y yo hago el esfuerzo de componer un gesto cansado que intento pasar por una sonrisa.

—Piensas retirarte, ¿verdad?

Digo que sí con la cabeza. Estoy tomando un trago y no puedo responder.

—Pero primero tengo que ganar el juego, tío. Esto es como *Jumanji*. O ganas la partida o la palmas, y yo no estoy por la labor de palmarla, mucho menos ahora, que me va mejor que nunca. He encontrado a mi media naranja. Sería una lástima que alguien me pegara un tiro antes de que llegara a disfrutarla lo suficiente, ¿no crees?

Ax niega para sí.

—Está bien que te lo tomes con guasa.

—Yo lo llamo filosofía.

—Tú eres un capullo —dice mientras se enciende un habano.

Me río entre dientes y sigo mirándola. Deberíamos hablar en breve del tema de los hijos, si es que no corta conmigo a finales de esta semana, cuando empiecen a salir noticias escalofriantes en los periódicos.

Capítulo 23

Es algo bueno haber nacido para morir, aunque sólo fuera para eso.

(Jack Kerouac)

Ash

El cielo pasa de los matices dorados y rojos a los tonos índigo y violeta según la noche se apodera lentamente de la colina.

Ax y yo, alumbrados por la luz de decenas de farolillos colgados entre los árboles, nos encontramos junto a la parrilla de carbón, compartiendo viejas anécdotas delante del fuego que crepita con un brillo reconfortante.

Nos hemos pasado a las cervezas. Al final, los dos acabamos hasta el nabo de los mojitos.

—¿Qué tal si empezamos a pegar tiros a las botellas para espantar a los pimpollos de Daisy?

—No vamos a pegar tiros a nada —intento calmarlo, con una risita—. Concentrémonos en dar de comer a toda esta gente.

—Pues a mí me apetece disparar esta noche.

—Estás borracho. A ver si vas a darle por error a uno de esos capullos depilados.

El suave roce de Alexandra al abrazarme por detrás me arranca una sonrisa. Coloco la mano sobre su antebrazo y sigo explicándole a Axel por qué no es buena idea empuñar un arma esta noche.

—Hay niños en la fiesta. ¿Qué pensaría Ally? ¿Esa es la parte de ti que quieres que vea?

Ante mi argumento irrefutable, se da por vencido, y entonces puedo hacerle caso a mi chica.

Me vuelvo hacia ella y rozo sus labios con un beso suave.

—Hola, pequeña. ¿Te lo estás pasando bien?

—Muy bien —me responde con una chispa traviesa en los ojos—. ¿Y tú?

Se la ve contenta. Sonríe de oreja a oreja.

—Yo también —aseguro, dejándome contagiar por el calor de su sonrisa.

—¿No te relacionas con los mortales?

—¿Con esos gilipollas de ahí? —repongo, echando una miradita disgustada al grupo de los *guays*—. No son de mi estilo.

Al oír su risita, mis ojos descienden sobre su rostro. Durante unos segundos, intento capturar cada matiz, con una intensidad que solo ella podría provocar.

—Daisy dice que podemos quedarnos a dormir. Han habilitado montones de habitaciones para los invitados. Por si bebemos más de la cuenta.

—¿Quieres quedarte a dormir?

Se encoge de hombros.

—Mañana hay un *brunch*.

Entorno los párpados.

—Bien. Pues nos quedamos, si quieres.

—¡Tío Ash! —oigo de repente.

Me vuelvo hacia la derecha, sorprendido, y entonces una adolescente alta y rubia salta a mis brazos y se agarra a mi cuello.

—¿Trish? Dios Santo, casi no te reconozco. ¡Pero qué guapa estás, *jodía*! ¿Cuánto mides ya?

—Metro setenta.

—La puta hostia. Al final te comiste los guisantes, ¿eh?

—Decías que había que comérselos si quería ser tan alta como tú.

—Cierto. Me alegro de verte, ratoncita.

La abrazo, riéndome, y cuando ella se separa de mi gran abrazo de oso, me vuelvo hacia Alexandra, que nos observa a los dos con las cejas arqueadas.

Rodeándole los hombros a Trish con el brazo, le digo:

—Esta es Trish. Le hacía de canguro cuando era pequeña.

—Mientras seducía a su madre —añade una voz seca a mis espaldas.

Me giro con los ojos en blanco, dejando escapar un suspiro teatral.

—Tenías que decírselo, ¿verdad?

—Pues claro —me contesta Aiden con una sonrisa burlona—. ¿No será que te avergüenza tu pasado, tío Ash?

—Este gilipollas de aquí es Aiden —le explico a Alexandra.

—Ya sé quién eres —le dice ella con una sonrisa, mientras estrecha la mano que él acaba de alargarle—. El príncipe del rap.

—El mismo.

—Alexandra. Encantada de conocerte.

—Igualmente. Nenita, ¿por qué no vas a saludar a tu prima Ally mientras papá y el tío Ash se ponen al día?

—Pero no os peleéis —nos advierte Trish, que nos señala a los dos con el dedo, como diciendo *sé de lo que sois capaces*.

—¿Pelearnos? —la tranquilizo con un gesto—. Nooo. No vamos a estropearle la fiesta al tío Ax.

—¡Más os vale, capullos! —grita este desde la barbacoa. Acaba de echar las hamburguesas y las salchichas y tiene que vigilarlas.

Trish planta un beso en mi mejilla y sale corriendo.

—¿Y cómo es que se lio con la madre de Trish? —le pregunta Alexandra a Aiden, con una curiosidad traviesa bailando en sus pupilas.

—Mejor te lo cuento yo, que estaba ahí. Aiden estaba en la cárcel.

King se vuelve hacia mí con las cejas peligrosamente fruncidas.

—¿Te liaste con mi mujer cuando estaba yo en la cárcel?

Intento hacer memoria. Ha pasado toda una vida desde entonces.

—Puede que estuvieras en Los Ángeles. No lo recuerdo bien.

—Convenientemente. Nunca se acuerda de nada, el gilipollas este.

—Así que ella era tu mujer.

—Mm-hm. ¿Ves a esa rubia de ahí? Pues es ella. Serena.

—¿Y qué hiciste tú cuando te enteraste? —quiere saber Alexandra, siempre muy fascinada por mi pasado.

—Partirle la cara —le contesta Aiden con una risotada.

Ella le da un sorbo a la copa helada que alguien le acaba de plantar en la mano y nos observa a los dos con las cejas arqueadas en un gesto irónico.

—¿Y qué hizo él?

—Dejarse pegar.

—Comportarme como un caballero.

Se echa a reír al escuchar mi explicación. Intercambia una mirada conmigo y luego dice:

—¿Y después volvisteis a ser amigos?

Aiden y yo nos miramos, horrorizados.

—¿Quién? ¿Este y yo? —dice él al mismo tiempo que yo aseguro:
—Oh, no, nunca lo fuimos.
—Ah, ¡que no sois amigos! —exclama, todavía más divertida.
Los dos ponemos cara de grima.
—¡Claro que no somos amigos! —profiero, mientras Aiden suelta un *ni de coña* entre dientes.
—¿Y de qué os conocéis?
Lo miro y él me mira a mí.
—Mi madre se la chupó por cinco pavos —le contesta él, al mismo tiempo que yo respondo con un inofensivo *del barrio*.
Tenso los dedos alrededor de la botella de cerveza.
—¿A que te parto la cara, rapero?
—¡Tu madre es Cristal, la del bar! —cae Alexandra de pronto, después de lo cual me mira a mí con expresión socarrona—. ¿Te la chupó por cinco pavos?
—Mira, no quiero hablar del tema —me mosqueo de inmediato.
Ella se echa a reír.
—Se avergüenza de su pasado —le susurra Aiden, burlón.
Los fulmino a los dos con la mirada y me acerco a echarle una mano a Axel con la barbacoa.
—Ese capullo me ha dejado en muy mal lugar delante de ella.
—Ash, Alexandra sabe quién eres —me intenta aplacar Ax, que siempre ha sido un tío tranquilo que ha pasado de rollos—. No creo que le importe tu pasado. ¿Te importa a ti el suyo?
Frunzo el ceño mientras lo sopeso.
—No sé mucho de su pasado porque no hay mucho que saber. Ella es una chica ejemplar. Ni siquiera sé qué cojones hace conmigo...
—Los contrastes se atraen, tío. Como yo y...
Se calla abruptamente antes de decir su nombre. Lo miro y después le doy una palmadita compasiva en el hombro.
—¿Tú estás bien, tío?
—Claro. ¿Mostaza?
—¿Eh?
—Que si quieres mostaza en el perrito caliente.
—Ah. Sí, tú echa, no te cortes.

Voy a llevarle un perrito caliente a ella, todo sumiso porque no sé de qué humor estará después de su larga conversación con Aiden. A saber lo que le habrá contado ese capullo sobre mí. Seguro que nada bueno.

—Te traigo la cena.

Levanta la mirada hacia la mía y sus ojos se iluminan con una mezcla de diversión y complicidad.

—Gracias. He conocido a la mujer de Aiden, Serena. A diferencia de su marido, ella me ha hablado maravillas de ti.

—Me alegro —respondo secamente mientras me siento a su lado en el césped.

En cinco minutos van a empezar los fuegos artificiales, y Alexandra parece ser la única de la fiesta interesada en mirarlos. Los demás invitados siguen charlando junto a la piscina, pero ella se ha sentado en el sitio más alto del jardín y observa emocionada el cielo.

—¿Quieres que me marche? —le digo de pronto.

Sus ojos descienden hacia los míos llenos de desconcierto.

—¿Por qué iba a querer eso?

—No quiero estropear la fiesta, así que, si estás disgustada por lo de...

—Ash, para. Por favor. Mira, yo ya sabía que eras un mujeriego cuando te conocí. No puedo enfadarme por algo que hiciste hace veinte años.

—¿Tanto ha pasado? Qué viejo estoy, joder.

Alexandra se pasa la lengua por los labios y luego se cubre el labio inferior con los dientes mientras su mirada se pasea por toda mi cara, calentándose poco a poco.

—Todos tenemos un pasado. No le demos más vueltas, ¿vale?

—Por mí, estupendo. ¿Puedo besarte? —le digo, dejando que mi deseo de perderme en ella se filtre a través de mis palabras.

—¿Ahora pides permiso? —repone con una sonrisa juguetona.

—Solo cuando dudo.

—¿Y dudas porque...?

—Porque no sé si tú quieres besarme a mí ahora.

Su boca se abre, como si estuviera a punto de decirme algo, pero al final se calla, se acerca y sus labios encuentran los míos en un beso cargado de electricidad, que borra el desagradable recuerdo de un pasado que está muerto para mí.

No puedo contenerme, le cojo la barbilla con una mano, le meto la lengua dentro, y justo entonces empiezan los fuegos artificiales. Toda una explosión de luz y color estalla en el cielo nocturno mientras ella y yo nos besamos, ajenos a cualquier cosa que no sea esto.

—Eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida, señorita Alexandra —murmuro cuando el beso se ha calmado poco a poco hasta detenerse mis labios encima de los suyos.

Ella rodea mi cabeza entre los dedos y me obliga a mirarla.

—Yo también te quiero, *casanova*.

Me echo a reír, la envuelvo en un abrazo, enternecido por la fragilidad de su cuerpo contra el mío, y nos quedamos los dos absortos en el espectáculo que ilumina el cielo.

El mundo entero se desvanece a nuestro alrededor. Esto es perfecto.

De haber muerto hace diez años, cuando me pegaron tres tiros delante de uno de mis almacenes, no la habría conocido. Me habría ido de este mundo asqueroso sin saber cómo se encienden sus ojos cuando algo la apasiona de verdad, sin sentir la electricidad que recorre mis venas cada vez que mis labios tiemblan encima de los suyos, sin amarla como la amo esta noche, mientras los dos nos reímos, fascinados por la danza de los fuegos artificiales.

Pero sobreviví, y mucha gente morirá por ello.

Capítulo 24

El poder no es algo que se da, es algo que se toma.

(Frank Costello, mafioso estadounidense)

Ash

Lunes

A mis espaldas, el rugido de ocho detonaciones engulle el silencio de la noche mientras yo avanzo por el aparcamiento con calma, como si el caos que dejo atrás fuese solo una parte más del decorado que me rodea.

Un cigarro sin encender me cuelga en una de las comisuras de la boca. La cerrilla, firme entre mis dedos, aguarda, dispuesta a desatar más destrucción, si fuera necesario.

Por el auricular se agolpan voces eufóricas. Todos me felicitan por el triunfo. El rey ha bajado a las trincheras. De vez en cuando hay que motivar a los hombres que dan su vida por ti, enseñar a los becarios cómo se hace, joder.

En Grupo W solo tenemos una regla: si hay que morir, que sea en el campo de batalla, llevándote por delante a todos los hijos de puta que se crucen en tu camino.

—Jefe, alguien acaba de llamar a los bomberos.

—Ya iba siendo hora, Mickey Mouse.

Me enciendo el cigarro, usando las manos para proteger la llama de los caprichos del viento, y fumo con calma, inmune ante la tragedia.

—¿Quieres salir de ahí de una puta vez, muchacho?! —se enerva Seven, puro nervio como siempre.

—Tranquila. Dispongo de ocho minutos. No hay prisa. Si los camiones salen del punto A ahora mismo y su velocidad máxima es de...

—Que te den por el culo, Einstein —me acalla, tan malhumorada que me echo a reír.

Apago la cerrilla con la punta de la bota (no queremos un incendio descontrolado en el descampado) y me alejo imperturbable del fuego que consume a mis enemigos.

—Ash... —gruñe Julian en mi oído—. Te has dejado un almacén intacto, cabronazo inútil.

—Lo sé —respondo sin alterarme. Extraigo el spray de pintura de mi chaqueta y lo guardo bajo el asiento de la moto para futuras ocasiones. Luego le aclaro a Julian el porqué del asunto —: Necesitaba una pared para dejarles un mensaje.

Se produce un silencio lleno de expectativa en la línea. Probablemente todos hayan dirigido sus prismáticos hacia el edificio más retirado para buscar el recado.

—¿A mamarla? —lee Serpiente, con la risa palpable en la voz.

—A mamarla, joder. Cuando la palme, quiero que pongáis eso en mi puta lápida.

—Vas a palmarla antes de lo que crees como ¡NO MUEVAS EL CULO YA, IDIOTA!

—Seven necesita echar un polvo lo antes posible. La noto tensa. ¿No tendréis algún primo soltero que esté bueno?

—Que te jodan.

—Yo primos no tengo —me responde Julian con voz guasona—, pero si hay que echarle un polvo a la Seven, me sacrifico.

—Más quisieras tú, capullo —le dice ella, riéndose.

Tiro el cigarro al suelo con desdén, dirijo una mirada impasible a las naves industriales en llamas, como si la sensación de poder y control que emana de cada fibra de mi cuerpo no me

estuviera emocionando en lo más mínimo, y me marchó con la misma serenidad con la que llegué, sin que nada me perturbe o me frene.

Nadie se interpone en mi camino. No hay límites ni barreras. No hay nada, solo un aplomo helado y la firme convicción de que he hecho lo que debía.

A dos kilómetros de distancia del incendio, nos cruzamos con los bomberos.

—Y por eso hay que aprender matemáticas, chicos.

—Para colmo, se regodea —reniega Seven, aunque noto una pizca de diversión en su voz, bien oculta tras la capa de malhumorado sarcasmo.

Puede engañar a todo el mundo, pero no puede engañarme a mí. Yo la conozco demasiado bien. Veo a la niña asustada que una vez fue, oculta detrás del butacón, aguardando aterrada los horrores de una nueva noche en un mundo oscuro y lleno de monstruos privados de cualquier humanidad.

Tenía quince años y las manos llenas de cicatrices cuando la conocí. Su jefe disfrutaba apagando el cigarrillo en su piel.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Ahora camina con paso firme y altivo, y todo el mundo se lo traga. Solo yo conozco la fragilidad que todavía reside en lo más profundo de su ser.

Pero nunca se lo diré a nadie. Porque, algún día, cuando yo muera, ella será la reina, llevará mi corona de espinas, y tendrá que engañarlos a todos, tal y como he hecho yo durante los últimos quince años.

Todavía no está lista para asumir el cargo. Ni siquiera le he contado mis planes. No sabe que, antes de lo que nadie podría imaginar, accederá al trono como soberana absoluta de los bajos fondos, donde se verá obligada a mantener el frágil equilibrio del que ahora se mofa.

No lo comprendería si se lo dijera esta noche. Aún es pronto para desvelarle nada. Debe enfrentar incontables batallas para alcanzar la madurez necesaria y así estar a la altura del desafío, pero lo logrará.

Seré su mentor en la oscuridad que la aguarda, la ayudaré a esconder los esqueletos de su vulnerabilidad en el armario, y, cuando lo consiga, estará lista para gobernar mi reino.

Porque solo alguien forjado en las llamas del dolor propio y la crueldad de los demás, alguien que ha estado oscilando entre los dos bandos, luz y oscuridad, poder y vulnerabilidad, puede verdaderamente lidiar con la dualidad de este cargo.

Martes

Vivimos en un universo despiadado, donde la única ley que impera es la de la jungla. Los poderosos devoran a los débiles.

Y eso es lo que está pasando aquí esta noche.

Con destreza y una coordinación impecable, rodeamos a nuestra presa como leones en la feroz sabana africana, sin dejarle más opción que la de rendirse.

La noche es nuestra, y emergemos de las sombras todos a la vez, peligrosos y desafiantes, con nuestros motores potentes, nuestros rostros encapuchados y nuestra fría determinación; un grupo de veinticinco tíos, más Seven, todos dispuestos a abrazar la anarquía del mundo cruel en el que vivimos, donde no hay margen para la misericordia o el perdón.

Antes de que los camioneros puedan siquiera comprender la magnitud de la amenaza, ya están superados en número y sin tiempo para reaccionar.

El silencio tenso se rompe solo por el frío cañón de una pistola presionando contra la mejilla de aquellos que osan resistirse.

—Por si no os habéis dado cuenta, *capullos*, esto es un atraco y más vale que ninguno de vosotros se mueva, joder.

—Esta mercancía es de don Carlos Alberto, huevón —protesta, desafiante, el camionero al que estoy apuntando con mi arma.

Trata de mantener la compostura frente a la violenta intrusión de mi gente y la de Tiger, pero le tiembla la voz. Cree que somos bestias como los jefes que les pagan la nómina, y me gusta que piensen eso porque así me aseguro una noche tranquilita.

—¿Ah, sí? Pues dile a Carlos Alberto que me chupe la verga. Ahora la mercancía es mía. Y dile también que no he hecho más que empezar.

—Todo listo —me avisa Tiger por el auricular.

—Baja de la cabina —le ordeno al conductor con voz fría y despiadada—. Las manos donde pueda verlas.

En cuanto obedece, uno de los chicos de Tiger ocupa su lugar.

—Iros —les digo a mis socios, sin que me flaquee la mano que sostiene la pistola bajo la barbilla del camionero—. Nosotros os cubrimos.

—Un placer hacer negocios contigo, tío —se despide Tiger.

Los míos seguimos apuntando a los conductores con las pistolas mientras los suyos se llevan los camiones llenos de droga en dirección contraria a donde se dirigían. Esto de tener aliados no está nada mal.

—Carlos Alberto te colgará de los huevos por esto, mamón.

—Tiemblo de miedo. Venga, acabemos con esto de una vez. Ya sabéis lo que tenéis que hacer, chicos.

—Por favor, por favor, no nos matéis —se viene abajo uno de sus compañeros—. Nosotros solo somos conductores.

—Si la situación se diera a la inversa, vuestro jefe no tendría reparos a la hora de cargarse a los míos—. El hombre solloza, y yo me destapo la cara y me lo quedo mirando—. Pero tenéis suerte de que yo no sea vuestro jefe, así que estaros tranquilos, dejarnos acabar y podréis volver a casa con vuestras familias para la hora del desayuno. *Nada.De.Estupideces*.

El discurso ha calado. No mueven un dedo. Están en este negocio por dinero, no por lealtad como nosotros. Solo son mercenarios. No van a dar su vida por alguien en quien no creen y que sin duda no haría lo mismo por ellos.

De modo que se quedan tranquilos y nos dejan registrarles en busca de armas o móviles, y yo, una vez confiscado cualquier material peligroso, cumplo con mi palabra y doy la orden de retirada.

Antes de partir, le extiendo mi tarjeta al camionero que ha tenido suficiente sangre fría como para intentar enfrentarse a mí.

—Toma. Dile a Carlos Alberto que me llame un día de estos, *huevón*. A ver si tomamos un café o algo. Y anima esa cara, joder. Esto no es personal. Solo son negocios, tío.

Me llevo dos dedos a la sien para despedirme, monto en la Harley y me marchó, dejándolos ilesos en mitad de la nada, porque así es como hacemos las cosas en esta ciudad. No somos salvajes. Somos empresarios que protegen sus negocios. Nada es personal. Salvo alguna cosa.

Viernes

La mañana empieza como otras tantas: en pleno tiroteo con unos mexicanos.

Me encantaría despertarme un día de estos e iniciar la actividad como cualquier otro ser

humano normal, ¿tal vez con un plato de huevos humeantes, un café recién hecho y la mujer que quiero sentada en mi rodilla, vestida solo con alguna de las camisas que me robó?

Por desgracia, cuando eres alguien como yo, algo así es imposible. Motivo por el cual, a las cinco de la mañana, antes incluso de que amanezca del todo, Seven y yo descargamos nuestras pistolas en un callejón de mierda que huele a pis.

El Chino, el Holandés y un ruso, cuyo nombre ahora no recuerdo, nos cubren las espaldas.

El tiroteo es de lo más normalito. No va a acabar con un fiambre tendido en el suelo. Lo sabemos todos, los mexicanos, los rusos y nosotros. Solo estamos haciendo el imbécil.

Yo estoy protegido por el lateral de uno de mis coches, un precioso Corvette de color azul turquesa, que saqué ayer del garaje porque este fin de semana tengo pensado llevar a Alexandra al campo y no quiero llevarme esa mierda de Ford viejo otra vez.

He alquilado una casa junto a un lago para que tengamos un fin de semana romántico y, sobre todo, tranquilo.

Apenas nos hemos visto en toda la semana. He estado muy liado con los juegos del poder. Llego a casa a las tantas y ella está durmiendo y, para cuando se despierta, yo ya me he ido. Soy prácticamente un fantasma.

Y ahora esto. Espero que no me joda el fin de semana romántico con mi chica porque me los cargo a todos.

Miro a Seven, que se oculta detrás de un contenedor de basura, y hago una mueca.

—Estoy hasta los cojones —le digo—. Es el tiroteo más aburrido de la historia. A estos les da pereza disparar.

—¡Te he oído, güero! —me grita Santiago, el lugarteniente de Esteban. Lleva toda su vida adulta en Estados Unidos y, aun así, todavía arrastra un poco de acento mexicano.

—Pues, si me has oído, pongámosle fin. Tengo cosas más importantes que hacer que gastar mi munición contigo.

—¿No será que temes que le demos a tu bonito coche? —replica con voz divertida.

—Os mato a todos, cabrones, como le hagáis un arañazo —amenazo, y hablo muy en serio.

Le oigo reírse.

—El jefe quiere verte.

Entorno los ojos y cargo la pistola. Si bien se trata de un tiroteo superfluo, no me puedo relajar del todo.

—¿Y no podía enviarme un e-mail, como la gente normal? ¿Era necesario armar todo este follón? ¿En México no os llega el outlook?

—Quiere proponerte un negocio.

—No voy a ir a México a ver a tu puñetero jefe —grito, manteniendo mi pistola en alto—. Tengo planes para el fin de semana y, además, estoy en guerra con los amos de Medellín.

—No es necesario ir a ninguna parte. Esteban ha vuelto.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está?

—En el rancho, güey. ¿Dónde va a estar?

Seven me mira con el ceño fruncido, como preguntando en qué estoy pensando. Hago un gesto para decirle que no tiene importancia.

—¡No va a ir a vuestro puto rancho, mamones! —le grita Seven.

—Güero, dile a tu novia que no se meta.

—No soy su novia. Y haz el favor de dirigirte a mí cuando tengas algo que decirme.

—Te salió chingona, ¿eh?

Soltando una maldición entre dientes, me siento en el suelo y me enciendo un cigarrillo. Esto

es de lo más surrealista. Yo solo quería supervisar el transporte de un camión que tenía que llevar mercancía de los rusos a un nuevo almacén, pero nos hemos visto rodeados de coches caros y mexicanos con pistolas.

Como es normal, nos pusimos a cubierto y empezamos a dispararles. Es mejor atacar primero que esperar a que te ataquen ellos a ti.

Y ahora me entero de que venían en son de paz. Cojonudo.

Le hago una señal a Seven para que baje el arma y me yergo.

—¿Qué quiere tu jefe? —pregunto mientras echo a andar hacia Santiago, con el cigarro colgando en la esquina derecha de mi boca.

Me guardo la pistola en la espalda, bajo la cintura de los vaqueros.

Santiago, a su vez, se guarda la suya y viene a mi encuentro.

Cualquiera alucinaría. Minutos antes nos hemos estado disparando como en el Salvaje Oeste, y ahora nos damos la mano. Mi mundo es complicado, supongo.

—¿Y bien? —vuelvo a preguntarle después del saludo de cortesía.

—Protección.

—¿Para qué?

—Tiene que mover unos camiones.

—¿Nieve?

Niega con la cabeza.

—Éxtasis.

—Ah. Diversificando el negocio. Eso está bien.

—¿Qué me dices, *güero*?

—De acuerdo. Os echaremos una mano con el transporte. Pero nos llevamos un veinte por ciento.

—Siete.

—Veintidós.

—*Chale*. ¿Cómo negociáis en América, *güey*?

—Con dos cojones.

Santiago se ríe por debajo de su bigote oscuro.

—Un quince por ciento y cerramos el trato sin que tengas que ir a ver a Esteban.

—¿Quién coño te ha dicho a ti que iba a ir a ver a Esteban, *güey*? El que me necesita es él. Y, si quiere usar mis contactos en la DEA, más vale que suelte la pasta. Dieciocho por ciento y de ahí no paso.

Me mira muy disgustado, apretando los labios.

—Trato hecho —cede al cabo de veinte segundos de pulso visual.

—Cojonudo. —Estrecho su mano y luego le digo—: Concreta los detalles con Seven. Yo tengo que marcharme.

—¿Una morra?!

Santiago suena aterrado.

Ya le he vuelto la espalda, pero me tengo que girar para que pueda ver bien mi mueca de irritación.

—Sí, tronco, una mujer —corroboro con tono hastiado—. Tranquilo, aunque no tenga verga, Seven vale más que cualquiera de los gilipollas que te acompañan.

—No me lo creo. Mírala, *güey*, si no es más que una chava.

—Vuelve a llamarme así, capullo, y te juro por Dios que te romperé ese dedo con el que me apuntas y te lo meteré por el culo tan adentro que acabarás atragantándote con él —amenaza Sev

entre dientes.

—¿Lo ves? —le digo a Santiago con una sonrisa socarrona—. Seven está hecha de otra pasta. Por si te surgen dudas, ella hablaba en serio con lo del dedo, así que procura no cabrearla ni llamarla *chava*, lo que sea que eso signifique. Hala, que os vaya bien. ¡Y acuérdate de mi dieciocho por ciento!

Me monto en el Corvette y me largo con un chirrido de ruedas.

Mi vida es así. Turbulenta y convulsa. No puedo hacer nada para remediar las cosas. Tomé este camino hace mucho tiempo. Ahora he de seguir adelante.

No hay forma de cambiar la decisión de un crío de quince años que eligió encender la mecha.

A estas alturas de mi vida lo que queda es aprender a lidiar con ello.

No es fácil.

Pero es lo que hay.

El poder no es algo que se da. Hay que arrebatarárselo a alguien. La vida es así, para que unos ganen, otros tienen que perderlo todo. Es a lo que llamamos equilibrio.

Capítulo 25

Los seres más despiadados son siempre los sentimentales.

(Ernest Hemingway)

Ash

Un viento suave mece las hojas de los árboles y su cabello contra mi cara. El sol se oculta lentamente en el horizonte. El día sangra, a punto de perder la batalla contra las sombras del ocaso.

Sentados en la mecedora del porche, observamos en silencio el lago que refleja los últimos destellos diurnos. La casa es tal y como esperaba, íntima, de madera, con luces doradas adornando la fachada; un buen sitio para desconectar durante un fin de semana.

Dejo la copa de vino en el suelo y envuelvo los hombros de Alexandra con el brazo, atrayéndola hacia mí con ternura. Nuestras miradas se encuentran.

—¿En qué piensas? —le susurro.

Me sonrío.

—Me gusta que hayas tenido este gesto, que hayas organizado... esto.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a recompensarme?

Me pone mala cara, pero el atisbo de sonrisa en los ojos la delata.

—¿Qué quieres?

Aproximo los labios a su oído y le susurro:

—Lo quiero *todo*.

Se echa a reír y me da un beso, y yo decido conformarme solo con eso de momento.

—¿Qué tal tu semana? —me pregunta después.

—Ajetreada. He estado ocupado con varios negocios al mismo tiempo —le contesto, con los ojos vagando sobre el lago—. ¿Qué tal la tuya?

—Me apunté por fin al curso de cocina.

—Qué bien. ¿Y cómo te va?

Se encoge de hombros.

—Intento adaptarme.

Sonrío, solo con las comisuras de los labios, una sonrisa sin demasiadas energías.

—Esta situación no durará para siempre, pequeña.

—Lo sé. Nada dura para siempre, ¿verdad?

La miro con extrañeza. Está un poco rara hoy. Como ausente.

—¿Qué tal si nos metemos en el jacuzzi? —le propongo para animarla.

Vuelve el rostro hacia el mío con las dos cejas arqueadas.

—¿Hay un jacuzzi?

—¿No has entrado en la habitación?

—No. Solo en el salón.

—Pues hay un jacuzzi. ¿Lo probamos?

Veo la chispa de entusiasmo en sus ojos y me echo a reír, estrechándola de nuevo contra mi costado. Planto un beso tierno en su cabeza y me levanto del balancín.

—Vamos. Relajémonos un rato entre burbujas.

Se abraza a mí y entramos juntos en la casa.

Algún día, la vida será así. Largos atardeceres dorados. Noches de amor febriles. Ninguna

preocupación.

La visión de nuestro futuro compartido se abre ante mí con una claridad tan asombrosa que sé que haré todo cuanto haga falta para conseguirlo.

Por un fugaz instante, cuando ella se quita la ropa para meterse en el jacuzzi y yo me quedo ahí de pie, mirándola agilipollado, siento la tentación de arrodillarme y pedirle que se case conmigo.

Al fin y al cabo, llevo meses con el anillo guardado en la cartera, a la espera del momento idóneo.

Sin embargo, una voz interior me susurra que lo deje estar. Todavía no soy el hombre que le prometí. Pero lo seré. Y entonces ya no habrá nada interponiéndose en nuestro camino.

—¿Vas a quitarte la ropa esta noche o...?

Parpadeo para espabilarme y desabrocho la camisa, sonriendo ante la lujuria que enciende sus pupilas.

—¿Te gusta algo de lo que ves?

—Me gusta todo.

—A mí también, señorita Harper. Aunque me gustaría más que abrieras tus preciosos labios para mí. ¿Puedo follarte la boca?

Clava los ojos en los míos y asiente, con una sonrisa de lado.

Le lanzo un guiño y me quito los pantalones con unas prisas que la hacen reír.

Cuando ya estoy dentro de la bañera, nos ponemos serios los dos. Nos miramos con intensidad y yo primero la beso y luego acerco mi miembro a su boca y cierro los ojos con deleite cuando ella me acoge dentro y empieza a jugar con la lengua alrededor de la punta.

La cojo por el pelo con una mano y la guío hasta conseguir el ritmo que quiero que siga.

—Joder —gruño, tensos mis dedos en su pelo castaño—. Esto es perfecto. *Tú* eres perfecta —mascullo, abriendo los ojos para contemplarla.

Se relame los labios cuando me retiro, y yo me siento a su lado y la hago separar las rodillas para poder tocarla donde sé que quiere que la toque.

—Dios, Ash... Te he echado de menos.

Llevamos una semana sin estar juntos. Para unos yonquis como nosotros, eso es muchísimo tiempo.

—Lo sé. Te lo compensaré.

Cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás hasta apoyar la nuca contra el borde de la bañera y su pecho sube y baja cada vez más rápido, conforme el placer empieza a inundar su vientre.

Le froto un pezón entre los dos y la observo. Me encanta mirarla, ver cómo se acelera, cómo entreabre la boca y se relame los labios... Me volvería loco si la perdiera porque la idea de imaginarla así con otro tío me pone en plan homicida.

—Dime qué quieres que haga —le susurro con voz gutural.

Abre los ojos y me mira de lleno, con las pupilas en llamas.

—¿Qué quieres tú?

—Ya te lo he dicho. Lo quiero *todo*.

Apretando el puño sobre su pelo, la acerco a mí y la beso, sin poder contenerme; le doy un beso apasionado y húmedo, gruñendo en el interior de su boca, y entro en ella de golpe, potentes estocadas mientras la reclamo con ojos oscuros y posesivos.

Se sacude, me clava las uñas en la espalda y me devuelve el beso con absoluta veneración.

—No te corras —le advierto con voz gutural—. Haz que dure un poco.

—Es que... necesito... Si no paras... Oh, Dios, no hagas eso.

Sonrí y retrocedo lentamente, solo por el placer de volver a entrar y sentir los músculos de su interior tensarse con fuerza alrededor de mi polla.

—¿El qué? ¿Esto? —repongo socarrón, bombeando de nuevo dentro de ella, consciente del orgasmo que crece en su interior.

—Ash...

Sus uñas se clavan con más fuerza en mi piel, lo cual me pone aún más cachondo.

—¿Hm? —murmuro, mordiéndole el mentón.

Debería esperar una respuesta, pero no lo hago. Le paso la punta de la lengua por los labios, provocándola para que me deje entrar, y cuando lo hace, lamo el interior de su boca con desesperada necesidad y tenso el puño alrededor de su pelo, sin dejar de poseerla con implacables embestidas.

Alexandra se estremece de placer, arquea las caderas contra las mías y hace que la penetre todavía más profundo.

Desatado, deslizo la boca por su cuello, mis manos se agarran a su culo, estrujándolo, y empiezo a follármela con fuerza hasta que mi mente sucumbe a una narcótica oscuridad.

La sensación es tan buena que no quiero que acabe nunca.

—Ash... —musita, y entonces abro los ojos que en algún momento había cerrado y cruzo una mirada ardiente con ella.

—Lo sé. Yo también —mascullo mientras me deslizo por su resbaladizo cuerpo, cada vez más profundo y salvaje porque sé que esto la vuelve tan loca como a mí.

¿Cómo no iba a ser ella?

Alexandra es como yo, es el viento que aviva la tormenta.

Nunca volveré a amar a nadie como la amo a ella. Es mi adicción. Mi obsesión. Perderla me destrozaría. No sé por qué no puedo quitarme la puta idea de la cabeza de repente.

«No vas a perderla, joder», me prometo a mí mismo mientras me impulso con pasión dentro de su interior lubricado, vagamente consciente de los resoplidos primitivos que salen de mi pecho.

Tenso el puño cuando ella se contrae a mi alrededor y, con una última embestida, estallo y empiezo a vaciarme dentro de ella.

Nos corremos a la vez y todo es perfecto, pero la idea sigue ahí.

Un dos por ciento de mi cerebro me dice que esto no va a durar, que la gente como yo no puede conseguir su puto final feliz, que la mierda que has hecho vuelve siempre porque el universo es así de retorcido y todos pagamos por nuestros crímenes, tarde o temprano, y que la forma más cruel de pagar mis deudas con el mundo sería perdiéndola a ella.

Pero yo soy un jugador nivel maestro dentro de este universo cruel y despiadado y, además, la suerte me acompaña siempre.

Así que le haré caso a ese noventa y ocho por ciento de mi cerebro que está absolutamente convencido de que Esto.Va.A.Salir.Bien, joder. Porque la puta vida me lo debe. Porque he hecho cosas malas, de acuerdo, pero también hice algunas cosas buenas para compensarlo. Y ha de haber un equilibrio. Siempre ha de haber un equilibrio.

Bajo la mirada hacia la suya y le sonrío, antes de plantar un beso en la punta de su nariz.

—¿Tienes hambre?

—Pues...

—Hay un bar a unos diez kilómetros de aquí. ¿Qué tal si salimos a cenar esta noche?

Me devuelve una sonrisa somnolienta y satisfecha y yo me echo a reír.

—¿No tienes fuerzas para hablar? —le digo, divertido.

Se encoge de hombros y yo sigo riéndome mientras la aprieto contra mí y la beso con ternura. Siempre consigo lo que quiero. Ella no va a convertirse en una excepción.

Por algún motivo, se le ha ido un poco la mano con la bebida y se tambalea al subir las escaleras del porche.

Riéndome, porque es la primera vez que pasa algo así, la tomo suavemente por el brazo para ayudarla a mantener el equilibrio.

—¿Está usted borracha, señorita Harper?

—Deliciosamente achispada, señor.

—Estás adorable.

—Ah, ¿sí?

—¿Intentas coquetear conmigo, o se te ha metido algo en el ojo?

—Cabrón —sisea entre dientes, dirigiéndome una mirada encolerizada que me hace reír de nuevo.

Entre mis carcajadas y sus miradas disgustadas, abro la puerta y la levanto en brazos sin ningún esfuerzo porque pesa menos que una pluma.

—¡Oye! —protesta, con un golpecito en mi hombro—. ¡Suéltame! La cabaña me da vueltas. Me ha debido de sentar mal el medio costillar que me he comido.

—O las cinco copas...

—¿Me he tomado cinco?

—Y una cerveza antes de eso.

Esconde el rostro en mi cuello.

—Dios mío... ¡Soy una alcohólica!

Me río, la deposito encima de la cama y empiezo a desnudarla. Se queda quieta, mordiéndose el labio inferior.

—¿Vas a follarme otra vez?

Le pongo mala cara.

—Claro que no. Estás ebria.

—¿Y?

—Y me gusta que estés lucida.

Se calla y yo sigo quitándole la ropa, consciente de que no deja de observarme.

—Oye —dice cuando regreso al dormitorio con un camisón de satén blanco en la mano. Al llegar, solté las maletas en mitad del salón y ahí se quedaron.

—Levanta los brazos. Vamos a ponerte esto.

—¿Quieres mirarme?

La miro, y lo que encuentro es un semblante serio y una profunda arruga marcándose entre sus cejas.

—¿Qué?

—Te quiero.

Una sonrisa lenta empuja las comisuras de mis labios hacia arriba.

—Ya lo sé.

—Va en serio, Ash. No debí enamorarme de ti, pero lo he hecho. No he podido evitarlo.

El que frunce ahora el ceño soy yo.

—¿Y por qué no debiste enamorarte de mí?

—Porque esto no va a salir bien.

De pronto, todo lo que he intentado reprimir vuelve, la angustiosa idea de que, en efecto, esto no va a salir bien, que yo no me merezco que salga bien, que ella debería estar con alguien mejor.

A tomar por culo, joder.

Cojo su cabeza entre las manos y la obligo a mirarme.

—Escúchame, Alexandra. Quiero que prestes atención a lo que voy a decirte porque es importante que lo sepas. Esto VA a salir bien porque Yo.Me.Cargaré a cualquier capullo que intente impedirlo. ¿Entendido?

—Sí, mi capitán.

—Bien. Ahora sé buena chica, levanta los brazos y deja que te ponga el camisón.

—¿No puedo dormir desnuda?

Contraigo la mandíbula.

—No.

—¿Porque te pondría cachondo y tu código de villano te impide follar con mujeres borrachas que no están en condiciones de dar su pleno consentimiento?

Miro al techo y respiro hondo.

—Sí.

—Eres muy tierno para ser el malo de la peli.

Me río por lo bajo.

—No soy el malo de la peli, cielo.

—¿Y quién eres?

—El listo, el que se los folla a todos y se queda con la chica. A dormir.

—Pero...

—No quiero oír ni una palabra más.

—Buenas noches.

—¿Qué te he dicho?

Me saca la lengua.

Riéndome, me tumbo a su lado y la abrazo por detrás.

—Ash —murmura unos veinte segundos después, dibujando corazoncitos sobre mi brazo con el dedo.

—¿Qué? —gruño al lado de su oreja.

—La habitación me da vueltas.

—Pues cierra los ojos.

—Sigue dándome vueltas.

La puta hostia.

—¿Quieres vomitar?

—No... Quiero dormir.

—Entonces, duerme.

—Pero no puedo. Cuéntame un cuento.

—Lo que me faltaba.

—Venga, solo uno.

Cojo aire y lo suelto despacio, gruñendo.

—Bien. Érase una vez una chica blanca como la nieve, que vivía en una cabaña con tres cerditos.

—Siete enanitos.

—Oye, quién está contando la historia, ¿tú o yo?

—¿Tú? —responde, no demasiado segura.

—Entonces, calla y escucha. Y había una madrastra mala, que la encerró en una torre alta.

—Dios mío...

—Y el príncipe llegó con su dragón. O sea, su *enorme* dragón, y era un príncipe muy, muy guapo y ella no pudo resistirse, de lo bien parecido que era, y entonces se arrancó el corsé porque necesitaban cuerdas para que ella pudiera bajar de la torre. El príncipe le sugirió que las cuerdas también se podían emplear con otros fines, pero la princesa, que era casi tan terca como tú...

Me callo al oír algo que se le parece sospechosamente a un ronquido. La miro y, en efecto, se ha quedado dormida.

Una sonrisa tierna aparece al instante en mi semblante.

—Buenas noches, pequeña —le susurro, aun sabiendo que ha dejado de escucharme.

La aprieto contra mi costado, planto un beso suave en su pelo, procurando no despertarla al moverme, e intento dormir un poco. Y, a ser posible, evitar soñar con el príncipe, su enorme dragón y de qué otro modo se podrían usar las cuerdas de ese corsé.

Capítulo 26

Ash te manda saludos, capullo.
(Lema del Grupo W)

Julian

La piba de Ash sale del portal justo cuando yo estoy a punto de entrar.

Mejor. Así podré hablar con él a solas y contarle lo de este fin de semana. Mientras sus majestades estaban en su nidito de amor entre las montañas, paseando a orillas de no sé qué pollas de lago (me lo dijo, pero de geografía yo no entiendo nada; el iluminado es Ash), el Rubio y yo fuimos a dar una vuelta muy provechosa por Rodeo Drive, jajaja.

Me quedé impresionado. Nunca había estado yo en la puta ciudad de los ángeles. Y eso de Beverly Hills... Ahí se ve que hay pasta por un tubo. Como que se respira en el aire, ¿no? Se nota la riqueza.

Mientras subíamos una colina con nuestra Rav4 a toda pastilla, siguiendo las indicaciones del GPS, nos cruzamos con montones de vejestorios con la crisis de la mediana edad, bronceados, coche descapotable, la versión más joven de la mujer de la que se están divorciando pintándose los labios en el espejo retrovisor y sonriéndole coqueta al Rubio, que iba conduciendo, todo musculoso y lleno de tatuajes y testosterona...

En fin, que en Beverly Hills la gente se lo monta la hostia de bien.

El Rubi y yo disfrutamos bastante de estas mini vacaciones en la playa. Imagino que tanto como disfrutaron sus majestades de sus vacaciones en la montaña, porque aquí a la colega se la ve radiante y descansada. Me sonrío y todo y, como yo también estoy de buen humor hoy, le enseño hasta las muelas de juicio cuando le devuelvo la sonrisa.

—Hola, jefa. ¿Y el gran hombre?

—Arriba —me responde ella mientras intenta mantener a raya la falda de su vestido. (Hace un viento travieso hoy)—. Pasando la aspiradora.

—Hay que joderse. Lo que me faltaba por oír.

Se baja las gafas de sol por la nariz para dedicarme una miradita burlona, lo cual le permite al viento levantarle la falda hasta casi la cintura. Silbaría. Si no fuera la mujer del jefe, claro.

—¿Qué pasa?, ¿crees que por ser el amo y señor del hampa se le permite escaquearse de las tareas domésticas? Ay, ¡puto viento!

—Eso creía, sí —respondo, riendo divertido al ver cómo lucha con la falda y cómo se enfurece al no poder controlarla del todo.

—Pues va a ser que no. Ahí lo tienes, pasando la aspiradora y escuchando a Pink Floyd.

—Eso tengo que verlo. Y tú ¿adónde vas?

Para saber cuándo vuelve...

—Al supermercado.

—Ah. Oye, ¿vas a tardar mucho?

—No. Solo tengo que comprar un par de cosas. ¿Por qué?

—¿Puedes subir una bolsa de nachos?

Intenta contener la risa.

—Nachos.

—Ajá. Se me han antojado así de repente.

—Muy bien. ¿Qué salsa quieres?

—Pues... guacamole.

—Nachos con guacamole. Marchando.

—Gracias, jefa. Eres la mejor.

Me despido de ella con un guiño y subo animado por las escaleras. Al principio no me caía muy bien, pero, ahora que empiezo a conocerla un poco, admito que es una tía legal.

Y está muy, muy buena. Entiendo que Ash ande tan encoñado. Aunque a veces me cabrea porque echo de menos a mi amigo y, desde que está con ella, pues como que ya no es lo mismo, ¿no? Se ha vuelto muy casero. Apenas nos vemos fuera del trabajo.

Al finar voy a tener que echarme novia yo también, para salir en pareja.

Intento no pensar en eso porque, si lo pienso, P se me viene a la cabeza y no puedo dejar que entre en mi mente porque no sé el daño que podría causarme pensar en ella. Mejor no tentar a la suerte.

Tras subir el tramo de escalones en un periquete, aporreo la puerta de Ash hasta que me abre. Estaba, en efecto, pasando la puta aspiradora. Lo que yo decía, muy casero.

—Te tiene cogido por las pelotas.

—Cállate, joder —dice, apartándose para dejarme entrar—. ¿Qué quieres?

Silbo al fijarme en lo impoluta y ordenada que tienen la casa.

—¡Muchacho! Esto está más limpio que un hospital. No me fio de la gente tan limpia, fíjate. Eso es de psicópatas.

—Tú no te fías de nadie.

—Pues también es cierto. Oye, cuando quieras, te pasas por mi casa con la aspiradora. No veas el polvo que hay ahí.

—Me descojono, Julian. ¿Quieres una cerveza?

—Claro. ¿Qué tal el finde?

—Ya sabes, en mitad de la nada, con ella —me responde mientras saca una *Budweiser* de la nevera y me la da—. Resumiendo: perfecto. ¿Qué tal el tuyo?

—Verás...

El Rubio y yo bajamos del avión con nuestras camisas tropicales. Ya que íbamos a Los Ángeles, mejor parecer turistas para que nadie nos confundiera por error con unos mafiosos. Habíamos decidido pasar desapercibidos. Completamente. Perfil bajo.

—La puta madre que me parió, joder con el puñetero sol que hace aquí —maldijo el Rubio, con ese vozarrón que tiene, nada más poner un pie en la pista de aterrizaje.

Cuando se pone nervioso, ya no hay forma de calmarlo, muchacho. ¡Parece tu Harley cuando la pones a toda pastilla, chico! No hubo forma de hacerle entrar en razón, al muy desgraciado.

Amenazó con quedarse en el aeropuerto, a no ser que le consiguiera unas gafas de sol. Dijo que no había un Dios quien condujera con tanta luz.

La verdad es que parecía un topo con esos ojos pequeñitos, bizqueando, sin aguantar la claridad.

Pa mí que a ese le falta algún pigmento o algo. Demasiado rubio, el capullo. Por eso no aguanta el sol.

—Pero, Rubi, coño, no me toques la polla, muchacho, que aquí no podemos quedarnos hasta el atardecer como los putos vampiros.

—Yo así no salgo —se empecinó el alma cándida.

Pues nada, no me quedó otra que obligar a un pringado a que nos entregara sus gafas de sol.

Se las pedí amablemente, que conste, con un ligero empujón, que no me apetecían problemas.

Después de todo, el Rubi y yo estábamos de vacaciones, como bien indicaban nuestras bonitas camisas tropicales.

Arreglado el problema de la bizquera de mi molesto acompañante (si es que me tenía que haber llevado al Chino, joder, que ese tiene los ojos como dos rendijas y apenas se le cuela por ahí el sol), lo siguiente que hicimos fue alquilar un coche a nombre de un tal señor Morris. Que no éramos ninguno de los dos. Aunque el carné de conducir del Rubi dijera lo contrario...

De camino a Beverly Hills, pasamos por una armería, pero dije: ¿pa qué? *si tenemos puños*. Y el Rubio dijo: *pues también es verdad*.

Así que no le compramos a ese mamón estirado ninguna pistola. Solo le tocamos las pelotas un rato, *enséñame esta, quiero ver la otra, ¿qué te parece este rifle, señor Morris?*, y luego nos largamos sin soltar un duro en su mierda de tienda.

El Rubio quería zamparse una hamburguesa de camino, pero como me había inflado las pelotas con lo de las gafas del sol, le dije lo que le habrías dicho tú: *a mamarla, joder*. Primero el trabajo y luego la diversión.

Me la volvió a montar. Hasta que me puse serio con él y se le quitó la tontería de encima con el pescozón que le di.

En Beverly Hills no nos costó mucho encontrar la casa, era la más grande de toda la calle.

—¿Seguro que es esta? —me dijo el Rubio, todavía mosqueado por el pescozón. Ya sabes que a veces es un poco rencoroso.

—Que sí, cojones —le gruñí yo—. Al loro. Concentra tus dos neuronas en vigilar la puerta.

Aparcamos en la sombra y nos quedamos ahí unas dos horas, controlando al personal.

Al final, el pavo salió con un coche descapotable, uno de esos pequeñitos, el que conduciría el novio de la puta Barbie.

Aunque ¿qué puedes esperar de un pavo como ese? Tenías que haberlo visto, *tron*, con sus manitas chiquititas de uñas impecables sobre el volante y todo arregladito y perfumado.

Pa mí, que se había echado laca o algo en las uñas. No veas cómo le brillaban. Eso lo vimos más tarde. En ese momento, solo nos fijamos en lo bien vestido que iba e hicimos unos cuantos comentarios sobre partirle la cara solo por llevar un polo turquesa.

Entre risas y bromitas, le seguimos hasta un club llamado *Decadence*. Ahí el pavo le soltó las llaves al *aparca* con esa actitud de los señoritos perfumados y repeinados, y entró.

Yo ya quería partirle el careto a esas alturas, más que nada porque no habíamos cenado y el hambre me pone de muy mala hostia (no era personal, era el gusanillo que me apretaba las tripas), pero había demasiada gente por ahí, así que el Rubio y yo nos pusimos de acuerdo para seguirle dentro del antro.

El de la puerta intentó impedirnos el paso, íbamos con las putas camisas tropicales, al fin y al cabo. Le enseñé mis puños de acero y me dijo: *pase usted, señor*, y se quitó del medio.

Dentro, el típico club de folleto. Todo el mundo se trincaba a todo el mundo, chaval. Como en la puta Babilonia. El Rubio se me puso cachondo y casi se nos fuga con una churri igual de rubia que él, pero, en cuanto le enseñé los puños de acero, se estuvo quieto, el muchacho.

—Ya me has jodido bastante con las gafas y las hamburguesas. ¿Ahora también quieres joderme con la verga?

No digas nada. Sé que sonó fatal.

Como prometió comportarse (después de sentir los puños de acero clavándosele en la mandíbula), nos sentamos en la barra, muy dignos los dos. En plan turistas. Todo correcto. *Disculpe, señorita. ¿Puede servirnos dos copas de bourbon, si es tan amable?* Unos señores,

vamos.

Tomamos las copas, jijiji jajaja, admiramos las vistas un rato, tetas por todas partes... Hasta que el pavo se fue a mear.

Ahí decidí dejarnos de tonterías e intervenir porque tampoco me iba a pasar yo toda la noche viendo tetas, ¿sabes?

El pavo estaba con la chorra al aire cuando entramos en el baño. *Neah, poca cosa*, le dije al Rubio mientras echaba el pestillo.

A continuación, lo molimos a palos. Así, en seco, como a mí me gusta. Primero las hostias, luego las explicaciones.

—Te gusta maltratar a las chicas, ¿eh, capullo? ¿Se te pone dura esta pollita chiquitita cuando las pegas? —le dije mientras le daba de puñetazos. El Rubio se rio, todo simpático. Luego le rompió un dedo. Ya sabes que el Rubio es un poco bruto a veces—. ¿Por qué no mides tu fuerza con alguien de tu tamaño, eh, muñequita?

Y hala, más puñetazos hasta que le tuve escupiendo sangre encima de mis zapatos. Y menos mal que no me jodió la bonita camisa tropical, que hubiera sido capaz de cargármelo ahí mismo.

—Ven aquí, muñeca —le dije, levantándolo del suelo porque no habíamos acabado con él todavía. No dejaba de preguntar quiénes éramos, qué queríamos, mientras nos suplicaba parar y nos prometía mucho dinero si lo hacíamos—. ¿Dinero? No quiero tu dinero, pedazo de mierda maltratador de chicas guapas.

—¡¿Y qué queréis entonces?! —rugió, histérico.

—Saludarte, *no más*.

Es que antes había hablado con los mexicanos por teléfono y se me pegó el acento de esos cabrones.

—Sal... salu... ¿saludarme?

—Ajá. Ash te manda saludos, capullo.

Ya sabes cuánto me gusta decir esa frase.

—¿Ash? ¿Quién demonios es Ash? —lloriqueó la muñequita, que ya no parecía una muñequita en ese momento porque le habíamos jodido su cara bien parecida y llenado el polo turquesa de sangre.

Le iba a contestar, para que no se pensara que nos habíamos equivocado de tío y que lo estábamos moliendo a palos por nada.

Lo juro por mi madre muerta que iba a contestarle, pero no calculé bien el siguiente puñetazo y lo noqueé por error antes de que me diera tiempo de decírselo.

—Tócate los huevos —protesté cuando se nos desmayó—. Pensaba que aguantaría un poco más. Justo ahora me estaba animando...

—¿Le reanímanos? —me sugirió el Rubio al verme tan disgustado—. Igual si le metemos la cabeza en el váter...

Intercambiamos una mirada especulativa.

Neah, resolvimos a la vez.

—Que le den por el culo —dije, soltándolo en el suelo—. Tengo hambre. Venga, vámonos.

El Rubio colocó a la muñequita encima del váter, así, con los pantalones por los tobillos, la picha al aire, el careto desfigurado, y nos fuimos a cenar unas hamburguesas porque, al fin y al cabo, estábamos de vacaciones en la puta ciudad de los ángeles.

Además, el Rubi quería encontrarse por ahí a la Johansson para echarle un polvo guarro. Más gilipollas, imposible.

—Así que, ya ves, un fin de semana cojonudo.

Ash asiente.

—Buen trabajo.

Tomo un trago de cerveza y lo miro pensativo unos segundos.

—¿Se lo vas a decir?

—¿A ella? Ni de coña. Esto que quede entre nosotros, ¿entendido?

Me encojo de hombros.

—Tú sabrás. Oye, le he pedido que nos suba nachos, por si quieres que echemos una partidita de cartas, ya que estoy aquí.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no he terminado la limpieza. ¿O es que estás ciego?

—¿La limpieza? No me jodas, Ash.

—¿Qué? Esta semana me toca a mí. Pero, si me ayudas a acabar, claro, echamos una partidita luego.

—¿Que te ayude? Jesús, María y José. Lo que nos faltaba ahora. Un jefe tarado. Me da a mí que tú ya no estás en condiciones de ejercer tu cargo, muchacho. Como se enteren de esto los colombianos, estamos jodidos.

—Muy gracioso. Toma. Quitá el polvo.

—¿Que quite el...? ¿Pero tú te caíste de la cuna cuando eras pequeño, so desgraciado? A ver si ahora voy a tener que enseñarte a ti también los puños de acero...

—Puedes empezar por ahí —me espeta su majestad antes de encender la aspiradora.

Lo miro sin dar crédito. *Pa* mí, que este se cayó de la cuna en algún momento. Cuando Josie no estaba pendiente de él. A lo mejor ella hablaba por teléfono o veía la tele y el niño *plof* y a tomar por culo.

Al ver que no reacciona ante mis miradas asesinas, agarro el trapo que me ha plantado en la mano y empiezo a limpiar, muy a disgusto, la puta estantería. Esto no está pagado, joder.

—Chicos, ¡ya estoy en casa! ¡Traigo nachos y lasaña congelada! Julian, ¿te quedas a cenar?

—¿Qué mínimo? Ya que me tenéis aquí *explotao*...

Alexandra mete la cabeza por el hueco de la puerta y se echa a reír al verme delante de la estantería, quitando el polvo con cara de amargura.

—Menudo cuadro —nos dice, antes de desaparecer en la cocina.

—Somos una vergüenza, Ash. Las titis de nuestro barrio se descojonarían si nos vieran ahora mismo.

—Cállate y haz lo que te he pedido, joder. Cuanto antes acabemos con este rollo, antes podremos jugar al póker y cenar lasaña. Anímate, coño. Si ya casi tenemos el piso limpio.

Jesús, María y José. Le tiene cogido por las pelotas.

Capítulo 27

Un hombre que no pasa tiempo con su familia no puede ser un hombre.

(Vito Corleone)

Ash

Los chicos, Alexandra y yo vamos a cenar juntos a una pizzería del barrio.

Estamos de enhorabuena, llevamos todo el verano robando cargamentos de nieve y nunca se nos ha torcido nada, siempre hemos ejecutado los atracos con absoluta coordinación y parece ser que, después de dos meses de duro trabajo, por fin se empiezan a notar los resultados.

Según mis fuentes, los jefes del cártel se han reunido esta semana para someter a votación un posible armisticio. Les estamos haciendo palmar mucha pasta, así que es posible que esto acabe antes de que empiecen a caer las hojas de los árboles.

Aunque en la cena nadie lo menciona siquiera. Nos hemos traído a nuestras chicas y la charla es superficial, nada de negocios esta noche. Solo risas, *lambrusco* y recuerdos bochornosos de tiempos pasados. Está bien contar de vez en cuando con momentos de desconexión, en los que la única preocupación es si pedir la pizza con piña o no.

El grupo está dividido, lo cual da lugar a más bromas y más risas mientras las copas tintinean y el tiempo pasa sin que a nadie le importe realmente.

Echo de menos a Colin. Él era de mi equipo: *¡si quisiera comerme una puta fruta, me comería una puta fruta, no una jodida pizza, cabrones!*

Es como si lo oyera protestar ahora mismo.

—Entonces, ¿cuántas con piña y cuántas sin piña? —se enerva Seven al ver que esto no avanza—. ¿Y alguien la quería con nata y champiñones? Tú dijiste con extra de bacón, ¿no, Chino?

—Vais a volver loca a la chica, joder —rezonga el Holandés, que tiene hambre y quiere que acabe el debate de una vez—. Las pedimos todas iguales y a tomar por culo.

—Igual no, ¡que yo la quiero sin tomate! —exclama Serpiente, indignado.

—La madre que me parió. Tú te la vas a comer con tomate como todos, cabrón. Ahora se nos ha vuelto finolis el reptil este.

Desconecto durante unos momentos del griterío y las objeciones y, como tengo a *bomboncito* sentada en mi rodilla, aprovecho para abrazarla, besarle el cuello y estrecharla contra mí, aunque no me hace ningún caso porque está inmersa en una apasionada contradicción con Julian sobre el desenlace de una película de dibujos animados que, de manera extraordinaria, les gusta a los dos, si bien Julian no ha entendido muy bien de lo que va, a juzgar por los gestos de incredulidad que se pintan en su cara cuando Alexandra le explica el final.

—O sea, ¿que eso es lo que significa? ¡Es una metáfora! Yo flipo. Oye, ¿qué es una metáfora? —dice de pronto, provocando risas contagiosas entre los que les estamos escuchando.

Alexandra le explica paciente qué es una metáfora y Julian abre los ojos de par en par al comprenderlo.

—Espera, espera, espera. ¡¿Me estás diciendo que la puta gata, en realidad, la palma?! —se horroriza.

—Pues... sí. Muere, pero va al cielo, donde no hay más sufrimiento.

—¡Pues vaya puta mierda de final, colega! Pero ¿cómo se va a morir la gata? ¡¿Y los niños lo saben?! —

Su indignación inunda el ambiente con una nueva oleada de risas y bromitas.

Mis labios rozan de nuevo el cuello de Alexandra, y esta vez ella se vuelve y planta un beso descuidado en mis labios, antes de seguir hablando del tema con Julian, que asegura que prefería no haberlo averiguado nunca. Sí. Mucho mejor seguir pensando que la gata solo volaba, no que iba al puto Cielo porque estaba tiesa, joder.

No puedo evitar reírme de lo escandalizado que está con el guionista, ¡menudo cabrón!, ¿cómo se le ocurre matar a la puta gata y traumatizar a tantas generaciones de críos?

Desternillante.

—Julian, supéralo ya, tío —le digo, sacudiéndome de risa—. La gata muere y punto. Todos morimos.

—La mayoría, solos —apunta Seven, que esta noche se ha traído a su nuevo ligue, Andrei, el príncipe del Kremlin, gran aliado del grupo W. Aunque en este mundo no hay aliados, así que...

—Pero es que la gata había tenido una vida de mierda, cabrones. ¡No se merecía morir, joder!

—¿Y qué hacemos? —repone El Holandés, intentando contener las carcajadas—. ¿Nos cargamos al guionista?

—Pues, si supiera dónde vive ese malnacido... *Chiqui* —le dice a la camarera que viene a dejarnos ceniceros limpios. Cualquiera les dice a estos que no se puede fumar aquí dentro...—, trae otro *lambrusco*, anda, que necesito superar un trauma.

—¡Qué exagerado! —protesta Alexandra, riéndose—. ¡Pero si tiene final feliz! En el Cielo ningún humano sádico podrá hacerle daño nunca más.

—Pero ¿¿por qué no podía adoptarla un humano cariñoso, de esos que alimentan a los gatos con latitas de atún?!

—Creo que Julian necesita adoptar un minino ya —les digo con una fuerte carcajada.

Julian se cruza de brazos y nos maldice a todos porque no le gusta que nos mofemos de su lado sensible.

Alexandra se gira entre mis brazos para sonreírme y yo le guiño un ojo con complicidad.

Esta noche, los chicos la han aceptado por fin, y ella también los ha aceptado a ellos.

Es la primera mujer con la que salgo que ha conseguido esto, que mi gente la reciba como a una de los nuestros.

Se ha abierto hueco no solo en mi corazón, sino también en el de ellos.

Incluso Seven, con lo que es ella, me dijo el otro día que Alex (me descojono, ¡Alex!) es una tía legal. Un gran cumplido viniendo de la mujer que se cargó a su familia cuando era una adolescente y no experimentó el más mínimo arrepentimiento al apretar el gatillo.

—Ash, ¿tienes un minuto? —me intercepta Julian cuando nos cruzamos en el pasillo que conduce a los servicios.

—Claro. ¿Qué pasa?

Se le ve apurado, así que ni idea de qué va a decirme.

—La juzgué mal. Lo siento.

Le doy una palmadita en el hombro.

—Tranqui, colega. No pasa nada.

—No, en serio, quería disculparme porque, en fin, te dije algunas cosas feas y ahora me doy cuenta de que ella es realmente... A ver, que hacéis...

—Julian, a ti te van las palizas, no las palabras. Déjalo estar, anda.

—Bueno, pero lo siento, ¿eh? Para que conste.

—Me consta, tú tranquilo.

Esta vez, le doy palmaditas en la mejilla, como si yo fuera el padrino y él, mi ahijado.

—Bien. Pues... cojonudo.

—Cojonudo, sí. —Intento pasar de largo para entrar en el baño.

—¿Y qué te parece lo de Seven y Andrei? —me dice, frenándose el paso otra vez—. ¿Tú lo sabías?

Resoplo y vuelvo a mirarlo.

—¿Que si sabía que estaban follando? Sí. Yo lo sé todo.

—¿Y te parece bien?

—¿Por qué no iba a parecerme bien?

—No sé, como tú y ella...

—¿Follábamos?

—Iba a decir que sois como hermanos.

—Eso suena raro y retorcido. Incluso para nosotros. Tranquilo, Julian. Apruebo completamente lo de Seven y Andrei.

—Oye, ¿y cómo está Mia? —me frena de nuevo.

No hay que tomárselo en cuenta. Está bebido y, cuando bebe, Julian quiere estar con sus amigos.

Aun así, me pone de los nervios la cháchara y se me escucha gruñir antes de contestarle.

—Bien. En Londres. Con su clínica. ¿Me permites?

—¿Sigue con ese *pringao*?

—Que yo sepa, sí. Déjame pasar, tronco.

—Qué lástima. ¿Y Violet?

—Oye, Julian, que tengo que ir a echar el lambrusco. Aparta, joder.

—Que tampoco hace falta que me des tantos detalles, ¿eh?

—No, a ver si te vas a pensar que voy a los servicios a leer a Nietzsche, no te jode...

Julian se aparta con una mueca y por fin consigo entrar en el puto baño sin que nadie más me acose por el camino.

Me estoy lavando las manos cuando escucho la puerta abrirse a mis espaldas. Entorno los párpados, exasperado. Solo puede ser alguien del grupo porque hemos alquilado el local entero.

—Oye, ¿podéis dejarme mear tranquilo, joder?

—Perdón. Si te molesto, me voy.

—¡No, no, no! —exclamo al oír la titubeante voz de Alexandra—. Tú no me molestas, bomboncito. Creía que era uno de esos capullos.

—¿Seguro que no te molesto?

Me seco las manos con un trozo de papel y le sonrío a través del espejo.

—Qué va. Tú entra y echa el pestillo. Tengo algo para ti.

—No te estarás refiriendo a tu polla...

Arrugo la cara, niego y gesticulo, desconcertado.

—¿Por qué das siempre por hecho que me refiero a mi polla?

Echa el pesillo tal y como le he pedido, viene hacia mí y yo me giro para abrazarla.

—Bien. ¿A qué te refieres entonces? —repone, con los ojos encajados en los míos.

Me relamo y sonrío.

—En realidad, me refería a mi polla. Solo quería saber por qué lo dabas tú por hecho.

Me propina un golpecito indignado en el pecho y yo me río y rozo su boca con un beso suave.

—Gracias —murmuro al separar nuestros labios.

—¿Por qué? —me pregunta, con los dos brazos entrelazados alrededor de mi cintura.

—Por ser tan guapa, lista, sexy, adorable, por estar conmigo, aunque no te merezca, y... por hacer un esfuerzo con los neandertales de mis amigos.

—Vaya. Tantas virtudes se merecen algo más que un simple gracias —dice, toda coqueta.

Noto que mi rostro se abre poco a poco en una sonrisa.

—No te estarás refiriendo a mi polla... —le digo, suspicaz.

Finge escandalizarse.

—¿Por qué siempre das por hecho que me refiero a tu polla?

—¿A qué te refieres entonces? —pregunto, falsamente confundido.

—A tu polla...

Me río, le envuelvo en un abrazo de oso y no sé el tiempo que permanecemos así porque me niego a soltarla.

Y me la pela el capullo que aporrea la puerta.

—¡Hay un descampado enfrente, joder! —le grito, para que se largue de una vez.

—¡Ash, coño, abre, que tengo una seria emergencia! —ruge el Chino, tras otra serie de golpes ruidosos—. Creo que me ha sentado mal la piña.

—Y por eso no hay que echarle piña a la puta pizza —le digo a Alexandra, con los párpados entornados.

Ella, enterrando la cara en mi cuello, sofoca una risita.

—Deberíamos irnos.

—¿Tú crees?

—Ash, ¡me cago en la puta! ¡Abre!

—Hay que joderse. Vámonos, bomboncito. Discutamos lo nuestro en un ambiente más íntimo.

Capítulo 28

De mi mundo se sale de dos maneras: dentro de un ataúd o con una corona.

(Ash Williams)

Alexandra

Sospecho que algo va mal en cuanto entro por la puerta. La casa está a oscuras, pero oigo música en el salón, así que Ash debe de estar.

En alguna parte...

Para colmo, escucha algo lo bastante inquietante como para yo empiece a preocuparme.

—¿Ash? ¡Ya estoy en casa!

—¿Dónde estabas? —me estremece su voz, fría, nada más entrar en el salón.

—¿Por qué escuchas ópera a oscuras? Pareces Hannibal Lecter. Por cierto, ¿te has fijado en que, en las películas, los psicópatas siempre escuchan ópera antes de hacer el mal? ¿Qué tendrá la ópera para atraer a las mentes malignas?

—¿Dónde *cojones* estabas? —me pregunta de nuevo, con un calma mortal.

Empiezo a cabrearme.

—Oye, ¿de qué vas? —Lo encuentro sentado en la butaca, con una botella de Macallan al lado y un cigarro consumiéndose en un cenicero, lo cual es súper raro porque él nunca fuma en el salón. No quiere que apesten las cortinas...

—¿De qué voy? Esta tarde has dado esquinazo a tus guardaespaldas y llevo cinco *putas* horas sin saber nada de ti.

Me cruzo de brazos, mosqueada.

—¿Ahora te ha dado por los celos?

—¡¿Celos?! —grita, perplejo—. ¿Crees que me preocupa que te estés follando a algún desgraciado? No, cariño. ¡Lo que me preocupa es que te maten, joder! No puedes hacer esto, Alexandra. ¿Lo entiendes? ¡NO PUEDES DESAPARECER SIN MÁS DURANTE CINCO HORAS Y APAGAR EL PUTO TELÉFONO! ¿ES QUE SE TE VA LA PUTA CABEZA O QUÉ COÑO PASA CONTIGO?

No doy crédito. Nunca nos hemos peleado así.

Se ha puesto de pie y me está gritando y faltando el respeto de una forma que quiero abofetearle.

Vale, he toreado a sus estúpidos guardaespaldas hasta que me han perdido el rastro entre las calles, pero no es motivo suficiente como para que se ponga hecho un basilisco.

—¿Has bebido más de la cuenta? —escupo, en un tono de desprecio que le hace contraer el rostro.

La casa está en penumbra, pero se me ha acostumbrado la mirada y puedo verle. Fuera hay luna llena.

—¿Y qué?

—¡Que tú no bebes hasta emborracharte y nunca me hablas así! ¿Qué pasa, Ash? Dime la verdad.

Su mandíbula se tensa todavía más, hasta que su semblante se convierte en una máscara helada que nada desvela.

—La verdad. Muy bien, cielo. He aquí la verdad. Hoy, a las 18:44 horas han acribillado a balas a Julian y está muerto. Y a las 18:55 me he enterado de que mi mujer ha desaparecido. Ahora, te pregunto: ¿crees que es normal que, el día en el que se cargan a mi mejor amigo, en

vez de estar persiguiendo a los putos cobardes que le han disparado por detrás al salir de la carnicería, tenga que recorrer la jodida ciudad entera para buscar a alguien que es patológicamente incapaz de acatar una puta orden tan sencilla como la de *No Te Separes Del Coche Que Te Vigila?* —me dice, haciendo hincapié en cada palabra—. Dime si a ti te parece normal, porque a mí no me lo parece.

Siento cómo el mundo se desmorona a nuestro alrededor. Siento que las palabras de Ash, si bien cortantes como cuchillas afiladas, ocultan un profundo dolor que trasciende la furia.

Y siento que esto se nos ha ido de las manos.

Las lágrimas, primero de rabia contenida y ahora de pura angustia, fluyen como ríos por mis mejillas.

Doy unos pasos vacilantes hacia él y, con manos temblorosas, lo rodeo en un abrazo.

—Lo siento muchísimo.

Durante unos diez segundos, se queda inmóvil, muy quieto.

Luego deja caer la cabeza hasta apoyar la boca contra mi hombro y entonces la tensión abandona un poco sus músculos agarrotados. Sus brazos, aunque rígidos como el acero, rodean mi espalda y sus dedos se aferran, feroces, a mi chaqueta vaquera.

—No vuelvas a hacerme algo así nunca más. Creí que tú también estabas muerta —masculla, con voz apagada.

—No lo haré. —Cojo su cabeza entre las manos y lo beso montones de veces en la boca, antes de clavar la mirada en la suya y prometerle que no lo haré nunca más—. Te doy mi palabra.

—De acuerdo —musita, abrazándose de nuevo, con renovada fuerza.

Pasamos así horas, puede que milenios enteros. En profunda oscuridad. Profundo silencio. Escuchando ópera. Despidiendo al amigo que él ha perdido y que yo empezaba a ganar.

Se llamaba Julian. Vivió de prisa. Murió joven... Y dejó detrás de sí una onda sísmica llamada Ash que, cuando estalle, arrasará la ciudad entera.

No habrá piedad ni clemencia. El Grupo W no perdona ni olvida. Cuando vives entre las sombras, la vida se convierte en un juego con una sola regla: el que pierde, muere.

Y habrá decenas de muertos.

De este mundo se sale de dos maneras: como Julian, dentro de un ataúd, o como Ash, con una corona que todo el mundo codicia y que algunos matarían para conseguir.

Esta tarde, a las 18:44 horas, empezó la guerra. La de verdad. Y nadie, ni siquiera yo, podrá impedirla. Porque, a partir de este momento, estoy fuera. No habrá confidencias. No habrá concesiones. Solo un silencio gélido y esa sonrisa aplomada, como si estuviera diciéndome: *no te preocupes, cielo. Está todo controlado. Todo va a salir bien.*

Cuando lo cierto es que el mundo entero está a punto de hacerse añicos, como un espejo que alguien deja caer al suelo por error en una mudanza y luego ya no hay forma de remediarlo.

Imagino que Julian no tenía familia, porque a su funeral solo asisten ellos, los señores del Hampa, elegantes, sombríos, callados. Trajes negros. Rostros apesadumbrados. Un brillo feroz impreso en sus retinas...

En las calles, la lealtad y el respecto valen más que los lazos de sangre, y hoy se ha ido uno de la familia. Un cargo muy alto dentro de la organización. La mismísima mano ejecutora, el lugarteniente del rey.

Están todos consternados, preguntándose cómo alguien ha osado a hacer algo así, planeando qué le harán a ese alguien cuando irruman en la madriguera en la que se esconde y lo arrastren

fuera.

Sienten incredulidad y rabia reprimida, y en breve harán algo con ese peligroso coctel de sentimientos, esa cólera sorda que les quema por dentro.

El hecho de estar en tierra santa no les disuade. No creen en Dios. Solo en sí mismos. Se tienen los unos a los otros. Uno para todos y todos para uno, como los mosqueteros de Dumas.

Ash coge la botella de Macallan, bebe un trago y luego vierte una pequeña cantidad encima de la tumba recién cerrada.

—Por ti, hermano. Donde quiera que estés.

Está en horas muy bajas, puede que incluso sea esta su hora más oscura. Se lo noto en la cara. Su perfil, pese a la rigidez afilada que desvela, no puede enmascarar el dolor. Está a punto de desmoronarse. Ha perdido a un gran amigo, no solo a un empleado valioso.

Y Julian le tenía verdadera admiración a Ash. Era su referente para todo. Solo había que oírle hablar. Ash esto, Ash lo otro. Pedía su opinión para todo.

Él fingía exasperarse a veces. *A tomar por culo, Julian. Deja de darme la matraca, joder.*

Pero el vínculo que tenían era tan inquebrantable que solo la muerte ha podido destruirlo.

Tomo a Ash de la mano cuando regresa a mi lado y él me mira por un segundo, distraído, con ojos rojizos por culpa de las lágrimas que está conteniendo.

Le toca a Seven repetir el ritual.

—Por Julian. Adiós, cabronazo.

Creo que siguen el rango que cada uno ostenta dentro de la organización, porque yo soy la última a la que le pasan la botella. La forajida, la que está dentro y fuera, viendo los horrores, pero fingiendo no saber nada del tema.

Supongo que lo mío siempre ha sido fingir.

Cojo la botella con manos temblorosas y mirada apagada, bebo y comparto un trago con el difunto.

—Por Julian. Que ahora, por fin, entenderá la metáfora.

Todo el mundo se echa a reír, porque, en los funerales, se llora y se ríe, pensamos en la muerte, pero también homenajeamos la vida.

Así que, por Julian, el cabronazo con los amigos más leales que nadie podría desear.

Ash, con sonrisa triste, me pasa el brazo por los hombros y me aprieta contra él, y seguimos mirando todos, con gesto ausente, la tumba, en un silencio compartido e íntimo, roto solo por el susurro del viento y el murmullo de las hojas que empiezan a palidecer ante la inminente llegada del otoño.

—Esta noche volvemos a casa —me susurra Ash al oído, después de lo cual planta un beso rápido en mi sien e ignora a propósito mi cara de pasmo.

¿Qué significa el hecho de que volvamos a casa? ¿Que se está fraguando un alto el fuego o que sus enemigos caerán tan deprisa que no tendrán tiempo ni de desenfundar las pistolas?

La segunda opción parece más probable.

Capítulo 29

**Aunque tenga que cargarme a cada hijo de puta que quede en esta ciudad asquerosa,
conseguiré ser esa persona algún día.**

(Ash Williams)

Ash

Acabo de dejar a Alexandra en casa, con todo un equipo de guardaespaldas a cargo de su seguridad, y voy al *Fever* por primera vez en meses. Esta noche no abrimos. La reunión tendrá lugar a puertas cerradas.

Asistirán seis personas aparte de mí: El Rubio, Seven, El Holandés, el Chino, Serpiente y Mickey, los mejores francotiradores que hay en todo el puto estado de Ohio.

—¿Tenemos la lista? —pregunto, intentando no pensar en que esta es la primera reunión sin Julian.

Seven empuja hacia mí una hoja de papel. Desvío la mirada, indiferente, la compruebo y después, asiento, dando mi conformidad. Veinte nombres. Veinte vidas que vamos a cobrarnos.

—Lo haremos a lo grande, como en los viejos tiempos, para que la gente recuerde. En esta ciudad no habrá paz hasta que todos acaben de rodillas otra vez, porque lo malo que tiene el ser humano es que a veces le falla la puta memoria. La traición se paga con sangre y no aceptaremos otra moneda de cambio. ¿Queda claro?

Asienten todos, con expresiones solemnes, a la altura de las circunstancias.

—¿Y qué hay de Carlos Alberto? —me pregunta el Holandés.

Vuelvo la mirada hacia la suya con lentitud. Mi semblante no refleja nada, porque ahora mismo no siento nada, solo la calma mortal que se apodera de mí antes de que estalle la tormenta.

—Como bien sabéis, en nuestro mundo, cargarse a alguien delante de su casa se considera una tremenda falta de respeto —le digo, después de encenderme un cigarro—. El peor insulto que le puedes hacer a un hombre es matarlo delante de toda su familia. De Carlos Alberto me ocupo yo. Morirá como un perro, os lo prometo. Así sabrán todos de lo que soy capaz.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Seven, que, como siempre, mantiene el mismo aplomo helado que yo.

—Lo que debo. La próxima vez que alguien ose pronunciar mi nombre, quiero que lo haga en susurros y estremeciéndose. En cuanto al que disparó a Julian por la espalda, con él no quiero ejecuciones mafiosas en callejones sucios. Lo quiero vivo, porque hay destinos peores que la muerte.

La muerte es misericordiosa.

Yo, no.

Seis nombres desaparecen de la lista en el primer mes.

El resto de acontecimientos me son indiferentes. Tengo negocios y reuniones, y la vida sigue su curso, a pesar de la gente que muere en ejecuciones mafiosas en plena calle, a plena luz del día.

Corren ríos de tinta.

Delincuencia disparada en Cleveland.

La tasa de violencia, por las nubes.

Las autoridades preocupadas por el índice de la criminalidad.

A todo esto, yo me muevo por la ciudad con un Lexus último modelo, un traje hecho a medida, y nadie se atreve a señalarme. Me hacen fotografías en compañía de jueces, fiscales, políticos y empresarios.

Estoy en la luz, y también en la más profunda oscuridad.

Llega nuestro primer aniversario. Según Lis, Alexandra entró en mi despacho, y en mi vida, hace exactamente un año.

—Pues habrá que celebrarlo esta noche —le digo cuando me lo recuerda.

De pie delante de mi mesa, Lis, con una americana fucsia sobre un vestido blanco, entallado, cambia el peso del cuerpo de una pierna a la otra y se coloca con discreción un mechón de pelo rubio detrás de la oreja. Es muy discreta y muy respetable. Encaja de maravilla en esta oficina acristalada.

—¿Preparo algo?

Le devuelvo los documentos que me ha pedido que le firme.

—Claro. Busca algún sitio con clase. Esto es importante.

—De acuerdo. Te confirmo los detalles antes de tu próxima reunión.

—Gracias, Lis. Eres un cielo.

Me devuelve la sonrisa y después cierra la puerta a sus espaldas, y entonces yo, por fin, puedo quitarme la máscara por un momento. Hoy llevo puesta la de jefe atento y novio considerado, pero a veces las máscaras pesan demasiado.

No sé cómo, se me pasa el resto del día, entre reuniones, negociaciones y acuerdos, y toca sacar a Alexandra a cenar.

La sorprendo con una joya que ni siquiera me molesté en ir a comprar yo, se encargó Lis a la hora de comer; sonrío y bromeo como si todo me diera igual, pero no estoy ahí realmente, solo soy un puto cadáver viviente y odio a la persona que me ha hecho esto.

Después de la cena, volvemos a casa. La beso y, como todas las noches antes de esta y las que están por venir, cumplo con mi deber, pero sigo sin estar ahí, esto es follar por follar, y ella lo nota, y se mortifica, y yo no puedo evitarlo porque mi amigo ha muerto, el mundo está ardiendo y la puta cerrilla la encendí yo mismo y esto es lo que hay, joder.

Hasta que no me los cargue a todos y le ponga fin a la guerra, no habrá paz. Ni para ellos ni para mí.

No la escucho acercarse y, cuando me vuelvo consciente de su presencia, ya es tarde, ha visto la bala que sujeto entre los dedos y contemplo como si fuera el puto Santo Grial, y ahora me va a preguntar qué es y voy a tener que decírselo porque ella es como un sabueso, no se le puede ocultar nunca nada.

—Eh... ¿Estás bien? Me desperté y no estabas en la cama.

—Sí, es que no podía dormir —oigo mi voz, hueca e indiferente, y me pregunto si ella también lo estará notando, si se habrá dado cuenta de que apenas queda un gramo de humanidad en mi interior esta noche.

—¿Qué es eso?

—Una bala con mi nombre.

—¿Qué?! —se horroriza, quitándomela de la mano para examinarla ella misma—. ¿De dónde demonios ha salido?

—De mi bolsillo —respondo con aplomo. Como no dice nada, mi mirada se eleva para encontrarse con la suya. Estoy sentado en la butaca. Ella está de pie delante de mí, con la perplejidad inundando cada milímetro de su rostro, los labios entreabiertos y los ojos llenos de preguntas.

—Ash, ¿por qué llevas esto en el bolsillo?! ¿Quién te la ha mandado?

—Nadie. La hice yo, hace diez años, la tallé la noche en la que mataron a Emilio, mi mentor.

—¿Por qué?!

Se produce un largo silencio. Al final, después de mucho tiempo, contraigo el ceño y niego con aire cansado.

—Para recordarme a mí mismo que ningún monstruo es inmortal. Es mi *memento mori* y la miro de vez en cuando, la toco como si fuera un amuleto sagrado porque me hace recordar que no hay mucha diferencia entre la vida y la muerte y que, si hay que caer, mejor que sea en el campo de batalla y llevándose por delante a todos los hijos de puta que sea posible.

Se arrodilla delante de mí, se agarra a mis muslos con manos temblorosas y sigue observándome con esa mirada entre delirante y horrorizada.

—Ash... ¿Qué vas a hacer?

—Lo que debo. No te preocupes, pequeña —le susurro mientras acaricio su cabeza con gesto ausente—. Está todo controlado.

«Controladísimo».

Dos días después mantener esa conversación en plena madrugada en el salón de nuestra casa, Carlos Alberto Medina Carvajal, cara visible del cartel de los Rojos del Valle, puerta de entrada de la coca en Estados Unidos y autor intelectual de la ejecución de Julian, entre otras tantas ejecuciones, es asesinado de tres disparos a quemarropa al salir de la iglesia, delante de su Dios y de toda su familia.

Como puta muestra de respeto, joder.

Y esto no he hecho más que empezar.

—¡Señor Williams! Vaya sorpresa. No le esperábamos hasta dentro de dos semanas.

Me detengo delante del mostrador de recepción y le sonrío a Jenny, la pelirroja que siempre parece alegrarse de verme.

—Lo sé. Me temo que tengo programado un viaje de negocios para esas fechas y no hay forma de cambiarlo. ¿Cómo se encuentra nuestro paciente últimamente? ¿Alguna mejora?

Jenny da por hecho que hago esto porque me importa, con lo cual pone cara de lástima al no poder darme buenas noticias.

—Lamentablemente, no. Sigue sin comunicarse con el mundo exterior. El psiquiatra dice que no hay nada que se lo impida, excepto su propio cerebro, claro.

—Pero sigue consciente de todo cuanto pasa a su alrededor, ¿verdad?

No me gustaría perder mi tiempo con él si no disfruta tanto como yo de esta visita. Soy un hombre ocupado.

—Sin duda. Solo que no desea interactuar con nadie. Pero seguro que se alegra de verle.

«Más vale que sí».

—Eso espero, Jenny. Espero que sea consciente de mi presencia —le digo con una de mis más encantadoras sonrisas, que ella me devuelve al instante.

Me despido con un gesto y sigo avanzando por el pasillo, calmado, con las manos en los bolsillos, hasta la habitación 016.

No hay nadie cuando entro, solo el hombre al que he venido a ver, sentado en una silla de ruedas, delante de la ventana, con una manta a cuadros sobre las rodillas y la mirada vacía como de costumbre.

Suelto un silbido.

—Vaya vistas tienes desde aquí, Gavin. Te quejarás.

Se pone tenso al escuchar mi voz, así que ya queda confirmado que *no* estoy perdiendo mi tiempo con él.

Estupendo.

Me apoyo en el radiador, delante de él, cruzados los brazos sobre el pecho, y lo observo. Cada año va menguando. Apagándose poco a poco. El deterioro resulta visible.

—Te sorprenderá que haya venido a verte hoy. Verás, tengo que emprender un viaje muy importante. El más importante de todos. Y puede que la palme porque, en fin, mucha gente me quiere muerto ahora mismo. ¿Recuerdas lo que era eso? Seguro que sí. Menuda adrenalina, ¿verdad? ¿Te importa que fume? Tomaré tu silencio como un no.

Me enciendo un cigarro, lo chupo lentamente y, después de exhalar humo, vuelvo a bajar la mirada hacia la suya.

—Dios, no sabes lo que odiaría palmarla y dejarme tantos asuntos pendientes. Así que aquí me tienes, haciéndole la visita de rigor a mi buen amigo Gavin. Anima esa cara, joder. —Le doy unas palmaditas en la mejilla y luego le sonrío, benevolente—. Vamos a pasarlo muy bien esta tarde los dos juntos. Mira. He traído nuestra peli favorita, como siempre. ¿Qué me dices, socio? ¿Quieres que la veamos?

Sus ojos, dilatados como abismos sin fondo, destellan un brillo de pavor desesperado. Su respiración suena agitada en el silencio de la habitación, revelando el terror que lo consume por dentro, el mismo terror paralizante que veo impreso en sus facciones.

—¿Y qué te cuentas hoy? —pregunto mientras pongo el DVD y enciendo la tele—. ¿Te tratan bien en la clínica? Más vale que sí, dado que esto me cuesta un ojo en la cara y la mitad del otro. Pero nada es demasiado para que mi gran amigo Gavin esté cómodo. —Me vuelvo de cara a él y le dedico otra sonrisa amable, antes de añadir—: Cómodo y, sobre todo, vivo.

Capítulo 30

Las heridas que no se ven son las más profundas.

(Shakespeare)

Alexandra

Volver de una entrevista de trabajo que no ha ido demasiado bien y encontrarme a Seven en casa, a las nueve de la noche, no me hace demasiada gracia.

—Hola —saludo, después de guardar la chaqueta en el armario que hay junto a la entrada y quitarme los zapatos de tacón alto que me hinchán los pies a los diez minutos de llevarlos puestos. Ya ni menciono cómo me siento después de cinco horas—. ¿Y Ash?

Seven, desplomada en una silla, con los pies sobre la mesa del comedor, hace un gesto de negación con la cabeza.

—No está.

—Ah. ¿Quieres tomar algo?

—Se ha ido de la ciudad.

Me vuelvo desde el mueble bar, pasmada por su afirmación.

—¿Perdona? ¿Cómo que se ha ido de la ciudad?

—Un viaje de negocios. Algo imprevisto.

Ya. Seguro que sí.

—¿Qué clase de negocios?

Los labios de Seven se tuercen en un gesto de desdén.

—Ni idea. Ya te lo explicará él cuando vuelva.

Esto es indignante. No solo se ha largado sin decirme nada, sino que le ha pedido a Seven que me lo diga en vez de tomarse él la molestia de descolgar el puto teléfono. He sido paciente porque sé que lo está pasando mal con la muerte de Julian, pero esto es pasarse de la raya.

—¿Y por qué demonios no me ha llamado para decirme que se marchaba?

—No le gustan las despedidas. Por cierto, me quedaré aquí hasta que vuelva. Ordenes de su majestad.

Cuando creía que no había más buenas noticias...

—Increíble.

—Solo quiere que estés a salvo, cara bonita.

—Y me manda a su ex novia para que me haga de niñera.

Sonríe, solo con el lado derecho de la boca. Tiene unos labios sexys, pintados de rojo mate, el mismo tono que uso yo. Labios que *él* ha besado. Y follado... Estupendo.

—Soy la única persona a quien confiaría su vida y, por lo tanto, me ha confiado la tuya. No te quejes. Soy la mejor guardaespaldas que vas a tener jamás. Mucho mejor que esos mamones a los que das esquinazo.

—Eso solo pasó una vez.

—Ya. Por cierto, ¿qué hiciste esa tarde? Intentamos averiguarlo por todos los medios, pero perdimos tu rastro en alguna parte del centro.

Agitando la cabeza con incredulidad, me sirvo una copa del mejor whisky de Ash y también le sirvo una a ella.

Después de pensármelo mejor, decido añadir dos dedos más de alcohol porque si ella y yo vamos a dormir hoy bajo el mismo techo, nos hará falta. A las dos.

—Nada. Solo quería estar un rato sola, sin tanta vigilancia. Fui a un parque y me senté en un

banco al lado de un señor que daba de comer a las palomas.

—Fascinante. Y Ash imaginándose toda clase de escenarios horripilantes... ¿Qué tal tu entrevista? —me pregunta cuando le ofrezco la copa.

Tomo un trago de la mía, me instalo en el sofá y la miro unos segundos a los ojos, antes de responder. Por supuesto que sabe dónde he estado hoy y qué narices he estado haciendo.

—No ha ido demasiado bien.

—Sabes que tu hombre puede arreglarlo, ¿verdad?

Por supuesto. Pondría una pistola contra la sien del quisquilloso señor Miller, que no está demasiado seguro de que yo sea la persona más adecuada para reformar la casa de su distinguida tía octogenaria, y agotaría sus opciones.

—No quiero tratos de favor. Me gusta conseguir las cosas por mí misma.

Seven alza su copa y sonríe, socarrona.

—Eso lo comprendo, y lo respeto. A mí también me gusta demostrarle al mundo mi valía.

Supongo que ella y yo nos parecemos un poco. Las dos somos tenaces.

Tomo un trago y la miro otra vez. Su rostro es una obra maestra. Sinceramente, ella es más guapa que yo. Si la analizas al detalle, no encuentras defectos en su fisionomía.

—¿Aún le quieres?

No sé por qué demonios lo he preguntado. Ha sido un impulso estúpido y ahora es tarde para retractarse.

Seven inclina la cabeza como si tuviera que pensárselo bien antes de responder.

—Lo mío con Ash está por encima del amor.

—Explícame eso.

—El amor termina. La lealtad dura para siempre.

Otro trago que tomo, más que nada para que la garganta deje de escocerme tanto. Seven también bebe, conservando su aplomo de siempre.

La evalúo en silencio mientras asimilo la respuesta.

—¿Y por qué le debes lealtad, Seven?

Se produce un largo silencio. Doy por acabada la charla, cuando de pronto su rostro se eleva hacia el mío y la dureza que lo empapa me hace retener la siguiente pregunta que iba a formularle.

—Porque él fue el único que me vio cuando yo era invisible, cara bonita. Me sacó de las calles. Me dio un hogar. Una familia.

—¿Hacías las calles? ¿Eras prostituta?

—¿No me ves en ese papel? —repone, divertida.

—No. No mucho.

—Ya. Yo tampoco me veía. Pero tenía miedo. El hombre que me había comprado...

—¿Comprado?! —la interrumpo, atónita—. ¿Es que alguien te vendió?

—¿Puedo fumar?

Hago un gesto con la cabeza para decirle que sí y ella, aprovechando que no está Ash, se enciende un cigarrillo, aspira humo y al final asiente.

—Mi madre. Mi propia y encantadora madre. Me vendió a su chulo, cuando él ya no quiso contar con sus servicios. Lo que pasa con la gente que se chuta heroína es que empieza a pudrirseles el cuerpo. La cara se les viene abajo, se les caen los dientes, las tetas, se les seca el coño... Mi madre ya no se la ponía dura a nadie, así que me tocó a mí seguir con el negocio familiar.

La miro pasmada, porque me lo cuenta con una total ausencia de emociones, como si

estuviéramos comentando una tontería.

—¿Cuántos años tenías?

—¿Cuándo fui comprada? —Asiento. Sus labios dibujan una O con el humo. Me vuelve a mirar con la misma indiferencia—. Catorce. Cuando me encontró Ash, quince, casi dieciséis.

—¡Dios mío! Ese no era un chulo, ¡era un pedófilo! Seven, lo siento mucho.

—¿Por qué lo sientes?

—Es que... todo lo que te hicieron...

—Esa deuda está saldada, cariño. Tú tranquila. Me cargué a cada uno de los capullos asquerosos que alguna vez se atrevieron a ponerme un dedo encima. Me llevó años conseguirlo, pero al final los borré a todos de la puta faz de la tierra.

Escucho, pasmada, el desapego con el que me lo cuenta, el mismo que usa Ash cada vez que habla del pasado, como si todas esas cosas no les hubieran pasado a ellos, sino a otra persona, alguien desconocido. Cuando me quiero dar cuenta, resulta que ya me he bebido la copa entera. Así que voy a por la botella y relleno tanto mi vaso como el suyo.

—¿Él era tu cliente? —quiero saber, después de sentarme.

—¿Quién? ¿Ash? —Bufa y niega, y luego sus ojos azules, risueños, vuelven a clavarse en los míos—. No. Él era el camello de mi jefe. Una noche el puto gordo de mierda lo llamó para que le trajera anfetanas y Ash se fijó en mí porque estaba hecha un ovillo en el suelo, llena de sangre y asustada que te cagas. No dejaba de temblar. Me castañeaban los dientes. Creo que estaba en alguna especie de trance. Me habían dado una paliza de narices porque no había chupado suficientes vergas ese día. Llovía y no había capullos en la calle, pero a mi jefe no le bastó esa explicación.

—¿Y qué hizo Ash cuando te vio?

—Mirarme. Solo me miró por un segundo, pero de alguna forma supe que él me veía de verdad, no como el resto. Volvió a las dos horas. No dijo nada, y yo tampoco pregunté. Lo seguí sin más, en completo silencio. No me importaba adónde. No podía haber un sitio peor que en el que ya estaba. El Ash de ahora se habría cargado a mi chulo sin parpadear, pero el Ash de entonces todavía estaba verde. Un chico, no un hombre. Me escondió unos meses en su casa, hasta que estuve lista para cobrarme la venganza. Me entrenó, me enseñó lo que él sabía. Básicamente, cómo manejar un arma y un coche, y nunca me he separado de él desde entonces. Juntos hemos hecho grandes cosas. A veces, echo de menos esos tiempos.

—¿Tú no quieres ser respetable como él?

Se queda unos segundos callada, con la mirada perdida en el vacío.

—No es eso. Es que antes tenía la venganza, ¿sabes? Pero... cuando eso acabó...

—Ya no tenías nada —termino la frase que ella ha dejado en el aire.

Asiente para sí. Tras unos segundos de profundo silencio, sus ojos se vuelven hacia los míos y, por primera vez desde que la conozco, veo el dolor que arde detrás del hielo.

—Sí. No tengo nada, y echo de menos esa época porque al menos tenía un propósito en la vida.

—Entiendo lo que me estás diciendo.

—Pues claro. Tú eres brillante, eso dice él.

—¿Habla de mí?

—Todo el rato.

Pone una sonrisa apesadumbrada y yo me relajo porque siento que por fin la comprendo. Otro cubo de Rubik resuelto.

Es un alivio porque, si no comprendes a las personas, no puedes saber de lo que son capaces.

Seven es una superviviente, como Ash, y ahora sé que es capaz de cualquier cosa porque no tiene nada que perder. Nada que la ate ni la frene. No tiene miedo y, por lo tanto, tampoco tiene limitaciones.

—¿Por qué me resulta tan fácil hablar de esto contigo? —me dice de repente, ella misma sorprendida a causa del vínculo que se ha creado entre nosotras esta noche.

Hago un brindis con la copa y le guiño un ojo.

—Tengo don de gentes.

Me sonrío y creo que es la primera sonrisa sincera que me ha dedicado en todo este largo año.

Un año. Ha pasado un año desde que estoy con él. A veces ni yo misma me lo creo. Supongo que es porque la mujer que era el año pasado se ha convertido en una extraña para mí.

—¿Por qué te llaman Seven?

—Ah, es una historia entretenida.

—Que no te apetece contarme.

—Hoy, no. Pero a lo mejor te lo cuento en nuestra próxima fiesta de pijamas.

Capítulo 31

No hay pasado ni futuro, todo fluye en un eterno presente.

(James Joyce)

Alexandra

Abro los ojos sin ningún motivo aparente y lo primero que veo es una figura alta e imponente de pie delante de mi cama, en plena oscuridad, el contorno de los anchos hombros apenas visible en la penumbra que se crea gracias al tragaluz que hay en el techo.

Mi primer instinto es gritar, pero antes de que me dé tiempo a hacerlo, se encuentran nuestras miradas y mi corazón febril empieza a calmarse.

—¡Dios, Ash! ¡Me acabas de pegar un susto de muerte! ¿Qué demonios haces a oscuras, mirándome como un perturbado?

No hay respuesta. Permanece inmutable, con esa mirada penetrante atravesando la oscuridad para retener la mía.

Mis labios, entreabiertos y expectantes, ansían las palabras que parecen luchar por escapar de su boca. Es como si el tiempo mismo se hubiera detenido en el eco de mi respiración, todavía agitada por el sobresalto, y en la magnética conexión de nuestras miradas.

—Se acabó —lo oigo farfullar, a saber cuánto tiempo después.

—¿El qué? —susurro yo también.

—Todo... Se acabó.

Me doy cuenta de que está raro, como pálido, y que se está tambaleando un poco.

—¿Estás borracho?

Sonríe, pero incluso eso parece suponerle un esfuerzo.

—Ojalá...

Me levanto de la cama, me acerco a él y cojo su cabeza entre las manos.

—¿Qué te pasa entonces?

—Cásate conmigo —farfulla, sin apenas fuerzas.

Mis ojos, enormes y cargados de preguntas, buscan respuestas en su mirada reluciente, pero no hay forma de saber qué se oculta detrás de su semblante imperturbable.

Separo los labios para preguntar de qué va esto.

Entonces, Ash pierde el equilibrio y empiezo a actuar por impulso. Reaccionando deprisa, lo atrapo y lo insto a apoyarse en mí.

—Eh, quieto. ¿Estás bien?

Pongo la palma en su espalda, entre la chaqueta y la camisa, para sostenerlo. El corazón se me encoge en el pecho al sentir la humedad cálida en mis dedos.

Mis ojos escrutan con desesperación los suyos, ahora nublados por un velo de dolor y confusión. Mi mente necesita medio segundo para procesar, y comprender, la gravedad del asunto.

—Ash, ¡te han disparado! ¡Seven! Dios mío... No te muevas. ¡Seven!

—Solo es un rasguño. Responde a la pregunta —murmura con labios lívidos y la frente perlada de sudor.

—Estate quieto, apóyate en mí y cállate de una vez. Hablaremos de esto cuando estés bien.

Oigo pasos veloces por el pasillo. La puerta se abre.

—¿Qué ha pasado? —dice Seven, un poco más alterada que de costumbre. Antes de que

pueda contestar, ella ya lo ha comprendido—. Joder. ¿Te han dado? Déjame ver si es grave.

Enciende la luz, le levanta la camisa y examina la herida con la sangre fría de siempre.

Los ojos azules de Ash se sitúan ahora a la altura de los míos. Es como si no pudiera dejar de mirarme. Como si todo le diera igual. Pasado, futuro, vida, muerte. Para él, solo existo yo.

—Dime si te casarás conmigo. Necesito saberlo ahora, por si la palmo.

—Puto imbécil. Si no estuvieras herido, te daría un bofetón ahora mismo por estar burlándote de esta forma cuando yo estoy de los nervios. ¡Dijiste que era un rasguño!

Vuelve a sonreír sin fuerzas, enseñando una hilera de dientes blancos y rectos.

—Nunca se sabe, mi amor.

—Ni caso a este capullo —me tranquiliza Seven, completamente al mando de la situación. Creo que es lo que más admiro de ella. Nunca pierde la calma, lo cual viene muy bien en situaciones críticas. Cuando los demás cerebros se colapsan, el suyo reacciona de inmediato y encuentra soluciones a los problemas—. Sobrevivirá. Pero hay que extraer la bala. No hay orificio de salida. ¿Puedes con él? —Asiento—. De acuerdo, pues sosténlo así. Voy a llamar al médico.

Ash sigue mirándome, esperanzado.

—Aún no me has contestado —susurra contra mis labios. Incluso ahora, el aire tiembla, cargado de electricidad.

—Sí —gruño para que se calme de una vez—. Me casaré contigo.

—Bien. ¿Te pones tú el anillo? Está en mi cartera. Me pondría de rodillas, pero...

Sonríe, me acaricia la comisura de la boca con el pulgar e intenta besarme, pero entonces se desmaya, cae encima de mí y ya no puedo sostenerlo más.

Cuando regresa, Seven me encuentra tumbada en la cama, con él encima.

—No estaréis follando...—me dice, suspicaz.

—¡Por Dios! ¡Se ha desmayado!, ¿o es que no lo ves? Ayúdame, anda. Apenas puedo respirar.

—¿Y cómo te las arreglas cuando te folla?

Le pongo mala cara. Ella entorna los párpados, exasperada, y lo coge del brazo para ayudarme a incorporarlo.

Preparo café mientras un médico en pijama atiende a Ash en la habitación. Por lo visto, vive cerca de nosotros y es el sanitario de confianza de los señores del Hampa.

Seven, apoyada en la encimera de la cocina, me observa en un silencio espeluznante.

—¿Se pondrá bien? —digo, mirándola.

Asiente.

—Solo es un rasguño. Ha tenido heridas peores.

—He visto tres cicatrices de bala en su cuerpo. No son muy visibles, hay tatuajes encima, y él nunca me ha hablado del tema.

—¿Se lo has preguntado?

Niego, cojo el paquete de cigarrillos que ella ha soltado sobre la mesa y me enciendo uno con manos temblorosas. Seven frunce el ceño al fijarse en el ansia con el que absorbo las primeras chupadas.

—Creía que no fumabas.

—Lo dejé —respondo, volviendo la mirada hacia la suya—. Pero me parece un buen momento para retomarlo.

Me observa con cierta preocupación.

—Intentaron matarle la noche que mataron a Emilio —me dice de pronto—. ¿Te ha hablado alguna vez de Emilio?

—No. Solo lo mencionó de pasada.

—Era nuestro jefe. El rey de esa época. Ash era su mano derecha. Hubo una emboscada. Emilio fue acibillado a tiros en plena calle. Ash también, pero él sobrevivió. Y después se los cargó a todos.

Asiento. Arrojo al techo una densa nube de humo, apago la cafetera y preparo dos tazas. Le alargo una a Seven.

—¿Siempre se cobra las venganzas?

Coge la taza de entre mis dedos, le da un sorbo y se enciende un pitillo.

—Si hay algo que puedo decirte sobre Ash, aparte de que es un hijo de puta duro de roer, es que nunca le pasa una a nadie. Si le jodes, estás muerto. La traición se paga con sangre.

—Ya.

Lo que imaginaba.

Se produce un largo silencio mientras las dos tomamos café y chupamos, pensativas, nuestros respectivos cigarrillos.

—Te ha pedido que te cases con él esta noche —me suelta Seven de repente—. ¿Qué le has contestado?

La miro.

Ella me mira a mí.

—Le he dicho que sí.

Una sonrisa muy pequeña asoma en las comisuras de sus labios.

—Pues enhorabuena.

Sigo mirándola, evaluando su semblante inalterable.

—¿Sin rencores?

Guarda silencio durante casi medio minuto. Entonces, brinda con su taza y asiente.

—Sin rencores, tía. Has jugado bien y has ganado, así que solo puedo darte la enhorabuena.

Por algún motivo que no acierto a adivinar, eso significa algo para mí. Nunca he tenido amigas. Mi madre y yo nos cambiábamos todo el rato de casa, y esa clase de vida, casi nómada, me enseñó que los lazos personales son efímeros, luces fugaces completamente incompatibles con una existencia errante como la nuestra.

No es que Seven sea santo de mi devoción, pero... en este momento es lo más parecido a una amiga que tengo.

Lo cual es muy, muy retorcido.

Los seres humanos creamos vínculos con la gente más inesperada, en las situaciones más inusuales. Ella y yo estamos en caras opuestas de la moneda, somos enemigas naturales, pero a veces incluso un enemigo puede llegar a despertar simpatía en ti.

Capítulo 32

Si le jodes, estás muerto. La traición se paga con sangre.

(Seven)

Ash

—¿Seguro que quieres hacerlo tú?

Mi mirada desapasionada se cruza con la de Seven.

—Seguro.

—¿Ya no te duele la herida?

—Claro que sí. Pero me gusta el dolor. Hace que me sienta vivo.

Introduzco la mano en las fauces de Medusa, acciono el mecanismo de apertura del túnel y Seven y yo nos adentramos en la oscuridad, dejando detrás de nosotros música, flashes y a la *crème de la crème* de Cleveland disfrutando de otra noche de viernes en el club más de moda de la ciudad.

Dentro del túnel, la oscuridad es absoluta. Escogí este lugar precisamente por eso. Cuando uno está a solas sin ver nada, tiene tiempo para pensar. Para arrepentirse. Para conocer el terror.

Seven enciende la linterna del móvil. Yo no necesito luz. Me oriento muy bien en la oscuridad. Pero ella lleva botines de tacón alto y tal vez le preocupe torcerse un tobillo. A fin de cuentas, estamos en una fiesta. Todos han venido esta noche para darnos a Alexandra y a mí la enhorabuena. ¿Qué mejor sitio que el *Fever* para celebrar nuestro compromiso?

—Despierta, capullo. —Seven le propina una bofetada al hombre maniatado, que sale de su letargo doloroso y nos mira, asustado.

Veo en la desesperación que arde en su mirada que su mente lucha por comprender la situación en la que se encuentra.

—Hola, soy Ash —le digo con voz tranquila y animada—. ¿Cómo te llamas tú?

—Diego —responde, desconfiando de mi amabilidad. Hace bien en desconfiar.

—Diego. Buenas noches, Diego. ¿Qué tal te han tratado mis amigos? No muy bien, por lo que veo.

—Oye, tío, yo...

—Chisss. No te he dado permiso para hablar. ¿O sí y no lo recuerdo?

Niega y cierra la boca. Las lágrimas empiezan a escurrirse por su rostro. Eso es terror, ese sentimiento opresivo que inunda cada fibra de tu cuerpo hasta paralizarte por completo. Tu corazón empieza a latir, delirante y desacompasado, y cuando te quieres dar cuenta, te has sumergido en un océano de desesperación, ya no controlas el temblor de tus miembros y tu voz no es más que un sonido ahogado por el pánico que sientes.

Entonces, la oscuridad se vuelve más profunda, como si tu dolor y todos tus miedos la estuvieran alimentando y, al final, la angustia te consume.

—Quiero que sepas que no estás aquí por haberte cargado a Julian. Eres un soldado. Solo cumplías órdenes. Eso puedo comprenderlo. No te juzgo. Yo también fui un soldado que tenía que cumplir órdenes con las que no siempre estaba de acuerdo.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —atina a decir, con apenas un hilo de voz, entrecortado por el llanto.

Me enciendo un cigarro y le doy una calada, antes de responder.

—Estás aquí porque le has disparado por la espalda, al salir de una carnicería, como el puto

cobarde que eres. Así es como nos cargamos a las ratas, no a los altos mandos. Con los altos mandos lo hacemos a lo grande, como yo con tu jefe, Carlos Alberto. Los miramos a los ojos antes de disparar. Para que sepan quién ha sido y por qué.

—Yo solo....

—Verás, Diego. Resulta que mi amigo era el segundo mejor francotirador del puto Ohio y tu forma de cargártelo me ha indignado porque él se merecía más. Se merecía que lo mirases a los putos ojos. ¿Lo ves? Yo te miro a ti a los ojos ahora mismo, ¿no?

—Por favor, a mí solo me ordenaron que...

—Te diré cómo está la situación. Voy a matarte. Creo que ya te hemos torturado lo suficiente. Estás listo para morir. Pero no quiero que te vayas sin saber que, antes de enfriarse tu puto cadáver, me habré follado a tu mujer y me la habré cargado. Y me cargaré también a tus putos hijos. Y, por supuesto, tampoco dejaré vivir a tu madre o a tu padre, porque este es un mundo cruel y yo soy un hijo de perra muy despiadado.

Se dispone a suplicar, pero nos lo ahorro a los dos. Me saco la pistola y le pego un tiro como a *Magnus*, sin parpadear.

Después, le doy el arma a Seven y, con dos golpecitos, echo al suelo la columna de ceniza que cuelga de la punta de mi cigarro y sigo fumando con tranquilidad, contemplando la obra que tenemos delante.

—¿Desde cuándo te cargas tú a inocentes y, todavía peor, violas a mujeres?

—No lo hago —respondo, con los ojos clavados en lo que queda de Diego—. Pero él ha muerto creyendo que sí. Bueno, ¿lista para volver a la fiesta? Voy a sacar a bailar a mi prometida y, cuando note algo duro clavándosele en el trasero, no quiero que sea la pistola —le digo, recuperando el aire jovial.

Seven niega, pone los ojos en blanco y luego me sigue, guardándose el arma bajo la cintura de los vaqueros.

—Hola, pequeña —le susurro, abrazándola por detrás, mis manos subiendo por su cuerpo hasta detenerse justo por debajo de sus pechos. Seguiría subiendo, pero todo el mundo nos está mirando y no voy a dar a estos capullos material pornográfico en el que pensar esta noche cuando estén a solas.

Alexandra pone las manos en mis antebrazos y echa la cabeza hacia atrás para intentar atrapar mi mirada.

—¿Dónde estabas?

—He ido al servicio.

—¿Con Seven?

Sonrío para mí.

—¿Celosa? —le susurro, acariciándole la oreja con los labios.

—No dignaré eso con una respuesta.

Me río.

—Yo he ido al servicio. No idea de lo que estaba haciendo Seven. ¿Bailas, futura señora de Ash Williams?

Se vuelve entre mis brazos y se abraza a mi nuca. Está sonriendo.

—¿Contigo?

—¿Te lo ha pedido alguien más?

Hace un gesto de picardía con las cejas.

—Ahora que lo dices...

Le pongo mala cara.

—Tienes suerte de que no sea un tipo celoso.

—Es curioso que no lo seas.

Apoyo las palmas en su firme cintura y la miro absorto a los ojos.

—¿Y por qué es curioso?

—No lo sé. Es una de esas cosas que no encajan en el mosaico que es tu personalidad. La posesividad suele ser un rasgo dominante en gente como tú.

Intento no sonreír, aunque sé que mis ojos lo hacen.

—¿Qué significa *gente como tú*?

—Machos alfa.

La respuesta me hace reírme entre dientes.

—Yo no soy un macho alfa. Los machos alfa son unos capullos inseguros que se sienten amenazados por mujeres más fuertes que ellos. A mí me encantan las mujeres fuertes.

—Las mujeres en general. Dejémoslo ahí.

Arqueo las cejas con gesto socarrón.

—¿Sugieres que soy un mujeriego, cielo?

—Yo no sugiero nada. Te lo digo con absoluta claridad.

Mi pecho se agita con la risas que suelto. Noto que ella se estremece a mi lado, así que la pego a mí un poco más, hasta que nuestros cuerpos se unen de cintura para abajo. Abre los ojos de par en par al sentir la erección con la que le doy un golpecito.

—¿Eso va a ser así siempre? —le digo, inhalándola.

—Así, ¿cómo? —repone, toda coqueta.

Mi mirada se calienta tanto que, cuando le rozo la mejilla con el pulgar, siento que arde encima de su piel.

—¿Vas en enfrentarte siempre a mí?

—Solo cuando sea necesario.

Una sonrisa lenta se inicia en la comisura derecha de mi boca y poco a poco se expande por todo mi rostro.

—Eso está muy bien. Me gusta que me desafíen.

—Ah, ¿sí? ¿Qué más te gusta? —me provoca, sus dedos apretándome los testículos.

Separo los labios para respirar. A veces cuesta coger aire cuando la tengo cerca.

—Tu vestido. ¿Cuándo podré quitártelo?

—¿Cuándo quieres quitármelo?

Miro a mis amigos, por encima de su cabeza.

—Largaos —ordeno, y ella se echa a reír, me besa y, cuando vuelvo a mirar, estamos solos en el reservado.

—¿Ya no te duele la herida? —me dice, un poco preocupada.

—Dolor, placer... La línea es delgada —respondo, más preocupado por bajar los tirantes de su vestido negro que por el malestar que todavía persiste después del disparo. La prenda, una tela muy delgada, se desliza hasta sus caderas. Retrocedo un poco para poder admirarla—. Me gusta que no lleves sujetador.

—Odio los sujetadores.

—Lo sé. Yo también. Con los bonitos que son los pechos, ¿por qué esconderlos? —murmuro, paseando, muy despacio, el dedo por la curva de su seno desnudo.

—Algunos hombres se sienten amenazados por los pezones.

Sonríó para mí.

—Algunos hombres son idiotas. A mí me encantan tus pezones. ¿Puedo lamértelos?

Ella también sonríe. Y se le acelera la respiración. Eso es bueno de narices.

—Puedes.

Me inclino sobre ella, cubro la punta de su pecho con la boca y paseo la lengua alrededor del pezón. Ya estaba duro, pero con el calor y la humedad de la caricia florece todavía más.

Alexandra hunde los dedos en mi pelo y aprieta mi boca contra su piel.

Por un segundo creí que no lo conseguiría. Pero aquí estamos, en tiempos de paz. La guerra no es más que un recuerdo amargo que me esfuerzo por dejar atrás. Con la ciudad limpia de escoria, podré ser por final hombre que le prometí, el que se merece tener a su lado.

Incluso dejaré de visitar a Gavin una vez al año para... pasar tiempo de calidad con él.

Solo me queda un cabo suelto.

Una bala.

Un nombre que arde en mi memoria todas las noches como un fuego que no hay forma de ahogar.

Aston Hughes.

No es fácil llegar hasta él, está muy protegido porque mucha gente quiere su cabeza, pero lo conseguiré.

Tarde o temprano, me lo cargaré.

Y cuando apriete por fin el gatillo, daré por finiquitado el pasado y me retiraré definitivamente de esta vida. Soltaré la corona, escogeré un bonito ataúd y yo mismo cavaré el hoyo.

Mientras tanto, fingiré que la venganza no consume mi alma, que soy libre, que ella me basta y me sobra para sentirme completo y en paz con el mundo.

Y todos se lo tragarán porque, cuando quiero, miento de puta madre. Escojo los disfraces con la misma habilidad con la que elijo las corbatas todas las mañanas antes del irme a la oficina, y ahora he de llevar el de hombre enamorado que tiene una boda y una súper luna de miel que organizar.

Hace veintisiete años que espero el momento. ¿Qué suponen un año o dos más? El tiempo no es nada. Cuanto más pase, más gratificante será.

—Quiero meterte la polla —le susurro, dejando de besarla por un momento. La tengo sentada en mi regazo, con las piernas apretadas alrededor de mis caderas, restregándose encima de mi erección—. ¿Me dejas?

Tensa los dedos en mi pelo y se me queda mirando. Me encanta la pasión que arde en sus bonitos ojos, cómo se le agita el pecho, al compás de la respiración...

Necesita esto tanto como yo.

—Te dejo.

—Bien —murmuro, con una sonrisa en las esquinas de la boca que se acerca cada vez más a la suya.

Cuando por fin la beso, es como si la jodida electricidad que hay entre nosotros estallara por los aires, y solo porque nuestras lenguas acaban de encontrarse, giros lentos y húmedos que desencadenan toda una explosión de pasión y deseo.

Con la polla pegando golpecitos contra su clítoris y las manos firmes en sus caderas, me detengo por unos segundos y la observo con ojos relucientes.

—Quería ir despacio, pero me parece que eso ya no es posible ahora —murmuro, antes de cogerla por el cuello con una mano y aplastar su boca contra la mía.

Capítulo 33

A veces, hacer el mal es una buena obra de Dios.

(Ash Williams)

Alexandra

Ash se niega a hablar conmigo. No sé quién le pegó un tiro ni sé por qué; no me cuenta nada, y cuanto más le insisto, más deprisa cambia de tema. Siempre igual.

Ya no importa. Está solucionado. No le des más vueltas. ¿Prefieres una boda de invierno o una de verano? Porque, por mí, nos casamos lo antes posible. ¿Cómo lo ves?

Es frustrante golpear una y otra vez contra la misma roca escarchada.

Solo sé lo que he averiguado por mí misma, siguiendo el rastro de destrucción que ha dejado a su paso, y no es demasiada información.

Sé que ha desmantelado los cimientos de poder del cártel de los *Rojos del Valle* y que ha eliminado sin miramientos a los líderes de los clanes del este, despiadados mafiosos europeos especializados en trata de personas, tráfico de estupefacientes y toda clase de robos, estafas y vilezas de la peor calaña.

También sospecho que a estas alturas se habrá cargado con sus propias manos al sicario que ejecutó a Julian.

Aparte de eso, no tengo nada, porque de lo único que quiere hablar Ash es... de la boda.

O de sexo.

En medio de mi febril búsqueda de la verdad, llegan las Navidades, tan distintas a las del año pasado, marcadas por un silencio que nos recuerda que algunos ya no están entre nosotros.

Las celebramos en casa, una fiesta por todo lo alto para dejar atrás la oscuridad de estos últimos meses.

Mia y Mark vienen desde Londres, Violet y su prometido, desde Nueva York (tremendo el momento de su reencuentro con Axel, muy a lo Gran Gatsby); la *familia W* al completo. Hay risas y champán. Música y baile.

Sin embargo, nada es igual.

La nieve, desde lo alto de la terraza, parece ceniza, copos de destrucción que caen del cielo.

Los sigo con la mirada vacía, juego con el precioso anillo de compromiso que hoy siento arder en mi piel y pienso en la nevada del año pasado, en Ash viniendo a rescatarme con una quitanieves.

Una sonrisa amarga aparece en las comisuras de mis labios al recordar ese momento. Fue uno de sus grandes éxitos. Cuando no se carga a nadie, es un novio realmente genial.

Pero a veces se carga a gente. Debe de ser su único defecto.

Pensar en Ash agita mi estómago, lo llena de la electricidad de siempre.

Probablemente me esté buscando ahora mismo, como siempre que desaparezco de un sitio por un período superior a cinco minutos.

Pues que siga buscando. No me apetece estar en la fiesta. No estoy de humor para celebraciones. La música me parece fuera de lugar hoy.

Toda mi vida parece fuera de lugar hoy. Tengo cargos de conciencia después de lo que ha pasado durante estos últimos meses.

Sé que eran malos y que quizá merecían morir; sé que se trataba de gente cruel que hacía cosas aún más crueles, pero saberlo no alivia mi conflicto interno.

No consigo dejar de pensar en que yo podría haberlo detenido. Podía haber llamado al FBI. Delatarle, como tantas otras delatan a sus novios o maridos.

Con una sola llamada, habría impedido todas las ejecuciones mafiosas que no han dejado de salir en las noticias desde la muerte de Julian.

Hay muchas cosas que podría haber hecho, y no hice nada.

Me pregunto si Ash, alguna vez, experimenta remordimientos. Él dice que no.

Ya...

No me lo creo.

—¿Por qué te has escabullido de la fiesta?

Me vuelvo hacia Mia y fuerzo una sonrisa. Esto empezó con ella, la noche que la conocí. Ella sigue siendo la misma. Yo, no. Todo ha cambiado.

—Necesitaba un poco de aire fresco.

—Ya. Agobian cuando están todos juntos, ¿no? —dice, riéndose.

Me envuelvo en mi chal y me encojo de hombros. El aire es fuerte y helado. Tengo frío.

—¿Cómo te va en Londres, Mia?

—Si te soy sincera, es un alivio no estar en Cleveland. Y más teniendo en cuenta...

—¿Que tu hermano no deja de cargarse a gente?

La dureza de mi tono la hace fruncir el ceño y guardar un silencio reflexivo, que se prolonga más de lo que me gustaría. La gente, cuando calla, mira. Y, cuando miran, ven cosas.

Y ella debe de notar que esta noche siento el peso del mundo entero encima de mis hombros.

—¿Estás bien? Te veo rara. En la cena apenas has dicho un par de palabras.

La miro a los ojos.

Profundamente.

Y miento, le digo que sí, que solo estoy cansada, que todo este último año ha sido bastante abrumador, ¡pero estoy bien!, no es nada, es que esto de la boda me tiene un poco atacada.

—De acuerdo. Si eso es todo lo que te pasa...

Otra sonrisa relámpago, e insisto nuevamente, incluso con más ahínco que antes, como si, más que a ella, intentara convencerme a mí misma.

—Estoy bien, en serio.

—Genial. Me alegro de oírlo.

—Sí. ¿Volvemos a la fiesta? Hace un poco de frío aquí.

Intercambiamos una sonrisa y regresamos junto con los demás, a ese salón grandioso que, la primera vez que vi, me pregunté cómo sería pasar aquí las navidades, en el seno de una familia.

Ahora ya lo sé.

No es para nada como esperaba. Se suponía que tenía que disfrutarlo, no absorberme en conflictos mentales sobre el bien y el mal.

Nada más verme entrar, Ash viene hacia nosotras, con esa sonrisa suya que solo reserva para mí, y rodea mis hombros con el brazo.

—Eh, ¿dónde estabais? Llevo un buen rato buscándote, señorita. Quiero hacer un brindis y te necesito a mi lado.

—Pues aquí me tienes. Cuando quieras.

—¿Todo bien? —dice, mirándome de una forma diferente, con más atención, como si no confiara en mi sonrisa.

—Claro. Todo genial.

Lo malo de las mentiras es que algunas son tan bonitas que acabas creyéndotelas. Te dices a ti misma que haber apartado la mirada no te convierte en cómplice.

Que se lo merecían.

Sobre todo, eso, te empeñas en creer que se lo merecían, que eran gente mala, que debían pagar por sus crímenes.

Empleas los mismos argumentos que se repite Ash cada vez que aprieta el gatillo. Porque la historia la escriben los vencedores y la verdad es siempre relativa.

Así están las cosas.

Y, una vez te hayas autoconvencido de ello, se vuelve todo muy fácil.

La sonrisa, natural en tu rostro.

Se lo merecían.

¿Tu consciencia? Encerrada bajo puertas de hierro que *no* vas a abrir.

Se lo merecían.

La verdad no tiene importancia. Es un concepto subjetivo que moldeamos a nuestra conveniencia.

La única cuestión aquí es: ¿qué harías tú para proteger a la persona que más amas en el mundo?

Él mataría por ti. Tú solo tienes que apartar la mirada. Fingir no saber nada del tema. Como te aconsejó las navidades pasadas: límitate a follar con él. Juega a las casitas. Asume que lo que eras antes de conocerle no tiene nada que ver con la persona que eres ahora.

Tu integridad, tu moralidad, tu conciencia...

¿Recuerdas siquiera cuándo dejaron de preocuparte?

En la vida, todos nos ponemos siempre del lado de los héroes.

Pero, cuando te paras a escuchar la versión del villano, cuando por fin resuelves el cubo de Rubik y se te desvela el mensaje completo, comprendes que las cosas no son tan simples como parecían desde fuera.

Y, entonces, se te olvida de qué lado estás.

Luz. Oscuridad. Bien. Mal...

La línea es siempre muy delgada, y cuando eres el péndulo que oscila en medio, ¿cómo saber en qué maldito lado hay que detenerse?

Capítulo 34

Cariño, soy tuyo y seré tuyo hasta que las estrellas caigan del cielo.

(Canción *Baby I'm Yours*, Arctic Monkeys)

Alexandra

De algún modo pasa el tiempo y de pronto estoy aquí, delante del espejo de nuestra habitación, con mi vestido de novia y mi impecable maquillaje, lista para dejar de ser Alexandra Harper y convertirme en Alexandra Williams.

Como a mí me era indiferente y Ash quería que nos casáramos lo antes posible, decidimos celebrar el enlace en mayo, en el jardín de nuestra casa.

A petición del novio, ayer se instalaron montones de carpas blancas a lo largo de los cinco mil metros cuadrados que tiene la finca; hay varios rincones, para la ceremonia, para el coctel, para el banquete...

Con un escenario para la banda, una pista de baile, esculturas de hielo y toneladas de flores, no falta un solo detalle para convertir la celebración en un cuento de hadas hecho realidad. Él es el soltero de oro de la ciudad y todas las mujeres de Cleveland sueñan con ser Alexandra algún día.

Es la boda del año, según la prensa sensacionalista; un evento real.

La niña de Axel, vestida de luminoso blanco, sujetará la larga cola de encaje de mi vestido de camino al altar, improvisado bajo la sombra de un antiguo castaño. Una calesa con dos caballos me esperará junto a la escalinata para trasladarme hacia el rincón del jardín dónde Ash quería que celebráramos la ceremonia.

Después, la misma calesa llevará a los novios al banquete. Los demás invitados se moverán por la finca en carritos de golf alquilados.

Al no tener un padre que pudiera acompañarme, el encargado de entregarme a Ash será Axel.

Los invitados, sentados en sillas blancas a ambos lados de la alfombra roja, me estarán sonriendo y deseando lo mejor en esta nueva etapa de mi vida, y yo caminaré por encima de pétalos de flores esparcidos por cinco niños y les daré las gracias con una sonrisa serena.

Abro mi pintalabios favorito y el cremoso rojo mate empieza a dibujar el contorno de mi boca, a darle protagonismo al mejor rasgo de toda mi fisionomía. Era el toque que me faltaba. La maquilladora había elegido un discreto beige, pero eso no me definía, así que decidí quitármelo y pintarme yo misma los labios.

—Perfecto —digo, sonriéndole a la mujer que me observa pensativa desde el espejo.

Aprieto un labio contra el otro y analizo su rostro con meticulosidad, una mirada crítica y tranquila, casi amistosa.

No tiene sentido preguntar qué está haciendo. Ella lo tiene claro. No hay nerviosismo en su expresión.

Solo yo puedo saber que esos ojos marrones, iluminados por la luz dorada del atardecer que se arrastra por la ventana que tengo al lado, ocultan un caos de emociones. Hay miedo y confusión. Muchas preguntas y dudas. ¿Saldrá bien? ¿Cumplirá Ash su promesa? ¿Será el hombre que necesito a mi lado?

¿Y qué hay de mí? ¿Estaré a la altura?

El señor Williams y su flamante prometida, dicen los periódicos. *El señor y la señora Williams*, dirá el maestro de ceremonias cuando Ash y yo inauguraremos el baile de esta noche.

Pero detrás de esa fachada de perfección, se esconde un laberinto de deseos y temores.

Quiero que esto salga bien y me da miedo que no sea así.

En medio de mi conflicto mental, la puerta de la habitación se abre a mis espaldas. Muevo la mirada hacia ahí y mis pupilas se dilatan con espanto.

—¡Ash! ¡No puedes entrar aquí! ¡Trae mala suerte!

Él, tan tranquilo, echa a andar hacia mí, con su traje azul marino impecablemente ajustado, una sonrisa serena en los labios y los ojos, profundos y un poco traviesos, reflejando una confianza que desafía cualquier superstición.

—Lo siento, bomboncito, pero yo no creo en esas tonterías.

—Pues deberías.

—La diosa Fortuna está siempre de mi lado —me recuerda con una sonrisa socarrona, ante la cual yo pongo los ojos en blanco, haciéndole reír—. Estás guapísima —murmura, después de pasear los ojos por todo mi cuerpo, con una lentitud y un interés estremecedores. Cuando vuelve a clavarse en la mía, su mirada arde como el fuego.

Al final le sonrío. Siempre me engatusa.

—Y tú.

—Eso ya lo sé. Has colocado mogollón de cristales en esta casa. Me he visto reflejado al menos cinco veces de camino aquí. Acabaré volviéndome narcisista. Lo que le faltaba a mi personalidad.

Me río y él también, y luego me abraza y me acurruca contra su fuerte pecho, que desprende una energía tan reconfortante que no quiero separarme de él nunca más. Su presencia irradia tanta calma que aplaca la tormenta que se gestaba en mi interior.

—¿No podríamos pasar de la boda y quedarnos así toda la tarde?

Su torso se sacude con la risa ronca que suelta ante mi pregunta cargada de esperanza.

—¿Y cómo se lo vamos a explicar a los niños?

—¿Qué niños?

—Los que vamos a tener —me responde, inclinando su apuesto rostro hacia el mío. Hay una sonrisa mal disimulada en las comisuras de su sensual boca.

—No hemos hablado de niños.

La sonrisa, pendenciera, se ensancha unos milímetros más. Analizo su rostro y, como siempre, no encuentro ni un solo defecto o duda ocultos entre la elegancia de sus rasgos. Él tiene muy claro que quiere casarse conmigo y que esto *va* a salir bien.

—Bueno, esperaba a estar casados. Soy católico, ¿sabes?

Evidentemente, intento no reírme. Tengo que esforzarme mucho.

—*Católico*. Ya.

—¿Qué pasa? —se indigna ante mi risa sofocada—. ¿Y esa cara? Hablo en serio. Mis antepasados eran irlandeses católicos.

Este hombre nunca dejará de asombrarme.

—Pensaba que no creías en Dios.

Sus ojos, de un azul chispeante, se sitúan a la altura de los míos.

—Y no creo. Solo creo en mí mismo y, ahora, en nosotros. Pero, si tuviera hijos sin estar casado, seguro que mis antepasados volverían para atormentarme.

Suelto una carcajada.

—Así que, en el fondo, eres un hombre tradicional.

Me roza la mejilla con el pulgar y me lanza un guiño cómplice.

—El más tradicional de todos, bomboncito. Contigo quiero hacer las cosas bien. Que sea todo perfecto. Intachable.

—En ese caso, no deberías ver a la novia antes de la ceremonia —le recuerdo mientras intento hacerlo retroceder hacia la puerta.

—Espera, espera, espera. Tengo algo para ti.

Dejo de empujarlo y miro la fina cadenita que se acaba de sacar del bolsillo. Es de oro blanco, fina y discreta, perfecta como complemento para el vestido de corte sirena que llevo, tiene la misma elegancia atemporal que el encaje de color marfil que envuelve mi cuerpo y es lo suficientemente sencilla y refinada como para no robarle protagonismo al conjunto.

—¿Qué es esto?

Sonríó, sin poder contenerme, al ver la pequeña corona que cuelga de la cadena.

—Te dije que, cuando todo acabara, sería el hombre que te mereces tener a tu lado y que tú serías mi reina. ¿Qué es una reina sin una corona? —repite, con otro de sus guiños seductores.

—Es preciosa —susurro, con un enorme nudo en la garganta. No me está regalando una joya. Me está haciendo una promesa. Y yo a él, también. Le prometo que lo querré siempre. Pase lo que pase.

Incluso en los momentos más oscuros.

Incluso cuando él rompa la promesa, que lo hará, tarde o temprano volverá a hacerlo, lo sé, pero, incluso entonces, yo seguiré queriéndolo.

—Tú sí que eres preciosa.

Con manos temblorosas, tomo su rostro entre mis manos y lo beso. Y, a través de ese gesto, suave y nada pasional para no restregarle el pintalabios, le entrego mi corazón.

Esta es mi promesa: estaré a su lado en las alegrías y también en las penas, en la salud y en la enfermedad, hasta que el último aliento abandone mi cuerpo o el suyo.

De este mundo se sale de dos maneras: con una corona o dentro de un ataúd.

Hoy, aquí, me estoy enterrando viva y él se ocupa de echar tierra por encima de la mujer que era antes de conocerlo.

Y, después, le ofrece su mano a la nueva Alexandra, la que hemos creado juntos: su reina.

—Te quiero, Ash —le susurro al despegar los labios de los suyos—. Recuérdalo siempre. Si alguna vez experimentas dudas, si nuestro matrimonio se volviera difícil o imposible en algún momento, quiero que regreses a este día y que me veas delante de ti tal y como estoy ahora, con mi vestido de novia y mi voz temblorosa de emoción, diciéndote que te quiero. Y que sepas entonces, *que recuerdes*, que iba en serio.

Mis palabras llenan su mirada de un sentimiento que no sabría identificar. Puede que sea amor en su estado más puro.

—Lo sé. Yo también te quiero, pequeña —susurra, acariciándome suavemente la boca con sus labios—. Eres mi amuleto de la suerte. Desde que te tengo a ti, todo se ha encauzado.

Intercambiamos una pequeña sonrisa, y luego me pongo de espaldas a él para que pueda cerrar alrededor de mi cuello el símbolo tangible de nuestro compromiso mutuo. Lo hace y, acto seguido, me rodea el estómago con el brazo, se pega a mi espalda y planta un beso en mi cuello.

Mi mirada se cruza con la suya a través del espejo. Ha apoyado la barbilla en mi hombro. Me sonríe con ternura y se me queda mirando, sus ojos reflejando un amor y una devoción que me dejan sin aliento.

Bajo la mirada hacia la cadenita que descansa sobre mi piel, su promesa de amor eterno y lealtad inquebrantable, y después vuelvo a buscar a través del espejo el fluorescente azul que me deja sin aire en los pulmones.

—¿Qué sientes ahora? —le susurro.

—Me siento vivo y completo. Feliz por primera vez en mi vida. Tú lo eres todo para mí.

Quiero que lo sepas. Iría al puto Infierno por ti.

—Lo sé.

—Bien. Me alegro de que lo sepas. Te diré lo mismo que me has dicho tú a mí: cuando las cosas se vuelvan difíciles, que con suerte nunca lo harán, quiero que me recuerdes así, diciéndote que te quiero y que iría al Infierno por ti. Y que sepas que va muy en serio.

Lo sé. Solo hay una cosa que haría perder la cabeza a un rey: su reina.

Y, esta, hoy va a casarse con él en una ceremonia a la que asistirán casi quinientas personas, gente del más alto nivel porque Ash es un hombre admirado y respetado en todos los círculos sociales y conoce a todo el mundo que es alguien en este estado, desde políticos hasta mafiosos.

Y todos van a acompañarnos esta noche para presenciar nuestro final feliz.

Paseo el dedo por la rosa que tiene tatuada en el reverso de la mano, le sonrío y ya no hay más dudas.

—Damas y caballeros, ¡demostramos la bienvenida al señor y la señora Williams con esta canción que el novio quiere dedicar a su resplandeciente esposa! *Can't Take My Eyes Off You*, lo cual es bastante acertado porque *nadie* puede quitarle los ojos de encima a la señora Williams hoy.

Entre aplausos, vítores y fuegos artificiales estallando por encima de nosotros, me acerco a Ash, un poco desconcertada porque la música que suena *no* es la canción que habíamos acordado para nuestro baile nupcial.

Cojo su mano tendida y le susurro:

—¿Qué fue de Etta James?

Me guiña el ojo con complicidad.

—Cambio de planes. Frankie Valli me parecía más apropiado.

—Pero...

—¿Confías en mí? —me frena, con sus persuasivos ojos azules clavados en los míos.

Y, entonces, me rindo con un suspiro imperceptible.

—Está bien. *Confío* en ti.

Con una sonrisa irresistible en las comisuras de su sexy boca, me guía con elegancia hasta la pista que acogerá nuestros primeros pasos como marido y mujer.

La atmósfera vibra con una energía inusitada. Mi corazón late febril. Creo que todavía no soy muy consciente de que estamos casados. La ceremonia es un recuerdo borroso. Repetimos los votos que cada uno habíamos anotado en un trozo de papel mil veces manoseado por los nervios, intercambiamos las alianzas y un beso nada católico y ahora estamos aquí, delante de toda esta gente, avanzando hacia el centro de la pista.

Me he pasado la vida entera ocultándome y ahora mismo absolutamente todos me están mirando, porque estoy caminando al lado del hombre que tiene el mundo a sus pies.

Gracias a Dios, su magnetismo es tan contagioso que de pronto me envuelve un aura de confianza y seguridad que nunca antes había experimentado, lo cual me permite recuperar la compostura y no ponerme nerviosa a pesar de sentir las miradas de quinientas personas clavadas en mí.

Cuando llegamos a la altura de los focos, las manos fuertes y seguras de Ash se apoyan en mi cintura con delicadeza y entonces la sonrisa se vuelve natural en mi rostro porque recuerdo que aquí solo estamos él y yo, sin pasado ni futuro, con el contador a cero, listos para escribir nuestra historia.

—Hola, pequeña —me susurra, rozándome la mejilla con la nariz mientras se llena los

pulmones de aire.

—Eh. Nada de guarradas antes de la tarta —advierto, con el ceño fruncido en un falso gesto de indignación.

Riéndose con ganas, me pega a su cálido pecho, me abraza y todo desaparece, los aplausos de la gente y las sonrisas que nos rodean, el ruido ambiental, incluso la voz de Frankie.

Solo le oigo a él, cantándose al oído:

*I love you, baby
And if it's quite alright
I need you, baby
To warm the lonely night
I love you, baby
Trust in me when I say*^[5]

En el fondo, es un romántico.

Capítulo 35

Prefiero morir de pasión que de aburrimiento.
(Émile Zola)

Ash

Le abro la boca con la lengua y la saboreo sin prisas y sin preocuparme por los invitados que siguen ahí fuera tomando copas y fumando puros. Que les follen. Quiero estar a solas con mi mujer, que por algo me he casado.

—Ash... —protesta cuando la dejo coger aire por un segundo. No quiero que se desmaye. Ese vestido parece muy apretado. Se lo quitaré en breve.

—Chissss. Está todo controlado.

—Estamos en el pasillo.

Sonríó sobre sus labios.

—¿Y?

La tengo atrapada contra la pared y no dejo de frotarme contra ella, le restriego insistente la polla contra el estómago mientras le amaso el culo y las caderas.

—Podría vernos cualquiera.

—Tengo dos guardaespaldas en la escalera. He dado órdenes específicas de que nadie, *absolutamente nadie*, suba a la primera planta. Aquí solo estamos tú y yo, bomboncito.

—Vayamos a la cama.

—Y una mierda. —Le muerdo el cuello, se lo lamo y vuelvo a presionarme contra ella—. Voy a poseerte aquí mismo.

—No vas a poder —me dice con una risita—. ¿Has visto lo que llevo puesto?

Analizo su vestido, paseando la mirada por todo su cuerpo, y frunzo el ceño.

—Joder. Tienes razón. ¿Puedo hacerlo jirones?

—No. No puedes —se exaspera e intenta escabullirse de mi agarre, pero la atrapo rápidamente, apoyando las palmas en la pared, a ambos lados de su cabeza. No hay escapatoria—. Ash, ¡venga ya! Tenemos que volver a la fiesta. Hay gente en el jardín. Senadores, congresistas, el alcalde y la realza del crimen, todos en el mismo evento.

—Cierto. Soy un hombre popular.

—Y un arrogante.

—También —admito con una risita—. Les diré que estás indisputada y que me quedo a cuidarte. O, mejor, ni bajo —decido mientras le aprieto los pechos y la provoco con los labios—. No voy a dar explicaciones. Me suda la polla lo que piensen los invitados.

—Muy bonito.

—¿Qué puedo hacer si solo me importas tú?

Con la boca sobre la suya, paseo las manos por su espalda desnuda y le doy golpecitos con mi erección. Tengo el pecho agitado y unas ganas de besarla y follármela que no puedo con mi existencia.

—Ven —le susurro, tensando los dedos sobre su muñeca.

—¿Adónde?

—A la habitación. Ya que no me dejas arrancarte esto del cuerpo, te lo quitaré civilizadamente para que puedas volver a ponértelo después.

Me sigue, al ver que he entrado en razón y que no voy a comportarme como un salvaje.

Entramos en la habitación. Ni me molesto en encender la luz. De todos modos, con la cantidad de farolillos que hay en el jardín, veo más que de sobra.

La coloco de espaldas a mí y empiezo a desabrocharle el vestido. Mi polla palpita impaciente en la parte baja de su espalda.

—¿He oído un crujido?

Hago una mueca.

—Intento ser delicado, en serio, pero, joder, quiero follarme a mi mujer y el puto diseñador de mierda este me lo está poniendo muy difícil. Hace falta un máster para adivinar cómo se desabrocha esto.

Por fin consigo soltar el último botón, y entonces la vuelvo entre mis brazos, echo una mirada rápida y hambrienta a sus perfectas tetas embutidas en un corsé blanco que me la pone todavía más dura y, tensando los dedos en su cuello, le doy un beso feroz, que nos deja a los dos sin aliento.

Al detenerse mis labios, no la suelto, me quedo un buen rato así, con la boca encima de la suya, respirándola, y los dedos presionándole el cuello.

—De rodillas en la cama —ordeno de pronto, con voz áspera.

Me pone mala cara.

—¿Crees que por habernos casado puedes darme órdenes?

Mis ojos se encienden con un deseo salvaje al encontrarse con los suyos en la penumbra.

—Quiero lamerte entera —le respondo en el mismo tono brusco y gutural. Suena casi a amenaza— y es mejor que tengas las rodillas apoyadas contra algo firme porque haré que te tiemblen.

—Bueno, vale, tú ganas.

Sonrío al ver la rapidez con la que obedece.

Sin quitarme ni una prenda de ropa por el camino, me arrodillo en el suelo, meto la cabeza debajo de toda esa tela de encaje, apartando lo que se interpone en mi camino, y pego la boca a su coño, paseando la lengua por encima del satén blanco de sus braguitas.

—Esto es la puta gloria —farfullo, antes de volver a la carga.

Alexandra se tensa y se aprieta contra mi boca, y sé que es mía, ya la tengo. Esto es para siempre.

Gruño y le doy un mordisquito en el clítoris cuando consigo que empape la ropa interior.

—Ash...

—Ya lo sé —farfullo, con la respiración muy alterada.

Aparto la tela que me frena el paso y mi ansiosa lengua lame cada delicioso centímetro de ella, deteniéndome solo cuando noto que está a punto de correrse.

—¿Por qué te par...?

Calla y gime fuerte cuando me hundo en su interior de golpe. Tenso los dedos en sus caderas, me detengo por un segundo para saborearlo bien y después empiezo a bombear fuera y dentro, embistiendo sin control hasta que ella se contrae, yo me tensa y, entre espasmos y ruidos animales, me vacío en lo más profundo de su cuerpo, con los dientes clavados en su hombro y la mano tensa en su pelo.

Cuando mi polla deja de sacudirse y su resbaladizo coño ha dejado de apretarme, me desplomo contra su espalda y tensa los brazos alrededor de su estómago.

—Pues ya queda inaugurado el matrimonio.

—Dios mío. ¿Cómo he podido casarme contigo?

—Precisamente por lo que acabo de hacerte. Sabes que conmigo no vas a aburrirte nunca. Se echa a reír y yo vuelvo a tensarme de puro placer.

—Auch. Ten en cuenta que sigo dentro de ti y que, siempre que te contraes, veo las putas estrellas.

—¿Te refieres a cuando hago esto?

—Cielo, no me provoques.

—¿O qué?

—O en cinco minutos volveré a follarte.

—¿Cinco? Te estás haciendo mayor.

—Si me la chupas un rato, serán tres.

—Eres un cerdo.

Me río, con la cara hundida en su pelo.

—Este matrimonio va a ser muy divertido —auguro entre risitas.

Poco a poco me retiro de su interior y me dejo caer a su lado en la cama. Estoy bocarriba. Ella, bocabajo. Intercambiamos una mirada risueña mientras luchamos por recuperar el aliento y las fuerzas.

—¿Vas a decirme dónde me llevas de luna de miel?

—Nop. Lo sabrás cuando lleguemos.

—Aaaaash...

—¿Quééééé? —repongo en el mismo tono, mitad impaciente mitad exasperado.

—¡Tengo que saber qué ropa hay que llevar!

—Pequeña, es nuestra luna de miel. Lo adecuado sería no llevar ropa en absoluto.

—Me exasperas.

—Ya lo sé —replico divertido.

—Y te la suda, ¿verdad?

—Pues sí.

Me da un golpecito indignado en el brazo y yo, riéndome, tiro de ella y la acurruco contra mi pecho.

—Deberíamos hablar de la píldora.

Su mirada se eleva lentamente hacia la mía.

—¿Qué?

—Bueno, no ahora mismo, pero en un tiempo prudencial, ¿medio año, tal vez?, a lo mejor podrías... no sé... ¿plantearle dejar de tomarla?

Se tensa a mi lado. Está de repente muy seria. No sé si esto le gusta... Si la asusta... Si cree que es pronto...

—¿Me estás diciendo que quieres que tengamos hijos?

Me encojo de hombros.

—Yo estoy listo si tú lo estás. —Su boca empieza a desplegarse en una sonrisa—. ¿Qué? ¿Por qué sonríes así?

—Porque, cuando te conocí, nunca pensé que fuera a tener hijos contigo.

Contengo la respiración unos segundos, en los que mis ojos se arrastran por todo su rostro, absorbiendo su expresión.

—Para que yo me entere bien, ¿me estás diciendo que sí?

Me guiña el ojo y la sonrisa sigue aumentando en su rostro.

—Sí —confirma tras un largo silencio—. ¡Pero no serán principitos o princesas de la mafia!

—¡Claro que no! —me indigno ante su tonito acusatorio—. ¡Irán a la puta *Ivy League*! Serán

gente respetable. Puede que nuestro hijo acabe siendo el próximo presidente de los Estados Unidos, el John Fitzgerald Kennedy de su generación.

—¿Y si es una niña? —repite, divertida—. ¿Será la Jacqueline de su generación?

—No digas tonterías. Que Jacqueline ni Jacqueline. Haré añicos el puto techo de cristal y nuestra hija será la primera mujer en sentarse en el jodido despacho oval.

—Tú siempre has sido un feminista —dice con una risita.

—¿Qué quieres que te diga? Me crio una madre soltera.

Hablar de mi madre me hace pensar en ella, y poco a poco la sonrisa se apaga en mi rostro.

Le habría encantado asistir a mi boda. Conocer a mi mujer. A sus nietos.

Todo eso se lo quitaron, y algún día yo le quitaré la vida a esa persona.

Alexandra debe de notar que algo ha cambiado en mí, porque se incorpora, apoyándose en un codo, y me mira con preocupación.

—¿Alguna vez averiguaste quien lo hizo?

—Sí.

—¿Te lo cargaste?

—No.

Su mirada inquisitiva busca respuesta en mi expresión facial. Al no encontrar nada, susurra:

—¿Cómo es eso?

Cojo aire en los pulmones y lo expulso muy despacio.

—Llegar hasta él no es fácil. Es un hombre muy poderoso.

—¿Cómo de poderoso?

—Un alto mandatario. Trabaja en el Servicio de Seguridad Diplomática. Está en lo alto de la pirámide. Nunca ha sido fácil llegar hasta él, pero ahora es imposible. Lo destinaron a Libia en 2012, después del asalto al consulado estadounidense en Bengasi. Si me lo cargo ahí, daré pie a un conflicto internacional, justo ahora, cuando el país está a punto de lograr la estabilidad y la prosperidad dentro del marco constitucional. La paz es demasiado frágil. No puedo ponerla en riesgo. La única forma de matarlo es que pise suelo estadounidense. Pero no hablemos de esto en nuestra noche de bodas. Mejor volvamos a la fiesta, ¿quieres?

No, no quiere. Se ha puesto muy tensa.

—Dijiste que se había acabado.

Su tono acusatorio me hace entornar los párpados.

—¡Y se ha acabado! Él vivirá su vida ahí, asegurando la paz y la prosperidad de esa gente, y yo viviré la mía aquí, contigo. Te hice una promesa —murmuro, rozando con el dedo índice la pequeña corona que cuelga de su cuello—, y voy a respetarla.

A no ser que él pise suelo estadounidense, claro. Porque, si eso pasara, será lo último que haga en su miserable vida.

Le sonrío a Alexandra para tranquilizarla y levanto el brazo para hacerle hueco a mi lado.

Me mira con dureza, pero yo no desvío la mirada ni flaqueo, así que al final cede, se deja convencer por mis palabras y por mi expresión seria y comprometida y se acurruca contra mi cuerpo, apoyando la mano encima del chaleco que llevo por debajo de la americana.

Algún día cumpliré la promesa que hice delante de la tumba abierta de mi madre, pero, desde luego, mi noche de bodas no es el mejor momento para pensar en venganzas.

—No le des más vueltas, pequeña —le susurro con ternura mientras la abrazo más fuerte—. Cumpliré mi promesa. Seré el hombre que necesitas a tu lado.

Un hombre de palabra. Claro que lo seré. Lo seré cuando me lo cargue. No le estoy mintiendo porque, incluso cuando miento, yo digo la verdad.

Capítulo 36

Hay que vivir deprisa, la muerte llega pronto.

(James Dean)

Ash

El pelo de Alexandra atrapa los destellos dorados del atardecer. La tela de la falda de su vestido ondea con la brisa parisina mientras ella, con sandalias cómodas que me hacen parecer un gigante a su lado y decenas de pulseras bohemias en la muñeca derecha, camina con gracia por pintorescas callejuelas que ni sé adónde llevan ni me importa en absoluto. El destino es irrelevante. Lo único que quiero es seguirla.

Me doy cuenta de que atrae la atención de varios tíos, que le hacen un rápido escaneo con la mirada, antes de toparse con mi expresión acerada, que les invita a irse a tomar por culo.

No me sorprende en lo más mínimo que se sientan atraídos por ella. Su belleza, su elegancia y esa sonrisa que no abandona sus facciones desde que aterrizamos en París son como imanes que capturan la atención de los hombres que se cruzan en nuestro camino.

Hoy, nuestro tercer día aquí, lleva un vestido veraniego, estampado, de tirantes, sin sujetador por debajo, y una cinta a juego en el pelo. También lleva gafas de sol de montura negra, muy *vintage*, y pintalabios rojo. Está guapísima.

Debe de notar la insistencia de mi mirada porque deja de mirar golosa los *macarons* multicolores expuestos en el escaparate de una pastelería, vuelve la mirada hacia la mía y me frunce el ceño.

—¿Qué?

—Nada. Es que verte en modo turista me fascina —respondo mientras paseo a su lado con las manos hundidas en los bolsillos de mis pantalones blancos, la camisa de lino azul pálido doblada por debajo de los codos—. ¿Quieres esos *macarons*?

—No debería. Llevo todo el día comiendo.

—Gilipolleces. Voy a comprarte los *macarons*.

—Ash —protesta, pero yo ya estoy dentro de la tienda—. Sí, *bonjour*. Quiero doce de estos. La dependienta me dice algo en francés. Ni puta idea.

—*Douze... de estos... s'il vous plait* —le repito lentamente.

Al final me entiende, escoge doce *macarons* y los guarda en una cajita muy mona de cartón.

Me encuentro a Alexandra apoyada contra la pared al salir.

—*Pour vous, mademoiselle* —digo, ofreciéndole la caja con una sonrisa.

—Menos mal que te ha servido para algo la guía que te leíste en el avión.

Me echo a reír y le robo una galleta de la caja.

—Joder, sí que están buenas, las hijas de puta.

Riéndose, me da un empujoncito con la cadera. Yo la rodeo con el brazo, la pego a mi costado y paseamos sin prisas por las calles empedradas.

—Tú no sabrás montar en bicicleta... —le digo de pronto.

Vuelve la cara hacia la mía, con las cejas arqueadas por debajo de las gafas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ese alquila bicicletas.

Su atención se desvía hacia el tipo que acabo de señalarle con un gesto del mentón.

—¿Quieres pasear en bici por un París que está atardeciendo?

—¿Es cursi?

Me mira, con una sonrisa cada vez más acentuada en las comisuras de su carnosa boca.

—No es cursi —responde, colgándose de mi cuello con los brazos—. Es perfecto.

Reprimiendo una sonrisa, pongo las manos en su esbelta cintura y la beso. La gente pasa a nuestro alrededor. El sol sigue hundiéndose entre los edificios que rodean la plaza. No es más que otro día en París. No tiene nada de especial. Pero para mí, lo es. Y sé que para ella también.

En Italia, nos empapamos de arte y cultura. Visitamos templos e iglesias, tiendas y museos. Desde el Renacimiento en Florencia hasta las últimas huellas de los romanos en la capital del imperio, no quiero que se pierda nada.

Cenamos en un *palazzo* de Venecia y encargamos ropa en una boutique de Milán.

Leemos la *Cosa Nostra*, de John Dickie, que ella se empeñó en comprarme en una librería de París, y nos reímos a carcajadas mientras comemos naranjas en la cama de nuestra habitación de hotel, ajenos a la madrugada que se arrastra por la ventana abierta.

(Están teniendo un mes de mayo sorprendentemente cálido en Italia, lo dicen los periódicos).

Con el brazo alrededor de su cuerpo y saciado después de hacerle el amor apasionadamente entre las sábanas arrugadas, pienso en que toda mi vida podría ser así. Nada de preocupaciones. Nada de malgastar el tiempo con cosas que ya no me importan. Solo ella y lo que estamos construyendo juntos.

Se queda dormida y entonces salgo a fumar en la terraza, y sigo cavilando, haciendo planes, organizando los negocios y mi propio funeral. Cuando empieza a asomar el sol, sigo ahí, y ella se acurruca contra mi espalda y me abraza por la cintura.

—Eh... ¿No has pegado ojo en toda la noche?

Sonrío, con los ojos clavados en una basílica, y pongo la mano encima de las suyas. El humo de mi cigarro dibuja espirales en el aire.

—Me pasé con los *espresso* ayer.

—¿Te encuentras bien?

Me deshago del cigarrillo, me vuelvo hacia ella y la abrazo.

—Mejor que nunca. Buenos días.

Me devuelve la sonrisa, aunque la suya es soñolienta y muy adorable.

—Buenos días.

La beso con suavidad en los labios y mi mirada vuelve a arrastrarse con ternura por sus facciones.

—¿Lista para la aventura?

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Te lo cuento si me la chupas un rato.

Me da un golpe en el pecho.

—¡Puerco!

Riéndome, la abrazo y la obligo a retroceder hasta que aterrizamos los dos en el colchón.

—Verás lo que pasa cuando me insultas, señora Williams.

Empiezo a hacerle cosquillas y ella se revuelve y forcejea conmigo.

—¡Para! ¡Ash! —exclama entre risas histéricas.

—¿Qué? ¿Te rindes? ¿Hm? ¿Te rindes o sigo?

—¡¡Ay!! ¡¡Para!! Me rindo. ¡Me rindo!

Dejo de torturarla, me vuelvo serio y entonces la beso, le lamo la boca sin prisas, y ella lame

la mía y pienso en lo jodidamente perfecto que es todo y en que... puede que perdamos el vuelo a Budapest.

En nuestra cuarta noche en Budapest se desata una tormenta de cojones en la ciudad, así que nada de pasear por la orilla del Danubio hasta el Teatro Nacional; hoy toca cena en el restaurante del hotel y de vuelta a la habitación después de compartir un *strudel* de cereza con nata y café descafeinado, no vaya a ser.

Aunque no me quejo.

Hemos echado un polvo épico y ahora, atrapados en nuestro refugio, nos sumergimos en conversaciones profundas y risas cómplices, con el escándalo de los truenos y el furioso golpear de la lluvia contra la ventana, dramática música de fondo, como uno esperaría de un país tan enigmático como Hungría. Es como si la frenética lluvia quisiera hablarnos de las leyendas que envuelven estas tierras, susurrarnos antiguos secretos, misterios aún por resolver.

La luz se va de pronto después de un rayo que ha iluminado toda la habitación, y entonces me echo a reír, la abrazo y le digo que este país ha cumplido con todas mis expectativas.

—¿No te parece que hay algo siniestro en este hotel? A lo mejor están todos muertos.

Alexandra me propina un golpecito en el brazo y yo sigo riéndome de lo lindo.

—¡No tiene gracia! ¡Estoy acojonada!

Dejo de carcajearme y la miro, con una sonrisa llena de ternura en los labios.

—No te preocupes, pequeña. Yo te cuidaré. *Siempre*. A no ser que sean zombis, claro. En cuyo caso, dejaré que te devoren. Empezando por... ¡aquí!

—Ay —grita, forcejeando conmigo en vano porque podría sujetarla con una mano y fumarme un cigarrillo al mismo tiempo.

Después de torturarla a cosquillas durante un buen rato, me canso y entonces la beso, y el tempestuoso cielo de Budapest vuelve a iluminarse en mitad de su danza de elementos desatados, como si la mismísima ciudad notara la electricidad que desprenden sus labios encima de los míos.

Capítulo 37

El mundo es cruel. Y la única ética en un mundo cruel es el azar.

(Película El Caballero Oscuro)

Un año después

Alexandra

La jueza Andy MacGregor nos está contando una historia fascinante sobre sus tiempos como becaria de un abogado defensor que justo hoy ha sido condenado por ser el cabecilla de una impresionante trama de corrupción que salpica a altos cargos de la fiscalía, cuando un cambio en la música me hace desconectar de la conversación y recorrer la sala con la mirada, hasta caer presa de los ojos devastadores de Ash.

Está de pie junto a una escultura de hielo, con un traje negro como el carbón, las piernas separadas, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, y me mira con una intensidad que me deja sin aliento.

Suena nuestra canción, y dado que la velada la organiza su empresa para inaugurar el parque de viviendas sociales que acaban de estrenar en la Avenida Seymour, no me cabe duda de que no es casualidad.

—¿Me disculpan?

Me despido con una sonrisa amable del grupo de personas que se apiñan alrededor de la vivaracha jueza y me acerco a mi apuesto y galante marido, consciente de que la gente no nos quita la mirada de encima.

Hay periodistas por todos lados, sacando fotos, disparando sus flashes. Somos la pareja más mediática de la ciudad. El filántropo dueño del grupo de empresas más solventes de Cleveland y su encantadora esposa, la diseñadora de interiores Alexandra Williams, que ha conseguido abrirse hueco en el mercado local sin contar con la ayuda de su todopoderoso marido y firmar un contrato succulento con una famosa cadena de hoteles. Nuestra felicidad conyugal casi da asco. Parece que lo tengamos todo.

—¿Bailas? —me dice Ash cuando me detengo delante de él, con mi elegante vestido de coctel y los labios, rojos, ocultando una sonrisa. Esta noche los dos hemos apostado por la ropa de color negro. No ha sido a propósito, si bien lo parece.

—¿Contigo?

—¿Te lo ha pedido alguien más? —repone, con una chispa de humor ardiéndole en la mirada.

—De acuerdo. Bailemos.

Me rodea con los brazos, me acerca a él y noto que, nada más hundir la cara en mi pelo, inhala profundamente y tarda unos segundos más de la cuenta en exhalar.

—No irás a empalmarte, ¿verdad? —Se echa a reír por lo bajo ante la mueca suspicaz que le dedico y niega para sí, dando a entender que no tengo remedio—. Más vale que te domines. Todo el mundo nos está mirando.

—Pues que miren —me susurra al oído, rozándome la oreja con los labios—. Bonito vestido. Sonrío.

—Gracias.

Pasea el dedo a lo largo de mi tirante e intercambia una mirada ardiente conmigo.

—¿Cuándo podré quitártelo?

La sonrisa se acentúa en mis labios.

—Cuando estemos en la intimidad de nuestro hogar.

—¿Y cuánto queda para eso?

—Toda la noche.

—Puñetas...

—Eres el anfitrión de la fiesta.

—Odio cualquier cosa que se interponga entre tú y yo.

Sin dejar de sonreír, me abrazo a su cuello y nos mecemos despacio, rodeados por otras parejas, otros maridos que han aprovechado la canción de Frankie para sacar a sus esposas a bailar.

Pero son irrelevantes porque aquí, como siempre, solo estamos él y yo.

Siempre que suena esta canción, al igual que en nuestra boda, Ash me la tararea al oído.

I love you, baby

And if it's quite alright

I need you, baby... [\[6\]](#)

Me aferro a él con más fuerza, como si pretendiera retenerlo, como si pensara que alguien podría quitármelo, y me siento bien, me siento como si estuviera en la cima del mundo, sin ninguna posibilidad de caerme.

—¿Te has hecho el test? —me susurra.

Asiento.

—Negativo. No estoy embarazada.

—Bien. Follaremos más duro, hasta que lo estés.

Sonrío, con el rostro oculto en su cuello.

Tengo su áspera mejilla encima de la mía y no quiero moverme porque me gusta la sensación.

—Creía que estabas muy ocupado con tus negocios.

—Lo estoy, pero siempre tengo tiempo para ti.

Eso es cierto. Este último año ha sido un marido ejemplar. No ha llegado tarde ni un solo día. Nada de secretitos, reuniones a medianoche con los suyos, llamadas en clave o asesinatos a quemarropa en la calle. La ciudad está en calma. Yo estoy en calma. He llegado a creerme que el final feliz es posible, que esta historia *puede* acabar bien, que él lo ha dejado todo para estar conmigo, al igual que yo lo he dejado todo para estar con él.

En eso estoy pensando cuando los labios rojos de Seven se aproximan a su oído y le susurran algo.

Algo que hace que el semblante de Ash se endurezca de golpe y sus ojos se carguen con una especie de sentimiento frío y aniquilador.

—¿Qué pasa?

Compone de inmediato una sonrisa tranquilizadora y su expresión vuelve a ser normal.

—Nada que deba preocuparte. Es solo un asunto que tengo que atender.

Dan ganas de confiar en esos persuasivos ojos azules que me instan a la calma, pero he encontrado una pequeña grieta en su impecable máscara y me he adentrado a través de ella hasta verme inmersa en algo malo, algo en lo que no quiero sumergirme, algo que me aterra.

Busco y busco y busco, desesperada, y lo único que encuentro es oscuridad.

Y no es que haya regresado. En realidad, nunca desapareció. Solo estaba ahí, oculta, esperando el momento idóneo.

—¿Qué te ha dicho Seven? —inquiero, con una voz tan gélida como lo es mi mirada.

Su expresión serena no consigue disipar mis preocupaciones.

—No es nada grave, tranquila. Solo tengo que ir un momento a la oficina para dejar firmados unos documentos. Te veré luego, en casa.

—¿Te vas? —farfallo, sin dar crédito.

Otra sonrisa tranquilizadora.

Un beso en la mejilla.

La expresión de *no te preocupes, cielo, está todo controlado* en su apuesto rostro.

Tengo ganas de chillar. De pegarle. De sacudirle. De gritarle: *para de una puta vez. Deja la venganza. Vive tu vida. Quédate conmigo.*

Pero lo único que hago es mirarlo. Muda. Dócil. Consciente de que, diga lo que diga, no le haré cambiar de opinión.

—Despídeme de los invitados, ¿quieres? Toma. —Me pone algo en la mano. No miro el qué porque no soy capaz de despegar los ojos de los suyos—. Mi discurso. Léelo tú por mí, cielo.

—Pero...

—Te veo en casa, ¿vale? Te quiero.

Se va tras otro beso rápido en mi mejilla y yo me quedo sola en mitad de la pista, con la mirada perdida, incapaz de tomar aliento.

¿Conoces ese instante que lo paraliza todo? ¿Tu mente, tu corazón, incluso esas diminutas moléculas de oxígeno que nutren tus pulmones?

Entonces ya sabes lo que se siente cuando tu mundo entero se hace añicos.

Primero, la calma. Luego empieza el caos.

He visto esos labios rojos moverse al lado de su oído, y sé perfectamente lo que han dicho: *el senador Hughes va de camino al casino.*

Y solo necesito unos segundos para comprenderlo, para que la información pase a través de mis conductos cognitivos, enlace deprisa una información con la otra y todo cobre sentido.

Recuerdo de pronto que hoy se ha celebrado un evento de Naciones Unidas en la ciudad, al que Hughes ha asistido. Lo leí en el periódico, aunque la noticia me pasó desapercibida en ese momento. No me afectaba. Solo era un senador del que nunca había oído hablar.

Fue al escuchar su nombre en labios de Seven cuando comprendí quién es; cuando establecí la conexión entre él y Ash.

Por lo visto, Aston Hughes es nuevo en el Senado. Fue elegido hace unos pocos meses. Antes trabajaba en el extranjero.

Para ser exactos, en la embajada de Estados Unidos en Libia.

El extracto del periódico decía que ha realizado un gran trabajo ahí y que le han invitado al evento de hoy como muestra de agradecimiento por sus labores de negociación. Gracias a él, el país africano está hoy un paso más cerca de la democracia de lo que lo estaba cuando le enviaron ahí.

Un gran hombre, según los periódicos. Un patriota y un hábil diplomático.

Un monstruo, según Ash.

¿Y qué hace él? Limpiar la ciudad de monstruos. Ningún monstruo es inmortal, ¿verdad? *Memento mori.* Todos debemos morir. Y hoy lo hará el senador.

Se me hiel la sangre al comprender las implicaciones del asesinato que está orquestando mi marido mientras yo sigo aquí, atónita, con la sangre rugiéndome en las sienes, mi ridículo vestido negro de alta costura que empieza a asfixiarme, el estúpido colgante que arde sobre mi piel, cruel recordatorio de que sus promesas significan una mierda...

—Señora Williams, estoy buscando a su marido. Es hora de que dé el discurso.

Salgo de mi abstracción con un fuerte parpadeo y enfoco al hombre que tengo delante, un tipo

alto y rubio, que me sonríe con aire apremiante.

—El discurso —farfulto, intentando concentrarme—. S . Tenga. L alo usted. Yo tengo que irme.

—Pero  y el señor Will...?

—El señor Williams no va a volver esta noche.

Porque piensa cargarse a un puñetero senador de los Estados Unidos de América.

«Dios mío...  Eso es terrorismo, joder!»

No puedo dejar que haga algo así porque las consecuencias serían catastróficas.

 C mo ha podido pasar esto?

  Y dónde cojones estaba yo?!

 C mo es posible que no haya notado nada raro en él? Debe de llevar meses detrás de la presa, acechando, acorral ndola, tendi ndole la trampa, atray ndole a la ciudad...

Me ha estado mintiendo, y yo me lo he tragado todo como una gilipollas porque, a veces, vemos solo lo que queremos ver.

Dicen que el amor es ciego. Puede que tengan razón.

—Me has mentido.

Mi voz suena helada en el silencio de nuestro dormitorio.

Ash, sobresaltado, se vuelve hacia mí con una 9 mm en la mano. Hay todo un arsenal de armas y munición detrás de sus trajes y sus camisas, lo cual no me lo esperaba porque yo supervis  la reforma de esta casa y puedo asegurar que no pedí que los obreros hicieran un doble fondo en el armario principal. Ni en ningún otro...

—No te he oído entrar.  Por qué no est s en la fiesta? —me dice, tan tranquilo, sin molestarse en explicar por qué ha instalado en nuestro vestidor la guarida de Batman, llena de juguetitos mortíferos que no quiero tener cerca cuando duermo.

— Por qué no est s t  en la oficina?

Sonríe y sigue comprobando el peso que tiene el arma entre sus manos.

—Tengo que resolver un asunto.

—S . C rgate al asesino de tu madre.

Deja de jugar con la pistola, levanta la mirada hacia la mía, prestándome atención por primera vez desde que he entrado en la habitación, y me frunce el ceño.

— C mo sabes eso?

—Soy muy observadora.

Vuelve a sonr er, enseñando los dientes.

—Eso es cierto. Nuestros hijos serán la polla de listos.

Cruzada de brazos, me apoyo contra la pared y lo observo con calma. Largo rato, sin prisas. Arrastro la mirada por sus hombros anchos, por su perfil tenso y vacío de cualquier expresión...  Por qué no puede ser un contable? No necesitamos dinero ni mansiones. Solo el uno al otro.

—No puedo dejar que lo hagas, Ash.

—No puedes detenerme.

Mis ojos aún se arrastran por su figura corpulenta y poderosa. Est  impresionante con su distinguido traje tres piezas y la sombra de una barba incipiente enmarcando su cincelada mandíbula.

— Has pensado en las consecuencias?

—No habrá consecuencias.

—Cuando apuntas tan alto, siempre las hay —le recuerdo con tristeza.

—Tengo que hacerlo, Alexandra —masculla, sin mirarme, demasiado concentrado en cargar la recámara de otra arma.

Ha cambiado de idea. La 9 mm no le convencía. O puede que planea llevar dos pistolas.

—Tienes que hacerlo. Sí. Y yo *tengo* que detenerte. Así están las cosas.

Mi empeño le arranca una sonrisa de lado. Viene hacia mí con ese magnetismo que hace que la gente contenga el aliento cuando está cerca de él y me coloca el arma entre los dedos; me obliga a sujetarla con firmeza.

—Pues dispara, cielo, porque esa es la única manera de detenerme.

—Sabía que no atenderías a razones. Lo vi en tus ojos, antes de que me dejaras sola en la fiesta.

—Entonces, ¿por qué te has molestado en venir?

Lo tengo tan cerca que podría besarle con solo mover un poco la cabeza. Pero no lo hago. Porque, si lo hiciera, sería todo mucho más difícil y ya es lo bastante horrible de por sí.

—Ojalá nos hubiéramos quedado en el piso franco para siempre —murmuro, con los ojos cargados de lágrimas—. Ojalá tú solo fueras Ash y yo solo fuera Alexandra. Nada desearía más en este momento.

Repara en las lágrimas que empiezan a escurrirse por las equinas de mis ojos e inclina la cabeza hacia un lado, fruncido su ceño con evidente confusión.

—¿Qué...?

No le da tiempo de formular la frase. El cristal de la terraza se hace añicos.

—¡FBI! ¡AL SUELO! ¡AL SUELO, JODER! ¡APÁRTATE DE ELLA!

Ash me mira sin comprender, negando, diciendo *¿qué cojones?*

Y, entonces, yo lo encaño con la pistola que él mismo me ha colocado entre las manos y las lágrimas se detienen, congeladas por el hielo que me recubre.

—Ya le has oído. FBI. Al suelo. Nada de gilipolleces, Ash. Estás rodeado.

Los hombres como él se creen inmortales. Hasta que caen. Siempre he disfrutado de este momento. Incluso cuando empecé a salir con él, una parte de mí todavía soñaba con poder hacer añicos su arrogancia. Pero, ahora que lo he conseguido, no siento la menor satisfacción. Es horrible. Ver cómo se arrodilla delante de mí, cómo se rinde porque sabe que no va a salirse con la suya esta vez, es demoledor.

Si he ganado, ¿por qué me siento como si estuviera pegando fuego a todas mis naves?

Durante dos años he sido una viajera. Saltando de un mundo al otro. Sin saber a qué bando o causa pertenecía realmente. Sin intervenir. Siempre observando. El péndulo que oscila entre la luz y la oscuridad.

Pero ya no puedo seguir haciéndolo. Esto debe acabar hoy, aquí, con las luces de las linternas reflejándose en nuestros rostros, las botas de un ejército de federales mancillándolo todo, jodiendo nuestra bonita alfombra beige en la que hace solo tres noches estábamos haciendo el amor apasionadamente, con la intención de convertirnos en padres.

Él ha sido incapaz de cumplir su maldita promesa y a mí no me ha quedado otra que intervenir. Ahora ya no vacilo. No pienso. Solo ejecuto. La pistola firme entre mis dedos, los ojos incapaces de despegarse de los suyos, la puñetera adrenalina en las venas.

—Lo siento —formulo con los labios, sin alterar el silencio de este mundo que ahora gira a cámara lenta.

Su única respuesta consiste en contraer la mandíbula. Sigue mirándome, incapaz de reconocer mi rostro sin la máscara que siempre lo ha estado ocultando. Hace mucho tiempo que yo

tampoco me reconozco. Cada vez que me miro a un espejo, me pregunto quién soy realmente.

—¿Le lees los derechos, Coop? ¡Agente Cooper!

Vuelvo en mí y miro al compañero que me ha llamado.

Tommy Murkowski. Antes me lo tiraba.

—¿Qué?

—Toma. Imagino que no guardarás un par de esposas en el ligero. ¿Llevas ligero debajo de esa cosa?

Ve de reojo a Ash rechinar los dientes, negar y gruñir, y corto a Tommy de inmediato.

—No es asunto tuyo. Dame las putas esposas.

—Uhh. ¿Qué pasa, que estás con la regla?

—Capullo —rezongo, arrancándole las esposas de la mano.

Entre tanto, dos agentes han ayudado a Ash a incorporarse y lo sujetan cada uno por un brazo. Me acerco a él para leerle los cargos y sus derechos. Sigue mirándome. Nunca ha dejado de hacerlo. Supongo que cuesta asimilar que, de todos ellos, yo, precisamente yo, voy a ser su verdugo.

—Ash Williams, quedas detenido. Se te imputan cargos de asesinato, conspiración para cometer asesinato, pertenencia a banda criminal, obstrucción a la Justicia, juego ilegal, extorsión... Me parece que lo único de lo que no puedo acusarte es de evasión de impuestos. Has pagado los tuyos religiosamente.

Pone una sonrisa de lado y yo le recito sus derechos.

Tienes derecho a permanecer en silencio...

Tienes derecho a un abogado...

Sigue mirándome, como si aquí estuviéramos solo él y yo. Nadie más que le importe. Está tranquilo. Decepcionado, pero tranquilo. Me observa con una curiosidad casi infantil, fascinado por descubrir esta nueva faceta mía.

—¿Entiendes tus derechos? —le repito por segunda vez, al no haberme contestado la primera.

—Ahora lo entiendo todo —murmura, y una tremenda desesperanza se cuela a través de sus palabras.

Le pongo las esposas, y entonces se lo llevan.

—¿Vienes, Coop? —me pregunta Tommy mientras yo sigo mirándolo. Parece poderoso incluso esposado. Como si esto no fuera más que un juego para él. Otro desafío. Otra persona más en su vida que le decepciona. Nada nuevo, supongo.

—Id vosotros. Necesito un momento —consigo decirle con voz estrangulada.

Me rodea el brazo con la mano y sus preocupados ojos marrones se sitúan a la altura de los míos.

—¿Estás bien?

Tommy es un buen tío.

Tommy no es Ash.

Me aparto para que deje de tocarme y compongo una sonrisa temblorosa.

—Genial. ¿Podéis iros ya?

—Claro. Te veo luego.

—Sí. Luego.

Se marchan todos, y yo me siento tan apabullada que prácticamente me desplomo encima de la cama y por fin me echo a llorar.

Me cubro la boca con la palma y lloro en silencio mientras pienso en él. En su sonrisa. En su forma de mirarme. En los guiños socarrones que me lanzaba con complicidad cuando le pescaba

observándome en algún evento, como si fuera literalmente incapaz de quitarme los ojos de encima.

Mi cuerpo vibraba solo por estar en la misma maldita habitación que él.

Nadie estará nunca a su altura. Nadie podrá llenar el vacío. Sabía desde el principio cómo iba a acabar la historia. Pero no tenía ni idea de lo mucho que me iba a doler.

En mi mente lo veo una y otra vez saliendo de esta habitación esposado, caminando por encima de los añicos del cristal y de nuestro destrozado matrimonio. La cabeza alta. Mirando siempre de frente, con actitud desafiante.

Antes, la diosa Fortuna estaba de su lado, pero ahora incluso ella lo ha abandonado. No importa, supongo.

En el fondo, él siempre ha sido de los que caminan solos.

Epílogo

Pero así como el amor te corona, también te crucificará.

(Franz Kafka)

Ash

No la veo hasta la mañana siguiente.

En todo este tiempo, el soplapollas de Clark me da el coñazo con la matraca de siempre: *si confiesas, hablaremos a tu favor en el juico*.

—Una polla —sentencio, con un golpecito de nudillos en la mesa—. Soy inocente, Clark. Deja de dar por culo con las confesiones. ¿Cuándo podré verla?

El agente Montgomery Clark, en mangas de camisa y con profundas orejas porque son las tantas de la madrugada, arruga el ceño en un gesto desconcertado. Imagino que se la pone dura el hecho de tenerme aquí. Lleva mucho tiempo detrás de mí, intentando encontrar esqueletos ocultos en mi armario.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A mi querida esposa.

—Joder. ¿Es que solo piensas en ella?

Pues sí, solo pienso en ella, y ahora la tengo delante y no la reconozco.

He pasado una noche en el talego. Curiosamente, la primera de toda mi vida. Soy un hombre sin antecedentes penales porque siempre han ido otros a la cárcel por mí, pero esta vez se me imputa una larga lista de atrocidades.

Pertenencia a banda criminal, conspirar para cometer asesinatos...

Me suda la polla.

Mi único problema es que mi mujer, el único ser humano en el que confiaba al cien por cien, es una puta agente infiltrada.

Y, desde luego, cuando entra en la sala, parece una agente federal por primera vez desde que la conozco. La cara lavada, el pelo recogido en un moño bajo, un traje negro barato y dos vasos de café para llevar delatan su profesión y dejan claro que nunca me quiso; es una mentirosa profesional, me enseñó lo que quería ver, nunca la verdad.

Me pone uno de los dos vasos delante. Es de mi cafetería favorita. Extraño modo de pedir disculpas después de acuchillarme por la espalda.

—Pensé que te apetecería uno. El de la máquina del pasillo es horrible.

Arrellanado en la silla, cruzado de brazos con total indiferencia, la observo con las cejas arqueadas; me fijo en su nerviosismo, en cómo le tiemblan las manos sobre la mesa, en cómo se relame los labios a cada cinco o seis segundos.

He estado entre las sombras y he ardido en llamas. *Anoche*. Ahora estoy tranquilo. He tenido tiempo para asimilarlo.

Ella, no. Alexandra, o como cojones sea que se llame en realidad, está hecha un manojo de nervios. Supongo que le cuesta dar la cara después de lo que me ha hecho.

—¿No vas a decirme nada? —murmura cuando ya no aguanta más la presión de mi mirada.

—Me la has jugado bien jugada.

Sus rasgos se endurecen.

—Te dije que iba a ganar.

Hago memoria para acordarme de en qué dichoso momento me dijo algo así y las comisuras

de mis labios se contraen en un gesto de disgusto al rememorar la escena. Increíble. Sí, lo recuerdo. Ya lo creo que lo recuerdo. Era de noche. Estábamos en la oficina. Fue al principio de todo. Yo le pregunté qué le parecía si jugaba conmigo al ajedrez.

Me parece que voy a ganar, fue su respuesta.

Ahora me entran ganas de reírme, en serio.

Lo haría si eso no me hiciera parecer un puto perturbado.

—Sí, me lo dijiste. Pero déjame decirte algo, cielo. —Me inclino sobre la mesa y ella retrocede porque no puede aguantar la oscura fuerza de mi mirada, dura y penetrante como una bala—. El juego no ha terminado.

—¿Es una amenaza?

—Dios me libre de engrosar el *dossier* con más acusaciones. Parece que ya tenéis unas cuantas.

—¿Quieres que llame al abogado? —me dice, y ahora es ella de nuevo, la mujer con la que me casé. Supongo que no soy el único que tiene alma camaleónica.

—No quiero una puta mierda de ti, cariño.

Eso le ha dolido. Bien. Me gusta el dolor. Puedo comprenderlo. Lo que no comprendo es todo lo demás.

—Me han dicho mis compañeros que todavía no has solicitado tu llamada.

¿Y por qué será?

—En estos casos, uno llama a su mujer, pero ¿qué haces cuando es tu mujer la que te ha metido en el talego?

Asiente, se levanta de la silla y recoge los papeles que traía en la mano, carpetas, fotos, vete a saber qué otras pruebas habrá adjuntado al dossier. Debe de haber conseguido un material cojonudo. Yo nunca le frené el paso, le puse toda la información en bandeja.

—¿Te marchas tan pronto? —me burlo, al ver la prisa que parece tener por salir de la sala.

Creo que se ha replanteado lo de interrogarme ella misma. Seguro que ahora me manda a Clark o a algún psicólogo para que hablemos de mi dura infancia. Esta gente siempre quiere que les hables de tu puta infancia.

—Pues sí.

—Cierra al salir —farfullo, ya sin fuerzas para aparentar que me da lo mismo.

Alexandra

—Alexandra —me detiene cuando estoy a punto de cruzar la puerta—. O como sea que te llames.

Me giro y lo miro, y ahora ya no sonrío ni me desafía con la mirada como antes.

Sus ojos me examinan en silencio unos segundos, aguas heladas de color azul. Podrías hundirte si bajas la guardia por un momento; congelarte para siempre.

—Dime.

—Cuando todo esto termine...

—Déjame adivinarlo. ¿Irás a por mí?

—Puedes apostar.

Doy media vuelta, me saco el arma reglamentaria del estuche en el que la guardé esta mañana, un poco nerviosa al tener que hacerlo después de todo este tiempo y, con expresión dura y mirada pétrea, retiro una bala y la planto sobre la mesa.

—Entonces, ve tallando mi puto nombre ahí.

Observa la bala durante casi veinte segundos y después, con estudiada lentitud, levanta el rostro hacia el mío, muy tranquilo, cruzado de brazos. No hay nada en su expresión. Ni un gesto que lo delate. Es completamente inexpresivo.

Me pierdo unos segundos en su gélida mirada azul y la oleada de peligro que experimento es tan real que puedo saborearla.

Mi instinto me dice que salga corriendo ahora mismo, y no voy a quedarme para que me mande un segundo aviso.

Me precipito fuera de la sala sin volver a mirarlo y en el pasillo me apoyo contra la pared y me obligo a recuperar el aliento. Hago lo posible por no venirme abajo, por no hundirme por completo. Pero es muy duro. No sé si voy a poder con todo esto. Empezó tan apasionadamente que me parece una crueldad acabar de este modo tan frío, en una asfixiante sala de interrogatorios del FBI.

Te preguntarás por qué lo hice. Por qué ahora. Por qué el péndulo decidió de repente detenerse en la luz y no en la oscuridad.

Pues bien, te lo diré. Estaba entre la espada y la pared. Teniendo en cuenta lo que se le imputa, y que tiene suficiente dinero como para comprarse al mejor abogado defensor del país, calculo que estará encerrado como mucho unos quince años.

Pero, si llegara a cargarse a un puñetero senador, con todo lo que eso implica, el gobierno desplegando todos sus recursos para meter entre rejas al terrorista que apretó el gatillo...

Bueno, esa es otra historia.

Déjame que te lo plantee de forma más sencilla. Si tuvieras que destruir al único hombre al que has amado en toda tu vida porque esa es la única manera que tienes de salvarlo, ¿tú qué cojones harías, eh?

Nota de la autora

Querid@ lector@,

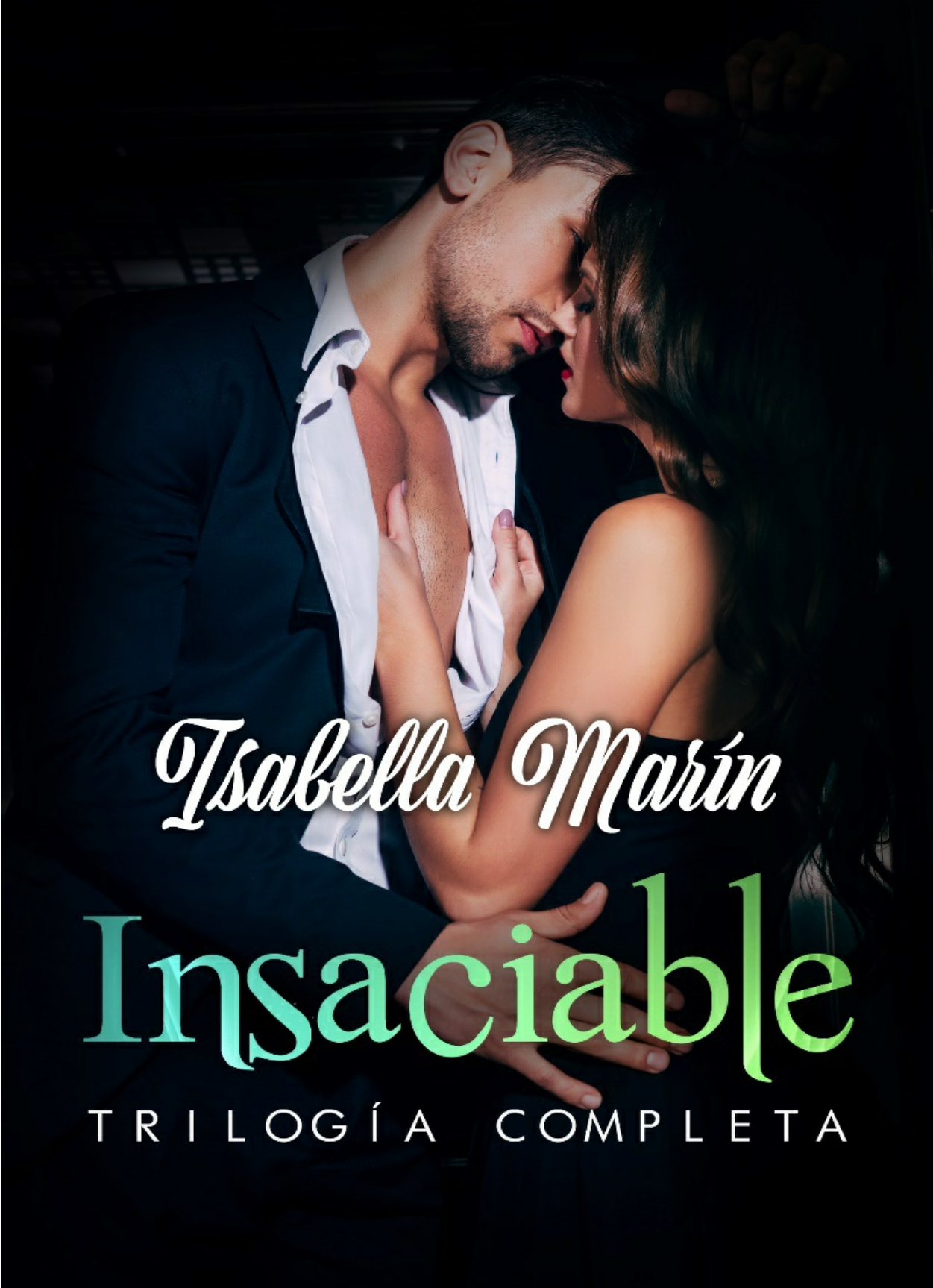
¡Muchas gracias por llegar hasta aquí, y también por recomendar este libro y por dejarme tu comentario! La tercera parte está ya acabada y en corrección, así que se estrenará antes de las vacaciones de verano.

Si te está gustando esta trilogía y sus personajes oscuros y atormentados, puede que también te guste la trilogía *Insaciable*. Está disponible en formato único (y en oferta, 0,99 € la trilogía completa).

Te dejo un pequeño adelanto. Espero que lo disfrutes.

Besos,

Isabella

A romantic couple in a dark setting. The man, on the left, has a beard and is wearing a dark suit jacket over a white shirt. The woman, on the right, has long dark hair and is wearing a dark, sleeveless top. They are embracing and about to kiss. The background is dark and out of focus.

Isabella Marín

Insaciable

TRILOGÍA COMPLETA

Prólogo

En la actualidad, Austin, Texas

*El fuego siempre ha sido y, al parecer,
seguirá siendo siempre,
el más terrible de los elementos.
(Harry Houdini)*

Desde la más temprana edad me he sentido fascinada por el fuego.

Mi padre solía llamarlo *pecado* y asociaba sus llamas con el Infierno y todo lo malo que había en el mundo.

A mí, en cambio, verlo arder me resultaba hipnótico.

La danza de las llamas avivaba en mi interior un sentimiento que mi infantil cerebro nunca supo entender del todo. Supongo que ahora, a estas alturas de mi vida, lo definiría como paz.

El fuego, terrible e indomable fuerza, capaz de consumir el mundo entero, solo deja a su paso una siniestra quietud.

Y, por supuesto, copos de ceniza, humeantes vestigios de algo que una vez hubo.

De pequeña, me pasaba incontables horas contemplando la chimenea, embebida en el crepitar de las chispas, en el modo en el que la materia se derretía bajo el bullicio de las llamas.

Tanto me cautivaba el fenómeno que, por unos momentos, todo cuanto me rodeaba se desdibujaba. Los contornos se desvanecían, las compuertas caían. No existía nada más allá de esa llamarada y de mí.

El fuego tiene algo de sensual, ¿verdad? Es pura pasión. Es locura. Es misterio. Es aventura.

Pero, por encima de todo eso, es inexorable destrucción.

He sido ingenua. He pensado que podría dominar sus llamas, someterlas a mi propia voluntad. No he sido capaz de ver que el fuego es un elemento soberbio que jamás se deja controlar. El fuego es quien te controla a ti, no al revés, y, como te descuides, puedes acabar ardiendo.

Dicen que el fuego solo puede ser combatido con la gelidez del hielo. La abrasadora pasión, apagada por oleadas y oleadas de fría indiferencia.

Pero, ¿por qué alguien querría combatir el fuego? ¿Por qué no, sencillamente, apartarse y dejarlo arder en llamas?

Yo lo he hecho, y ahora mi historia comienza con este inevitable final.

Al parecer, algunas veces no se precisa más que de una débil chispa para desatar todo un infierno de llamas.

Qué curioso, ¿verdad?, toda la destrucción que abarca algo tan diminuto y tan hermoso como una chispa; algo así de fascinante.

—911, ¿cuál es su emergencia?... ¿Hola?... Ha llamado al servicio de emergencias. ¿Cuál es su emergencia?... ¿Hola?... ¿Hay alguien?... ¿Me escucha?

—La escucho —corroboré con una voz tan hueca como la mirada que se perdía en las gotas de color carmesí que se deslizaban por los azulejos del baño de la segunda planta.

Durante toda mi vida he llamado a las puertas del Paraíso. Y, sin embargo, las únicas que se abrieron para mí fueron las del Infierno.

—¿Señora, cuál es su emergencia?

—Creo que he matado a mi marido.

Se produjo una breve pausa, insignificante para mí.

¿Qué es el tiempo? ¿En qué se mide? ¿Segundos, minutos, momentos, dolor, lágrimas?

No dediqué ni un instante de mi vida a ponderarlo. ¿A quién le importa, en el fondo? Llegó un momento en el que cualquier concepto deja de importar. No son más que meras palabrerías.

—Por favor, tranquilícese y... —fue lo último que escuché antes de colgar.

Una verdad empírica: me tenía que tranquilizar. Supongo que dicen eso a todo el mundo. «Mantenga usted la calma». ¿Piensan que no somos conscientes de ello?

Dejé que el teléfono se escurriera a través de mis dedos. Mis manos parecían demasiado laxas como para seguir sujetándolo. No hice ademán de atraparlo ni registré ninguna reacción cuando se estrelló contra el charco de sangre que empapaba mis ridículas zapatillas de peluche.

Mi mirada vacía se movió hacia los cristales que se sacudían ante las fuertes ráfagas de viento que los hostigaba. La rama esquelética de un membrillo golpeó contra la ventana salpicada por la lluvia. ¿Acaso pretendía sacarme de mi abisal sopor?

El balancín del porche soltó una especie de chirrido, parecido al llanto de una mujer. En alguna parte de la casa sonaba una versión instrumental de *Lascia ch'io pianga*. El melancólico sonido de ese violín me pareció lo más dramático que había escuchado en toda mi vida. Habría dado todo cuanto poseía por poder derramar al menos una miserable lágrima.

Pero no podía. Estaba demasiado congelada.

Al otro lado del cristal, el mundo aguardaba, ceniciento y deprimente. Parecía un buen día para entierros. Mi mente reprodujo la imagen de una limusina negra, repleta de rosas blancas, avanzando lentamente por un oscuro callejón. En los entierros ha de haber rosas blancas. Simbolizan amor eterno.

Ahí, en mitad de la estancia, observé con ojos mortecinos cómo las danzantes sombras del atardecer comenzaban a expandirse con el único fin de engullir el mundo exterior.

¿Qué sabía el mundo acerca de mí? Nada. El mundo no conocía mi historia. Para todos ellos, yo no era más que un juguete roto; una niña a la que habían cortado las alas en pleno vuelo.

Con toda la parsimonia posible, mis ojos se desprendieron de la ventana y se giraron hacia el escenario que me rodeaba: el escenario del crimen, que en unos pocos minutos se vería invadido por numerosos agentes de la ley. Era un caso demasiado importante, lo cual enloquecería a la prensa. Tocaría enfrentarse a una multitud de *paparazzi*, y *flashes*, y preguntas incómodas.

Sexo, asesinato y dinero.

Nada atrae más a los seres humanos.

—Adeline, ¿por qué lo has hecho? —se empujarían entre sí para acaparar el primer plano. Y yo, esposada y custodiada por la policía, bajaría la mirada al suelo y me abriría paso entre ojos tan cortantes como cuchillos.

No había manera de evitar todo ese infierno, lo sabía. Supongo que era otra de las verdades empíricas que formaban mi universo.

«Adeline Carrington irá al Infierno». Una verdad absoluta, innegable.

Me hizo evocar la imagen de un divertido panfleto religioso repartido entre los votantes republicanos de mi padre.

Iría al Infierno y, lo peor de todo, era que la certeza del hecho no me alteraba ni en lo más mínimo. Si mi destino era arder, entonces lo acataría sin rechistar. Ardería.

Esta vez no iba a refugiarme en un mundo de fantasía solo porque dolía demasiado enfrentarse a las verdades empíricas. No, claro que no. Ya había aprendido de mis propios errores.

Esta vez iba a permanecer ahí, en mi aborrecible presente. Me quedaría para lidiar con el dolor, porque estaba harta de huir siempre.

Y porque sentir dolor, por fin, me parecía algo digno. Noble. Un auténtico alivio.

El teléfono empezó a sonar al lado de mis pies, y su sonido me traspasó como un espasmo físico. No me agaché para cogerlo, no quería tocar toda esa sangre, probablemente aún tibia. Me limité a quedarme ahí, inerte, fascinada por la letra de la canción que había elegido tan solo dos días antes, cuando mi vida todavía parecía normal.

O, al menos, todo lo normal que la vida de alguien como yo pudiera llegar a parecer.

Los ritmos de *The Unforgiven* de Metallica me envolvieron suavemente, como un chal de seda enroscado alrededor de mis hombros.

Al principio, su abrazo fue delicado y reconfortante, como la caricia de un ser amado que hace mucho que no ves, pero al poco tiempo me di cuenta de que lo que tenía entre manos no era ninguna caricia, sino un arma de doble filo, un arma que hizo que, con cada sonido, con cada palabra que escuchaba de aquella canción que tanto me recordaba a *él*, la herida de mi alma profundizara, se expandiera hasta provocarme un dolor desgarrador.

Cuando el móvil dejó de sonar por fin, advertí que el violín se deshacía ahora en sonidos agudos, más melancólicos que nunca, terriblemente dramáticos.

La lluvia, en pleno apogeo, descargaba furiosa contra el tejado de la casa, y yo, con ojos frenéticos y respiración trabajosa, era consciente de cada gota, de cada *crescendo*, de cada maldito ruido.

«*De cada salpicadura de sangre*».

Con dedos trémulos, me cogí la cabeza entre las manos, me dejé caer de rodillas, sin preocuparme ya por rozar la sangre, y aullé con todas mis fuerzas.

Sin embargo, manifestar la intensidad de mi ira no hizo que el dolor cesara. Al contrario. Explosionó y se propagó por cada célula de mi ser, veloz como la devastadora ola de un terremoto.

Imperdonable.

Todas las malas elecciones que había hecho a lo largo de mi vida también eran imperdonables.

Mi vida nunca ha sido un camino fácil. Años enteros repletos de interminable destrucción, con unos pocos recuerdos felices, lo único que me sostenía ahora, después de romperme en

millares de añicos, esparcidos por el mundo entero cual insignificante polvo de estrellas.

Siempre fui una chica inusual, con una enfermiza obsesión. Un deseo tan, tan terrible... ¿Por qué será que el ser humano siempre anhela lo que jamás podrá tener?

No lo sé. Nunca lo he sabido.

Atormentada por la idea, me acurruqué en un rincón del suelo. Tenías las rodillas llenas de sangre. Las doblé, me las pegué al pecho y me las rodeé con los brazos. Me sentía como una niña indefensa. Odiaba la sensación.

Joder, necesitaba concentrarme.

Intenté mirar el espacio a través de ojos ajenos, para adivinar qué pruebas encontrarían ellos ahí.

¿El arma del crimen? No, claro que no. El arma del crimen no estaba.

¿Y el motivo? ¿Alguien conocía el motivo?

Por supuesto. El mundo entero sabía que yo era la chica que había construido un castillo de naipes en llamas.

«*Nunca juegues con fuego*».

Oh, ¿por qué tuve que ignorar su estúpida advertencia?

Por encima de mi cabeza colgaba una bombilla parpadeante. Me obsesionaba de tal modo que no podía dejar de mirarla.

Mi aletargada mente se distrajo preguntándose por qué parpadeaba tanto. ¿Importaba siquiera? ¿Acaso algo de todo eso tenía sentido ya?

Mi mundo había llegado a su último invierno, y a mí se me antojó la extraña idea de que el sol nunca volvería a brillar a través de la espesura de las tinieblas que se acercaban a mí, amenazadoras, cada vez más opresivas.

Ahí ausente, las palabras de mi padre me arredraron más que cualquier otra cosa a lo largo de mi vida.

«Llegado el momento, te destruirás con tus propias manos».

Edward tenía razón.

Lo había hecho.

Y ahora heme aquí, en una pequeña sala, encogida bajo la severidad de unos ojos azules.

Un vaivén de pensamiento me carga la mente, y un dolor físico, sin duda provocado por el cansancio, se filtra por cada partícula de mi ser.

No llevo la cuenta exacta, pero creo que he pasado más de treinta horas seguidas sin pegar ojo. La luz de los fluorescentes se clava violentamente en mis pupilas, oscuras y enrojecidos a causa del cansancio. ¿Cómo pudimos acabar así?

No dejo de preguntármelo mientras intento eludir la gélida intensidad de aquellos ojos que semejan macizos bloques de hielo. El fuego solo puede acabar con hielo. Siempre lo he sabido.

—Buenos días, Adeline. ¿Qué tal te encuentras esta mañana?

Con deliberada lentitud, elevo la mirada para encontrar a la suya.

Da un respingo al cruzarse con las fosas vacías en las que se han convertido mis ojos, fosas

sin ninguna clase de emoción o sentimiento delatador en ellas. Tan solo un interminable vacío, imposible de penetrar; imposible de llenar.

Acabo de comprender que lo he perdido todo. No tengo nada. Nunca lo he tenido. Quizá sea mejor así. Cuando solo tienes *nada*, entonces no hay nada que puedan arrebatarte.

—No he intentado suicidarme, si es eso lo que te preocupa.

Fuerza una sonrisa un tanto nerviosa y aprieta un botón para grabarlo todo, como si no quisiera perderse ni una sola palabra mía.

Siempre ejecuta la misma acción, nada más sentarse en la silla de enfrente, casi ansiosamente.

A continuación, entrelaza las manos por encima de la mesa y se limita a taladrarme con esos ojos suyos que todo lo ven, incluso cuando brillan ausentes.

Hay veces que, durante las horas que se pasa interrogándome, se entretiene realizando dibujos. He observado que dibujar parece relajarle. Tengo la sensación de que conversar conmigo dispara su nerviosismo, de por sí bastante elevado.

—A estas alturas, sabemos cómo va a acabar esto, pero me gustaría que me contaras cómo empezó. ¿Te sientes capaz de recordarlo?

«*Como si pudiera olvidar algo de todo aquello...*»

Apoyadas mis muñecas encima de la mesa metálica que nos separa, mis dedos temblorosos rodean el templado vaso de café que alguien me ha ofrecido en algún momento.

No me apetece tomarlo, pero es lo único a lo que puedo agarrarme para no hundirme aún más en ese oscuro abismo que me atrae irresistiblemente hacia sus profundidades. Dulces, dulces profundidades que invitan a asentar los maltrechos huesos ahí dentro para siempre.

—Sí —carraspeo en un intento por dominar la voz, que se empeña en flaquear justo ahora—. Sí, puedo hacerlo.

Enderezo los hombros para mostrar algo más de seguridad. No quiero que piense que estoy asustada, o intimidada. No quiero su estúpida compasión.

Él cruza una mirada conmigo y se retrepa en su silla, a la espera de que desvele la larga serie de infortunios que destruyeron mis sueños, los truncaron, los redujeron a polvo sin que yo opusiera el menor conato de resistencia.

Adeline Carrington, la chica que nunca tuvo nada; la que siempre lo deseó todo.

—Adelante, Adeline. Te escucho.

Ojalá sus ojos dejaran de hundirse en los míos de ese modo.

Ojalá no fuera este el fin de todo lo que una vez conocí.

«*De todo lo que una vez amé*».

Sintiéndome como si el mundo entero pesara encima de mis hombros, bajo la mirada hacia el ángel que su mano derecha ha garabateado en la cubierta de la libreta azul.

Exactamente así es cómo comenzó todo esto.

—Quieres que te cuente el comienzo... —Me quedo mirando ese hermoso ángel, y mi boca se tuerce en una sonrisa cínica—. ¿No es evidente?

El *tic tac* de su *Rolex*, un sonido sordo, monótono, resuena en el silencio de la sala.

Un aviso. El tiempo se nos está acabando.

Durante un momento, los dos contenemos el aliento, mientras la angustia se cierne sobre

nosotros como un oscuro y asfixiante nubarrón.

—¿Lo es?

Sus ojos me evalúan con intensidad hasta que desvío la mirada, incapaz de seguir aguantando la presión.

Joder.

Me estiro para robar un cigarrillo del paquete rojo que ha dejado encima de la mesa. No dice nada, se limita a observarme. Ni siquiera me recuerda que no se puede fumar aquí dentro.

Mejor. No estoy de humor para sermones.

Cojo el mechero que descansa al lado de sus delgados, ágiles, intranquilos dedos, enciendo el cigarrillo y vuelvo a sonreír, pero mi sonrisa no es más que un gesto amargo y atormentado; abarrotado de dolor.

—Claro que lo es, letrado. —Expulso el humo hacia arriba y lo miró a los ojos, con una expresión irónica en las esquinas de la boca—. Hay ángeles que tienen sus propios demonios, y resulta que los míos fueron poderosos.

Dos años atrás, ciudad de Nueva York, Nueva York

La actualidad en la prensa "seria"

¿Los republicanos tienen nuevo candidato para las presidenciales?

«El senador Edward Carrington, elegido por los votantes republicanos como el político más carismático del año. Carrington ha accedido a ser entrevistado por un periodista de *USA News Channel* a la salida de uno de los famosos mítines organizados por su partido para defender la pena de muerte. El senador acudió acompañado por su hermosa esposa, Giselle, y su perfecta hija, Adeline.

Periodista: Senador Carrington, ¿se ve usted en la Casa Blanca dentro de dos años?

Senador Carrington (abrazando a su mujer y a su hija): Si los votantes me ven, yo también me veo. Confío en su excelente criterio (risas).

Periodista: ¿Y qué opinas tú, Giselle? Ser la primera dama de una potencia mundial como Estados Unidos supone todo un reto.

Giselle Carrington: Apoyaré a mi marido en todas las decisiones que tome. Lo único que me hace feliz es verle feliz a él. Y, por supuesto, ver como él hace felices a los ciudadanos americanos.

Periodista: Senador, ¿cuáles son sus metas?

Senador Carrington: ¿Aparte de preocuparme por el bienestar de mi maravillosa familia? Es sencillo, John: preocuparme por el bienestar de todas las maravillosas familias que forman esta gran nación. ¡Que Dios bendiga América!

Periodista: ¿Y qué nos cuentas tú, Adeline? ¿Qué se siente al formar parte de una familia tan modélica?

Adeline Carrington (secamente): Ganas de vomitar». *USA News Channel*

Escándalo protagonizado por los Carrington en una manifestación republicana a favor de la guerra en Afganistán.

«El senador por el estado de Nueva York, Edward Carrington, dio un apasionado discurso, reivindicando la aniquilación de los terroristas (o civiles afganos, para el senador da lo mismo) que amenazan con tambalear la supremacía de nuestro país. Su hija, Adeline, se levantó en mitad de la conferencia, gritándole a su padre, y citamos textualmente, «¡Estás como una cabra!» y «¡Te mereces la puta camisa de fuerza!», antes de abandonar la sala. Al concluir el evento, Giselle Carrington justificó de esta forma el comportamiento de su rebelde hija: «Adeline bromeaba, por supuesto. Parece ser que aspira con convertirse en la nueva Ellen DeGeneres». *The Washington Post*

Los Carrington, más unidos que nunca.

«Durante un foro republicano, el senador por el estado de Nueva York, Edward Carrington, empleó toda su pasión en hablarnos sobre la importancia de destruir las células terroristas que amenazan con tambalear la supremacía de nuestro país.

Su esposa, Giselle, y su hija, Adeline, le aplaudieron fervientemente y, pese a que Adeline se viera obligada a abandonar la conferencia a causa de una terrible migraña, esta mañana insistió en manifestar en Twitter lo orgullosa que se siente de su padre. «Mi padre es asombrosamente inteligente. ¡Hay que exterminar a esos hijos de puta terroristas cuando antes!» *USA News Channel*

¿Insinúa Adeline Carrington que los republicanos tienen intención de revivir el holocausto?

«Este es el *tweet* que ha incendiado las redes sociales de Nueva York. «Mi padre es asombrosamente inteligente. ¡Hay que exterminar a esos hijos de puta terroristas cuando antes!» tuiteó la más joven de los Carrington, instantes antes de colgar una esvástica en su cuenta. Parece ser que la hija del senador Carrington se ha vuelto aún más rebelde con el paso de los años». *The New York Times*

¡Adeline Carrington NO ha colgado ninguna esvástica en Twitter!

«Esa fue la tajante afirmación de John Carey, el portavoz de los republicanos en el Senado, que se ha apresurado a desmentir la noticia, declarando que Adeline jamás cometería tamaña fechoría.

«Lo más probable es que un hacker se haya apoderado de su cuenta».

Según era de esperar, las sospechas de Carey caen sobre los terroristas afganos.

Adeline se ha negado rotundamente a declarar, limitándose a mostrar en el campus de Columbia una camiseta con un mensaje de lo más polémico: *«La libertad de expresión es decir lo que la gente no quiere oír»*, frase que le pertenece al escritor británico George Orwell». *USA News Channel*

¿James O'Neill inocente?

«El "abogado del Diablo" consigue que el jurado declare **no culpable** al famoso boxeador acusado de varias agresiones sexuales.

Robert Black gana el juicio más mediatizado de los últimos años (después del de O.J. Simpson), aun con todas las pruebas en contra de su cliente.

O'Neill ha declarado que su abogado ha hecho un excelente trabajo liberando a un inocente. Por el contrario, el abogado estrella del famoso bufete *Brooks & Sanders* se ha negado a pronunciarse al respecto. Su cara al salir de los juzgados no parecía en absoluto la de un vencedor. ¿Acaso Black tiene una conciencia que le impide disfrutar su éxito?» *The New York Times*

La actualidad en la prensa menos "seria", (o sensacionalista, según algunos malpensados)

Catherine Black, la esposa de la superestrella de Hollywood, Nathaniel Black, de fiesta con su cuñado Robert en Ámsterdam.

«Mientras el chico malo se mataba a trabajar, la chica buena se mataba a bailar en los clubs más *fashion* de Europa.

Nathaniel se ha negado a hacer declaraciones sobre este incidente y se ha limitado a dedicarnos una de sus elegantes y mundialmente famosas peinetas, mientras que la *socialité* británica ha especificado en Instagram que ella y el recién coronado *playboy* del Upper East Side, Robert Black, solo estaban teniendo una reunión familiar. «Que hubiese alcohol y música pegadiza no fue más que una desafortunada coincidencia. Además, ¿desde cuándo tiene el *Page Six* jurisdicción en los Países Bajos?». Palabras textuales de la señora Black.

Para su información, el *Page Six* tiene “jurisdicción” en el mundo entero. Donde haya un escándalo, ahí nos desplazamos nosotros para cubrirlo.

Y, desde luego, el trío Black ha generado más escándalos que todas las juergas de Madonna juntas». *Page Six*

¿Robert Black tiene un lío con Paris Hilton?

«Uno de los *playboys* más deseados de América fue fotografiado en compañía de la *socialité* en un club de Manhattan. Black ha desmentido la noticia de inmediato, afirmando que no tiene tiempo para líos amorosos. Fuentes extraoficiales declaran que Paris se ha limitado a suspirar como una quinceañera». *US Weekly*

Parte 1

Chica conoce chico

Capítulo 1

*Pocos ven lo que somos,
pero todos ven lo que aparentamos.*
(Nicolás Maquiavelo)

No hay nada más superficial que una fiesta en el Upper East Side.

Cuando era pequeña, para que se me hicieran más amenas las horas que mis padres me obligaban a aguantar estos interminables simposios, me divertía clasificando a las personas de mi mundo en varias categorías.

Por desgracia, quince años más tarde, aún me entretengo haciéndolo. Es el único modo de que esto me resulte medianamente tolerable.

Según mi criterio, la primera y más abundante categoría la forman las modelos emperifolladas que se pasan el rato intentando ligarse a alguno de los acaudalados depredadores nocturnos que, con sus lujosas limusinas y sus trajes carísimos, acuden en busca de nuevos juguetitos de los que presumir delante de sus amigos europeos.

Al parecer, tener un yate ha dejado de impresionarlos. Encuentran mucho más glamuroso tener a una modelo calentándoles la cama.

O el yate, vete tú a saber.

Desde el otro lado de la barricada, (siempre he pecado de comparar el mundo en el que me muevo con el Viejo Oeste) oponen resistencia las señoras de mediana edad cuyo único fin en la vida parece ser exponer sus escandalosamente caras joyas, regaladas por sus maridos cada vez que los dignos señores cometieron la imprudencia de mantener relaciones sexuales ilícitas con alguna de las mujeres (véase categoría uno: *modelos emperifolladas*) que los acompañaron en sus constantes viajeitos a Europa o la Polinesia Francesa, tropiezos de los que, convenientemente, la esposa engañada nunca llegó a enterarse. Porque prefirió hacer la vista gorda. Como debe ser.

Noche tras noche, la sociedad neoyorkina se convierte en testigo de la lucha tribal que hay entre estas dos especies, cada cual más empeñada en aniquilar a la otra.

A decir verdad, las fiestas del Upper East son todo un espectáculo. No entiendo por qué la administración no las incluye en la oferta turística de la ciudad. Visite el Empire State, pasee por Central Park, contemple cómo las mujeres y las amantes de los ricos y famosos luchan por la supremacía de una cuenta bancaria. A los turistas les encantaría. Esto es *the american dream* en estado puro.

Aparte de las mujeres carroñeras, también están los que vienen y se van, los intrusos, por así llamarlos: personas de fuera que nunca aguantan demasiado tiempo el cinismo de este mundillo. El Upper East es el territorio de los *elegidos*, gente superficial de corazón vacío y cuenta bancaria alarmantemente llena, y no cualquiera reúne todos estos requisitos.

¿De qué sirve poseer cosas si no puedes alardear de ellas? Me figuro que este debe de ser el lema de todos ellos, porque, desde luego, en mi mundo, la gente no hace más que presumir.

A mí, personalmente, me resulta cada vez más vomitivo acudir a las fiestas de etiqueta.

Siempre escuchas las mismas frases, como si no hubiera más temas de conversación ahí fuera. Hay que admitir que la nuestra es una sociedad de lo más hermética, filosóficamente hablando.

Mientras me abro paso entre el gentío que atasca el vestíbulo, inevitablemente, algunas conversaciones alcanzan mis oídos.

—Tenéis que verlo. Pasa de cero a cien en tres coma dos segundos.

—Mi marido me ha regalado un viaje a Bora Bora. Iré con mi profesor de pilates.

—No entiendo por qué está tan orgullosa de ese collar. Solo son unas cuantas esmeraldas.

—Eres el hombre más atractivo de esta fiesta. Me has deslumbrado.

Invadida por una oleada de repugnancia dirigida a todo cuanto me rodea, cojo de paso una copa de champán de la bandeja de un camarero de guante blanco, me la llevo a los labios y tomo unos cuantos sorbitos más de los que debería.

«Solo serán un par de horas, Adeline Carrington. Recemos para que se pasen cuanto antes».

Mis ojos marrones atraviesan el recinto en un intento por localizar a Josh, mi prometido. Está en el otro extremo, liderando una competición de chupitos con sus amigos de la universidad.

Un gesto irónico curva mis labios cuando me doy cuenta de que, dentro de exactamente veinte años, yo seré una de esas señoras de mediana edad, mientras que él se convertirá en un depredador nocturno en busca de nuevas emociones.

Como debe ser.

—Podrías pasártelo bien de vez en cuando, ¿sabes? No creo que sea ilegal divertirse en el estado de Nueva York.

No necesito girar la mirada para saber quién es la que me está hablando. Lily Hamilton es mi amiga desde que tengo uso de razón. Nuestros padres son muy buenos amigos.

En los círculos en los que nos movemos Lily, Josh y yo, todo el mundo conoce a todo el mundo y todo el mundo es amigo de todo el mundo. Por supuesto, no se aceptan intrusos. Para estar entre nosotros deben avalarte al menos cien años de reputación intachable y un patrimonio mayor que el de Charles de Inglaterra.

Nosotros formamos la tercera y peor categoría, el núcleo de la alta sociedad: *los intocables*, gente metida en las más elevadas esferas del país.

Por norma general, los padres de familia suelen ser o bien políticos, fiscales o jueces de distrito, o bien extravagantes magnates; todos ellos, pesos pesados de la élite estadounidense. Lo que nos diferencia de las demás categorías es precisamente la reputación intachable. Los escándalos apenas nos rozan. Desde que nacemos se nos enseña que la imagen lo es todo. Lo que se traduce en: *haz lo que quieras, pero sin que te pillen*, algo que se ha convertido en el lema oficial.

Para mantener nuestra imagen intacta, hay ciertas normas que debemos acatar. Todo intocable que se respeta debe acudir a misa cada domingo del año, hacer acto de presencia a todas las cenas de caridad, donar sumas indecentes de dinero para apoyar las guerras en Oriente y, junto con los demás miembros de su familia, pasear al perro todos los fines de semana para que los *paparazzi* puedan fotografiarlos disfrutando de una idílica jornada familiar, lo cual es del todo falso, ya que no existe absolutamente nada idílico dentro de mi mundo.

A los más jóvenes de los intocables se nos obliga a estudiar en las mejores universidades del

país; a estar eternamente preocupados por asuntos como el calentamiento global, el impacto causado por las elecciones europeas en la economía mundial, las subidas y bajadas de la bolsa de Wall Street, etc., etc.

Somos esa clase de jóvenes que se convierten, sin demasiado esfuerzo y sin habérselo ganado mediante méritos propios, en un modelo a seguir para la comunidad de Nueva York y, en algunos casos, incluso para el país entero.

Eso, por supuesto, solo pasa de cara a la opinión pública.

De puertas adentro, cada uno de nosotros puede hacer lo que, básicamente, le dé la puta gana. Nuestros padres solo nos exigen satisfacer una norma: evitar el escándalo público. No hay nada más importante que la imagen. Sin más palabras, los intocables somos lo que se dice unas familias "encantadoras".

Asaltada por una nueva oleada de repugnancia, provocada por la hipocresía de mi propio mundo, me vuelvo sobre los talones y compongo una sonrisa cínica.

—En mi vida no hay nada que me divierta, y tú lo sabes.

Lily, envuelta en un vaporoso chal beige que hace juego con su vestido de noche, enarca una ceja por debajo de su oscuro cabello, cortado a lo *garçon* con el único propósito de fastidiar a su conservadora madre. O eso dice ella. Yo la conozco lo bastante como para saber que, en realidad, lo lleva así porque tanto el corte, como el color, le favorecen.

—¿Ni siquiera el buenorro de Josh? —sugiere, con un brillo de picardía iluminando el azul zafiro que rodea la oscuridad de sus pupilas.

Mis ojos, sombreados por rayas negras de casi un dedo de grosor, giran sobre sus órbitas.

—Josh es mi mejor amigo, Lily. Solo eso.

Por enésima vez esta noche, intento subirme el escote de mi provocativo vestido negro de lentejuelas. Odio que hagan la ropa tan ajustada. Me sentiría mucho más cómoda llevando una sencilla camiseta y un par de vaqueros holgados, pero si se me ocurriera acudir así vestida a cualquiera de estos eventos, estoy convencida de que a mi madre le saldría una arruga del disgusto.

Y el rostro de Giselle Carrington está tan terso que resultaría apocalíptico que un minúsculo surco lo cruzara. De modo que, por el bien de ese cutis que tan celosamente resguarda del sol costero, heme aquí con un estúpido vestido que me hace sentirme como un pez nadando fuera de agua.

—Según el *Post*, os casaréis después de la graduación —comenta Lily, y su mirada se entretiene buscando a Josh a través de la aglomeración—. Hay que admitir que tienes suerte. Josh Walton, el tío que toda chica quisiera tener en su cama. Y es tuyo. ¡Guau! Deberías, al menos, sentirte orgullosa, ¿no? Sus ojos verdes son motivo de desmayo entre las novatas de Columbia, ¿lo sabías?

—Permíteme que haga oídos sordos de ese dato, si eres tan amable —rezongo.

Lily me quita la copa de las manos, toma un sorbo de champán y luego me la devuelve.

—Tranquila. Él solo tiene ojos para ti.

En mi rostro se forma una expresión sarcástica que nunca llega a materializarse del todo.

—Si tú lo dices... —mascullo secamente.

—Vamos, Del, todos sabemos que Josh está enamorado de ti desde primaria.

Me acabo la copa y la deposito encima de una mesa alta y redonda, antes de agarrar otras dos, una para mí y otra para Lily. No me gusta compartir copa. No me parece higiénico.

—Está enamorado de mí porque no tiene elección, Lily. Nos prometieron al nacer. Josh y yo siempre supimos que acabaríamos juntos.

—Y eso es lo bonito de vuestra vida. Que no hay sorpresas.

—Pues como siga bebiendo con el estómago vacío, las habrá, créeme —me burlo, horrorizando a una señora mayor con mi indecoroso sentido del humor.

Tras excusarme por mi falta de elegancia, cojo a Lily del brazo y empiezo a arrastrarla en dirección a la zona de los aperitivos. Toda esta conversación me ha dejado famélica.

Lo cierto es que, para desesperación de mi madre, a mí cualquier cosa me deja famélica. Mi talla roza peligrosamente la treinta y ocho, y Giselle está muy preocupada por este asunto. A mí no podría importarme menos.

—Oh, por favor, Adeline. No me vengas con chorradas. Te rebelas a diario en contra de las normas. ¿Por qué acatarías esta, a no ser que tú también estés enamorada de él? Admítelo de una vez por todas.

Me detengo de mi caminata y le dirijo una mirada ceñuda.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Qué estoy *enamorada*?

La confusión dibuja una V entre sus cejas.

—No entiendo por qué tanto sarcasmo a la hora de decir *enamorada*. Ni que te hubiese ofendido al insinuarlo.

Suelto una risa vacía. No me lo puedo creer. ¡Enamorada!

—¡Porque el amor no existe, Lily! El amor... no es más... que un estúpido... cuento... de hadas —articulo lentamente, y con cada palabra aumenta la helada expresión de desprecio que fulgura en las profundidades de mis ojos—. Y yo soy algo mayorcita para creer en cuentos.

—Así que te casas con el príncipe azul de Long Island porque no crees en los cuentos de hadas —sentencia de un modo tan sarcástico que me hace replantearme nuestros veinte años de amistad.

—Has dado en el clavo, princesa. Y, ahora, ataquemos la comida antes de que el champán y los enamoramientos me revuelvan el estómago.

Pasamos por debajo de un arco decorativo y nos detenemos al lado de las mesas del bufé frío, que ofrecen varios tipos de cremas de verduras, *sushi*, caviar, y, al menos, otros veinte tipos de entrantes, colocados con elegancia encima de sofisticadas bandejas de plata.

—¿Y si, una vez te hayas casado, conoces al hombre de tu vida? —me propone Lily mientras yo contemplo las bandejas con aire indeciso—. ¿Qué harás entonces?

Tuerzo la boca en señal de indiferencia.

—No lo sé. No me importa. Nunca he valorado la posibilidad.

—¿Por qué no?

Resoplo, irritada por su insistencia.

Lily es la persona más ilusa que conozco. El amor, el hombre de mi vida... ¿De qué va? ¿Cómo puede alguien tragarse tantas chorradas?

¿Es que Lily no ha visto nunca las consecuencias del amor? ¿No ha visto las peleas, los cristales rotos, los añicos en lo que se convertía la vajilla del salón cada vez que él perdía los papeles?

¿No se ha quedado ahí, rota por dentro, contemplando inerte la destrucción desatada por el estúpido amor? No, supongo que no lo ha hecho. De lo contrario, no osaría hablar de estas cosas.

—Porque, por enésima vez, Lily, *no* creo en el amor.

—¿Crees que no existe?

Cojo un aperitivo de piña, salmón y queso, me lo llevo a la boca y lo mastico despacio, disfrutando la explosión de sabores.

—Hm. Es mucho más que eso. *Estoy convencida* de que no existe —aseguro, con énfasis.

El cuento del amor es la mayor estupidez que he oído jamás. Todos sabemos cómo acaba la historia. Chica conoce chico, chico se enamora de chica, uno de ellos traiciona al otro.

Hagas lo que hagas, el amor siempre termina igual: rompiendo tu corazón en pedazos. A mí nunca me pasará eso.

No tengo un corazón que ofrecer.

Lily, en claro desacuerdo, exhala un débil suspiro.

—Eres una escéptica, Adeline Carrington. Una escéptica bastante ingenua, además. La vida te demostrará lo contrario cuando menos te lo esperas. Ya lo verás.

Soplando en señal de exasperación, muevo el cuello hacia ella con la evidente intención de dedicarle una mirada seca, pero no llego a encontrarme con sus ojos.

Me detengo a mitad de camino, atraída por una mirada azul etéreo que se interpone en mi trayectoria y desprende tanta fuerza sexual que el aire se me queda atascado en algún punto entre los pulmones y la garganta.

La sonrisa que pende de los carnosos labios de ese desconocido es ligeramente burlona, y yo no puedo evitar sentir una descarga eléctrica estallando en las honduras de mi vientre.

—¿Y cómo es que Giselle y Edward no nos acompañan? —escucho vagamente.

Me quedo paralizada por unos segundos; después, me vuelvo de espaldas a él, con las prisas de un conejillo asustado.

Madre mía. Ese hombre me ha inspeccionado de un modo completa y absolutamente descortés; ha paseado perezosamente la mirada por todo mi cuerpo y después ha sonreído como si le gustara lo que estaba viendo.

La insolencia de su mirada me ha hecho sentir como si estuviera desnuda delante de él. Desnuda en cuerpo y *alma*.

—La Tierra llamando a Adeline.

Mi mente deja de viajar y sacudo la cabeza para despejarme.

—¿Qué? Ah. Están en Washington, en un mitin —explico brevemente—. Regresan esta noche, aunque no creo que les dé tiempo de hacer acto de presencia.

Lily sigue hablando. No sé de qué está quejándose ahora, no puedo prestar atención a su agotadora cháchara. No debería estar haciendo esto, pero la tentación es tan grande que solo tardo unos cuantos segundos en volver a girar el cuello hacia atrás, como si hubiera ahí un gigantesco imán atrayéndome irresistiblemente.

Y de nuevo cruzo una mirada con ese desconocido, moreno, mayor, guapísimo, que en ningún momento ha dejado de observarme.

Está apoyado contra el alfeizar de una ventana, con los brazos cruzados en un gesto despreocupado. Va muy bien vestido, con un traje *Armani* de lo más sofisticado, cuya oscura tela se amolda perfectamente a su armonioso cuerpo.

Aun así, a pesar de la elegancia de su porte, no encaja en este lugar, ni pretende encajar. Está claro que preferiría hallarse en cualquier otra parte del mundo, lo que me hace sospechar que se trata de un intruso, uno de aquellos que vienen y se van; la mejor de todas las demás categorías.

Mirándolo, tengo la impresión de que intenta no mezclarse demasiado con los demás invitados. Quizá le guste mantener a raya a la gente. Parece arrogante y poderoso, muy seguro de sí mismo. Y solo. Horriblemente solo, al igual que yo.

Me recorre un leve estremecimiento cuando hace un gesto con la cabeza, sin que esa tenue sonrisa burlona deje de asomarse en sus labios. Consigo esbozar una sonrisa torpe a modo de saludo, antes de bajar la mirada hacia Lily, que se acaba de sentar en una silla.

—Me matan estos tacones —la oigo quejarse.

Me dejo caer a su lado con la misma expresión de alguien que acaba de ver un fantasma.

—¿Quién es? —le susurro, incapaz de recuperarme del impacto.

Una chispa de confusión se enciende en su mirada.

—¿Quién es quién?

—El hombre que me está mirando tan fijamente.

Lily alarga un poco el cuello para mirar por encima de mi peinado griego.

—Adeline, hay al menos cinco tíos mirándote fijamente. No me sorprende. Menudo vestido llevas esta noche. ¿Desde cuándo te gusta a ti pasearte por ahí con la espalda al aire? ¿Y por qué todo lo que te pones encima ha de ser siempre tan odiosamente negro? Hace dos años, eras una niñita adorable. Ahora pareces Morticia Addams. No formarás parte de alguna secta satánica, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco. ¿Por qué la gente siempre piensa que los rockeros somos satánicos? ¿Es que no podemos ser budistas?

—Me refiero al hombre de ojos azules que está apoyado contra la ventana —insisto con voz ansiosa—. ¿Le conoces?

Lily vuelve a mirar.

—Ah. Olvídate de él.

Mis pupilas se dilatan un poco por la intriga. Mi mejor amiga, sin dar más explicaciones al respecto, retoma su tarea de masajearse los tobillos.

—¿Por qué dices eso? —bajo la voz, como si estuviésemos tratando un asunto de lo más confidencial.

—Él no juega en tu división —me contesta con indiferencia.

Lo cual hace que el desconocido despierte aún más interés en mí.

Siempre me siento fascinada por lo que no puedo tener. Debilidades mundanas, me figuro.

—¿A qué te refieres con que no juega en mi división?

Lily resopla con fastidio y levanta la cabeza para mirarme exasperada.

—¿Adeline, es que tú nunca lees el *Page Six*?

—Estoy confusa. ¿Qué tiene eso que ver con nuestro desconocido? —repongo, sin entenderlo.

—Pues que, si leyese el *Page Six*, sabrías que ese hombre es algo parecido a Satán, y entonces dejarías de interesarte por su persona.

Giro el cuello hacia atrás y otra vez quedo bajo el embrujo de la intensidad de su mirada.

Resulta realmente hipnótico mirarle. ¿Cómo podría ser el Diablo si las llamas reflejadas en sus pupilas seducen, en lugar de asustar?

Conforme avanzan las agujas del reloj, inevitablemente, vamos camino de perdernos en nuestras miradas, hasta que todo lo demás se vuelve nebuloso e insignificante. El ruido de fondo, la voz de Lily, la música, las risas... Todo parece cesar; desaparece sin más. Es como si estuviésemos solos en el mundo entero.

Apenas me doy cuenta de que un hombre trajeado se acerca a él y le susurra algo. El desconocido tarda unos instantes en despegar los ojos de los míos para mirar a su interlocutor. Lo hace con perfecto aplomo y sin ninguna clase de ganas. Contesta brevemente, vuelve a mirarme por última vez, y después me da la espalda y se marcha.

—¿Y sabes qué me dijo? —oigo cuando por fin el mundo en derredor mío retoma su frenética actividad—. Que no pegaban en absoluto juntos.

—¿Quieres dejar de ser tan jodidamente críptica? —espeto, moviendo la mirada hacia ella—. ¿Lo conoces, sí o no?

Lily se pone los zapatos, se endereza y me mira con mala cara.

—¿Seguimos con el temita?

—Sí, hasta que me digas todo cuanto pretendo averiguar.

Mi amiga resopla en señal de rendición.

—¿Y qué es lo que pretendes averiguar, Adeline?

—Quiero saber si lo conoces.

—Cielo, lo conoce todo el país.

—¿Y eso por qué? ¿Sale en *Gran Hermano*? ¿Es un Kardashian?

Ella suelta una carcajada.

—Qué graciosa. No, no sale en *Gran Hermano*, ni es un Kardashian. Es mucho peor que eso.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—¿No es evidente? Es rico, guapo, mujeriego y... hermano de Nathaniel Black. Hay quienes dicen que los Black son tal para cual.

—¿Nathaniel Black, la superestrella de Hollywood? —pregunto, de lo más confusa.

Los azules ojos de mi amiga se entornan por enésima vez esta noche.

—El único Nathaniel Black que hay en este país, Adeline —mi ignorancia parece irritarla—. El único relevante, al menos.

Se produce un momento de silencio. Así que es famoso. Y mujeriego. Vaya, vaya. Un chico malo. Me intriga. Hay algo en él. ¿Qué es ese algo?

Vuelvo a mirar hacia atrás, pero él ya no está ahí.

De repente, me siento vacía.

—Cuando dices que los Black son tal para cual...—la insistencia de mi mirada la insta a

continuar, por lo que Lily frunce la boca en un gesto de disgusto, claramente contrariada por mi interés en aquel desconocido.

—Antes de que Nathaniel se casara con esa inglesa estirada que pertenece a la aristocracia europea, o eso dice la *TMZ* —puntualiza con los ojos en blanco, como si dudara de los nobles orígenes de la señora Black—, los Black solían ser inseparables. Las revistas del corazón se forraron con estos dos cabroncetes. Sus juegos debieron de llenar miles de páginas. Me sorprende que no lo sepas. Siempre salían en portadas, y siempre rodeados de modelos, bebida y drogas. —Se inclina sobre mí con aire confidencial, lo cual quiere decir que piensa soltar alguna bomba—. Susurran las malas lenguas que incluso compartieron damisela más de una vez. No está muy claro de si lo hacían por separado o juntos. Desde luego, a Nathaniel le iba mucho el rollo de las orgias. Tengo que admitir que a su hermano nadie le ha relacionado con eso, pero, en fin, no deja de ser un Black. Quién sabe los secretos que ocultan esos adorables hoyuelos suyos.

Abro la boca, completamente escandalizada. «¿Orgias?»

—¿Estás de coña?!

Súbita e inexplicablemente, me invaden los celos. ¿Cómo puedo sentir celos de las mujeres que han pasado por la cama de un hombre al que ni siquiera conozco?

—Más quisiera. Como acabo de decirte, su reputación no puede ser peor. Créeme, Adeline, no quieres formar parte de su universo. Robert Black es la estrella de una liga muy superior a la tuya. Ya sabes, uno de esos tipos que viven rápido, follan duro... Pero regresemos al tema de tu compromiso. ¿Para cuándo es la gran boda?

Parpadeo con insistencia para ahuyentar las imágenes de mujeres sin rostro que se reproducen en mi cabeza. ¿Y a mí qué demonios me importa a cuántas se ha tirado ese tipo? ¿Como si son mil! No es asunto mío.

—No hay fecha. Nos lo tomamos con calma. No he decidido todavía lo que quiero hacer con mi vida.

Y me tomo toda una copa de champán de golpe, no sé por qué.

—¿En serio? Y yo pensando que tu vida había sido planificada desde antes de que nacieras...

Con las manos un poco trémulas, agarro otra copa. Sentarse cerca de la comida y la bebida ha resultado ser una brillante idea.

—No, y llevas razón. Lo ha sido. —Me quedo pensativa unos segundos, mientras tomo otros tantos sorbos—. Pero quizá me rebele un día de estos —añado para mí misma, antes de acabarme la bebida.

Cuando vuelvo a mirar a Lily, sé que he hablado más de la cuenta. Es mi mejor amiga, pero no siempre apoya mis ideas. Sigue sin entender por qué odio tanto mi existencia.

—¿Qué estás tramando?

—Nada. ¿Sabes qué? —Mis ojos se mueven inquietos en busca de una salida—. Voy a salir a tomar un poco de aire. Estas fiestas me asfixian, y está claro que he vuelto a beber más de lo que debía.

Me mira con suspicacia, como dudando si creerme o no.

—Eres una chica rara, Adeline.

Fuerzo una sonrisa que parece aplacar su recelo.

—Nadie es perfecto, Lily. No existe la perfección. Y si existe, te rompe en pedazos. Mira a tu alrededor. Es peligroso ser perfecto hoy en día.

—No tienes nada de lo que preocuparte, tú distas mucho de serlo. Toma. Hace frío en la calle. Llévate mi chal.

No quiero llevarme nada, pero lo hago para que me deje marchar de una vez. Tengo que poner orden en esos preocupantes pensamientos que llevan diez minutos asaltando mi mente como las flechas de un cazador.

—Gracias. No tardaré en volver.

Con la prenda alrededor de los hombros, salgo a la terraza más próxima. Me alegra comprobar que no hay nadie más aquí. Necesito unos momentos a solas. Por Dios, ¿a qué hora acaba esta estúpida fiesta? Me quedaré aquí, aislada de todos, hasta que termine. No pienso volver ahí dentro para escuchar las mismas conversaciones vacías de siempre.

Sumergida en mis pensamientos, apoyo las manos en la barandilla y dejo que mi mirada se pierda en el panorama que se extiende ante mis ojos.

Las luces titilantes de los rascacielos que ocultan algunas de las viviendas más caras del mundo se empequeñecen en el horizonte, y parece que la cúpula del Empire, orgullosamente erguida en medio de todos los demás edificios, está vigilando la ciudad, como uno de esos antiguos faros. El Faro de Nueva York.

Se supone que yo pertenezco a esto, que lo que estoy viendo es mi mundo, pero lo cierto es que jamás me he sentido como si formara parte de él. En realidad, creo que yo jamás he formado parte de nada.

Es verdaderamente triste sentirse siempre como un intruso y que todo parezca tan grande comparado contigo. La jungla que se alza por encima de mí es, en ocasiones, un lugar peligroso para alguien como yo.

—Resulta tranquilizador, ¿verdad?

Sobresaltada, muevo el cuello hacia el hombre que acaba de detenerse a mi izquierda. ¡Es él! El desconocido de ojos azules.

—¿A qué te refieres? —me obligo a decir, al cabo de unos instantes de completo silencio.

Sus impactantes ojos se pierden a lo lejos. Se ha deshecho de la chaqueta de su traje y ahora solo viste el pantalón oscuro y la camisa blanca, arremangada por debajo de los codos, de un modo que le hace parecer elegante a la vez que despreocupado.

—Las luces. Me tranquiliza mirarlas. —Con absoluto aplomo, vuelve la mirada hacia mí—. ¿No te pasa a ti lo mismo?

Me quedo mirándolo embobada, sin ser capaz de abrir la boca.

El desconocido me dedica una sonrisa amable, supongo que divertido por la mueca de idiota que debe de registrar mi rostro.

¡Mi madre! Cuando sonrío, más que guapo, es arrasador. Tiene un rostro impresionante, de labios carnosos y nariz recta. Antes no me había dado cuenta de ello, pero ahora lo veo con claridad.

Sus rasgos son salvajes y aristados, y reflejan dureza. Aun así, puedo ver cómo a través de ellos consigue asomarse un ápice de afabilidad. Su constitución delgada y su porte erguido le

prestan un aire de distinción que le vuelve aún más irresistible a mis ojos. Lleva el oscuro pelo despeinado, como si no hubiera modo alguno de arreglarlo, y hay una arruga de concentración cruzando su entrecejo.

Parece alguien severo y autoritario, con una gran predisposición a fruncir el ceño. Un líder, quizá, acostumbrado a que la gente le siga y le obedezca en todo momento.

—Oye, ¿te encuentras bien? —me pregunta con voz cálida, al ver que no me dispongo a abrir la boca.

Sacudo la cabeza para ahuyentar mis pensamientos.

—Supongo que sí. Quiero decir, sí, me resulta tranquilizador mirar. ¡Las luces! —chillo, convencida de que mis palabras podrían adquirir un doble sentido para alguien como él—. Me resulta tranquilizador contemplar *las luces* —apostillo en un susurro.

Una sonrisa pícara roza la esquina derecha de su boca.

—Por supuesto que las luces. Es de lo que estábamos hablando, ¿no?

Carraspeo, bastante incómoda a causa de mi creciente ansiedad.

—Desde luego —musito, y me sonrojo. Inexplicablemente.

Durante un breve momento, se queda paralizado, contemplando concentrado cada uno de mis rasgos, como si pretendiera absorberlos.

—Estás muy guapa cuando te ruborizas. Deberías hacerlo más a menudo. Soy Robert, por cierto.

Bajo los ojos hacia la mano que me ofrece y la miro con recelo, como si dudara sobre si tocarla o no. Tengo la molesta sensación de que la arteria del cuello va a estallarme si mi pulso sigue acelerándose de este modo. «*Si tan solo dejara de mirarme tan intensamente...*»

—Adeline —murmuro, al tiempo que me dispongo a estrecharle por fin la mano.

Pego un brinco cuando las puntas de mis dedos rozan su piel. Su contacto abrasa y me provoca una deliciosa sacudida. Me dedica una sonrisa lenta, llena de misterio, peligrosa, y yo me apresuro a soltarle.

—No te asustes, *Adeline* —formula mi nombre con gran deleite, como si quisiera comprobar cómo suena en sus labios. Desde luego, suena bien. Demasiado bien—. Tan solo eran unas cuantas chispas.

«*Dios mío...*»

—Ya. —Fuerzo una sonrisa, y él me guiña un ojo y me sonríe de vuelta.

Me pone nerviosa. Hay algo en él que me atrae, y no sé el qué.

En un intento por calmar mis nervios, cada vez más descontrolados, desvío los ojos hacia la noche neoyorquina, con la esperanza de que Robert lleve razón. Quizá resulte tranquilizador mirar las luces.

—¿Puedo invitarte a una copa? —me distrae la suavidad de su voz.

Permanezco inmóvil por unos momentos, y luego muevo el cuello para mirarle. Este hombre tan increíble quiere que tomemos una copa. Juntos, él y yo. Y a mí no se me ocurre una idea mejor. Lo paradójico de todo es que la *idea* de que esto me parezca una buena *idea* es, en sí, una *idea* espantosa.

—Solo si mi novio puede acompañarnos —contesto con fingida gravedad.

Sus labios se curvan en una sonrisa seductora. Muy lenta. Felina. Si yo fuese un poco más delicada, este sería un excelente momento para desmayarse. Pero no es mi estilo.

—¿Tu novio? —acota con gélido desdén—. ¿Te refieres a ese mocoso que está compitiendo en una guerra de chupitos?

No puedo apartar los ojos de los suyos, y eso me incomoda un poco.

—Veo que te mueres por hacer amistades esta noche, ¿eh? —me burlo.

El desconocido tuerce la boca en un gesto de desprecio.

—¡Amistades! —bufa, y luego me mira, todo seriedad—. Deberías salir con hombres de verdad, Adeline.

No consigo frenar a tiempo la sonrisa que se extiende en mis labios.

—Como... ¿tú? —le propongo, con una ceja alzada.

Se humedece los labios muy despacio y asiente con gran convicción. Es un auténtico seductor. Lo delatan sus movimientos, su mirada, su sonrisa ladeada. Estoy ante un *playboy* con clase, no me cabe duda de ello. Quizá Lily llevara razón. Quizá fuera cierto todo lo que dicen sobre él.

—Yo no te dejaría sola en una fiesta para ir a emborracharme con mis amigos.

Es tan arrogante y tan seguro de sí mismo que no puedo dejar de sonreír.

—¿Ah, no? ¿Y qué harías tú?

Durante el tiempo que permanece callado, con las dos manos hundidas despreocupadamente en los bolsillos de su pantalón de sastre, su penetrante mirada se arrastra por todo mi rostro. De pronto, sus ojos se detienen sobre mi boca, y algo en mi interior se incendia ante ese modo de mirarme. A juzgar por cómo se oscurecen sus pupilas, la respuesta involucra algo ilegal, y no estoy demasiado segura de si tengo bastante edad como para conocerla.

Para mi desesperación, esa idea me hace sonrojarme de nuevo. Él repara en el rubor que incendia mis mejillas y una sonrisa un tanto socarrona se adueña de sus labios. «¡Ay, *mi madre!*»

—Quizá te lo cuente, Adeline, pero este no es un buen lugar. —Me tiende una mano, y es de locos lo mucho que deseo tocarle—. ¿Nos vamos?

La hija prometida de un ultra católico senador de los Estados Unidos le diría que no. Pero ¿quién es esa? ¿Alguien la conoce?

Hechizada por el infinito azul marino en el que fácilmente podría ahogarme, cojo la mano que me ofrece y me voy con él. Este hombre desata mi locura. Sin duda alguna.

—Y bien, ¿me lo vas a contar ahora? —pregunto, en la acera—. ¿O seguirás haciéndote el misterioso?

Sin que esa inquietante media sonrisa abandone sus labios, ladea un poco la cabeza, agarra mi cintura con ambas manos y me arrastra hacia él hasta que nuestros pechos colisionan, como dos trenes de alta velocidad. Prácticamente soy capaz de vislumbrar las chispas que estallan a nuestro alrededor.

Chispas...

¿Qué tendrán las chispas que me fascinan tanto?

Mi pulso empieza a latir enloquecido, y respirar hondo ya no sirve de nada para calmarlo. Él desvía la mirada hacia mi cuello, repara en ese alterado latido, y noto por su modo de torcer los

labios que mi nerviosismo le hace una gracia tremenda.

No es propio de mí comportarme como una adolescente llena de hormonas, y me irrita descubrir que no puedo evitarlo ni mantenerlo bajo control.

—Nunca viene mal un poco de misterio, señorita —susurra contra mi boca.

Las yemas de sus dedos se arrastran por mi espalda, muy despacio; recorren mi piel desnuda de un extremo al otro y se detienen en la parte baja de mi espina dorsal.

Pese a que la piel está ardiéndome, bajo su roce empiezo a temblar, aunque el frío nada tiene que ver con las reacciones de mi cuerpo. Todo esto es causa de ese deseo caliente, irresistible, desconocido e irracional que invade mi bajo vientre. Nunca me he sentido así.

—¿Vas a besarme? —me sorprende a mí misma murmurando.

Me ruborizo en cuanto esas palabras nacen en mis labios. «¡Mierda! ¿Pero qué diablos pasa conmigo?»

—¿Es eso lo que quieres?, ¿que te bese? —repone él, incapaz de reprimir una sonrisa dulce.

Es narcótico el modo en el que sus ardientes ojos enfocan mis labios. Me los muerdo por dentro, muy avergonzada. Ojalá pudiera actuar como lo haría un ser racional. Pero no puedo. Mi capacidad de raciocinio queda anulada por completo en su presencia. Nunca he conocido a nadie tan magnético como él.

—¡Por supuesto que no quiero que me beses! —declaro en un tono jocoso que, sin embargo, no consigue enmascarar mi nerviosismo—. Como te he dicho, estoy saliendo con alguien.

La energía que ruga entre nosotros es innegable.

Con la respiración súbitamente pausada, Robert extiende la mano y recorre el contorno de mi boca con la yema de su pulgar. Un gemido muere en alguna parte de mi garganta.

—Mentir está muy mal, señorita Adeline —musita con aire absorto—. Es evidente que quieres que te bese. ¿Por qué no me haces un favor y lo admites de una vez?

Cuando alza la mirada y esos devastadores iris azules vuelven a clavarse en los míos, soy incapaz de disimular un pequeño suspiro.

Presa de la exasperación, entorno los ojos, mosqueada conmigo misma por permitir que él tenga este efecto en mí.

—Vale, sí. Un poco —confieso sonrojada, tras algunos segundos de reflexión.

—¿Un poco? —Lo niega y, con aire divertido, se inclina sobre mí para susurrarme algo al oído—. Realmente detesto decepcionarte, carita de ángel —me dice con esa voz rasgada, que deja bien claro que no lo detesta en absoluto—, pero mucho me temo que yo no sé besar *un poco*.

—¿Y cómo sabes besar entonces?

Se endereza, enarca una ceja lentamente y su sonrisa se intensifica.

—¿Que cómo sé besar? —Su mirada es tan abrasadora que el corazón se me detiene, para luego pegar un violento brinco entre las paredes de mi pecho—. Así —murmura.

Sin demasiados miramientos, me agarra la nuca con una mano y aplasta los labios contra los míos.

Antes de que pueda entender lo que está pasando, me abre la boca con la suya, me mete la lengua dentro y me besa. Ya lo creo que me besa. Me besa como nunca, en mis veinte años, he

sido besada. La pasión se intercala con la ternura, formando una unión tan inquebrantable y extraordinaria que temo no volver a ser capaz de sentir nunca más.

La oscuridad nos envuelve, tan atrayente y deliciosa, y se apodera de mi cuerpo y mi mente como una marea imparable. No hago el más mínimo esfuerzo por oponer resistencia. Todo lo contrario. Me dejo arrastrar hacia un torbellino peligroso, excitante, imposible de controlar; un lugar diferente a todo cuanto jamás he conocido. Este hombre es capaz de llevarme a sitios que nadie más conoce.

Su boca sobre la mía me reclama febril, ansiosamente. Me absorbe. No puedo hacer más que devolverle el beso. No me deja otra alternativa, no tengo elección. Mi lengua se enrosca con la suya y se une a una danza de lo más erótica, mientras mi cuerpo se disuelve en un océano de sensaciones.

Como si estuviera luchando por contenerse, se detiene por un momento, con mi cabeza entre las manos, y respira tan fuerte que se le dilatan las aletas de la nariz.

Cuando busco sus ojos, me encuentro con que sus hermosas facciones lucen devastadas, supongo que igual de alteradas que las mías. A nuestro alrededor, algunos transeúntes aminoran la marcha para poder observarnos mejor. Robert me mira los labios hinchados y sacude la cabeza, no sé si arrepentido, asombrado o excitado. Quizá sea una mezcla de las tres cosas.

—Nos están mirando —le susurro, ya que él no reacciona—. Podría haber *paparazzi*...

Está muy cerca de mí, tan cerca que lo siento, lo respiro. Nuestros alientos se mezclan y el deseo que late entre nuestros cuerpos se vuelve inaguantable. Sus ojos están clavados en los míos, y me parecen aún más azules que antes. Me quedo inmóvil, mirándolo, disfrutando de su proximidad.

—Que se jodan —murmura, antes de volver a abalanzarse sobre mí.

Agarrándome por la nuca con ambas manos, me hace retroceder hasta apoyarme contra el muro del local, donde, arropados por las sombras de la noche, vuelve a tomar posesión sobre mi boca, besándome aún más profundamente.

No me muevo cuando se pega a mí y me atrapa bajo la dura presión de sus músculos. Su boca baja por mi cuello, ávida, caliente y húmeda, aferrada a cada centímetro de mi piel. No puedo apartarme de él, ni puedo controlar mi excitación, que aumenta gradualmente a medida que el calor de su cuerpo derrite al mío. Me está rompiendo en pedazos. La sangre de mis venas empieza a bullir, y unas intensas oleadas de deseo fluyen por todo mi ser, recordándome que he perdido todo el control. Ahora mismo dejaría que hiciera conmigo lo que él quisiera.

—Por favor... —musito débilmente, aunque no sé si para que me suelte o para que se apiade de mí. Estoy pidiéndole algo que no sabría definir.

Una brutal descarga eléctrica sacude todo mi interior cuando me aferro a sus brazos y percibo cómo, por debajo de su camisa, sus bíceps se tensan. Su corazón empieza a latir tan acelerado contra mi pecho que tengo claro que esto le afecta tanto como me está afectando a mí.

Levanta la cabeza hacia mis ojos y mueve las manos para agarrarme el rostro.

—Por favor, ¿qué? —murmura.

—Yo... solo quiero...

—Que te bese. ¿Es eso lo que quieres?

—Yo... —No me sale nada inteligente, así que me mantengo callada.

Sin aflojar la presión del cuerpo que me mantiene atrapada contra la pared, sus labios chocan de nuevo con los míos en un beso devastador. Parece tomarse todo el tiempo del mundo para dedicarse a este momento, y yo me siento embargada por un placer sin remordimientos.

En un singular momento de lucidez, intento apartarme, pero él me besa, y me besa, y me besa, como si no fuera capaz de detenerse, y acabo rindiéndome. Me rindo porque no se puede luchar contra una fuerza así de arrolladora.

—A partir de este momento, eres solo mía —me informa cuando, por fin, se despegan nuestros labios.

Ahogo un gemido cuando su mano recorre la curva de mi trasero y me atrae hacia sus caderas, para que note su deseo. Me siento embriagada de excitación, y eso es abrumador.

Por encima de nuestras cabezas, una ráfaga de viento desprende unas cuantas hojas doradas y las hace flotar en el aire. Apenas reparo en la gracia de su baile. El mundo que nos envuelve se ha vuelto borroso e insignificante; irreal.

Permanezco ausente, intentando estabilizarme a pesar de las frenéticas espirales por las que aún giro. Tengo los labios hinchados y ardiéndome, la respiración alterada y la mente completamente perdida en este momento transcendental. Una parte de mí sabe que después de estos besos, nada, nunca, volverá a ser como antes. No creo que yo vuelva a ser la de antes.

—Tonterías —susurro con aire distraído. Apoyo una mano contra la pared para no perder el equilibrio, pues me tiemblan las rodillas—. Yo no soy de nadie. No te pertenezco ni te perteneceré jamás. No vayas a pensar que después de un beso voy a convertirme en uno de tus numerosos juguetes.

No debería estar aquí con él, y aun así, no soy capaz de apartarme. Hay algo en él. ¿Qué es? Levanto los ojos hacia los suyos y estudio su mirada, pero mi exhausta mente no consigue encontrar la respuesta a esa pregunta.

Los llameantes pozos, que me contemplan con el mismo interés, no desvelan nada en absoluto. Lo único que sé es que este desconocido me atrae como nadie lo ha hecho jamás.

Su mano tira de mí y, sin darme cuenta, estoy con la cabeza apoyada contra su hombro y sus brazos me rodean en un gesto protector. Alguien silba a sus espaldas, no sé si para llamar nuestra atención o por cualquier otra cosa.

—Te equivocas —susurra, más bien para sí mismo, y su abrazo se vuelve aún más fuerte—. Eres mía. Es evidente que tú y yo tenemos algo. Y no pretendo convertirme en uno de mis numerosos juguetes. Pretendo convertirme en mi juguete favorito.

Su olor es lo más excitante que he olido jamás. Huele como un bosque durante una fuerte tormenta, a algo terrenal e irresistible; a tentación, supongo.

—Mi novio está esperándome ahí dentro —comento abruptamente, quizá en un torpe intento de recordármelo a mí misma.

Robert baja la mirada hacia la mía. Sonríe, incluso cuando lo único que se refleja en sus ojos es un brillo de feroz excitación. Vuelvo a percibir en él ese *algo* tan perturbador que soy incapaz de señalar. Puede que sea su forma de tocarme lo que impacta tanto. Su palma está apoyada contra la mía, sus delgados dedos están curvados sobre mis nudillos, y yo siento como si un

extraño hormigueo fluyera por todas las venas de mi cuerpo.

Desde luego, cualquier chica se merece ser tocada y besada de este modo, aunque fuera por una sola vez en la vida.

—¿Tu novio? —repite como si el asunto no tuviera importancia alguna para él, mientras su pulgar se entretiene acariciando suavemente al mío—. Mmmm. Tienes que dejarlo, me temo. Lo primero que debes conocer acerca de mí es que no soporto compartir lo que es mío.

—Yo no soy tuya.

Mis esfuerzos por aferrarme a la negación parecen divertirse.

—Ah, claro que sí. Te acabo de besar. No me habría cogido semejantes libertades contigo de no haber estado plenamente convencido de ello, ¿no te parece?

—A ti se te va la pinza, ¿a que sí?

Su pulgar frota al mío hasta que este termina por devolverle las caricias. Me ha desarmado una vez más.

—Algunas veces. Pero esta noche no es el caso, señorita. Te garantizo que estoy en pleno uso de mis facultades mentales. Y ahora, teniendo en cuenta que ya te he mostrado cómo besamos los hombres —sonríe y se pasa la lengua por los labios, muy despacio, como si estuviera rememorando nuestro beso—, dime, bella Adeline, ¿qué quieres hacer a continuación?

«*¿Volver a besarte así por el resto de mis días?*»

—Dijiste que ibas a invitarme a una copa. Hazlo.

No sé de qué parte de mi cerebro ha salido eso. Tenía que haberle gritado un *¡suéltame!* y salir corriendo de vuelta a los brazos de Josh. Hay tantas cosas que tenía que haber hecho, y, sin embargo, nunca las hice. Así es el ser humano, supongo. De un modo u otro, siempre acaba rindiéndose ante la tentación.

—Está bien. —Su cálida boca roza el pulso de mi cuello, y de nuevo puedo notar esa excitación recorriendo mis venas cual devoradoras llamas—. Relájate —me susurra al oído—. Yo cuidaré de ti. Siempre cuidaré de ti. Vamos.

Cuando me quiero dar cuenta, ya me ha hecho cruzar la acera y ahora está sosteniéndome la puerta de su coche, un Maserati oscuro, masculino, sin duda alguna, veloz. Subo, sin pensármelo demasiado. Es una locura, lo sé. Ni siquiera me ha dicho adónde vamos. ¿Acaso importa? Supongo que no.

Sobrecogida por todo, observo en silencio cómo rodea el coche, se desliza en el asiento del conductor y gira la llave dentro del contacto. El bólido se pone en marcha con un suave ronroneo, sin tardar más de unos pocos segundos en adquirir una velocidad preocupante.

—¿Adónde vamos? —pregunto de pronto, al advertir que llevamos varios minutos en silencio.

Una pequeña, casi imperceptible sonrisa aparece en los extremos de su boca.

—A cualquier parte.

No hay demasiado tráfico, lo que le permite sortear los demás coches y conducir deprisa. Odio que la gente conduzca tan rápido, pero con él, por alguna razón, me siento a salvo. Tengo la sensación de que, estando con este hombre que acabo de conocer, nada malo podría pasarme. Hay algo en su forma de mirarme que me dice que él jamás me lastimaría. Aunque es posible

que sus ojos mientan.

Pasan los minutos sin que ninguno de los dos hable. Nueva York vuela a ambos lados, lejana e indiferente, con sus luces titilantes y sus aceras transitadas por cientos de personas. ¿Qué sabe Nueva York sobre nosotros? Nada. El hombre de ojos azules y yo somos uno de los múltiples misterios que se ocultan entre las sombras de esta enorme ciudad.

—¿Qué haces con ese niño de papá? —me sorprende su voz.

Me encojo de hombros.

—Ya te lo dije, es mi novio.

—Lo era —repone con hosquedad.

Nos volvemos a sumir en un profundo silencio. Conforme avanzamos en el tráfico de la noche de domingo, me entretengo examinándolo de reojo. Mis ojos se arrastran por la curva de su mejilla sin afeitar, por las facciones duras, sumidas en penumbra. Intento adivinar su edad. Debe de rodar la treintena. Puede que me saque diez años. Tal vez, unos cuantos más.

—Y tú, misterioso desconocido que todo parece saberlo, ¿por qué estabas en esa fiesta tan aislado de los demás?

Me doy cuenta de que le divierte mi sarcasmo. Las esquinas de su boca se alzan levemente.

—Así que has estado observándome, ¿eh, señorita?

Como no contesto, gira el cuello para lanzarme una mirada insistente, antes de volver a centrar los ojos en la carretera.

—El que me estaba observando eras tú —contesto por fin.

Sacude la cabeza lentamente, decepcionado por mi respuesta.

—Yo diría que, más bien, nos estábamos observando mutuamente, Adeline. ¿No opinas tú lo mismo?

Mis labios se fruncen en un gesto de indiferencia.

—Quizá. ¿A quién le importa?

—A mí. Vamos, sabes que llevo razón. Incluso una chica mala y rebelde como tú ha de admitirlo.

Giro el cuello hacia él y le lanzo una mirada fulgurante. Estoy harta de la gente que me juzga por mi maquillaje oscuro y la música rock que me acompaña a todas partes, y no por lo que realmente soy.

—¿Chica mala y rebelde? Tú no sabes nada acerca de mí.

—Y, sin embargo, desearía saberlo todo —repone con aplomo, y esas palabras me dejan tan completa y absolutamente descolocada que mi incipiente cólera empieza a disiparse—. ¿Qué te parece este lugar para tomar esa copa que te he prometido?

Desplazo los ojos hacia la ventanilla y veo que estamos aparcando delante del *Bemelmans Bar*. Pese a lo famoso que es este sitio, nunca he estado aquí. Lo único que sé es que es un bar clásico donde sirven los mejores martinis del mundo.

—Supongo que me parece bien —farfullo, empeñada en no abandonar tan pronto mi actitud beligerante.

—Con un suponer me basta.

Me sonrío y, de un modo imperceptible, mi rostro pasa de mostrar una expresión enfurruñada

a lucir una sonrisa bobalicona. Se apea del coche, me abre la puerta y me lleva de la mano hasta la entrada del bar.

Me invita a pasar, extendiendo cortésmente la palma, y yo obedezco en silencio. Me descoloca todo esto, a la vez que me preocupa el control que parece ejercer sobre mí.

Una vez cruzada la entrada, apoya una mano en la parte baja de mi espalda y me guía hacia la mesa más alejada de todas. Por supuesto, me estremezco cuando sus dedos rozan mi piel, y creo que él lo nota.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —me susurra al oído, y yo sacudo la cabeza a modo de respuesta—. ¿Qué te parece entonces?

—Es espectacular —murmuro distraída, contemplando el pequeño interior, tan cálido y acogedor que arrastra los últimos vestigios de mi malhumor. Una no puede estar de malas pulgas aquí dentro, y mucho menos si va acompañada por alguien como él.

—Espectacular... —repite para sí mismo como si estuviera sopesando la palabra—. No puedo más que coincidir.

Su voz es tan baja que apenas se le escucha a causa de la música y las conversaciones de la gente.

Tomamos asiento cara a cara. Las mesas y las sillas son del mismo tono de marrón que los divanes de cuero. Examino impresionada las lámparas que hay encima de cada mesa. Tienen unos dibujos curiosos, muy originales. Sonríe al ver que la nuestra muestra a un conejo con traje, durmiendo de pie.

—¿Sabías que esos dibujos de ahí los hicieron a mano?

Sigo la dirección de sus ojos y observo los grabados de las paredes. Imitan el estilo de las lámparas, de modo que no me cabe duda de que fueron realizados por el mismo artista.

—No tenía ni idea —contesto con voz baja.

El ambiente que nos envuelve es íntimo. Aquí estamos los dos, ajenos a todo cuanto nos rodea. La amarillenta luz de la lámpara se derrama sobre nuestros rostros como oro líquido, y su mirada está clavada en la mía. Este modo de contemplarme hace que la excitación burbujee en mi interior como si en cualquier momento fuera a estallar. Bajo el embrujo de esas profundidades azules, mi mente clasifica el bar de lugar elegante, incluso sensual y, hasta cierto punto, enigmático.

En el piano que hay a tres mesas de distancia de la nuestra, está sentada una mujer muy atractiva interpretando *Burning Desire*. Giro el cuello y durante algunos segundos contemplo distraída aquellos dedos oscuros que se deslizan por la palidez de las teclas.

—Qué adecuado —comento, volviendo los ojos hacia él.

Me observa en silencio, concentrado, a juzgar por la arruga que cruza su ceño. Quizá esté intentando adivinar si me refiero a la letra de la canción o al piano como mero objeto de decoración. Lo cierto es que yo también intento adivinarlo.

—¿Te gusta esta canción? —me susurra.

Tengo la sensación de que está contemplándome como si no existiera nada aparte de mí en el universo entero. Nunca he visto tanta intensidad en una mirada, tanta concentración, tanto interés. Toda chica también se merece ser mirada así, aunque sea una sola vez.

—Me encanta —susurro, un poco intimidada por ese imperturbable azul.

Durante algunos segundos, nos embebemos el uno en el otro. La química de nuestras miradas es impresionante.

—A mí también me suele gustar la música de Lana del Rey. Me parece... decadente. Muy adecuada para algunos momentos *especiales* —me ruborizo al entender de qué momentos está hablando, y él sonríe con picardía, divertido por mi recato—. Mmmm. Interesante. Me va a encantar hacerlo.

Lo miro sin entender.

—¿El qué?

Sacude la cabeza despacio como si no tuviera importancia alguna.

—Nada. Dime, Adeline, ¿vas a tomar otro *Manhattan*?

Frunzo el ceño. Nada más llegar a esa fiesta me tomé un *Manhattan*, pero él no estaba ahí. ¿O sí?

—¿Cómo sabes tú eso?

Disimula una sonrisa digna de un niño travieso que acaba de hacer alguna maldad que ahora se muere por compartir.

—Estuve observándote desde que entraste por la puerta.

Me vuelvo a sonrojar, sin poder evitarlo, y empiezo a removerme inquieta en mi asiento.

—¿Y puede saberse por qué? —murmuro, intentando escapar de su mirada, que todo parece verlo, incluso los recovecos más profundos de mi alma.

Su sonrisa se intensifica, lo cual me hace sentirme cada vez más agitada.

—El asunto es de una terrible simplicidad. Eras la chica más guapa de toda esa absurda fiesta, y yo no podía apartar mis ojos de ti. —Me estremezco en lo más profundo de mi ser cuando coge mi mano por encima de la mesa, haciendo que mi piel entre en lenta combustión de inmediato—. Parecías un ángel recién caído del Edén.

—Ya. —Suelto una risita nerviosa—. Un ángel oscuro, quizá. Mírame.

—Curiosamente, es lo que llevo toda la noche haciendo —susurra, con esa rasposa voz que vibra a través de mi cuerpo.

Su pulgar recorre mis nudillos uno a uno. Trago en seco, sorprendida por el contacto de su cálida y suave piel. ¿Cómo puede estar quemando?

—Seré directo contigo, Adeline —dice despacio, con muchísimo aplomo, como si estuviera sopesando cada una de sus palabras—. No me gustan las situaciones complejas, así que desvelaré mis cartas desde el principio. Te diré qué es lo que quiero de ti, para que no haya sorpresas después.

—¿Es que quieres algo de mí? —balbuceo.

Levanto la cabeza para mirarlo a la cara. Sonríe, sin que su dedo deje de acariciarme la mano. Me derrito, pero consigo fingir indiferencia. Se me da muy bien fingir que nada me afecta.

—Evidentemente. De lo contrario, no estaríamos aquí.

—Ya veo.

Sabía que fugarme con él era una malísima idea. Si no me flaquearan tanto las rodillas, me levantaría ahora mismo. Me preocupa lo que vaya a decirme. No, no es eso, en realidad. Lo que

me preocupa es que yo vaya a aceptar cualquier cosa que él me proponga.

—¿Te da miedo preguntar qué es lo que quiero de ti? —La sorna que tiñe su voz basta para que mi cerebro active todas mis autodefensas.

—¿*Miedito*? —bufo, con ambas cejas arqueadas y las pupilas, de pronto oscurecidas, taladrando las suyas—. Déjame decirte algo, Robert Black. —Me inclino sobre la mesa, para resultar más intimidante—. Cuando tenía doce años, di un discurso en el Capitolio. Iba sobre la paz mundial, un asunto que siempre me ha preocupado. Ahí delante de todos los pesos pesados de la política americana, expuse todas mis ideas. *De memoria* —subrayo entre dientes—. No me tembló la voz siquiera. Te equivocas si piensas que alguien como tú podría intimidarme.

Se muerde el labio por dentro para frenar una sonrisa lenta y de lo más sexy.

—Así que, Adeline, eres una chica dura. Mejor aún. Detestaría tener que pasar por todo ese rollo de damisela que se desmaya ante mi declaración de intenciones.

—Tranquilo. No me he desmayado en mi vida. No voy a empezar ahora. ¿Qué es lo que quieres?

—Está bien. Te lo diré. Quiero que seas mía, con todo lo que eso conlleva.

¡Guau! Es un hombre que no se anda con tonterías. ¿Para qué perder el tiempo?

—Y esperas que yo te diga que sí a eso —afirmo, aunque él no se inquieta en absoluto ante la sequedad de mi voz.

—Sin duda, lo harás, tarde o temprano, de un modo u otro. No le demos más vueltas al asunto. Mañana quiero verte en mi despacho para que negociemos detenidamente los términos del acuerdo.

Me quedo mirándolo boquiabierto. ¿Se puede ser más jodidamente arrogante?

Retiro la mano de inmediato, lo cual parece sorprenderle. ¿Y qué demonios esperaba? Tiene suerte de que no me haya largado aún.

—¿*El acuerdo*? ¿Eso es lo que supone para ti? ¿Un jodido acuerdo?

Sus ojos brillan impenetrables, aunque juraría haber distinguido una débil chispa de confusión en lo más hondo de sus órbitas.

—¿Es que te disgusta el término?

—¿Realmente me acabas de preguntar si me disgusta el término?

Lo miro totalmente perpleja y él frunce el ceño.

—Entiendo. Vaya. Así que eres de las que leen libros de Nicholas Sparks.

Lo dice como si aquello fuera un poco decepcionante para él.

—No sé quién demonios es Nicholas Sparks.

Mi respuesta le asombra. Lo veo en sus ojos.

—Todo el mundo sabe quién es Nicholas Sparks, Adeline.

—Yo no soy todo el mundo, Black.

Las comisuras de su boca se curvan hacia arriba.

—Llevas razón. No lo eres. Tú eres especial —se queda meditabundo, como si acabara de caer en la cuenta de algo importante—. ¿Sabes qué? Ignora todo lo que te he dicho. Lo siento. Me he precipitado contigo. Empecemos de cero, ¿vale?

¿Es bipolar? Otra explicación no se me ocurre.

—¿Lo sientes y ya está? ¿No vas a darme más explicaciones al respecto?

Deja escapar un suspiro airado.

—¿Más explicaciones? ¿Para qué? ¿No es obvio? Me he equivocado al pensar que estás preparada para llevar nuestra relación al siguiente nivel. Claramente, no lo estás, así que reculo. Haremos las cosas a tu manera. ¿Quieres un héroe romántico? Pues seré el héroe romántico que necesitas, preciosa. Durante un tiempo.

—¿Y por qué harías tamaño *sacrificio*? —escupo, de lo más sarcástica.

—Hay causas que valen la pena. Tú eres una de ellas. Lo que realmente me importa es alcanzar los resultados deseados, de modo que estoy dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva.

—¿Borrón y cuenta nueva? —repito con la voz cargada de escepticismo.

—Ya me has oído. Y, cambiando de tema, ¿cuántos años tienes, Adeline?

«*Es bipolar*».

—Cumplí los veinte en abril —rezongo. «¿*Bipolar diagnosticado y medicado, o sin diagnosticar?*» —. ¿Y tú?

Los músculos de su mandíbula se endurecen y su cuerpo se vuelve rígido, como si de repente estuviera incómodo. Se remueve el pelo con los dedos y, en unos pocos segundos, su mirada se torna completamente inexpresiva.

—Muchos más.

Fin de la conversación.

—Eso me había quedado obvio desde que te vi.

—Sí, supongo que es obvio —gruñe malhumorado—. Entonces, ¿un *Manhattan*?

Tiene el ceño fruncido y me observa pasándose la mano por la oscura barba incipiente que cubre su mentón. Por un momento, contemplo la idea de irme. Al mismo tiempo, contemplo la idea de quedarme. No sé exactamente cómo actuar. Es decir, se merece que me vaya. Por el otro lado, irme significa no volver a verle. Es una decisión difícil, sin duda.

—¿Adeline? —la suavidad de su voz interrumpe la sarta de pensamientos que se agolpan dentro de mi mente.

Suelto un interminable suspiro de rendición. Supongo que la decisión era obvia desde el principio.

—De acuerdo. Un *Manhattan*, y me largo.

—Quizá no quieras irte después de tomar una copa conmigo.

¡El colmo de la arrogancia!

—O quizá quiera irme incluso antes de acabarla.

Frunce el ceño de nuevo, como si estuviera sopesando atentamente esa eventualidad.

—Mmmm. No descartemos esa posibilidad. Por si acaso.

Pide mi bebida y un *brandy* para él. Qué convencional. Prefiero a los chicos que beben cerveza de barril. Directamente del barril, quiero decir.

La camarera no tarda demasiado en servirnos las bebidas, y yo, agradecida, cojo la mía y le doy un buen trago. Necesito calmar el hueco que su propuesta me ha provocado en el estómago.

—Seamos amigos, Adeline —propone de pronto, dejando su copa encima de la mesa, después de tomar más de la mitad, así, de golpe.

—¿Quieres ser mi amigo?

—No, realmente, no. Es decir, sí. Para empezar.

—Me confundes.

—Lo siento.

—No pareces arrepentido.

—Pues lo estoy. ¿Siempre llevas las uñas pintadas de negro?

—¿Siempre cambias de tema tan bruscamente?

Sus ojos se clavan en los míos como en un interrogatorio, aunque no consiguen intimidarme.

—No has contestado a mi pregunta, Adeline.

—Ni tú a la mía, Black.

—Dios. —Me lanza una mirada divertida—. Eres dura de pelar, jovencita.

Suelto una carcajada.

—Estoy acostumbrada a los debates.

—¿Y eso por qué?

Bajo la mirada hacia mis dedos, aferrados en torno a la elegante copa.

—No es asunto tuyo. Y mis uñas no están pintadas de negro. Esto es azul marino. Como tus hermosos ojos.

Sonrío cuando me doy cuenta de que se ha ruborizado como un chico tímido.

—Perdona, ¿te ha incomodado mi sinceridad? —me burlo.

—No, claro que no.

Se aclara la voz discretamente, antes de desviar la mirada. No necesito más indicios para saber que quiere cambiar de tema. Considera adecuado observarme fijamente y hacerme propuestas tan directas y escandalosas, pero ser observado no lo gusta tanto. ¡Mira tú por dónde! Esto está poniéndose interesante.

—Y cuéntame, ¿cómo es la vida de una chica de veinte años hoy en día? —inquire al cabo de unos segundos—. ¿Qué haces para divertirte?

—¿Aparte de fingir ser alguien que no soy? —Me muerdo la lengua nada más soltar esa barbarie—. Dios, lo siento. Eso ha sido inapropiado.

—Oye... —Extiende el brazo y me levanta la barbilla para mirarme a los ojos. Sin poder evitarlo, pego un brinco por la suavidad con la que sus dedos me tocan—. No te disculpes nunca por decir lo que piensas. No conmigo. Si los demás no son capaces de valorar tu sinceridad, será que son idiotas.

Se me escapa una carcajada cargada de nerviosismo.

—Desde luego. No obstante, debería sentirme ofendida. Acabas de llamar *idiotas* a mis padres, mis amigos y, prácticamente, a todos los que conozco.

Ríe entre dientes.

—Entiendo a lo que te refieres. Por desgracia, la mayoría de mis conocidos también se incluyen en esa categoría.

Se toma un trago, sin que sus penetrantes ojos se aparten de los míos.

—Increíble. Dos inadaptados socialmente se juntan en un bar —comento con sorna—. Hollywood podría convertir esto en una peli taquillera.

Se mantiene callado y serio mientras recorre mi rostro con una mirada de lo más concentrada.

—Supongo que llevas razón —admite, pasado un tiempo—. Lo nuestro podría ser elevado a la categoría de *bonita tragedia romántica*.

Una expresión de desconcierto ilumina la oscuridad de mis pupilas.

—¿Y por qué iba a ser una tragedia?

Sus ojos me examinan con fascinante interés. Para eludirlos, me distraigo bebiendo un sorbo de mi cóctel.

—Porque lo bueno siempre acaba destruyéndote, Adeline. Nunca juegues con fuego. No me digas que no te han contado eso de pequeña. A toda niña bien se lo debe contar su madre.

Una expresión sardónica curva mi boca.

—*Nunca juegues con fuego*. ¡Guau! ¿Qué es?, ¿alguna especie de advertencia?

Sus ojos brillan diabólica, peligrosamente.

—Un sabio consejo.

—Inquietante consejo, me atrevería de decir. ¿Y qué me dices de ti? —me esfuerzo por preguntar, para acabar con ese escrutinio que empieza a ponerme nerviosa—. ¿Qué hace un hombre de tu edad... sea cuál sea... para divertirse?

Se toma toda la copa de golpe y coloca el vaso, ruidosamente, encima de la mesa.

—Yo no me divierto, Adeline. Nunca.

Finjo una mueca de disgusto con los labios.

—Así que viejo y, encima, aburrido —bromeo.

—¡Oye! ¡No te pases, señorita! —me riñe, simulando sentirse muy ofendido—. Lo de aburrido es un grave insulto.

—¿Y lo de viejo? —Con una ceja enarcada, le doy un sorbo a mi copa mientras espero su respuesta.

Sus ojos destellan pura diversión, y unas pequeñas arrugas se forman en sus esquinas. Es arrasador.

—Pensaba que había quedado evidente que eso es cierto.

Estallo en carcajadas.

—Lo siento. —Sin embargo, no consigo dejar de reírme.

—No lo sientas. Me gusta el sonido de tu risa.

Está tan mortalmente serio que dejo de reírme como una idiota y lo evalúo en silencio. Me invade el repentino impulso de preguntar si es cierto lo que dicen sobre él.

Abro la boca, pero cambio de opinión en el último instante, de modo que vuelvo a cerrarla. Si él no lo menciona, no pienso preguntárselo. Alguien sabio dijo una vez que nunca viene mal un poco de misterio.

—¿Llevas mucho tiempo con él? —sus palabras salen de un modo abrupto, como si se tratara de un impulso que no ha conseguido reprimir.

Sorprendida por la pregunta, alzo de nuevo la mirada hacia la suya.

—¿Con Josh? Oh, desde, bueno... siempre. Nos prometieron al nacer.

Puedo leer en su rostro la magnitud de la perplejidad que se apodera de él. Baja la mirada al suelo y se toma unos momentos para asimilar la noticia.

—¿Prometieron...? —Levanta los ojos con estudiada lentitud, aún en estado de *shock*—. A ver si me aclaro. ¿Estás diciéndome que ese necio va a ser tu marido?

Por alguna razón, siento la necesidad de defender a Josh. Si hay alguien que pueda insultarle, ese alguien soy yo. A fin de cuentas, Josh es familia. Puede que familia algo agobiante... algunas veces pesada e insufrible, lo admito, pero no deja de ser mi familia, y para mí eso es muy importante.

—¿Por qué demonios le insultas? Ni siquiera le conoces. Tú no sabes una mierda sobre nosotros, ni sobre nuestro mundo. No eres más que un intruso. La gente como tú tiene la posibilidad de irse. Josh y yo, no. Deberías aprovechar y mantenerte al margen de todo esto.

Me dispongo a levantarme, pero él agarra mi muñeca por encima de la mesa, con bastante brusquedad, y me detiene. Pese a la tenue luz del local, puedo ver cómo sus ojos oscurecen, se vuelven peligrosamente oscuros.

—No necesito conocerle. Posee algo que me pertenece.

Alzo ambas cejas, sin dar crédito.

—¿En serio? ¿El qué?

Si bien hago repetidos intentos por liberar mi mano, no me lo permite.

—A ti.

Me quedo sin palabras. Tengo que hablar, tengo que replicar algo caustico, pronunciarme de un modo u otro, y, sin embargo, no me muevo. ¿Por qué demonios no soy capaz de abrir la boca y decir algo inteligente? Me he quedado tan paralizada que las palabras se niegan a brotar. No hago más que contemplar cómo sus ojos se convierten en oscuros y profundos pozos, tan amenazadores y peligrosos como las aguas de un océano durante una tempestad. Tan imposibles de domar...

Solo por un segundo, diviso algo en su mirada.

«Una chispa de peligro».

Es la primera que siento estando a su lado. La sensación de seguridad se ha esfumado, y esto es lo único que me inspira en este momento: peligro.

La imagen de la chimenea de nuestra casa acude a mi mente. Recuerdo con qué pasión la madera era engullida por aquellas llamas devoradoras, con qué arte la consumían, sin detenerse hasta reducirla a meras cenizas.

Él es como el fuego, ahora lo sé. Es pura pasión, es locura, es peligro, es misterio, es aventura. Pero, por encima de todo eso, es destrucción.

Ahora ya sé por qué me resulta tan magnético. Como solía hacer con las llamas, podría pasarme interminables horas contemplando sus abrasadores ojos, fascinada e hipnotizada por su persona.

Y eso es malo. Muy malo. Porque si me descuido, acabaré ardiendo en llamas. ¿Acaso no me lo ha advertido él mismo? *Nunca juegues con fuego*. Alguien inteligente le haría caso.

—Suéltame —ordeno entre dientes, con voz baja, aunque potente.

Arrepentido, deja caer los párpados y maldice entre dientes.

—Lo siento. Probablemente estarás pensando que soy un capullo, y me disculpo por mi comportamiento. Ha sido... —carraspea, esforzándose por encontrar la palabra adecuada—

inapropiado. *Muy* inapropiado.

Sus dedos liberan mi muñeca con suavidad y yo retiro la mano de inmediato.

—Lo ha sido. Y sabes sobradamente que todo lo que ha pasado entre nosotros dos esta noche ha sido inapropiado. No estoy acostumbrada a que la gente se tome esta clase de libertades conmigo, por no mencionar lo poco que me ha gustado tu propuesta. —Me pongo en pie, sin que mi mirada desvele nada de lo que está sucediendo en las profundidades de mi alma—. Y ahora, si me disculpas, voy a retirarme. Buenas noches, Black.

Resopla con fastidio, se levanta y me acerca el bolso.

—Te llevaré a casa.

—Gracias, pero ya soy mayorcita.

Aprieta la mandíbula y los puños, con el cuerpo cada vez más tenso y el ceño aún más fruncido. Tiene las aletas de la nariz dilatadas, a causa de lo fuerte que está respirando. Sé que se siente furioso. Y, francamente, yo también.

—Adeline, lo siento. No era mi intención ofenderte, ni nada parecido. No suelo comportarme así.

Me mira como un niño perdido, pero no me dejo impresionar tan fácilmente.

—Me importa una mierda lo que sueles hacer. Buenas noches —digo tajantemente.

—Buenas noches, Adeline —le escucho susurrar a mis espaldas.

Y, por primera vez, me parece vulnerable y, quizá, un poco dolido.

Camino hacia la salida sin volver la mirada atrás. Ya en la calle, me detengo a unos pocos metros de la puerta del local para buscar el paquete de cigarrillos dentro de mi bolso. No me gusta demasiado fumar, solo es un acto de rebeldía, pero en este momento lo necesito para calmar mis nervios.

Retiro un cigarrillo largo y fino, lo enciendo con dedos torpes y empiezo a dar largas caladas. Resulta agradable su sabor a menta. Es como Black, dulce y picante al mismo tiempo.

—No, no hagas eso. Los angelitos como tú deberían mantenerse alejados de todo veneno.

Me giro hacia él con cara de exasperación. Está en un ángulo alejado de la luz de las farolas. Su rostro se mantiene oculto por esa oscuridad a la que parece pertenecer, y su hombro derecho está insolentemente apoyado contra la pared. Me pregunto qué habrá sido de esos modales sureños tan envidiados por los del norte. ¿Los habrá perdido al mudarse a Nueva York?

—Si los desconocidos como tú no hubiesen sido bordes con los *angelitos*, tal vez estos no necesitaran un jodido cigarrillo.

Se endereza y camina hacia mí. Si piensa que voy a retroceder, lo lleva claro.

—No digas palabrotas, Adeline.

Una risa de incredulidad brota de mi garganta.

—¡No me lo creo! Me agredes, insultas a mi novio y encima me ordenas cosas, por no hablar de cómo me has tratado sin siquiera conocerme. ¿Quién coño te crees que eres? Y entérate de esto, Matusalén: si quiero decir *jodido*, diré *jodido* todas las *jodidas* veces que me dé la *jodida* GANA. ¡JO-DER!

Se muerde el labio inferior para aguantarse la risa.

—Gran dominio de los tacos, señorita, tengo que admitirlo. Supongo que en la escuela

dominical estarán orgullosos de ti.

Doy otra larga calada. Me tiemblan las manos.

—Nunca he ido a la escuela dominical.

Sus ojos brillan con una expresión de lo más socarrona.

—Tu pulsera de la *Liga Cristiana* indica todo lo contrario.

Me muerdo la mejilla por dentro. ¡Putas pulsera! Y, sí, he dicho *puta*.

—Es un regalo —miento.

—¿De tu *cristiano* prometido? —inquire, con una ceja alzada de forma burlona.

—No es asunto tuyo. Y ahora me gustaría fumar mi jodido cigarrillo en paz, si no te importa.

Le doy la espalda y finjo indiferencia, aunque lo cierto es que tengo todas las moléculas de mi cuerpo centradas en él y en sus movimientos. Durante un tiempo irritantemente largo, no se mueve.

—¿Sabes cuál es tu problema, Adeline?

Escucho sus pasos acercándoseme por detrás. Sé que debería irme, pero me siento completamente paralizada por la expectativa de algo que sé que va a suceder como siga avanzando.

—Apuesto mi cuello a que piensas decírmelo.

Se detiene, demasiado lejos como para que su cuerpo roce el mío, y, aun así, tan cerca que noto su aliento removiendo el oscuro pelo de mi nuca. Vuelvo a sentir escalofríos. Trato de reprimir el impulso de girarme y suplicarle que me bese otra vez. De un modo irónico, lo peligroso resulta demasiado magnético. ¿Cómo se supone que debo mantenerme alejada del fuego, si sus llamas me cautivan de este modo?

—Sí, señorita Adeline, de apellido desconocido. Voy a decírtelo. —Me agarra por los hombros y me vuelve de cara a él—. Tu problema es que deberías ser besada más a menudo por hombres como yo.

—Qu...

No me permite acabar la frase. Me coge por la nuca, su boca busca a la mía y separa mis labios suavemente.

Sin embargo, no me besa. Tan solo me absorbe, me respira; me siente.

Coloco las palmas sobre la rigidez de su pecho, pero no encuentro las fuerzas de empujarle hacia atrás cuando noto el latido de su corazón. El calor que desprende su piel empieza a descongelarme, a derretir mi corazón de un modo demasiado peligroso. ¿Cómo consigue desarmarme tan fácilmente?

Aprovechando mi momento de debilidad, sus brazos me rodean la cintura y me acercan delicadamente al cuerpo que arde en llamas por debajo de su camisa, hasta que dejo caer las manos y ya no hay más barreras interponiéndose entre nosotros dos.

Y entonces, por fin, me besa. Su lengua se abre camino entre mis labios y penetra mi boca, una y otra vez, acariciando, saboreando lentamente.

Para mi sorpresa, su beso no es agresivo. Vista la demostración de violencia del bar, esperaba que fuera implacable y exigente, que intentara someterme de algún modo. Pero no lo hace. Es un acto lento, pasional, lleno de promesas; algo tan demoledor que despierta en mí un desconocido

placer que no tarda nada en propagarse a través de cada fibra de mi cuerpo.

No sé el tiempo que dura el beso. De lo que sí soy consciente es de lo profundo que se vuelve conforme pasan los segundos. Nuestras bocas no parecen capaces de despegarse. Sus manos descienden despacio por mis costados, esparciendo una línea de atrayentes llamas, que se expanden por todo mi ser con más y más rapidez, hasta que terminan envolviéndome por completo.

Excitación.

El fuego también es excitación. Es lujuria, uno de los peores pecados capitales; el que desencadena todos los demás.

Cuando me suelta, apenas consigo mantener el equilibrio. Mi cabeza da vueltas, todo lo que me rodea da vueltas. Besarle es como montar en un carrusel que seduce y asusta a partes iguales.

—Ahora que hemos solucionado el problema de tu malhumor, acompáñame.

Sé que me adentraría hasta los confines del Infierno si él me lo pidiera.

—No pienso ir contigo a ninguna parte.

—Pero lo harás, Adeline.

—¿Porque me lo exiges? —pregunto sarcástica.

Su rostro exhibe una expresión tierna. Muy suave. Mueve la cabeza despacio, y en sus ojos hay más vulnerabilidad de la que jamás creí posible en alguien como él.

—No. Porque te lo estoy pidiendo. Amablemente.

Quiero negarme, pero, una vez más, soy incapaz. No es solo que sea el hombre más atractivo que conozco. No. Es más que eso. Mucho más. Él supone la promesa de una vida diferente. No sé aún si es mi Mesías o mi Anticristo, no sé si promete libertad o condena. Cielo o Infierno. Lo que sí sé es que es diferente a todo cuanto conozco, para lo bueno y para lo malo.

—¿Adónde vas a llevarme esta vez?

Una parte rebelde de mí quiere que él diga *a mi casa*. Me horroriza esa parte de mí, e intento reprimirla siempre que me es posible.

—A un sitio especial —susurra.

Se inclina sobre mí y apoya tiernamente los labios contra mi mejilla. Trascurren unos cuantos segundos hasta que se aparta y recupera la compostura.

—¿Me harías el honor de acompañarme? —vuelve a susurrar, cogiendo mi rostro entre las manos para evaluar mi mirada—. ¿Por favor? Prometo comportarme como un caballero esta vez.

—Claro —musito. No sé qué otra cosa podría decir cuando sus ojos me reclaman de este modo.

Complacido por mi respuesta, me coge de la mano y se asegura de deshacerse de mi cigarrillo de camino al coche. Apenas puedo reprimir la sonrisa. Es muy tierno su intento por mantenerme alejada de los *venenos*.

Ojalá fuera consciente de que el único veneno del que debo mantenerme apartada es él mismo.

[\[1\]](#) Trad. inglés: Oye, tú, ahí fuera en el frío. Aislándote, envejeciendo ¿Puedes sentirme? (Hey you, Pink Floyd)

[\[2\]](#) Trad. inglés: Oye, tú, ¿me ayudarías a llevar la piedra? Abre tu corazón, estoy regresando a casa (Hey you, Pink Floyd)

[\[3\]](#) Pistola

[\[4\]](#) Canción *Another Brick In The Wall*, Pink Floyd

[\[5\]](#) Trad. inglés: Te amo, nena, y si eso está bien, te necesito, nena para calentar mis noches solitarias. Te amo, nena. Créeme cuando digo. (*Can't Take My Eyes Off You*, Frankie Valli)

[\[6\]](#) Trad. inglés: Te amo, nena, y si eso está bien, te necesito, nena...(*Can't Take My Eyes Off You*, Frankie Valli)